

# JEFFREY ARCHER



NI UN CENTAVO MÁS,  
NI UN CENTAVO MENOS

Lectulandia

Historia de una ocurrente venganza, llevada a cabo por un médico famoso, un vizconde, un marchante de arte y un profesor universitario, con tanto talento como ingenio.

Adrian, James, Jean Pierre y Stephen se ven embarcados por un conocido común en la compra de acciones de una presunta empresa petrolera que, de la noche a la mañana y gracias a los astutos manejos de su deshonesto propietario, se hunde estrepitosamente, dejándolos al borde de la quiebra. Pero su esfuerzo conjunto, la fecundidad de su imaginación y una presencia de ánimo a prueba de los contratiempos más impensables, les permite recuperar hasta el último centavo del fraude.

Entre Londres, la Costa Azul y Estados Unidos, el lector ve desarrollarse el insólito plan que los cuatro amigos ponen en marcha para recuperar su dinero.

Lectulandia

Jeffrey Archer

**Ni un centavo más, ni un centavo  
menos**

ePub r1.1

Titivillus 04.06.15

Título original: *Not a Penny More Not a Penny Less*

Jeffrey Archer, 1975

Traducción: Iris Menéndez

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

A Mary y a los Gordos

## PRÓLOGO

**J**ÓRG, ESPERA A QUE lleguen 7 millones de dólares del Crédit Parisién a la cuenta Número Dos, alrededor de las seis de la tarde, hora continental, e inviértelos, por la noche, en bancos y firmas comerciales de primera clase. Si no es posible, inviértelos en el mercado nocturno del eurodólar. ¿Comprendido?

—Sí, Harvey.

—Invierte un millón en el Banco do Minas Gerais de Río de Janeiro, a nombre de Silverman y de Elliott. Cancela el préstamo del Barclays Bank de Lombard Street. ¿Comprendido?

—Sí, Harvey.

—Compra oro con dinero de mi cuenta de utilidades hasta 10 millones. Rétenlo hasta que vuelvas a recibir instrucciones. Trata de comprar en baja y no te apresures... sé paciente. ¿Comprendido?

—Sí, Harvey.

Harvey Metcalfe se dio cuenta de que el último comentario era innecesario. Jörg Birrer era uno de los banqueros más conservadores de Zúrich y —lo que para Harvey era más importante— durante los últimos veinticinco años había demostrado ser uno de los más astutos.

—¿Podemos citarnos en Wimbledon el martes 25 de junio a las dos en punto, en la Cancha Central, en mi habitual localidad de abono?

—Sí, Harvey.

Volvió a poner el teléfono en su lugar. Harvey jamás se despedía. No comprendía los refinamientos de la vida y ya era demasiado tarde para empezar a aprenderlos. Levantó otra vez el teléfono, marcó los siete números de The Lincoln Trust de Boston y solicitó que le pusieran en comunicación con su secretaria.

—¿Señorita Fish?

—Sí, señor.

—Busque el expediente de Prospecta Oil y destrúyalo. Destruya también toda la correspondencia relacionada con este asunto y no deje una sola huella. ¿Comprendido?

—Sí, señor.

Volvió a colgar.

En los últimos veinticinco años Harvey Metcalfe había impartido órdenes similares en tres ocasiones y la señorita Fish ya había aprendido a no plantear objeciones.

Harvey respiró profundamente, casi en un suspiro, un sereno suspiro de triunfo. Ahora era dueño de por lo menos unos 25 millones de dólares y nada podía detenerle. Abrió una botella de champaña Krug 1964, importada por Hedges Butler de Londres.

Lo bebió lentamente y encendió un puro Romeo y Julieta, que un italiano inmigrante le enviaba de contrabando desde Cuba una vez al mes, en cajas de

doscientos cincuenta cigarros. Se reclinó para saborearlo mejor. En Boston, Massachusetts, eran las 12.20: casi la hora del almuerzo.

En Harley Street, en Bond Street, en Kings Road y en Magdalen College de Oxford, eran las 6.20. Cuatro hombres que se desconocían entre sí, comprobaron el precio de mercado de las acciones de Prospecta Oil en la última edición del *London Evening Standard*: 8,20 dólares.

Los cuatro eran ricos y abrigaban la esperanza de consolidar el éxito de sus carreras. Al día siguiente no tendrían un centavo.

**S** IEMPRE HA SIDO difícil hacer un millón legalmente. Hacerlo ilegalmente ha resultado algo más fácil. Pero lo más difícil es conservarlo cuando ya se tiene. Henryk Metelski era uno de esos tipos raros que había conseguido las tres cosas. Aunque el millón que hizo legalmente llegó después que el obtenido de forma ilegal, lo que le colocó a kilómetros de distancia del resto de los mortales fue que logró conservarlo.

Henryk Metelski nació en el Bajo Eastside de Nueva York el 17 de mayo de 1909, y sus años de formación coincidieron con los de la Depresión. Sus padres eran polacos que habían emigrado a los Estados Unidos a principios de siglo. El padre era panadero de profesión y enseguida encontró trabajo en Nueva York, donde los inmigrantes polacos se especializaban en hacer pan negro de centeno y dirigir pequeños restaurantes. Tanto al padre como a la madre les hubiera gustado que Henryk tuviera éxito como universitario, pero su hijo no valía en ese sentido y no fue un alumno sobresaliente en la escuela secundaria. Era un muchachito taimado y ladino al que las autoridades escolares no apreciaban por su indiferencia ante los conmovedores relatos de la Guerra de la Independencia y la correspondiente Campana de la Libertad, y por su control del clandestino mercado escolar de marihuana y alcohol. El pequeño Henryk pensaba que las mejores cosas de la vida no eran gratuitas y emprendió la búsqueda del dinero y el poder con tanta naturalidad como un gato acomete la persecución de un ratón.

Naturalmente, se unió a la pandilla polaca, que nunca fue tan poderosa como la irlandesa o la italiana, aunque logró mantenerse en el Eastside. A pesar de su aspecto frágil y de su estatura insignificante, su ingenio natural le permitió dirigir operaciones menores mientras muchachos mayores y más duros obedecían sus órdenes. El grupo polaco era responsable de las apuestas de juego que se organizaron en el pequeño vecindario, y como se trataba de un barrio exclusivamente polaco casi no hubo interferencias de las pandillas importantes que siempre estaban en pugna entre sí. Solo los camarones sobreviven entre los tiburones. Henryk pronto se convirtió en el cerebro de la pandilla polaca y jamás se permitió que le pillaran con las manos en la masa, ni que le detuvieran, aunque para la policía del Distrito Diecinueve resultaba obvio que él era el pez gordo.

Cuando Henryk era un próspero mozalbete de catorce años murió su padre a causa de lo que hoy conocemos como cáncer. La madre sobrevivió unos pocos meses, dejando a su único hijo la tarea de su propia educación. Henryk tendría que haber ido a parar al orfanato local para niños desamparados, pero a mediados de los años veinte, una época con tantos problemas, no era difícil para un muchacho desaparecer en Nueva York. Lo duro era sobrevivir. Henryk llegó a ser un maestro en el arte de la supervivencia, y lo duro del aprendizaje le resultaría muy útil en su vida futura.

Deambuló por el Eastside de Nueva York con el cinturón apretado y los ojos



abiertos, limpiando zapatos aquí, lavando platos allá, tratando siempre de incorporarse al laberinto en cuyo interior había riqueza y prestigio. Entrevió una posibilidad cuando su compañero de habitación, Jan Pelnik, un mensajero de la Bolsa de Nueva York, quedó momentáneamente fuera de combate a causa de una salchicha aderezada con picante. Henryk, que debía comunicar este contratiempo al Jefe de Mensajeros, atribuyó la intoxicación alimenticia a tuberculosis y se postuló para el puesto vacante. Se cambió de habitación, se puso el uniforme nuevo y empezó a trabajar.

La mayor parte de los mensajes que entregó durante la Depresión decían: «pégate un tiro». Algunos de ellos se cumplían porque los tiempos no eran fáciles y la gente se desesperaba, pero de vez en cuando Henryk encontraba individuos que en una semana ganaban en la Bolsa más dinero del que él ganaría en toda la vida con su salario. En 1923, con la llegada del Presidente Coolidge, las perspectivas comenzaron a mejorar para los Estados Unidos y también para Henryk Metelski.

Se dedicó a aprender cómo funcionaba la Bolsa, escuchó conversaciones, leyó mensajes, descubrió qué periódicos debía estudiar, y a los dieciocho años tenía cuatro de experiencia en Wall Street. Cuatro años que para la mayoría de los mensajeros no habían sido nada más que caminatas de un lado a otro entregando trozos de papel, pero que para Henryk Metelski equivalieron a un título de la Facultad de Economía de Harvard (y no es que supiera entonces que un día hablaría en ese augustó lugar).

En julio de 1927, a media mañana, llevó un mensaje a Halgarten & Co. —una agencia bursátil de excelente reputación—, haciendo su parada habitual en el lavabo. Había perfeccionado un sistema mediante el cual se encerraba en uno de los cubículos, leía el mensaje que llevaba, decidía si tenía algún valor para él y en ese caso telefoneaba a Witold Gronowich, un anciano polaco que trabajaba como corredor de sus compatriotas. Henryk ganaba entre 20 y 25 dólares semanales extra por pasarle informaciones. Gronowich, que no estaba en condiciones de invertir grandes sumas en el mercado, nunca hizo nada que permitiera rastrear a su joven informador.

Sentado en el retrete Henryk comprendió que estaba leyendo un mensaje de considerable significación. El Gobernador de Texas concedería a la Standard Oil Company la autorización para completar el oleoducto entre Chicago y México, y las demás corporaciones estatales implicadas ya estaban de acuerdo con dicha propuesta. El mercado sabía que la compañía había estado tratando de obtener la autorización definitiva desde hacía aproximadamente un año. El mensaje debía pasarse directamente y de forma inmediata a Tucker Anthony, el agente de John D. Rockefeller. La concesión de este oleoducto abriría a todo el norte el acceso inmediato al petróleo, lo que significaría un gran aumento en los beneficios. Para Henryk fue evidente que las acciones de la Standard Oil subirían ininterrumpidamente en el mercado en cuanto se conociera la noticia, especialmente teniendo en cuenta que la Standard Oil ya controlaba el 90% de las refinerías

petroleras de los Estados Unidos.

En circunstancias normales, Henryk habría transmitido inmediatamente la información al señor Gronowich y estaba a punto de hacerlo cuando notó que un hombre más bien entrado en carnes (que evidentemente había tomado demasiados almuerzos en Wall Street) dejó caer un trozo de papel al salir del lavabo. Como estaba solo, Henryk lo cogió y volvió a su cubículo privado, pensando que en el mejor de los casos podría tratarse de otra información. En realidad, el papel era un cheque por 50 000 dólares al portador, extendido por una tal señora Rose Rennick.

Henryk pensó a toda velocidad. Salió de prisa del lavabo y enseguida se encontró en Wall Street. Se dirigió a una pequeña cafetería de Rector Street, donde elaboró esmeradamente un plan que puso de inmediato en práctica.

En primer lugar, cobró el cheque en una sucursal del Morgan Bank, en el lado sudoeste de Wall Street, sabiendo que como llevaba el elegante uniforme de mensajero de la Bolsa se supondría que estaba cumpliendo un recado de alguna firma importante. Después volvió a la Bolsa y compró en una agencia bursátil 2500 acciones de la Standard Oil a 19,85, quedándole 125 dólares después de pagar los gastos de corretaje. Depositó los 125 dólares en una cuenta a plazo fijo en el Morgan Bank. Después, sudando a la espera de un anuncio proveniente del despacho del Gobernador, cumplió todos los movimientos de un día normal de trabajo, demasiado preocupado con la Standard Oil como para hacer ninguna otra parada en el lavabo con los mensajes que entregó.

El anuncio no llegó. Henryk no podía saber que iban a esperar hasta que la Bolsa cerrara oficialmente a las cuatro de la tarde, ya que el mismísimo Gobernador estaba comprando acciones en cualquier lugar donde podía meter sus sucias manos, aumentando su valor a 20,05 a la hora de cierre, sin dar ningún anuncio de carácter oficial. Aquella noche Henryk volvió a su casa aterrorizado, pensando que había cometido un error fatal. Imaginó que le llevaban a la cárcel, que perdía el trabajo y todo lo que había logrado durante los últimos cuatro años.

Esa noche no pudo conciliar el sueño y cada vez se sintió más inquieto encerrado en su minúscula habitación. A la una de la madrugada no pudo más: se levantó, se afeitó, se vistió y cogió un tren hasta Grand Central Station. Desde allí se fue a Time Square, donde compró con manos temblorosas la primera edición del Wall Street Journal. Allí leyó un primer titular y un subtítulo secundario:

---

GOBERNADOR ADJUDICA DERECHOS OLEODUCTO A  
ROCKEFELLER

---

Se espera intenso movimiento acciones Standard Oil

Henryk, aturdido, caminó hasta el café nocturno más cercano, en la East 42, donde pidió una gran hamburguesa y patatas fritas que devoró como quien come por última vez antes de enfrentar la silla eléctrica, cuando de hecho iba a ser el primero en su camino hacia la fortuna. Leyó todos los detalles; la información se extendía desde la página uno hasta la catorce. A las 4.00 de la madrugada había comprado las tres primeras ediciones de *The New York Times* y las dos primeras de *The Herald Tribune*. Henryk volvió de prisa a su cuarto, atolondrado y alegre, y se puso el uniforme. Llegó a la Bolsa a las 8.00 en punto, como si se tratara de una jornada cualquiera, pensando únicamente en la segunda parte de su plan.

El intervalo entre la llegada de los mensajeros y la apertura oficial de la Bolsa es de dos horas, pero aquel día a Henryk le parecieron interminables. Las pasó leyendo todos los periódicos. Las últimas ediciones ofrecían una historia más completa del oleoducto. *The New York Times* incluía un informe detallado sobre la importancia del anuncio para la industria petrolera y una entrevista con el anciano John D. Rockefeller, presidente de la Standard Oil.

Por fin la Bolsa abrió oficialmente y Henryk se dirigió al Morgan Bank donde solicitó un préstamo de 50 000 dólares, avalado por las 2500 acciones de la Standard Oil, que esa mañana, a la hora de apertura estaban a 21,30. Ingresó los 50 000 dólares en su cuenta y dio instrucciones al Banco de que extendieran una letra por el mismo valor a favor de la señora Rose Rennick. Abandonó el edificio y averiguó el domicilio y el número de teléfono de su desconocida benefactora.

La señora Rennick (una viuda que vivía de las inversiones de su difunto marido) vivía en un pequeño apartamento alquilado en Park Avenue, una de las zonas más elegantes de Nueva York. Se sintió levemente sorprendida al recibir la llamada de Henryk Metelski solicitándole una entrevista por un asunto privado de carácter urgente. La mención de Halgarten & Co. le dio algo más de confianza y accedió a encontrarse con Henryk en el Waldorf-Astoria a las 4.00 de la tarde.

Henryk nunca había estado en el Waldorf-Astoria, pero después de cuatro años en la Bolsa había muy pocos hoteles o restaurantes que no hubiese oído mencionar. Sabía que era mucho más probable que la señora Rennick accediese a tomar el té con él allí que recibir en su apartamento a alguien que se llamaba Henryk Metelski, especialmente teniendo en cuenta que por teléfono su acento polaco se notaba más que oyéndole personalmente.

Después de almorzar, Henryk pidió permiso al Subjefe de Mensajeros para tomarse la tarde libre porque se encontraba algo enfermo. Este no puso ninguna objeción a su petición, ya que Henryk jamás había faltado a su trabajo más de una hora en cuatro años. Henryk volvió a su habitación, se bañó y se puso su mejor traje.

Cuando Henryk se encontró sobre la mullida alfombra del vestíbulo del Waldorf-Astoria, se ruborizó por la ingenuidad de su vestimenta. Imaginó que todos le miraban y trató de esconder su cuerpo bajo y rechoncho en el enorme sillón de cuero.

Otros parroquianos del Waldorf-Astoria también eran rechonchos, aunque Henryk pensó que probablemente en su caso la obesidad se debía a las *Pommes de Terre Maître d'Hôtel* y no a las patatas fritas. Ya era demasiado tarde para desear haberse puesto algo menos de grasa en su pelo negro y para lamentar que sus zapatos estuviesen tan gastados. Se rascó un inoportuno granito que tenía a un lado de la boca. Su traje —con el que se sentía tan seguro y próspero entre sus amigos— era brillante, pequeño, vulgar y cursi. No iba de acuerdo con el ambiente y mucho menos con los clientes del hotel. Sintiendo fuera de lugar por primera vez en la vida, entró a paso ligero en el Salón Jefferson, ocultándose detrás de un ejemplar de *The New Yorker* y deseando que su invitada llegara enseguida. Los camareros revoloteaban respetuosamente alrededor de las mesas bien provistas, ignorando a Henryk con instintivo desdén. Uno de ellos no hacía más que circular por el salón ofreciendo delicadamente terrones de azúcar con pinzas de plata y manos con guante blanco, por lo que Henryk se sintió profundamente impresionado.

Pocos minutos después llegó Rose Rennick, con dos perros pequeños y un sombrero estafalario. Henryk pensó que tenía más de sesenta años, más peso del que le correspondía, más maquillaje del adecuado e iba más arreglada de lo necesario, pero mostraba una sonrisa cálida y parecía conocer a todo el mundo. Pasó de mesa en mesa, intercambiando algunas palabras con todos los ocupantes del salón de té. Finalmente llegó a la mesa que correctamente había adivinado como la de Henryk y se sorprendió al verle, no tanto por su extraña vestimenta como por su edad: parecía aún menor de los dieciocho años que tenía.

La señora Rennick pidió té, mientras Henryk le contaba su historia de cómo había habido un lamentable error con su cheque, que equivocadamente había llegado el día anterior a manos de la empresa bursátil donde trabajaba. Le habían dado instrucciones de que devolviera el cheque inmediatamente, expresando cuánto lamentaba lo ocurrido. Henryk le entregó la letra por 50 000 dólares y le dijo que si ella decidía tomar alguna medida, él perdería su trabajo, ya que era totalmente responsable del error. De hecho, a la señora Rennick le acababan de informar de la pérdida del cheque esa mañana, sin advertirle que lo habían hecho efectivo, ya que transcurrirían varios días hasta que se actualizara su cuenta. La angustia, perfectamente auténtica de Henryk mientras tartamudeaba su historia, hubiera convencido incluso a un observador más crítico de la naturaleza humana que la señora Rennick. Esta accedió a dejar todo como estaba, satisfecha por haber recuperado su dinero por medio del Morgan Bank, ya que significaba que no había perdido nada. Henryk suspiró aliviado y por primera vez en el día comenzó a relajarse y a disfrutar. Incluso se atrevió a llamar al camarero que llevaba el azúcar y las pinzas de plata.

Después de un lapso respetable, Henryk explicó a la señora Rennick que debía volver a su trabajo, le dio las gracias, pagó la cuenta y se fue. En cuanto estuvo en la calle silbó, aliviado. Su camisa nueva estaba empapada de sudor (la señora Rennick

habría dicho transpiración) pero él se encontraba al aire libre y podía respirar tranquilo. Su primera operación importante había tenido éxito.

Se detuvo en Park Avenue, divertido al pensar que su encuentro con la señora Rennick había tenido lugar en el Waldorf-Astoria, el mismo hotel donde John D. Rockefeller (el presidente de la Standard Oil) tenía una *suite*. Henryk había ido andando y entrado por la puerta principal, mientras el señor Rockefeller había llegado más temprano en un tren subterráneo y subido en su ascensor privado a las Waldorf Towers. Muy pocos neoyorquinos sabían que Rockefeller tenía su estación privada a metro y medio de profundidad por debajo del Waldorf-Astoria para que no tuviera que caminar las ocho manzanas que separaban el hotel de Grand Central Station, ya que no había parada entre esta y la calle 125. La estación todavía sigue allí pero ningún Rockefeller vive ya en el Waldorf-Astoria y los trenes no se detienen. Mientras Henryk hablaba de sus 50 000 dólares con la señora Rennick, Rockefeller discutía una inversión de 5 millones de dólares con Andrew W. Mellon, Secretario del Tesoro del Presidente Coolidge.

Al día siguiente Henryk volvió a trabajar como de costumbre. Sabía que debía cobrar las acciones antes de cinco días para saldar su deuda con el Morgan Bank y el corredor de Bolsa (en la Bolsa de Nueva York las operaciones se calculan para cinco días hábiles o siete días calendario). El último día las acciones se cotizaban a 23,30. Henryk vendió a 23,15, liquidando su saldo deudor de 49 625 dólares, y después de deducir los gastos comprobó que había obtenido una ganancia de 7490 dólares, que dejó depositados en el Morgan Bank.

Durante los tres años siguientes Henryk no volvió a llamar al señor Gronowich y comenzó a trabajar por su cuenta, al principio con cantidades poco importantes. La economía seguía siendo inestable y no siempre obtuvo beneficios. Aprendió cuál era la mejor forma —la única, según algunos— de hacer dinero en un mercado bajista: vender al descubierto. El proceso no tiene mucho que ver con la ética comercial, pero Henryk pronto dominó el arte de vender acciones que no poseía con la expectativa de una consiguiente caída en el precio. Su instinto en relación con las tendencias del mercado se refinó tan rápidamente como su gusto por los trajes. Las mañas aprendidas en los callejones del bajo barrio del Este resultaron provechosas. Henryk había descubierto que el mundo entero era una jungla. A veces los tigres y los leones llevaban traje.

Cuando el mercado se derrumbó en 1929, había convertido sus 7490 dólares en 51 000 después de vender todas las acciones que poseía. Se había trasladado a un elegante piso en Brooklyn y llevaba un Stutz bastante ostentoso. Desde muy joven, Henryk había comprendido que su condición en la vida tenía tres desventajas importantes: su nombre, su pasado y su falta de medios. El problema de dinero se estaba resolviendo por sí mismo, de modo que decidió hacer desaparecer los otros

dos. En primer lugar, presentó una solicitud ante un juzgado de paz para cambiar legalmente su nombre por el de Harvey David Metcalfe. Además, evitó todo contacto con sus amigos de la comunidad polaca alcanzando en mayo de 1930 la mayoría de edad con nombre, apellido y pasado nuevos.

Ese mismo año conoció a Roger Sharpley, un joven de Boston que había heredado de su padre una empresa de importación y exportación. Exestudiante de Choate y posteriormente de Dartmouth College, Sharpley tenía el aplomo y el encanto de los bostonianos, tan frecuentemente envidiado por el resto de los americanos. Era alto, rubio y parecía descendiente de los vikingos; la mayor parte de las cosas llegaba a sus manos con facilidad, especialmente las mujeres. Era completamente distinto a Harvey en todos los sentidos y fue este contraste el que los unió.

La única ambición de Roger consistía en ingresar en la Marina, pero cuando se graduó en Dartmouth tuvo que entrar en la empresa de su familia por causa de la mala salud de su padre. Pocos meses después este murió. A Roger le hubiera gustado vender Sharpley al primer postor, pero su padre había introducido en su testamento una cláusula según la cual si la empresa era vendida antes de que Roger cumpliera cuarenta años (último día en que uno puede alistarse en la Marina de los Estados Unidos), la herencia se dividiría entre sus parientes.

Roger se encontró entre la espada y la pared. La vida de hombre de negocios no le interesaba lo más mínimo y se sentía absolutamente incompetente para hacerse cargo de la empresa de la familia. Esta le proporcionaba sólidos ingresos, pero Roger sabía que no podía sobrevivir con solo su reputación del pasado. Por otro lado, no podía venderla e ingresar en la Marina quedándose sin un centavo. Harvey y Roger se conocieron en la Bolsa y aunque ninguno de los dos comprendía al otro, cada uno pensó que de la relación mutua se podría obtener alguna ventaja. Harvey estaba en lo cierto.

Gradualmente, en conversaciones nocturnas bien regadas de *whisky*, Roger contó a Harvey que Sharpley & Son había sido fundada en 1833, aunque no les gustaba nada que les recordaran que su primer y gran negocio había sido el comercio de esclavos. Desde entonces habían progresado hasta llegar a ser expertos en la importación de *whisky* y la exportación de pieles. Aunque en un negocio de poca magnitud, se habían ganado un buen nombre por su honestidad y eficacia, reputación conseguida a lo largo de cerca de cien años. Harvey supo por Roger que los ingresos de Sharpley & Son durante el año 1929-30 fueron de 30 000 dólares, con un movimiento de 420.000. En los prósperos días de su padre habían alcanzado los 82 000, pero ahora la firma estaba a cargo de su anciano vicepresidente y gerente general John Bodie, que se sentía satisfecho en su puesto al comprender que la valía que Dios había otorgado a las generaciones anteriores de Sharpley no alcanzaba a Roger. Bodie recordaba a Roger en pañales y ahora no le tenía mucho más respeto

que en aquel entonces. A pesar de todo, Roger le dio mano libre para que administrara la empresa de la misma forma que siempre lo había hecho su padre, y a veces Bodie se preguntaba si esos métodos eran adecuados a los tiempos que corrían. El señor Bodie iba a jubilarse dentro de cinco meses, al cumplir sesenta años, pero sabía que Roger estaría perdido sin él y que tendría que conservarle a su lado por lo menos hasta los sesenta y cinco años de edad. Conociendo la cláusula del testamento de Henry Sharpley, Bodie se sentía absolutamente seguro ante cualquier peligro.

Harvey estudió exhaustivamente la cuestión y después de dos prolongadas sesiones con un hábil abogado neoyorquino, sugirió a Roger lo siguiente: Harvey compraría el 49% de Sharpley & Son por 100 000 dólares y los primeros 20 000 de beneficio que le correspondieran cada año. A los cuarenta años de edad, Roger podría renunciar al restante 51% por otros 100 000 dólares. En la Junta Directiva habría tres miembros: Harvey, Roger y otro más designado por Harvey, lo que daría a este el control. En lo que a Harvey se refería, Roger podía ingresar en la Marina y asistir a la reunión anual de accionistas.

Roger no podía creer en su buena suerte y no tuvo en cuenta siquiera a John Bodie ni a ningún otro miembro del personal de Sharpley & Son. Sabía muy bien que tratarían de disuadirle. Harvey había pensado en ello y había evaluado correctamente a su presa. Roger solo consideró la proposición unos días y autorizó a que se pusiera en marcha el papeleo legal en Nueva York, lo bastante lejos de Boston como para poder estar seguro de que la empresa no se enteraría de lo que estaba ocurriendo. Entre tanto Harvey volvió al Morgan Bank, donde ahora era considerado como un cliente de confianza. El gerente accedió a ayudarle en su nueva empresa con un préstamo de 50 000 dólares, que sumados a otros tantos de su propiedad permitieron a Harvey adquirir el 49% de las acciones de Sharpley & Son y convertirse en su quinto presidente. Los documentos legales se firmaron en Nueva York el 14 de octubre de 1930.

Roger se fue inmediatamente a Newport, Rhode Island, con el objeto de iniciar el Curso de Entrenamiento para Oficiales de la Marina de los Estados Unidos. Harvey se fue a Grand Central Station para coger el primer tren con destino a Boston. Sus tiempos como mensajero de la Bolsa neoyorquina habían quedado atrás. Tenía veintiún años de edad y era presidente de su propia empresa.

Los diecisiete miembros del personal de Sharpley & Son en Boston ignoraban que algo iba a ocurrir. Cuando Harvey llegó el lunes a las 6.00 de la mañana, le primero que hizo fue ocupar el despacho del señor Bodie, relegándole a un cuarto trastero al fondo del edificio. A las 9.30, como de costumbre, llegó John Bodie; llamó a la policía, pensando que habían asaltado su despacho; las fuerzas del orden se retiraron rojos de vergüenza cuando Harvey presentó los documentos legales.

Increíblemente furioso, Bodie llamó a los abogados de la empresa —los mismos que habían redactado el testamento de Henry Sharpley— con la esperanza de que estos pudieran hacer desaparecer este cáncer que había aparecido de la noche a la

mañana. Después de estudiar y revisar minuciosamente los documentos firmados por Harvey y Roger Sharpley, Bodie se fue antes de una hora y jamás volvió. Harvey ya tenía el camino libre. Una empresa respetable, de casi cien años de antigüedad, sería su vehículo para futuras transacciones dudosas.

Harvey siempre se las arreglaba para convertir en un éxito lo que para la mayoría era un desastre. Todavía estaba vigente el Prohibicionismo, y aunque Harvey podía exportar pieles, no podía importar *whisky*. Esta había sido una de las razones del descenso de los beneficios de la empresa durante los últimos años. Pero Harvey descubrió que bastaba un pequeño soborno al alcalde de Boston, al jefe de policía y a los funcionarios de aduana de la frontera canadiense, más una cuota a la mafia para asegurarse de que sus productos llegaban a los restaurantes y tabernas clandestinas, para que las importaciones de *whisky* aumentaran en lugar de disminuir. Sharpley & Son perdió a su personal más respetable y servicial, que fue reemplazado por los animales más adecuados para la selva particular de Harvey Metcalfe.

Desde 1930 a 1933, a pesar de la Depresión, la gente continuó bebiendo, por lo que el negocio de Harvey se extendió cada vez más, pero cuando el presidente Roosevelt levantó la Prohibición en virtud de la abrumadora demanda pública, Harvey dejó que la empresa continuara trabajando con *whisky* y pieles mientras él actuaba en nuevos campos. En 1933, Sharpley & Son celebró su centenario en el mundo de los negocios. En tres años, Harvey había perdido el noventa y siete por ciento de su buen nombre pero había logrado duplicar las ganancias. Uno de los nuevos mercados en que entró fue la exportación de armas. Harvey jamás se preocupó demasiado por el destino final de sus exportaciones; de hecho se sentía contento de vender a ambas partes.

Cuando Gran Bretaña declaró la guerra a Alemania en septiembre de 1939, los Estados Unidos se escandalizaron. Harvey se frotó las manos y dos años después — en diciembre de 1941, cuando los Estados Unidos se unieron a los aliados después de Pearl Harbour— seguía frotándose las manos. Debió ser una de las pocas personas que no se alegró con el Tratado de Paz de 1945 firmado en Potsdam por Truman, Churchill y Stalin, que señaló el fin de la segunda guerra mundial. No obstante, la llegada de la paz coincidió con el cuadragésimo cumpleaños de Roger Sharpley, y como Harvey había amasado una fortuna de varios millones de dólares y estaba empezando a aburrirse, decidió que había llegado el momento de separarse de Sharpley & Son. En quince años había elevado los beneficios de 30 000 dólares en 1930 a 910 000 en 1945. Vendió la empresa por 7 100 000 dólares, pagando 100 000 a la viuda del Capitán de la Marina de los Estados Unidos Roger Sharpley y embolsándose los 7 millones restantes.

Harvey celebró su 36 cumpleaños comprando a un precio de 4 millones de dólares, un pequeño Banco de Boston con bastantes problemas llamado The Lincoln Trust. En esa época el Banco tenía unos ingresos de aproximadamente 500 000 dólares anuales, un edificio prestigioso en el centro de Boston y una reputación



intachable. A Harvey le gustó ser presidente de un banco, aunque ello no le hizo volverse más honesto. Todo negocio extraño de la zona de Boston parecía pasar por The Lincoln Trust y aunque en cuestión de cinco años Harvey aumentó los beneficios a 2 millones anuales, su reputación personal no podía haber caído más bajo. Una de las transacciones bursátiles en que The Lincoln Trust se vio envuelto resultó desastrosa para los inversores. Varios de los promotores, que habían alentado falsas esperanzas sobre el valor de sus acciones, fueron arrestados y demandados por fraude. Harvey, que sabía la verdad, había vendido en el momento más alto del mercado embolsándose 1 millón, pero se aterrorizó cuando el caso llegó a los tribunales y gastó casi la misma cifra en sobornos para evitar verse comprometido en la causa. Cuando el juicio terminó el nombre de Harvey no se había visto mezclado en ningún momento, pero muy pocas personas de los círculos bancarios ponían en duda su implicación personal.

Para Harvey el problema era sencillo: ahora poseía más de 10 millones de dólares pero había nacido con hormigas en el trasero y aunque sabía que debía asentarse y seguir un camino más recio, nunca pudo resistirse a un golpe rápido. Desde los tiempos de Jan Pelnik, Rose Rennick, John Bodie y Roger Sharpley, jamás le había importado quién saliera perjudicado. A pesar de su reputación intentó todas las formas posibles para ganar el reconocimiento social. Compró una hermosa casa con jardín en Lincoln, una zona elegante a pocos kilómetros de distancia de Boston. Donó un millón de dólares a la Universidad de Harvard y otro millón a diversas obras benéficas. También era un importante sostén del Partido Demócrata y de los alcaldes de cualquier color político que llegaban al poder en Boston. Pero, en Boston la reputación proviene más de los antecedentes familiares que de la capacidad para hacer dinero. Nada menos que Joseph Kennedy estaba descubriendo esta verdad.

La siguiente coyuntura decisiva en la vida de Harvey se produjo cuando conoció a Arlene Hunter, en la primavera de 1949. La muchacha era la única hija del presidente del First City Bank of Boston. Harvey nunca había tenido un interés real por las mujeres. Su fuerza motriz residía en hacer dinero, y aunque consideraba al sexo opuesto como algo útil para el relajamiento en el tiempo libre, pensándolo bien las consideraba una incomodidad. Pero habiendo alcanzado la edad madura y no teniendo a quién dejar su fortuna, calculó que había llegado la hora de casarse y tener un hijo. Como en todo lo que hacía en su vida, estudió este problema exhaustivamente.

Harvey conoció a Arlene cuando ella tenía 31 años. No podía haber mayor contraste entre ambos. Arlene medía 1.80, era delgada y aunque era atractiva carecía de confianza en sí misma y comenzaba a temer que no se casaría.

La mayor parte de sus excompañeras iban por su segundo divorcio y le tenían lástima. Arlene cayó bajo el encanto de Harvey y sus modales extravagantes la

atrajeron en contraste con la remilgada disciplina de su padre, a quien a menudo culpaba de que ella nunca se sintiera cómoda con los hombres de su misma edad. Solo había vivido una aventura amorosa que significó un desastroso fracaso por culpa de su absoluta inocencia. Al padre de Arlene no le gustó Harvey, lo que hizo a este más atractivo a los ojos de ella. De hecho, su padre jamás había aprobado a ninguno de los hombres que se relacionaron con ella, pero en este caso tenía razón. Por su parte, Harvey comprendió que casar al First City Bank of Boston con The Lincoln Trust le beneficiaría y se dispuso, como de costumbre, a ganar.

Arlene y Harvey se casaron en 1951. El señor y la señora Hunter no pudieron ocultar su desprecio, pero soportaron la ceremonia con buena voluntad por Arlene. Después de la boda pasaron la luna de miel en Europa. Fueron las primeras vacaciones que Harvey se tomó en veintisiete años y su primera visita a Europa. Al volver a los Estados Unidos se instalaron en la casa de Harvey en Lincoln y muy poco después Arlene quedó embarazada. Casi el mismo día que cumplieron un año de casados, le dio una hija.

La bautizaron con el nombre de Rosalie. Esta se convirtió en la niña de los ojos de Harvey, que se sintió muy decepcionado cuando un prolapso seguido inmediatamente de una histerectomía le aseguró que Arlene no podría darle más hijos. Inscribió a Rosalie en Bennetts —la mejor escuela de niñas de Washington— y al graduarse allí, ella misma consiguió una vacante en Vassar para especializarse en literatura. Esto agradó sobremanera al viejo Hunter, que había llegado a tolerar a Harvey y a adorar a su nieta. Después de obtener su título, Rosalie continuó su educación en la Sorbona a pesar de un feroz desacuerdo con su padre con respecto al tipo de amistades que cultivaba, especialmente los muchachos de pelo largo que se negaban a ir a la guerra de Vietnam. La crisis decisiva se produjo cuando Rosalie sugirió que la moral no venía dada únicamente por la largura del pelo o las ideas políticas.

Harvey comenzó a moderar la marcha y no trabajaba tantas horas como en años anteriores, interesándose únicamente en las operaciones realmente grandes y dejando que su personal se ocupara de la administración cotidiana del Banco. Descubrió que ahora jugaba tanto al tenis como cuando había llegado por primera vez a Boston, porque en aquellos días pensaba que este sería un modo de penetrar en la sociedad. Vigilaba su salud y aunque estaba excesivamente gordo visitaba regularmente a su médico. Después de amasar semejante fortuna quería asegurarse de que viviría lo suficiente para disfrutarla. Continuó dando generosos donativos a Harvard, en parte porque gozaba del reconocimiento y en parte porque ello le hacía sentirse un poco Robin Hood: «Tal vez lo haya robado, pero lo regalo, o al menos regalo una parte».

Llenó su hogar de hermosas antigüedades y pinturas, llegando a transformarse en un *connoisseur* del período impresionista y descubriendo un auténtico gusto por ese estilo, un gusto desarrollado a través de los años que había florecido de la más extraña manera. Un cliente de Sharpley & Son estaba a punto de quebrar debiendo

una gran suma de dinero a la empresa. Harvey intuyó el asunto y se presentó a encararse con el cliente, pero la bancarrota ya estaba en marcha y no había ninguna esperanza de conseguir dinero. Harvey no tenía la menor intención de salir con las manos vacías y se llevó el único activo tangible del otro: un Renoir tasado en 10 000 dólares.

La intención de Harvey era vender el cuadro antes de que pudiera probarse que él era un acreedor beneficiado, pero quedó extasiado ante las delicadas tonalidades pastel y de esta obra recién adquirida surgió el deseo de poseer más. Cuando se dio cuenta de que las pinturas no solo eran una buena inversión, sino que realmente le gustaban, su colección y su gusto por ellas crecieron simultáneamente.

A principios de la década del setenta Harvey ya tenía un Manet, dos Monet, un Renoir, dos Picasso, un Pissarro, un Utrillo, un Cézanne, y muchas obras de autores menos famosos. Su mayor deseo era tener un Van Gogh, y hacía muy poco que había fracasado en su intento de adquirir L'Hôpital de Saint-Paul a Saint-Rémy en la Sotheby Parke Bernet Gallery de Nueva York, cuando el Dr. Armand Hammer de Occidental Petroleum le había superado ofreciendo 1 200 000 dólares, que le pareció un precio un poco exagerado. Anteriormente, en 1966, no había logrado adquirir el Lote 49, *Mademoiselle Ravoux*, de Van Gogh, en Christie Manson & Woods, la tienda de arte londinense; el reverendo Theodore Pitcairn —en representación de la Nueva Iglesia del Señor, de Bryn Athyn, Pennsylvania— le había hecho llevar la puja hasta el límite, estimulando así aún más su apetito. El Señor da y, en esa ocasión, el Señor se lo llevó. Aunque en los círculos bostonianos no se le apreciaba como correspondía, en cualquier otro lugar se reconocía que Harvey poseía una de las mejores colecciones de impresionistas del mundo, casi tan buena como la de Walter Annenberg, embajador del presidente Nixon en Londres, que al igual que Harvey había sido una de las pocas personas que habían podido reunir una importante colección después de la segunda guerra mundial. El otro amor de Harvey era una colección de orquídeas, con las que había ganado por tres veces el primer premio de la exposición de flores que se celebra en Boston en primavera.

Ahora Harvey viajaba a Europa una vez al año. Había instalado una próspera caballeriza en Kentucky y le gustaba ver correr a sus caballos en Longchamp y en Ascot. También disfrutaba como espectador de Wimbledon, al que seguía considerando el torneo de tenis más destacado del mundo. Le divertía hacer algún negocio en Europa, donde todavía tenía la oportunidad de ganar dinero para su cuenta en un Banco de Zúrich. No necesitaba una cuenta en Suiza, pero le encantaba sacarle el cuerpo a los impuestos que tenía que pagar al Tío Sam.

Aunque a través de los años Harvey se había tranquilizado y dejado de hacer negocios sospechosos jamás pudo resistirse a la tentación de correr un riesgo si consideraba que la recompensa valía la pena. En 1964 se le presentó esa oportunidad

dorada, cuando el gobierno británico invitó a que se presentaran solicitudes de licencias de exploración y producción en el Mar del Norte. Fred Erroll, entonces ministro de Energía del gobierno de Su Majestad, tenía amplia experiencia en la ingeniería y la construcción, y una carrera política que abarcaba desde el ministerio de Comercio al de Hacienda. *Sir Alex Douglas Home*, Primer ministro británico — que había sucedido a *Harold Macmillan* como consecuencia de la repentina enfermedad de este último—, encargó a Erroll la tarea de asignar las nuevas licencias. En aquel momento ni el gobierno británico ni los funcionarios del Estado implicados tenían la menor idea de la futura significación del petróleo del Mar del Norte, ni del papel que este desempeñaría un día en la política británica. Si el gobierno hubiera sabido que en 1974 los árabes apuntarían una pistola a la cabeza del resto del mundo y que la Cámara de los Comunes británica tendría once parlamentarios nacionalistas escoceses, sin duda habría actuado de un modo totalmente distinto.

El 13 de mayo de 1964, el Secretario de Estado de Energía presentó al Parlamento el «Instrumento Estatutario Núm. 708 Petróleo - Plataforma Continental». Harvey leyó el documento con gran interés, pensando que podía ser un golpe excepcional. Se sintió especialmente fascinado por el Párrafo 4 del Instrumento Estatutario:

Las personas que sean ciudadanos del Reino Unido y las Colonias, y sean residentes en el Reino Unido, o que formen cuerpos colectivos como Sociedades Anónimas en el Reino Unido, pueden solicitar, de acuerdo con el presente Reglamento:

- a. una licencia de producción, o
- b. una licencia de exploración.

Después de estudiar el Reglamento en su totalidad. Harvey se reclinó en su asiento y meditó largamente. Solo era necesaria una mínima cantidad de dinero para obtener una o ambas licencias.

Como decía el Párrafo 6:

1. Junto con cada solicitud de licencia de producción se abonará un derecho de 200 libras y un derecho adicional de 5 libras por cada lote después de los primeros diez por los que se presente la solicitud.
2. Junto con cada solicitud de licencia de exploración se pagará un derecho de 20 libras.

¡Con qué facilidad la posesión de semejante licencia, en manos de Harvey, podría llegar a crear la base de una gran empresa! Podía codearse con firmas como Shell,

B. P., Total, Gulf, Occidental y todas las empresas petroleras importantes.

Volvió a estudiar repetidas veces el Reglamento, casi sin poder creer que el gobierno británico pudiera soltar semejante potencial con una inversión tan escasa. Solo el Apéndice 1 del Instrumento Estatutario parecía cruzarse en su camino:

#### APÉNDICE 1

##### FORMULARIO

Formulario de solicitud de Licencia de Producción o Licencia de Exploración.

1. Nombre completo del solicitante.
2. Si el solicitante es un individuo:
  - a. Lugar de residencia habitual.
  - b. Debe adjuntar a la solicitud pruebas de su nacionalidad.
3. Si el solicitante es un cuerpo colectivo:
  - a. Lugar de constitución de la empresa.
  - b. Sede comercial principal.
  - c. Sede de la administración central y control.
  - d. Detalle de los miembros de la Junta Directiva u otro cuerpo
    1. Nombres completos.
    2. Lugares de residencia habitual.
    3. Nacionalidades.
4. Si el solicitante es un cuerpo colectivo y corresponde a una licencia de producción:
  - a. Detalles del capital autorizado y emitido como sigue:
    1. Clases de capital.
    2. Capital autorizado.
    3. Capital emitido.
    4. Derechos de voto en cada clase.

No es necesario llenar la Columna (4) si se acompaña a la solicitud una copia del memorándum y los artículos de la sociedad y otros documentos que definan la constitución de

la empresa.

- b. Detalles de los valores en cartera no inferiores al 5% en número o en valor de cualquier clase de capital que haya sido emitido por el cuerpo colectivo, como sigue:
  1. Nombre completo del accionista o los accionistas conjuntos.
  2. Clase de acciones.
  3. Capital.
  4. Nacionalidad del accionista(s).
- c. Detalles de todo capital emitido al portador, como sigue:
  1. Clase de capital.
  2. Capital total emitido.
  3. Capital emitido al portador.
5. Tipo de licencia que se solicita y, en caso de ser de producción, número(s) de referencia de lote(s) por el (los) que se presenta la solicitud.

Yo/Nosotros declaro/ramos que la información proporcionada en esta solicitud o en páginas adjuntas es correcta.

Firma del solicitante(s) o,  
si se trata de un cuerpo colectivo.  
de un miembro debidamente  
autorizado,  
cuya facultad debe documentarse.

Al Señor Secretario,  
Ministerio de Energía,  
Londres, S. W. 1.

Harvey no era inglés ni súbdito británico, ninguna de sus empresas era británica y sabía que tendría que hacer frente a muchos problemas en la presentación de la solicitud. Decidió respaldar su solicitud por medio de un Banco inglés y fundar una empresa cuyos directores despertaran la confianza del gobierno británico.

A principios de 1964 constituyó una empresa en Inglaterra bajo el nombre de Prospecta Oil, utilizando a Malcolm, Bottnick y Davis como representantes y al Barclays Bank como banquero, que ya eran los representantes de The Lincoln Trust en Europa. Lord Hunnisett fue designado presidente y diversos personajes destacados integraron la Junta Directiva, incluidos los dos exparlamentarios (que habían perdido sus escaños al ganar el Partido Laborista las elecciones de 1964). Cuando Harvey descubrió que las normas para fundar una empresa pública en Inglaterra eran muy rigurosas, decidió crear la sede principal en la Bolsa canadiense y utilizar la empresa inglesa solo como sucursal. Prospecta Oil emitió 2 millones de acciones de 10 centavos a 50 centavos, todas las cuales fueron adquiridas por Harvey a través de representantes. También depositó 500 000 dólares en la sucursal de Lombard Street del Barclays Bank.

Una vez creado el frente, Harvey utilizó a Lord Hunnisett para que solicitara la licencia al gobierno británico. El nuevo gobierno laborista elegido en octubre de 1964 no tenía más conciencia que la anterior administración conservadora de la significación del petróleo del Mar del Norte. Los requisitos del gobierno para una licencia eran una renta de 12 000 libras esterlinas anuales durante los primeros seis años y el 12,5 96 de impuesto a los réditos con un impuesto adicional de Ganancias de Capital sobre los beneficios, pero como el plan de Harvey no incluía beneficios para ninguna empresa, esto no representaría ningún problema.

El 22 de mayo de 1965, el ministro de Energía publicó en la London Gazette el nombre de Prospecta Oil entre las 52 empresas adjudicatarias de licencias de producción. El 3 de agosto de 1965, el Instrumento Estatutario N.º 1531 distribuyó las zonas. A Prospecta Oil le correspondió la siguiente:

51° 50' 00" N: 2° 30' 20" E

lote adyacente a uno de los de la British Petroleum.

Ilusionado, Harvey esperó que una de las empresas que había conseguido un lote en el Mar del Norte descubriera un yacimiento de petróleo. Fue una espera bastante larga, pues se prolongó hasta junio de 1970 en que la British Petroleum realizó un sondeo productivo en su Campo 40. Harvey esperó otro descubrimiento y puso en marcha la segunda parte de su plan.

A principios de 1972 llevó un equipo de prospección petrolífera, con gran movimiento y publicidad, a la zona de Prospecta Oil. Dicho equipo fue contratado sobre la base de la posibilidad de una renovación del contrato si se producía un sondeo positivo. Con el número mínimo de personas permitido por el reglamento gubernamental, procedieron a perforar hasta alcanzar los 1800 metros. Al llegar a ese punto, Harvey relevó de su empleo a todos los implicados pero informó a Reading & Bates —la empresa donde había contratado el equipo— que volvería a necesitarlo en

un futuro cercano y, en consecuencia, continuaría pagando el arriendo.

Después compró en el mercado (a sus propios representantes) acciones de Prospecta Oil a un ritmo de unos cuantos miles diarios durante los dos meses siguientes, y cada vez que el periodismo financiero de la prensa británica telefoneaba para preguntar por qué razón las acciones se mantenían en alza constante el joven encargado de relaciones públicas de Prospecta Oil respondía —de acuerdo con instrucciones recibidas— que por el momento no podía hacer ningún comentario aunque en un futuro cercano harían una declaración a la prensa; algunos periódicos ataron cabos y sacaron sus conclusiones. Las acciones subieron constantemente, de 50 centavos hasta casi 3 dólares. Al mismo tiempo, el gerente de Harvey en Gran Bretaña, Bernie Silverman, sabía muy bien en qué andaba su patrón: no era la primera vez que se veía implicado en operaciones de este tipo. Su tarea principal consistía en que nadie pudiese llegar a demostrar que existía una relación directa entre Metcalfe y Prospecta Oil.

En enero de 1974 las acciones estaban a 6 dólares. Ese era el momento de poner en marcha la tercera parte del plan, que consistía en usar al nuevo recluta de Prospecta Oil —un joven graduado en Harvard llamado David Kesler— como cabeza de turco.



**D**AVID SE AJUSTÓ las gafas a la nariz y volvió a leer el anuncio de la Sección Comercial del Boston Globe para confirmar que no estaba soñando. Parecía estar hecho a su medida:

---

Compañía Petrolera con base en Canadá, que cumple tareas de extensión en el litoral escocés del Mar del Norte, necesita joven ejecutivo con experiencia en el mercado bursátil y las actividades financieras. Salario: 20 000 dólares anuales. Se provee vivienda. Base en Londres. Dirigirse al Apartado de Correos N.º 217A.

---

Fantástico, dijo David para sus adentros, esto suena como un desafío, y aún debe haber más posibilidades en una industria de esa envergadura. Recordó lo que solía decir su profesor de Asuntos europeos: «Si es necesario trabajar en Gran Bretaña, mejor que sea en el Mar del Norte. Es lo más grande que tiene el país. Montones de petróleo en montones de lugares e igualdad de oportunidades para quienes tienen el coraje de comprometerse hasta las últimas consecuencias».

David Kesler era un joven norteamericano típico, delgado, con un corte de pelo más adecuado para un teniente de la Marina que para lo que era la moda, un cutis fresco y una seriedad a toda prueba; deseaba triunfar en el mundo de los negocios con todo el fervor de un graduado reciente de la Facultad de Economía de Harvard. En total había pasado cinco años en Harvard, los tres primeros estudiando matemáticas y los otros dos especializándose en ciencias económicas. Acababa de graduarse y, armado con dos títulos<sup>[1]</sup>, buscaba un empleo que le permitiera utilizar su excepcional capacidad de trabajo. Nunca había sido demasiado brillante, y envidiaba el don natural de algunos de sus compañeros de clase que encontraban más divertidas las teorías económicas post-keynesianas que el trabajo constante. David había trabajado duramente, apenas levantando la nariz de los libros para pasar un rato en el gimnasio y ver, en algún fin de semana ocasional, cómo los de Harvard Jocks defendían el honor de la universidad en el campo de fútbol o de baloncesto. A él también le hubiese gustado jugar, pero eso habría significado una distracción adicional.

Volvió a leer el anuncio.

A los padres de David no les había resultado fácil educar a su hijo. La visión del mundo real que tenía su padre, un ministro calvinista de Oregon, era casi tan ingenua

como la de su doméstica y sencilla esposa. Muy pronto dejaron de amarle y protegerle, contentándose con admirar su sucesión de éxitos estudiantiles. «David no debe llorar si no es el primero de la clase», decía uno de los informes sobre el pequeño aritmético de diez años. Más tarde aprendió a no llorar ante el fracaso, pero le afectaba igualmente. Por eso en Harvard se había encerrado con los libros de estudio y solo se permitía una barra y algunas pesas para relajarse. Conocía a unos cuantos compañeros que hubiesen hecho lo mismo para deslumbrar a alguna rubia tonta. A él no le ocurriría eso.

Volvió a leer el anuncio.

Se había pasado cinco años enclaustrado como un monje y aburrido como un solterón, y había llegado el momento de cosechar las mieles. Solicitaría el trabajo. Naturalmente, era muy joven, pero ese podía ser un tanto a su favor. La integridad de la confianza que tenía en sí mismo no se había visto mermada por ningún fracaso: a la gente eso no le gustaba.

Leyó el anuncio una vez más y escribió a máquina una carta y un sobre dirigido al Apartado de Correos señalado. Pocos días después recibió un cuestionario de un tipo conocido desde sus tiempos en Harvard, que solicitaba respondiera a los siguientes datos:

1. Nombre, edad, domicilio, estado civil.  
Hermanos/hermanas, edad, domicilio, relación de escuelas, facultades y universidades a las que asistió, señalando las fechas correspondientes
2. Relación de escuelas secundarias, Facultades y Universidades, si corresponde, y las fechas respectivas.
3. ¿En qué programa se especializó en la Facultad de Economía?
4.
  - a. Principal campo de estudio.
  - b. Principales actividades extra estudiantiles, en orden de importancia.
5. Distinciones, honores y premios.
6. ¿Qué obtuvo de su vida estudiantil y extra estudiantil en la facultad?
7. Detalle sus diversiones y pasatiempos.
8. Describa en una página sus tres logros más importantes y explique por qué los considera así.

9. ¿Qué factores le llevaron a decidir que una compañía petrolera sería útil para el desarrollo de su carrera?
0. Detalle otras vocaciones o profesiones que haya considerado seriamente.
1. Dé una evaluación sincera de su persona. Mencione las características que considere sus puntos fuertes y aquellas que considere sus debilidades.
2. Describa cualquier situación o tarea en la que se sintiera responsable y díganos qué sacó de esa experiencia.
3. ¿Tiene alguna incapacidad o enfermedad que exija un tratamiento especial? Si/no. En caso afirmativo, explique de qué se trata.
4. Nombre a tres personas que puedan dar referencias sobre usted.

No se puede triunfar en los negocios sin demostrar que uno es una persona normal y fuerte. David llenó el formulario sin reconocer la existencia de ninguna debilidad más importante que la inexperiencia.

Pasaron unos cuantos días y llegó otra carta citándole para una entrevista en un hotel el miércoles siguiente, a las tres de la tarde. Importantes ejecutivos de grandes compañías utilizaban a menudo hoteles para celebrar entrevistas en las ciudades universitarias.

A las 2.45 del miércoles David llegó al Copley Square Hotel de Huntington Avenue, produciendo adrenalina por todo su cuerpo. Mientras entraba en un pequeño salón privado, repitió para sus adentros el lema de la Facultad de Economía: parecer un inglés, pensar como un judío.

Le entrevistaron tres hombres que se presentaron como Silverman, Cooper y Elliott. La conversación corrió a cargo de Bernie Silverman, un neoyorquino canoso con una corbata de cuadros, rodeado de una sólida aura de éxito. Cooper y Elliott se dedicaron a observar a David en silencio. Este hecho no le perturbó: sabía que se percibía su entusiasmo y que se estaba desarrollando muy bien.

Silverman ocupó una considerable parte del tiempo en ofrecer a David una seductora descripción de los antecedentes de la empresa y sus metas futuras. Harvey había entrenado bien a Silverman y este contaba con la elocuencia necesaria para ser la mano derecha en cualquier golpe que planeara Metcalfe.

—Esa es la empresa, señor Kesler. Estamos a las puertas de una de las oportunidades comerciales más importantes del mundo que busca petróleo en el litoral escocés del Mar del Norte. Nuestra empresa. Prospecta Oil, cuenta con el

respaldo de uno de los Bancos más importantes de los Estados Unidos. El gobierno británico nos ha concedido las licencias y nosotros tenemos la financiación necesaria. Pero las empresas se componen, señor Kesler, de personas, así de sencillo. Estamos buscando a un hombre capaz de trabajar noche y día para obtener el rendimiento máximo de Prospecta Oil y el hombre adecuado recibirá un salario de primera línea. Si decidiéramos ofrecerle el puesto, trabajaría en nuestras oficinas de Londres bajo las órdenes inmediatas del señor Elliott, nuestro Número Dos.

—¿Dónde está la sede principal de la compañía?

—En Montreal, Canadá, pero tenemos sucursales en Nueva York, San Francisco, Londres, Aberdeen, Paris y Bruselas.

—¿La empresa está buscando pozos petrolíferos en algún otro lugar?

—Por ahora, no —respondió Silverman—. Estamos invirtiendo millones en el Mar del Norte como consecuencia del sondeo positivo de B. P., y por el momento los campos que tenemos alrededor han tenido éxito cada cinco perforaciones, lo que en nuestro negocio significa mucho.

—¿Cuándo desean que empiece a trabajar el postulante elegido?

—En cualquier momento del mes de enero, cuando haya concluido un curso gubernamental de entrenamiento sobre petróleo —intervino Richard Elliott.

El delgado y cetrino Número Dos tenía acento georgiano. El curso del gobierno era un típico toque a lo Harvey Metcalfe.

—¿Dónde está situado el apartamento que proporciona la empresa? —preguntó David.

La respuesta quedó a cargo de Cooper:

—Ocupará el pequeño piso que posee la compañía en el Barbican, a unos cientos de metros de distancia de nuestras oficinas en la City.

David no hizo más preguntas: Silverman ya había explicado casi todo y parecía saber exactamente qué quería.

David Kesler dejó el hotel sintiéndose complacido por la forma en que había transcurrido la entrevista. Ya le habían ofrecido trabajo en una empresa naviera llamada Sea Containers Inc., pero con un salario de 15 000 dólares y con base en Chicago, que no era el tipo de ciudad que a David le interesaba. A este le gustaba la idea de vivir en Londres y adquirir un tono británico sobre su brillante eficiencia americana. Se prometió que si Prospecta Oil le ofrecía el puesto de tercer ejecutivo en Londres, lo aceptaría.

Diez días más tarde recibió un telegrama de Silverman, invitándole a almorzar en «The 21 Club» de Nueva York. El aspecto elegante del restaurante dio a David la seguridad de que esta gente sabía lo que hacía. La mesa reservada de antemano estaba en uno de los pequeños reservados que tanto gustan a los hombres de negocios para que sus conversaciones resulten confidenciales. Encontró a Silverman en el bar a las 12.55.

Silverman se mostró simpático y tranquilo. Prolongó un rato la conversación

preliminar, hablando de cosas intrascendentes, pero finalmente, con el coñac, ofreció a David el puesto en Londres. David estaba encantado. 20 000 dólares anuales y la posibilidad de formar parte de una empresa que contaba, evidentemente, con un potencial importante. No vaciló en aceptar la propuesta de comenzar a trabajar en Londres el 1 de enero.

Una semana después fue en avión a Santa Bárbara, en la costa occidental de los Estados Unidos, para pasar unas vacaciones extraordinarias con su tío. Las plataformas de prospección cercanas a la costa surgían en racimos del limpio Pacífico. La mayoría de los turistas pensaba que estropeaban el paisaje, y casi todos los habitantes del lugar las detestaban, recordando el desastroso estallido de la Union Oil de California del mes de enero de 1969, cuando 12 000 barriles se alzaron en una columna de fuego y humo que duró varios días, dejando una extensión de petróleo de 1300 kilómetros que mató la fauna y arruinó la industria turística local. Pero a David le gustaron las torres. Ahora que era petrolero, esa pujante tecnología formaba parte de él. Después de pasar tres semanas bañándose y tomando sol se sintió listo para iniciar su nueva carrera y con ganas de comenzar el curso gubernamental de entrenamiento.

David disfrutó de su introducción en el mundo del petróleo, que le proporcionó muchos conocimientos acerca de esa industria, aunque se sintió algo desconcertado al ver que ninguno de los asistentes al curso parecía haber oído nombrar a Prospecta Oil. Pero en ocho semanas David se encargó de que todos la oyeran mencionar. Pasó las Navidades con sus padres en Manhattan y el 28 de diciembre cogió un avión hacia Inglaterra, a ocupar su puesto.

David Kesler nunca había estado en Inglaterra. Notó que allí los pastos eran verdes, las carreteras estrechas y que las casas se ocultaban tras cercados y setos. Después de las enormes autopistas y grandes automóviles de Nueva York, le pareció estar en una ciudad de juguete. El pequeño apartamento del Barbican era minúsculo e impersonal, pero como le había dicho el señor Cooper resultaba muy conveniente por encontrarse muy cerca de su despacho de Threadneedle Street.

Durante el fin de semana, David se dedicó a recuperarse del viaje y a ajustarse a la diferencia horaria. El martes, 2 de enero, se dirigió a paso ligero a las oficinas de Prospecta Oil.

El pequeño edificio de Threadneedle Street constaba de siete habitaciones, de las cuales únicamente la de Silverman tenía un aire de prestigio. Había una minúscula zona de recepción, una sala de télex, dos cuartos para las secretarias, un despacho para el señor Elliott y otro para él. A David todo le pareció muy pequeño pero, como enseguida señaló Silverman, los alquileres de oficinas en la City eran mucho más altos que en Nueva York, en una proporción de 15 a 2.

Judith Lampson, la secretaria de Bernie Silverman, le acompañó al bien equipado despacho del Primer Ejecutivo. Silverman estaba sentado en una enorme silla giratoria de color negro, detrás de un inmenso escritorio, lo que le daba un aspecto de

enano. A su lado tenía los teléfonos: tres blancos y uno rojo. Posteriormente David se enteraría de que el imponente de color rojo estaba directamente conectado con un número de los Estados Unidos, aunque jamás supo cuál.

—Buenos días, señor Silverman. ¿Por dónde quiere que empecemos?

—Bernie, por favor llámeme Bernie. Siéntate —le acercó un télex por encima del escritorio—. Lee eso. Acaban de concluir las perforaciones en el Mar del Norte. Quiero que vayas a Aberdeen y redactes un informe completo. Mientras estés allá, trata de averiguar en qué andan las otras empresas. Notarás que el curso que acabas de seguir te resulta muy útil. Lamento tener que enviarte fuera cuando acabas de llegar a Londres y ni siquiera has tenido la posibilidad de instalarte.

—No importa —respondió David—. Me alegro de empezar a trabajar enseguida.

Dejó el despacho de Silverman y pasó el resto del día con su nueva secretaria, Rosemary Rentoul (que compartía con Richard Elliott), organizando el viaje a Aberdeen y reuniendo algunos materiales que iba a necesitar.

A la mañana siguiente David voló a Aberdeen en un Trident, se alojó en el Royal Hotel y se puso en contacto con Mark Stewart, el hombre de Prospecta Oil en Aberdeen. Durante los diez días siguientes reunió toda la información que Silverman le había pedido, tanto sobre Prospecta Oil como la relativa a las demás empresas que trabajaban en la zona. Prospecta Oil tenía muy pocos empleados y ninguno de ellos parecía saber con claridad en qué andaba la empresa. Mark Stewart le explicó que casi todos eran trabajadores temporales ya que solo se necesitaba mucha mano de obra en el momento de realizar las perforaciones.

Durante la estancia de David en Aberdeen fueron en helicóptero hasta la plataforma de perforación, que también aparecía desierta. Estaba rodeada de olas grises y un viento cortante la atravesaba constantemente. A David le pareció extraña, como si nunca la hubieran usado ni ocupado. No obstante, había un penetrante olor a azufre y a hidrocarburos en el aire. A David le gustó este detalle: recordó que en el curso del gobierno le habían dicho que cuando se realiza un sondeo positivo el hedor es peor al de un vertedero de basura.

El lunes siguiente por la mañana llegó a su despacho de Londres con el informe e inmediatamente se lo presentó a Silverman. A David le había llevado bastante tiempo y dificultades compilar un resumen eficiente para su nuevo jefe. Había empezado a trabajar bien y así pensaba continuar, y esperaba que supieran apreciarlo. Pero Silverman parecía tener otros problemas en la cabeza e invitó a David a almorzar en «Le Poulbot». Allí David descubrió qué le preocupaba.

Cuando estuvieron instalados en su mesa, Silverman aventuró:

—¿Notaste el cambio en el precio de las acciones?

—Sí, de 50 centavos hasta casi 6 dólares. Supongo que es en virtud del respaldo de nuestro nuevo Banco y los sondeos llevados a cabo con éxito de las otras empresas.

—No —aseguró Silverman en un tono bajo, como para dar la impresión de que

nadie más debía oír esta parte de la conversación—, la verdad es que nosotros hemos descubierto un pozo pero todavía no hemos decidido cuándo lo anunciaremos.

David silbó, conteniendo el aliento: ahora no le extrañó que se mostraran tan imperturbables en Escocia. Tampoco le pareció extraño que el aire que rodeaba a Prospecta Oil estuviese cargado de azufre.

—¿Qué plan tiene la empresa?

—Lo anunciaremos aproximadamente dentro de tres semanas, cuando estemos seguros de la magnitud y la capacidad del pozo —replicó Silverman serenamente mientras cogía su panecillo—. Queremos trazar algunos planes para hacer frente a la publicidad y la afluencia repentina de dinero. Naturalmente, las acciones subirán hasta el techo.

—Algunos ya deben haberse enterado, ya que las acciones han estado en alza uniforme. ¿Puede resultar perjudicial entrar en escena? —preguntó David.

—No, siempre que no afecte de ningún modo a la empresa. Hazme saber si alguien quiere invertir. En Inglaterra no tenemos ningún problema con la información confidencial... aquí no existe ninguna de las leyes restrictivas que tenemos en los Estados Unidos.

Cuando volvió a su despacho, David leyó atentamente el informe geológico que Silverman le había entregado: por cierto parecía que Prospecta Oil había realizado una perforación con éxito, aunque todavía no había ninguna certeza en cuanto a la magnitud del descubrimiento. Cuando terminó de leer el informe miró la hora y maldijo para sus adentros. La información geológica le había absorbido por entero y temió llegar tarde a la cena que esa noche compartiría en Oxford con un excompañero de Harvard. Metió el informe en la cartera y cogió un taxi hasta Paddington Station, donde llegó para alcanzar justo a tiempo el tren de las 6.15.

En el viaje a la ciudad universitaria pensó en Stephen Bradley, que había sido un buen amigo en los tiempos de Harvard y había ayudado a muchos estudiantes, a él mismo, en las clases de matemáticas. Ahora Stephen era un miembro visitante del Magdalen College y sin duda alguna, el erudito más brillante de su generación. Había ganado la Beca Kennedy al ingresar en Harvard y más tarde, en 1970, el Premio Wister de matemáticas, la recompensa más preciada de la facultad. Aunque en términos monetarios el premio no representaba más que la irrisoria suma de 80 dólares y una medalla, la competencia era muy intensa en virtud de la reputación que significaba y las ofertas que traía consigo. Stephen lo había ganado con suma facilidad y nadie se sorprendió cuando aprobaron su solicitud como Miembro Visitante en Oxford. Hacía tres años que estaba en el Magdalen College. Con bastante frecuencia aparecían artículos de Bradley sobre álgebra booleana en las Actas de la London Mathematical Society. Era prodigiosamente inteligente y acababa de ser elegido para ocupar una cátedra de matemáticas en Harvard, de donde era exalumno.

David sentía un gran afecto por su brillante amigo y tenía ganas de volver a verle para conocer sus últimas obras y éxitos, aunque sabía que tendría que arrancarle la

información. Con frecuencia, las personas auténticamente brillantes conservan una tendencia a guardar silencio porque saben demasiado.

El tren de las 6.15 llegó a Oxford a las 7.15, y después del breve viaje desde la estación, pasando por Worcester College y bajando por New College Lane, el taxi dejó a David en Magdalen a las 7.30. Lamentó que fuera ya de noche, y no poder apreciar nítidamente la magnificencia de las diversas facultades que componían la universidad.

Uno de los porteros del College acompañó a David hasta la habitación de Stephen, que era espaciosa, antigua y confortable, atestada de libros, cojines y grabados. David pensó que era muy distinta a las antisépticas paredes de Harvard. Stephen le estaba esperando. Su aspecto no había cambiado un ápice. Su cuerpo alto, delgado y desgarrado hacía parecer que le colgaban los trajes, ningún sastre le habría utilizado como maniquí. Sus espesas cejas sobresalían por encima de las anticuadas gafas de montura redonda detrás de las cuales parecía ocultarse tímidamente. Se acercó a dar la bienvenida a David, pareciendo un anciano por un instante y un segundo después menor de treinta años. Stephen sirvió un par de Jack Daniels y se sentaron a charlar. Aunque Stephen nunca había considerado a David un verdadero amigo de Harvard, le había gustado ayudar a un compañero tan ansioso por aprender, además de que siempre aceptaba alborozado cualquier excusa para recibir americanos en Oxford.

—Han sido tres años memorables, David. El único acontecimiento triste fue la muerte de mi padre el año pasado —dijo Stephen—. ¡Se tomaba tanto interés por mis progresos y apoyaba tan fervientemente mi labor universitaria! Le echo mucho de menos. De hecho, me ha dejado muy bien económicamente... David, tú eres muy brillante para los negocios. ¿Qué puedo hacer con una herencia de 250 000 dólares que no me sirve más que para estar depositado en el Banco? Parece que nunca tengo tiempo para hacer nada con ellos y en cuanto a invertir no tengo la menor idea de por dónde empezar.

Las palabras de Stephen hicieron recordar a David su ardua y nueva tarea para Prospecta Oil.

—¿Por qué no inviertes el dinero en mi compañía, Stephen? Hemos hecho un sondeo fantástico en el Mar del Norte y cuando lo hagamos público las acciones subirán hasta el techo. Todo el proceso llevará alrededor de un mes. Darás el golpe de tu vida. Ojalá yo tuviera dinero para invertir.

—¿Tienes todos los detalles de la prospección? —preguntó Stephen.

—No, pero tengo el informe geológico, cuya lectura es muy interesante. El problema es que las acciones ya están subiendo rápidamente y, aunque estoy convencido de que llegarán a los 20 dólares, no hay que perder el tiempo.

Stephen echó una ojeada al informe geológico, pensando que más tarde lo estudiaría minuciosamente.

—¿Cómo se hacen las inversiones de este tipo? —preguntó.



—Te buscas un corredor de Bolsa respetable, compras todas las acciones que puedas y esperas el anuncio del descubrimiento. Te mantendré informado del desarrollo de los acontecimientos y te aconsejaré cuando crea que es el mejor momento de venderlas.

—Es muy amable de tu parte, David.

—Es lo menos que puedo hacer teniendo en cuenta cuánto me ayudaste con las matemáticas en Harvard.

—Eso no fue nada. Vayamos a cenar.

Stephen llevó a David al comedor de la facultad, un salón rectangular con paredes forradas de roble cubiertas de cuadros de expresidentes de Magdalen, obispos y catedráticos. Las largas mesas de madera en las que los alumnos estaban comiendo llenaban todo el salón, pero Stephen se dirigió a la mesa de la Presidencia y ofreció a David un cómodo asiento. Stephen los ignoró pero David disfrutó de esta nueva experiencia.

La comida resultó sensacional y David se preguntó cómo haría Stephen para mantenerse tan delgado con semejantes tentaciones cotidianas (en Magdalen no es raro ver un menú de siete platos para los niveles académicos superiores). Cuando llegaron al oporto, Stephen sugirió que volvieran a su apartamento en lugar de unirse a los ancianos y malhumorados catedráticos del Salón Principal.

Ya tarde esa misma noche, escanciando el excelente oporto de Magdalen, hablaron del petróleo del Mar del Norte y del álgebra booleana, admirándose mutuamente por el dominio de los temas respectivos. Stephen, como la mayoría de los académicos, era bastante crédulo fuera de los límites de su disciplina. Comenzó a pensar que una inversión en Prospecta Oil sería algo muy astuto.

A la mañana siguiente caminaron por el famoso paseo de Addison, cercano a Magdalen, donde el césped crece pleno de verdor y mullido junto a Cherwell. David cogió a regañadientes el tren de las 11.00 para volver a Londres. Estaba satisfecho de su estancia en Oxford, logrando ayudar a su viejo amigo de Harvard que en el pasado tanto había hecho por él.

—Buenos días, David.

—Buenos días, Berni. Debo comunicarle que pasé la noche con un amigo en Oxford y es posible que decida invertir en la empresa una buena cantidad. La suma podría alcanzar la cifra de 250 000 dólares.

—Bien hecho, sigue trabajando así. Estás cumpliendo muy bien tu tarea, David.

Silverman no mostró ninguna sorpresa ante la noticia de David pero cuando volvió a su despacho cogió el teléfono rojo.

—¿Harvey?

—Sí.

—Kesler parece ser el hombre adecuado. Habló con un amigo para que invirtiera

250 000 dólares en la compañía.

—Da instrucciones a mi agente para que haga salir 40 000 acciones al mercado a poco más de 6 dólares cada una. Si el amigo de Kesler decide invertir, las mías serán las únicas acciones disponibles.

Stephen lo pensó un día más y vio que las acciones de Prospecta Oil subían de 5,75 a 6,05. Decidió que había llegado el momento de invertir en lo que ya estaba convencido que sería un éxito. Confiaba en David y se había sentido muy impresionado por el informe geológico. Telefonó a Kitcat & Aitken, una famosa firma de corredores de Bolsa de la City, y les dio instrucciones de que compraran acciones de Prospecta Oil por valor de 250 000 dólares. Cuando el pedido de Stephen llegó al mercado, el agente de Harvey Metcalfe ya había emitido 40 000 acciones y la transacción se cerró de inmediato. El precio de compra para Stephen fue de 6,10, incluyendo la prima en dólares.

Stephen invirtió todo lo que tenía y durante los días siguientes comprobó dichoso que las acciones subían a 7 dólares, incluso antes de que se produjera el esperado anuncio. Aunque Stephen no lo sabía, fue su propia inversión lo que produjo el alza de las acciones. Comenzó a preguntarse en qué gastaría los beneficios. Decidió no vender inmediatamente sino retener las acciones, ya que David pensaba que alcanzarían los 20 dólares.

Al mismo tiempo, Harvey Metcalfe comenzó a emitir algunas acciones más al mercado en virtud del interés creado por la inversión de Stephen. Empezaba a coincidir con Silverman en el sentido de que la elección de David Kesler —joven, honesto y con todo el entusiasmo de un hombre que realiza su primer trabajo— era muy adecuada. No era la primera vez que Harvey empleaba este sistema, manteniéndose al margen de la acción y dejando caer la responsabilidad en manos inocentes.

Entre tanto Richard Elliott, actuando como portavoz de la compañía, dio ciertos datos a la prensa, referentes a importantes compradores en el mercado, noticia que provocó, por sí misma, la afluencia de pequeños inversores.

Una lección que se aprende en la Facultad de Economía de Harvard es que un ejecutivo vale tanto como su salud. David no estaba tranquilo sin un chequeo médico regular: le gustaba que le dijeran que estaba en buen estado de salud pero que quizá debía tomarse las cosas con más calma. En consecuencia, la señorita Rentoul le concertó una entrevista en el consultorio de un médico de Harley Street.

El Dr. Adrian Tryner era un triunfador. Alto y guapo, ya había cumplido los 37 años y tenía una mata de pelo oscuro que señalaba que nunca se quedaría calvo. Poseía un rostro clásico y una gran seguridad en sí mismo, nacida del éxito probado. Seguía jugando al tenis dos veces a la semana, lo que le hacía parecer envidiablemente más joven que los de su misma edad. Se mantenía en forma desde

sus épocas de Cambridge, que le habían dado fama en el rugby y un título superior de segunda clase. Completó su preparación médica en St. Thomas, donde una vez más su desempeño en el rugby y no su habilidad profesional le proporcionó un lugar destacado. Cuando se graduó, entró a trabajar como asistente de un famoso médico de Harley Street, el doctor Eugene Moffat. Este no tenía tanta habilidad para curar como para hechizar a sus pacientes, especialmente a las mujeres maduras que acudían repetidas veces a su consultorio aunque no les aquejara ninguna dolencia. A 50 guineas la consulta, esto significaba un éxito.

Moffat había escogido como asistente a Adrian Tryner precisamente porque poseía las mismas cualidades que él, lo que le hacía ser más solicitado. Tryner era un hombre bien parecido y atractivo, bien educado y bastante inteligente. Se adaptó muy bien a Harley Street y al sistema de Moffat; cuando este murió repentinamente, poco después de cumplir sesenta años, Adrian se colocó su manto a la manera de un príncipe heredero que ocupa el trono. Continuó la práctica profesional sin perder a una sola de las mujeres de Moffat salvo por causas naturales. A los treinta y siete años disfrutaba de una posición envidiable. Tenía una cómoda casa de campo en las afueras de Newbury, en Berkshire, una esposa, dos hijos y considerables ahorros en acciones. No se quejaba por su buena fortuna y disfrutaba de su tipo de vida, pero se aburría. En ocasiones, el papel de médico comprensivo le resultaba casi intolerablemente empalagoso. ¿Qué ocurriría si reconociera que ignoraba y no le importaba cuál era la causa de las ínfimas señales de dermatitis que aparecían en las manos tachonadas de diamantes de *Lady Fiona Fisher*? ¿Se abrirían los cielos si decía a la espantosa señora Page-Stanley que era una anciana maloliente y lo único que necesitaba era una dentadura nueva? ¿Le borrarían del Colegio Médico si administraba personalmente a la núbil señorita Lydia de Villiers una buena dosis de lo que con tanta claridad decía que quería?

David Kesler llegó puntualmente a su cita. La señorita Rentoul le había advertido que los médicos y los dentistas cancelan la consulta si uno llega tarde y además la cobran.

David se desvistió y se tumbó en el diván de Adrian Tryner. El médico le tomó la tensión, le auscultó el corazón y le hizo sacar la lengua (un órgano que rara vez resiste el escrutinio público). Mientras golpeteaba y hurgaba el cuerpo de David, comenzaron a conversar.

—¿Qué le ha traído a Londres, señor Kesler?

—Trabajo en una compañía petrolera en la City. Espero que conozca nuestro nombre: Prospecta Oil.

—No —respondió Adrian—, no la he oído nombrar. Doble las piernas, por favor —golpeó rápida y sucesivamente las rótulas de David con un martillo. Las piernas de David se elevaron violentamente.

—Está muy bien de reflejos.

—Nos conocerá, doctor Tryner, ya verá. Nos está yendo muy bien. Busque

nuestro nombre en los periódicos.

—¿Qué, habéis descubierto petróleo? —preguntó Adrian, sonriendo.

—Sí —respondió David serenamente, satisfecho de la impresión que estaba causando—, de hecho, es lo que acabamos de hacer.

Adrian apretó unos segundos el abdomen de David. Buenas paredes musculares, nada de grasa, ningún síntoma de hígado dilatado. El joven americano se encontraba en buen estado físico. Adrian le dejó en el consultorio para que se vistiera y escribió atentamente un breve informe sobre Kesler para sus archivos. Un sondeo petrolero positivo. ¿No sería conveniente explorar más a fondo?

Los médicos de Harley Street, aunque por rutina hacen que sus pacientes esperen tres cuartos de hora en una sala con estufa de gas y un ejemplar atrasado de Punch, nunca les tratan precipitadamente o con prisas cuando están dentro del consultorio. Por cierto, Adrian no quería dar prisas a David.

—Casi todo anda bien en su cuerpo, señor Kesler. Quizás algún pequeño síntoma de anemia, que sospecho proviene del exceso de trabajo y de sus recientes viajes y ajetreos. Le recetaré unas tabletas de hierro y quedará todo solucionado. Debe tomar dos diarias, una por la mañana y otra por la noche —garrapateó una receta ilegible que extendió a David.

—Muchas gracias. Ha sido muy amable al concederme tanto tiempo.

—Nada de eso. ¿Le gusta Londres? —preguntó Adrian—. Me imagino que es muy distinto a los Estados Unidos.

—Sin duda... el ritmo es mucho más lento. Cuando llegue a tener claro el tiempo que lleva hacer algo aquí, estaré a mitad de camino del triunfo.

—¿Tiene amigos en Londres?

—No —respondió David—. En Oxford me he encontrado con uno o dos excompañeros de Harvard, pero todavía no tengo muchos conocidos en Londres.

Bien, pensó Adrian, he aquí una oportunidad para averiguar algo más sobre ese petróleo y pasar un rato con alguien que hacía que la mayoría de sus pacientes parecieran tener los dos pies en la tumba. Esta relación podría incluso sacarle de su letargo actual.

—¿Quiere almorzar conmigo el fin de semana? Seguramente le gustará conocer uno de nuestros antiguos *clubs* londinenses.

—Sí, muchas gracias.

—Excelente. ¿Le viene bien el viernes?

—Claro que sí.

—Entonces le espero a la una en el Athenaeum Club de Pall Mall.

David regresó a su oficina, compró las tabletas en el camino y tomó una inmediatamente, pensando que le traería suerte. Estaba empezando a gustarle su estancia en Londres. Silverman parecía contento con él, Prospecta Oil funcionaba bien y estaba conociendo a gente interesante. Sí, estaba seguro de que este sería uno de los períodos dichosos de su vida.

El viernes a las 12.45 llegó al Athenaeum, un imponente edificio blanco situado en la esquina de Pall Mall, dominado por una estatua del duque de Wellington. David se desconcertó por la amplitud de las habitaciones y su mente comercial no pudo evitar preguntarse cuánto costarían arrendadas como espacio de oficinas. El lugar parecía lleno de figuras de cera en movimiento, y después Adrian le informó que se trataba de distinguidos generales y diplomáticos.

Almorzaron en el Coffee Room, dominado por un Carlos II de Rubens, y Adrian contó a David la famosa historia del Athenaeum referente al hombre que entró al club y preguntó al jefe de los porteros si podía cambiarle un cheque.

—¿Es usted miembro del club, señor? —preguntó el portero.

—No —replicó el visitante.

—Entonces sí, señor —fue la respuesta.

Durante el café, David contó a Adrian los detalles de los descubrimientos geológicos hechos en los terrenos de Prospecta Oil. En la Bolsa de Montreal las acciones estaban ahora a 7,15 y seguían en alza.

—Parece una buena inversión —aventuró Adrian— y tratándose de su propia empresa, seguramente vale la pena correr el riesgo.

—No creo que existan demasiados riesgos —se apresuró a decir David— ya que el petróleo está allí.

—Bien, lo pensaré más tranquilamente durante el fin de semana.

Después de almorzar se separaron, David para asistir a una conferencia sobre la crisis energética, organizada por The Financial Times, y Adrian para volver a su casa de Berkshire. Sus dos hijos habrían vuelto de la escuela para pasar el fin de semana en casa y tenía muchas ganas de verles. Qué rápidamente se habían transformado de bebés en pequeñines, y de pequeñines en muchachitos, y qué tranquilizador resultaba saber que su futuro estaba asegurado.

Una de las primeras llamadas que recibió David el lunes por la mañana fue la de Adrian.

—¿Leyó el artículo sobre la repentina prosperidad del petróleo del Mar del Norte en The Observer?

—Sí —respondió David—, claro que sí. Atentamente.

—Parecía indicar que las compañías más pequeñas podían llevar la delantera en la búsqueda de petróleo. A fin de cuentas, cuando el gobierno británico asignó los lotes del Mar del Norte debió hacerlo de una forma totalmente indiscriminada, ya que no podían saber dónde había petróleo.

—Así es —coincidió David— y creo que nuestra empresa es una de las afortunadas. El Mar del Norte le hará un inmenso bien a Gran Bretaña y creo que usted haría bien en invertir en nuestra compañía.

—Sí. Creo que será una inversión bastante racional, pero volveré a vender antes de que las acciones alcancen los 20 dólares. No hay que ser demasiado ambicioso.

—Estoy seguro de que eso es lo sensato. Tiene que venir a almorzar conmigo

algún día.

—Buena idea. No deje de llamarme.

Bernie Silverman se sintió muy complacido al oír hablar de la posibilidad de otra inversión.

—Te felicito, muchacho. Necesitaremos mucho capital para financiar el tendido de las tuberías, que puede costar dos millones de dólares por milla. Tú estás cumpliendo tu parte muy bien. La sede central me ha pedido que te compense con una sobrepaga de 5000 dólares por tus esfuerzos. Continúa trabajando así.

David sonrió. Así se hacían los negocios a la manera de Harvard. Si trabajas, tendrás la recompensa, no es ninguna tontería.

—¿Cuándo se dará a conocer? —preguntó.

—En los próximos días.

David dejó el despacho de Silverman resplandeciente de orgullo.

Inmediatamente Silverman se puso en contacto con Harvey Metcalfe, que echó a andar otra vez el mecanismo. Los corredores de Metcalfe emitieron 35 000 acciones en el mercado a 7,23 dólares y aproximadamente 5000 más los días siguientes, asegurándose siempre en qué momento el mercado había absorbido lo suficiente para que el precio se mantuviera estable. También en esta ocasión las acciones experimentaron un alza en virtud de la considerable inversión del Dr. Tryner, esta vez hasta 7,40, dejando contentos a David, a Adrian y a Stephen.

Ignoraban que Harvey emitía acciones diariamente por el interés que ellos mismos habían provocado, creando un mercado propio.

David decidió gastar parte de su paga extra en un cuadro para su pequeño piso del Barbican, que le parecía un poco sombrío. Alrededor de 2000 dólares, pensó, algo que se revalorizara con el tiempo. A David le gustaba el arte por sí mismo, pero aún más por su significado comercial. Pasó la tarde del viernes recorriendo Bond Street, Cork Street y Burton Street, el corazón de las galerías de arte londinenses. La Wildenstein resultó demasiado cara para su bolsillo, y la Marlborough demasiado moderna para su gusto. Por último eligió un cuadro en la galería Lamanns de Bond Street.

La galería —que estaba a tres puertas de distancia de la Sotheby— tenía una amplia sala con una alfombra gris deshilachada y un empapelado de color rojo desteñido. Cuanto más gastada la alfombra y más despintadas las paredes, mayor el éxito y la reputación de la galería (al menos en teoría). Al final del salón había una escalera contra la que habían amontonado algunos cuadros de espaldas al mundo, de los que nadie hacía caso. David los miró por capricho y descubrió, con gran sorpresa, el tipo de pintura que estaba buscando.

Se trataba de un óleo de León Underwood titulado Venus en el parque. El gran lienzo, bastante pesimista, mostraba a seis hombres y mujeres sentados en sillas de

metal ante unas mesas de té redondas. En medio de ellos, en primer plano, había una hermosa mujer desnuda, de pechos llenos y pelo largo. Nadie le prestaba la menor atención y ella miraba hacia afuera del cuadro, con expresión inescrutable, como un símbolo de calidez y amor en un medio indiferente. A David le resultó absolutamente convincente.

Jean Pierre Lamanns, el propietario de la galería, llevaba un elegante traje hecho a medida, como correspondía a un hombre que rara vez recibía cheques por cifras inferiores a las 1000 libras. A los 35 años podía permitirse las pequeñas extravagancias de la vida, y sus zapatos Gucci, la corbata de Yves St. Laurent, la camisa de Turnbull & Asser y el reloj Piaget no dejaban la menor duda, especialmente en las mujeres, de que sabía hacer las cosas. Era exactamente la visión que tiene un inglés de un francés: esbelto y acicalado, con pelo largo y oscuro y ondulado y profundos ojos pardos que insinuaban cierta agudeza. Podía ser sumamente quisquilloso y exigente, con un ingenio que a menudo era tan cruel como divertido, y probablemente esta era una de las razones por las que seguía siendo soltero, aunque sin duda alguna no había habido pocas postulantes. Solo desplegaba su encanto frente a los clientes.

Mientras David extendía el cheque, frotó el dedo índice hacia atrás y hacia adelante sobre su elegante bigote, lo bastante dichoso como para hablar del cuadro.

—En la actualidad, Underwood es uno de los más grandes escultores y artistas de Inglaterra. Como usted sabrá, fue uno de los maestros de Henry Moore. Creo que se le subestima por su forma de tratar a los periodistas en particular, y a la prensa en general, describiendo a todos como cagatintas borrachos.

—Ese no es un método para granjearse la simpatía de los medios de comunicación —murmuró David mientras entregaba a Lamanns el cheque de 850 libras, sintiéndose alegremente próspero.

Aunque se trataba de la compra más costosa que había hecho en toda su vida, tenía la sensación de que estaba haciendo una buena inversión y, lo que era más importante aún, le gustaba el cuadro.

Jean Pierre acompañó a David al piso de abajo para mostrarle la colección de pintores impresionistas y modernos que había conseguido a lo largo de los años y continuó ensalzando a Underwood. Celebraron la adquisición de David con un *whisky* en el despacho de Jean Pierre.

—Me gustaría ver algo más de la obra de Underwood, señor Lamanns.

—En ese caso lo único que puedo aconsejarle es que se decida a viajar hasta su estudio en Brook Green, para ver su taller. Si quiere le acompaño. Hace mucho tiempo que no le he visto.

—Me encantaría —respondió David.

David se sintió muy impresionado por el profundo conocimiento del arte que mostraba el francés. Siempre había admirado a los expertos. Acordaron visitar a Underwood ese fin de semana.

El sábado David fue en coche desde la City hasta Brook Green y logró perderse dos veces en Chiswick. Se preguntó si alguna vez comprendería cómo funcionaba el sistema de carreteras de Londres. Cuando por fin llegó, Jean Pierre estaba esperándole en la acera y le llevó directamente al encuentro del gran personaje, ahora muy viejo y casi ciego. Pero en todo lo que decía ponía en evidencia su gran entusiasmo y experiencia. Su estudio, instalado en el sótano, estaba atestado de pinturas y esculturas. Allí había cincuenta años de trabajo y David pasó dos horas con el deseo de poder darse el gusto de comprarlo todo.

Finalmente compró una pequeña maqueta llamada El malabarista e invitó a almorzar a los otros dos.

—Rara vez salgo de casa —dijo Underwood—, pero si quiere volver a verme, o desea traer a algún amigo, siempre será bien recibido.

Se despidió gentilmente de ambos y volvió a su lienzo inconcluso. Levantó el pincel y pensó con cierta nostalgia en su hermosa Venus desnuda en una de las paredes del joven y vigoroso norteamericano.

David no estaba muy seguro con respecto al lugar adecuado para llevar a almorzar a Jean Pierre y se decidió por el nuevo Hilton de Shepherds Bush. Al igual que muchos norteamericanos en una ciudad extraña, sabía que muy pocas cosas pueden salir mal en un Hilton: cualquiera era tan tranquilizador como la patria. Conrad Hilton debió hacer millones especulando con esta característica específica de sus compatriotas.

Durante el almuerzo, Jean Pierre contó a David con más detalle cómo había levantado su negocio durante los últimos quince años, pasando de una pequeñísima galería a la actual, con una deslumbrante existencia de impresionistas de segundo orden.

—Pero —continuó—, espero que mi galería llegue a ser tan respetada como la Agnew's o la Tooth's.

—No me cabe ninguna duda de que así será. En este país no hay mucho espíritu emprendedor ni se trabaja duro, de modo que cualquiera con su iniciativa triunfaría. ¿Por qué abandonó Francia?

—He aquí una buena pregunta. Digamos que estuve a punto de casarme con la hija del presidente de la Bernheim Jeune. Además, hay suficientes franceses tratando de instalar galerías en París. Pero ya hemos hablado bastante de mí (Jean Pierre jamás sentía que ya se había hablado bastante de él). ¿En qué trabaja?

—Trabajo en una pequeña empresa petrolera llamada Prospecta Oil, que está realizando prospecciones en el Mar del Norte.

—¿Han encontrado algo? —preguntó Jean Pierre.

—Me permito decirle, confidencialmente, que estamos bastante ilusionados con respecto al futuro. No es ningún secreto que las acciones de la compañía han subido de 3 dólares a 7 en la última semana, pero nadie conoce la verdadera razón.

—¿Sería una buena inversión para un pequeño comerciante de arte como yo? —



preguntó Jean Pierre.

—Le diré lo que pienso yo de esta inversión. El lunes invertiré personalmente 3000 dólares en la empresa, todo lo que tengo en el mundo ahora que he capturado a Venus. En breve haremos un anuncio especial.

Los ojos de Jean Pierre brillaron. Para su sutileza gala un movimiento de la cabeza decía tanto como un guiño. No prosiguió con el tema.

Durante el resto de la comida discutieron su interés común: los deportes. Estaban tan absortos en la conversación que no notaron que el camarero deambulaba ansiosamente para limpiar la mesa, ya que esa tarde necesitaba algún tiempo libre. Se separaron al descubrir, sorprendidos, que eran casi las cuatro de la tarde.

—¿Cuándo será anunciado el descubrimiento, Bernie?

—Esperamos que a principios de la semana próxima. Han surgido problemas, aunque nada que no podamos resolver.

Esta afirmación proporcionó cierto alivio a David, que aquella mañana había comprado 500 acciones, invirtiendo los 3000 dólares restantes de su paga suplementaria. Esperaba, como los demás, rápidos beneficios.

—Rowe Rudd.

—Frank Watts, por favor. Jean Pierre Lamanns.

—Buenos días, Jean Pierre. ¿Qué podemos hacer por ti?

—Quiero comprar 25 000 de Prospecta Oil.

—Nunca las he oído nombrar. Espera un minuto... empresa canadiense, poco capital. Algo arriesgado, Jean Pierre. No te lo recomendaría.

—No hay ningún problema, Frank, solo quiero tenerlas dos o tres semanas y después venderlas. No quiero quedarme con ellas. ¿Cuándo empezó el cómputo?

—Ayer.

—Bien. Compra hoy y véndelas cuando concluya el cómputo o antes. Espero un anuncio la semana próxima, de modo que cuando sobrepasen los 10 dólares puedes quitártelas de encima. No estoy tratando de ser demasiado listo, pero cómpralas a nombre de mi sociedad anónima, ya que no quiero que se sepa que soy el tenedor... podría crearle dificultades al informante.

—De acuerdo. Comprar 25 000 de Prospecta Oil y vender durante los últimos días del cómputo o antes según las instrucciones.

—La semana próxima estaré en París, pero no debes olvidarte de venderlas si superan los 10 dólares.

—De acuerdo, Jean Pierre. Espero que tengas un buen viaje.

Sonó el teléfono rojo.

—Rowe Rudd busca acciones. ¿Sabes algo?

—No, Harvey. Debió ser otra vez David Kesler. ¿Quieres que hable con él?

—No, no digas nada. He liberado 25 000 acciones a 7,80. Kesler solo tiene que hacer otra operación grande y habremos concluido. Prepara nuestro plan para una semana antes del fin de este cómputo.

—De acuerdo, jefe. Bastantes personas más están comprando pequeñas cantidades.

—Sí, igual que siempre, todos tienen que contar a sus amigos que andan en algo grande. No digas nada a Kesler.

—David —dijo Richard Elliott—, estás trabajando demasiado. Debes relajarte y descansar. Cuando se haga el anuncio estaremos muy ocupados.

—Supongo que sí —dijo David—. El trabajo se ha convertido en un hábito.

—¿Por qué no sales esta noche? ¿Qué te parece si comemos algo en el Annabel's ?

David se sintió halagado por la invitación al *night-club* más exclusivo de Londres y aceptó entusiasmado.

El Ford Cortina alquilado por David parecía fuera de lugar en Berkeley Square, con tantos Rolls Royce y Mercedes aparcados en doble fila. Se abrió camino por la pequeña escalera de hierro hasta el sótano, que en otra época debió ser vivienda de la servidumbre de la elegante casa que estaba a nivel de la calle. Ahora era un espléndido club con restaurante, discoteca y un lujoso bar con las paredes cubiertas de grabados y pinturas originales. El comedor principal estaba tenuemente iluminado y atestado de pequeñas mesas, casi todas ocupadas. El decorado era de estilo regencia, extravagante. En el corto período de diez años, Mark Birley, el propietario, había hecho de Annabel's el club más solicitado de Londres, con una lista de más de mil aspirantes a socios. En el extremo más alejado estaba la discoteca. La pista de baile, en la que no habrían cabido dos Cadillacs, estaba concurridísima. La mayoría de las parejas bailaban muy juntas, pero no tenían otra opción. David se sintió algo sorprendido al notar que la mayoría de los hombres que había eran alrededor de veinte años mayores que las muchachas. Louis, el *maître*, precedió a David hasta la mesa de Richard Elliott, comprendiendo que esta era su primera visita al club por la forma en que contemplaba a las personalidades presentes. Bueno, pensó David, tal vez algún día ellos me contemplen así a mí.

Después de una cena excepcional, Richard Elliott y su esposa se unieron a los bailarines, mientras David regresaba al pequeño bar rodeado de cómodos sofás tapizados de rojo. Inició una conversación con alguien que se presentó como James Brigsley. Aunque no consideraba al mundo entero de la misma manera, indudablemente en el Annabel's se comportaba como en un escenario. Alto, rubio y descarado, sus ojos estaban encendidos de buen humor y parecía sentirse cómodo con todos los que le rodeaban. David admiró sus modales socialmente tranquilos, algo

que nunca había logrado adquirir jamás. Su acento, aun para los oídos inexpertos de David, pertenecía inconfundiblemente a la clase alta.

El nuevo conocido de David habló de sus visitas a los Estados Unidos, halagándole al observar cuánto le habían gustado siempre los norteamericanos. Después de un rato, David logró preguntarle en voz baja al *maître* quién era el inglés.

—Lord Brigsley, el hijo mayor del conde de Louth, señor.

Caramba, pensó David, los lores son iguales a cualquiera, especialmente cuando han bebido unos cuantos tragos. Se dio cuenta de que Lord Brigsley estaba golpeando su copa.

—¿Quiere otra?

—Muchas gracias, milord —aceptó David.

—Deje de lado esas estupideces. Me llamo James. ¿Qué hace en Londres?

—Trabajo para una empresa petrolera. Probablemente usted conoce al presidente. Lord Hunnisett. Si he de decirle la verdad, yo no le conozco personalmente.

—Es un viejo mastuerzo —afirmó James—. Su hijo y yo fuimos condiscípulos en Harrow. Ya que está en la industria petrolera, podrá aconsejarme qué hacer con mis acciones de la Shell y la British Petroleum.

—Reténgalas. Invertir en petróleo es un negocio seguro, siempre que el gobierno británico no se vuelva avaro y trate de controlarlo directamente.

Llegó otro *whisky* doble. David comenzaba a sentirse levemente bebido.

—¿Y su empresa? —preguntó James.

—Se trata de una empresa pequeña, pero en los últimos tres meses las acciones han experimentado un alza superior a la de cualquier otra compañía petrolera, aunque sospecho que todavía no han alcanzado la cumbre.

—¿Por qué? —preguntó James.

David miró a su alrededor y bajó la voz hasta convertirse en un susurro confidencial:

—Supongo que usted sabe muy bien que si se descubre un pozo en una gran empresa, el aumento de los beneficios es mínimo, pero si ocurre lo mismo en una compañía pequeña, es natural que esto se refleje como un aumento considerablemente mayor de los beneficios con respecto al total de la inversión.

—¿Me está diciendo que han hecho un sondeo positivo?

—Tal vez tendría que haberlo callado. Le agradeceré que considere confidencial mi observación.

David no logró recordar cómo llegó a su casa ni quién le metió en la cama aquella noche. A la mañana siguiente llegó tarde a la oficina.

—Lo siento, Bernie, me quedé dormido después del pequeño festejo de anoche con Richard en el Annabel's.

—No te preocupes. Me alegro de que te hayas divertido.

—Espero no haber sido indiscreto, pero le dije a un Lord cuyo nombre no recuerdo que haría bien en invertir en la empresa. Quizá me mostré demasiado

entusiasta.

—No te preocupes, David, no vamos a defraudar a nadie y tú necesitas una distracción. Has estado trabajando demasiado.

James Brigsley dejó su piso londinense en el distrito de Chelsea y fue en taxi hasta el Banco Williams & Glyn's. James era extrovertido por naturaleza y en Harrow su único interés real era el teatro, pero cuando terminó la escuela su padre no le permitió dedicarse a la escena e insistió en que completara su educación en Christ Church, Oxford, donde volvió a mostrar más interés por la Sociedad Dramática que por obtener su título en Política, Filosofía y Economía. De hecho, desde que salió de Oxford jamás mencionó el título que había alcanzado (después se abolieron los títulos de cuarta categoría, hacia los que James sentía más inclinación). Después de Oxford se alistó en la Guardia de Granaderos, un campo fértil para su talento histriónico. Este supuso el ingreso de James en la vida social londinense, en la que tuvo todo el éxito que cabe esperar de un joven y simpático vizconde.

Cuando cumplió sus dos años como granadero, el conde le regaló una finca de 20 hectáreas en Hampshire para que tuviera algo en qué ocupar su tiempo, pero a James no le interesaba la dura vida campesina. Dejó la finca en manos de un administrador y se dedicó a la vida social londinense. Le habría encantado dedicarse al teatro, pero sabía que el viejo pensaba que la vocación de la hija de la señora Worthington no era apropiada para un par del reino. El quinto conde no tenía muy buen concepto de su hijo mayor en ningún sentido y a James no le resultaba fácil convencer a su padre de que valía más de lo que él creía.

Tal vez la información confidencial que le había dado David Kesler significara la oportunidad de demostrarlo.

En el hermoso y antiguo edificio de Birchin Lane perteneciente a Williams & Glyn's, acompañaron a James hasta el despacho del gerente del Banco.

—Quisiera obtener un préstamo respaldado por mi finca de Hampshire —dijo Lord Brigsley.

Philip Izard —el gerente— conocía muy bien a Lord Brigsley y también a su padre. Aunque respetaba la forma de pensar del conde, no tenía mucha consideración al joven Lord. No obstante, él no era quién para cuestionar la solicitud de un cliente, especialmente teniendo en cuenta que su padre era uno de los clientes más antiguos del Banco.

—Sí, milord, ¿qué cifra ha pensado?

—Parece que esas tierras de Hampshire valen alrededor de 2500 libras la hectárea y que su precio aumenta constantemente. ¿Qué le parece la suma de 150 000 libras esterlinas? Quiero invertir en acciones.

—¿Está de acuerdo en dejar las acciones en el Banco como fianza? —preguntó Izard.

—Naturalmente. Para mí no implica ninguna diferencia que estén aquí o en otro lugar.

—Entonces aceptamos hacerle un préstamo al 2% por encima de la tasa básica.

James ignoraba a qué tasa se refería, pero sabía que Williams & Glyn's era un Banco tan competente como cualquier otro y que su reputación estaba más allá de cualquier discusión.

—Entonces le ruego que compre en mi nombre 35 000 acciones de una empresa llamada Prospecta Oil.

—¿Ha investigado cuidadosamente a la empresa? —inquirió Izard.

—Por supuesto —respondió Lord Brigsley en tono cortante ya que no sentía ningún respeto por la clase bancaria.

En Boston, Harvey Metcalfe recibió una llamada telefónica de Silverman, que le informó del encuentro en Annabel's entre David Kesler y un contacto anónimo que parecía tener más dinero que sentido común. Harvey emitió 40 000 acciones en el mercado a 8,80. Williams & Glyn's compró 35 000 de ellas, y también esta vez el resto fue adquirido por pequeños inversores. Las acciones subieron un poco más. A Harvey Metcalfe solo le quedaban 30 000 acciones, que logró colocar en los cuatro días siguientes. Le había llevado catorce semanas deshacerse de todo el paquete de acciones de Prospecta Oil, obteniendo un beneficio de algo más de 6 millones de dólares.

El viernes por la mañana, las acciones estaban a 9,10 dólares y Kesler, con total inocencia, había provocado cuatro grandes inversiones: Stephen Bradley había comprado 40 000 acciones a 6,10; el Dr. Adrian Tryner había comprado 35 000 a 7,23; Jean Pierre Lamanns había comprado 25 000 a 7,80; James Brigsley 35 000 acciones a 8,80, y el propio David Kesler había comprado 500 a 7,25. Entre todos totalizaron 135 500 acciones con una inversión global de algo más de 1 millón de dólares. También habían mantenido el interés de los pequeños inversores, dando a Harvey la posibilidad de liberar todas sus acciones en un mercado natural.

Harvey Metcalfe había triunfado una vez más. Su nombre no aparecía escrito y ahora no poseía ninguna acción. Nadie lograría cargarle ninguna culpa. No había hecho nada ilegal; incluso el informe geológico era lo bastante ambiguo como para soportar un juicio legal. En cuanto a David Kesler, Harvey no era responsable de su entusiasmo juvenil. Por otra parte, ni siquiera le conocía. Harvey Metcalfe abrió una botella de Krug 1964, importada por Hedges & Butler de Londres. Lo bebió lentamente y encendió un puro Romeo y Julieta, que un inmigrante italiano le seguía enviando de contrabando desde Cuba una vez al mes, en cajas de doscientos cincuenta cigarrillos. Se reclinó en el respaldo para festejar el triunfo apaciblemente.

David, Stephen, Adrian, Jean Pierre y James también festejaron el fin de semana. ¿Por qué no, si las acciones estaban a 9,10 y David les había asegurado que

alcanzarían los 20 dólares? El sábado por la mañana, David se encargó un traje a medida en Aquascutum, Stephen revisó los papeles que presentaría a sus alumnos del primer curso para los exámenes, Adrian fue a la escuela de sus hijos para verles participar en el Día del Deporte, Jean Pierre cambió el marco a un Renoir, y James Brigsley salió de caza, convencido de que se apuntaría un tanto a los ojos de su padre.

**L** LUNES POR la mañana David llegó a la oficina a las 9.00 en punto y encontró la puerta principal cerrada, cosa que no podía comprender. Se suponía que las jóvenes secretarías debían llegar a las 8.45.

Después de esperar más de una hora fue a la cabina telefónica más cercana y marcó el número de la casa de Bernie Silverman. No obtuvo respuesta. Entonces llamó a casa de Richard Elliott. No obtuvo respuesta. Llamó a las oficinas de Aberdeen. No obtuvo respuesta. Decidió volver al despacho. Pensaba que tenía que haber alguna explicación. ¿Estaba soñando o era domingo? No, las calles estaban atestadas de coches y de gente.

Cuando llegó a las oficinas por segunda vez, encontró a un joven colocando un cartel:

---

Se alquila. 762 m. Dirigirse a Conrad  
Ritblat.

---

—¿Qué demonios está haciendo?

—Los arrendatarios anteriores se han despedido. Buscamos otros. ¿Está interesado en ver la propiedad?

—No, muchas gracias —dijo David retrocediendo, lleno de pánico.

Bajó la calle corriendo sintiendo que el sudor le corría por la frente, rogando que la cabina telefónica estuviese vacía.

Buscó el número de teléfono de Judith Lampson, la secretaria de Bernie Silverman. Esta vez obtuvo respuesta.

—¿Qué demonios ocurre, Judith? —Su voz no dejaba ninguna duda sobre su angustia.

—No tengo la menor idea —respondió Judith—. El viernes por la noche me despidieron pagándome un mes de sueldo suplementario, sin darme ninguna explicación.

David dejó caer el teléfono. Comenzó a comprender la verdad. ¿A quién podía acudir? ¿Qué podía hacer?

Aturdido, volvió a su piso en el Barbican. En su ausencia había llegado la correspondencia matinal, que incluía una carta de los propietarios del piso:

*Ayuntamiento de Londres,  
Propiedades Barbican,  
Londres E. C. 2.  
Teléfono: 01-628 4341*

*Estimado señor:*

*Lamentamos que deje el piso a fin de mes y aprovechamos esta oportunidad para agradecerle el mes adelantado que abonó.*

*Agradeceremos que deje el piso en las mismas condiciones que lo encontró.*

*Atentamente,*

*C. J. Caselton*

*Administrador de Propiedades.*

David se quedó como alelado en medio de la habitación, con la vista clavada en el nuevo Underwood, odiándolo de pronto.

Por último, temeroso, se decidió a llamar a sus agentes bursátiles.

—¿A qué precio están hoy las acciones de Prospecta Oil?

—Han bajado a 7,40 dólares —respondió el corredor.

—¿Por qué han bajado?

—No lo sé, pero lo averiguaré y le telefonaré.

—Por favor ponga mis 500 acciones a la venta inmediatamente.

—Comprendido, señor, 500 acciones de Prospecta Oil a precio de mercado.

David colgó el teléfono, que volvió a sonar unos minutos más tarde. Era su agente.

—Solo obtuvimos 7,25... exactamente lo que usted pagó por ellas.

—Le ruego que ingrese esa suma en mi cuenta corriente del Lloyds Bank de Moorgate.

—Sí, señor.

David no salió de casa el resto del día ni de la noche. Permaneció tumbado en la cama, fumando sin parar, preguntándose qué haría, mirando a ratos cómo la lluvia empapaba esta City de bancos, compañías de seguros, agentes de Bolsa y empresas públicas... su mundo pero... ¿por cuánto tiempo más?

A la mañana siguiente, en cuanto abrió el mercado, volvió a telefonar a su corredor con la esperanza de que este tuviera más información.

—¿Puede darme alguna noticia sobre Prospecta Oil? —preguntó con voz tensa y abatida.

—La noticia es mala, señor. Se ha producido un torrente de ventas y hoy por la mañana, a la hora de apertura, las acciones estaban a 5,90 dólares.

—Muchas gracias.

Colgó el auricular. Todos los años pasados en Harvard se desvanecían como una nube de humo. Transcurrió una hora, pero no se dio cuenta: le acechaba el desastre, haciendo todo atemporal.

Almorzó en un restaurante insignificante y leyó un informe perturbador en *The London Evening Standard*, firmado por su redactor en la City, David Majbert, titulado



«El misterio de Prospecta Oil». Al cierre de la Bolsa, a las 4.00 de la tarde, las acciones habían caído a 3,15.

David no descansó en toda la noche. Abatido y humillado, pensó con cuánta facilidad unas palabras halagadoras, dos meses de buen sueldo y una sobrepaga habían comprado su incuestionable confianza en una empresa que tendría que haber despertado todas sus sospechas. Se sintió enfermo cuando recordó sus consejos sobre Prospecta Oil, susurrados confidencialmente en oídos bien dispuestos.

El miércoles por la mañana, temiendo oír la verdad, volvió a telefonar al corredor. Las acciones habían bajado a 2 dólares y no tenían mercado. Salió de casa y se dirigió al Lloyds Bank, donde canceló su cuenta y retiró las restantes 1345 libras. De hecho, no sabía por qué lo hacía. Sentía que era mejor tener el dinero consigo que retenido en un Banco. Había perdido la fe en todo.

Compró la última edición de *The Evening Standard*. Las acciones de Prospecta Oil valían 50 centavos. Volvió a su piso tambaleándose. Encontró a la portera en la escalera.

—La policía ha preguntado por usted, joven.

David continuó subiendo las escaleras, imperturbable, o tratando de parecerlo.

—Muchas gracias, señora Pearson. Supongo que me habrán puesto otra multa por aparcamiento indebido.

Ahora el pánico le llenó por completo. Metió todas sus pertenencias —excepto el cuadro, que dejó en el piso— en una maleta y reservó un billete en el primer vuelo con destino a Nueva York. Nunca en su vida se había sentido tan insignificante y tan solo.

**S**TEPHEN BRADLEY estaba dando una clase sobre teoría de conjuntos para alumnos de tercer año, en el Instituto de Matemáticas de Oxford. Aquella mañana, leyendo *The Daily Telegraph* se había enterado, horrorizado, del colapso de Prospecta Oil. Inmediatamente telefoneó a su agente bursátil, que todavía estaba tratando de descubrir las causas. David Kesler parecía haberse esfumado sin dejar rastro.

La clase de Stephen no fue buena. Tenía la mente ocupada en otra cosa. Abrigaba la esperanza de que los alumnos confundieran su distracción con genio y no advirtieran lo que en realidad era total desesperación. Agradeció que fuese, al menos, la última clase del trimestre.

Por último la clase llegó a su fin y pudo volver a su habitación en el Magdalen College preguntándose por dónde empezar. ¿Por qué demonios apostó todo lo que tenía a una sola posibilidad? ¿Cómo pudo él, el frío y calculador catedrático, haber sido tan imprudente y avaro? Principalmente porque confió en David y todavía le resultaba difícil creer que su amigo estuviese comprometido en el asunto. Quizá no tendría que haber dado por sentado que alguien a quien había ayudado en Harvard automáticamente trabajaría bien. Maldición. Tenía que existir alguna explicación sencilla. Debía encontrar la forma de recuperar el dinero. Sonó el teléfono. ¿Sería su corredor?

Cuando descolgó el teléfono se dio cuenta de que tenía las palmas de las manos sudorosas.

—Aquí Stephen Bradley.

—Buenos días, señor. Soy el Detective Inspector Clifford Smith de la Brigada contra el Fraude de Scotland Yard. Quisiera preguntarle si tendría la amabilidad de recibirme esta tarde.

Stephen vaciló pensando, durante un minuto eterno, que había cometido algún delito al invertir en Prospecta Oil.

—Claro que sí, Inspector —respondió inseguro—, ¿quiere que yo vaya a Londres?

—No, señor —respondió el Inspector—, nosotros iremos a verle. Estaremos allí a las 4.00 de la tarde.

—Les espero. Hasta luego, Inspector.

Stephen colgó el auricular. ¿Qué querrían? No conocía muy bien las leyes inglesas y abrigaba la esperanza de no verse implicado con la policía. Solo le faltaban seis meses para regresar a Harvard. Stephen comenzaba a preguntarse si esto llegaría a ocurrir alguna vez.

La espera hasta las 4.00 de la tarde le pareció interminable, pero cuando llamaron a la puerta se sobresaltó. El portero anunció:

—El señor Smith y el señor Ryder.

El Detective Inspector medía alrededor de 1,80 m. y tenía entre 45 y 50 años. Estaba encaneciendo por los lados de la cabeza pero la brillantina hacía que el pelo luciera su negro original. Llevaba un traje de aspecto pobre más indicativo, pensó Stephen, de la paga que reciben los miembros de la policía que de la elección personal del Inspector. Su cuerpo, pesado, llevaba a mucha gente a pensar, erróneamente, que era lento. De hecho, Stephen estaba en presencia de uno de los pocos hombres de Inglaterra que comprendía plenamente la mentalidad de un delincuente. En repetidas ocasiones había contribuido al arresto de estafadores internacionales. Tenía la mirada fatigada de quien después de años de meter hombres detrás de las rejas por delitos importantes ve cómo son liberados después de dos o tres años para seguir viviendo del botín de sus transacciones turbias. La Fuerza estaba tan escasa de personal que algunos de los golpes de poca monta quedaban impunes dado que el Director de Procesos Públicos había decidido que sería demasiado caro continuar la causa hasta llegar a un final justo. En otras ocasiones, la Brigada contra el Fraude no conseguía el personal de apoyo necesario para cumplir el trabajo correctamente.

El Detective Inspector llegó acompañado por el Sargento Detective Ryder, un hombre considerablemente más joven, de 1,84 m. de estatura y rostro y cuerpo delgados. Sus espesas cejas castañas sobresalían sobre su piel cetrina. Iba un poco mejor vestido que el inspector, pero probablemente era soltero, pensó Stephen.

—Lamento la intrusión, señor —comenzó a decir el inspector después de instalarse cómodamente en el gran sillón que habitualmente ocupaba Stephen—, pero estoy investigando una empresa llamada Prospecta Oil. Antes de que responda nada, señor, permítame decirle que sabemos que usted no estaba implicado en la administración de dicha empresa. Pero necesitamos de su colaboración y preferiría hacerle una serie de preguntas sobre los puntos en los que necesito su colaboración, en lugar de que usted plantee una evaluación de carácter general.

Stephen asintió con una inclinación de la cabeza.

—En primer lugar, señor, ¿por qué invirtió una suma tan elevada en Prospecta Oil?

El inspector tenía ante sí una hoja de papel con una lista de todas las inversiones hechas en la empresa durante los últimos cuatro meses.

—Por consejo de un amigo —respondió Stephen.

—¿Es David Kesler el nombre de ese amigo?

—Sí.

—¿Cómo conoció al señor Kesler?

—Fuimos compañeros en Harvard, en la Facultad de Matemáticas, y cuando él vino a Inglaterra para trabajar en una empresa petrolera, le invité a Oxford en nombre de los viejos tiempos.

Stephen continuó explicando todos los antecedentes de su relación con David y las razones por las que se sintió dispuesto a invertir semejante cantidad. Terminó la

explicación preguntando al inspector si consideraba que David estaba comprometido delictivamente en el ascenso y caída de Prospecta Oil.

—No, señor. Mi opinión es que Kesler, que dicho sea entre paréntesis huyó precipitadamente del país, no es más que una víctima de otros, pero nos gustaría interrogarle, de modo que si se pone en contacto con usted le ruego me lo haga saber inmediatamente. Ahora bien —continuó—, voy a leerle una lista de nombres y le agradeceré que me diga si conoce a las personas que menciono, si ha hablado con ellas o si las ha oído nombrar... ¿Harvey Metcalfe?

—No.

—¿Bernie Silverman?

—No le conozco ni he hablado nunca con él, pero David mencionó su nombre cuando cenamos juntos aquí.

El Sargento Detective Ryder tomaba nota de todo lo que decía Stephen, lenta y metódicamente.

—¿Richard Elliott?

—Exactamente lo mismo que Silverman —murmuró Stephen.

—¿Albin Cooper?

—No.

—¿Ha tenido algún contacto con cualquier otra persona que haya invertido en esa compañía?

—No.

Durante más de una hora, el inspector interrogó a Stephen sobre asuntos de menor importancia, pero no pudo ofrecerle mucha ayuda, a pesar de que había guardado una copia del informe geológico.

—Sí, nosotros también tenemos una, señor —dijo el inspector—, pero está muy hábilmente redactado y no podemos utilizar este informe como prueba.

—¿Prueba contra quién o de qué, inspector? —Stephen se inclinó hacia adelante—. Para mí está claro que me han embaucado. Probablemente no necesita que le diga lo tonto que he sido. Aposté hasta la camisa en Prospecta Oil porque me parecía una ganancia segura. He perdido todo lo que tenía y no sé a dónde acudir. ¿Qué demonios ha ocurrido con Prospecta Oil?

Ofreció *whisky* a los dos policías y se sirvió un jerez seco especial para los catedráticos.

—Comprenderá que hay aspectos del caso que no puedo decirle. Desde luego hay algunas partes que nosotros mismos todavía no tenemos claras. No obstante, este juego es antiguo y esta vez lo ha jugado un viejo profesional muy ingenioso. El asunto está montado de la siguiente manera: un grupo de delincuentes crea una empresa y adquiere la mayoría de las acciones. Divulgan datos sobre un nuevo producto o descubrimiento que elevará el valor de las acciones, lo susurran junto a unos cuantos oídos, emiten sus propias acciones en el mercado, donde les son arrebatadas por personas como usted, señor, a buen precio. Después desaparecen con

los beneficios así obtenidos y las acciones caen. La mayoría de las veces todo termina con la suspensión de las transacciones con acciones de la empresa en el Mercado de Valores y la liquidación forzosa de la misma. En este caso todavía no ha ocurrido y es posible que no ocurra. La Bolsa de Montreal se está recuperando del fiasco de Aquablast y no quieren otro escándalo. Lamento decirlo, pero lo más probable es que jamás recuperemos el dinero aunque contemos con pruebas suficientes para saber quiénes son los delincuentes. El dinero estará oculto en diversas partes del globo antes de que usted pueda recitar un salmo.

Stephen gruñó:

—Usted hace que todo suene tan detestablemente sencillo, inspector... ¿Entonces el informe geológico también era un engaño?

—No, está muy bien redactado y contiene bastantes ambigüedades, pero algo es indudable: la Dirección de Procesos Públicos no gastará millones para descubrir si hay petróleo en esa zona del Mar del Norte.

Stephen enterró la cabeza entre las manos y maldijo mentalmente el día en que conoció a David Kesler.

—Dígame, inspector, ¿quién metió a Kesler en esto? ¿Quién era el cerebro de ese nido de estafadores?

El inspector sabía muy bien en qué terrible situación se encontraba Stephen. Durante su carrera había encontrado a muchos hombres en la misma posición y se sentía muy agradecido de la colaboración prestada por Stephen.

—Puedo responder a cualquier pregunta que no vaya en perjuicio de mi propia investigación —observó el inspector—. El hombre al que queremos echar el guante se llama Harvey Metcalfe.

—En nombre de Dios, ¿quién es Harvey Metcalfe?

—Un estadounidense de padres emigrantes que en Boston ha participado de más asuntos turbios que usted de cenas calientes. Se convirtió en multimillonario, dejando en su camino un montón de gente en la bancarrota. Su estilo es ahora tan profesional y previsible que podemos olfatearle a un kilómetro de distancia. A usted no le resultará grato saber que es un gran benefactor de Harvard, supongo que esto aliviará su conciencia. Nunca hemos logrado pescarle con las manos en la masa y dudo que esta vez podamos hacer algo. Jamás fue director de Prospecta Oil. Solo compró y vendió acciones en el mercado abierto y por lo que sabemos ni siquiera conoció a David Kesler. Contrató a Silverman, a Cooper y a Elliott para hacer el trabajo sucio y estos encontraron a un joven brillante y bien dispuesto para vender su historia. Lo que es lamentable para usted, señor, es que el joven en cuestión fuera su amigo David Kesler, ¿no?

—Él no me importa, pobre tipo —dijo Stephen—. ¿Qué hay de Harvey Metcalfe? ¿También se salvará de esta?

—Me temo que sí —replicó el inspector—. Hemos redactado mandamientos judiciales contra Silverman, Elliott y Cooper. Los tres fueron a América del Sur.

Después de Ronald Biggs<sup>[2]</sup> dudo que logremos una orden de extradición para traerles de vuelta, pese a que la policía canadiense y la estadounidense también han enviado órdenes judiciales. Ellos fueron igualmente astutos. Cerraron las oficinas de Prospecta Oil en Londres, renunciaron al contrato de arriendo y se lo devolvieron a Conrad Ritblat, el administrador de las propiedades, y despidieron a ambas secretarías pagándoles un mes de sueldo suplementario. Abonaron la cuenta del equipo de perforación de Reading & Bates. Despidieron y pagaron al hombre contratado en Aberdeen, Mark Stewart, y cogieron el avión del domingo por la mañana a Río de Janeiro, donde los esperaba una cuenta privada de un millón de dólares. Harvey Metcalfe les recompensó bien y dejó el muerto a David Kesler.

—Muy inteligentes —señaló Stephen.

—Sí —coincidió el inspector—. Fue un trabajo limpio. Digno del talento de Harvey Metcalfe.

—¿Piensan arrestar a David Kesler?

—No, pero como le he dicho, quisiéramos interrogarle. Compró y vendió 500 acciones, pero creemos que el motivo fue que él mismo creyó en el descubrimiento del pozo. En realidad, si fuera sensato regresaría a Inglaterra y colaboraría en la investigación policial, pero me temo que el pobre se ha aterrorizado, razón por la cual se fugó precipitadamente. La policía estadounidense le vigilará.

—Una última pregunta —dijo Stephen—. ¿Hay más tontos como yo?

El inspector meditó largamente esta pregunta. Con los otros grandes inversores no había tenido tanto éxito como con Stephen. Todos se habían mostrado reservados con respecto a su relación con Kesler y con Prospecta Oil. Tal vez el revelar sus nombres les hiciera cooperar más. La policía tenía muchas formas de obtener información.

—Sí, señor, pero... por favor comprenda que jamás debe decir que oyó el nombre de esas personas de mis labios —Stephen asintió—. Por su propio interés, puede averiguar lo que desea saber haciendo una investigación a fondo en la Bolsa. Hubo cuatro inversores principales, uno de los cuales es usted. Entre los cuatro perdieron aproximadamente un millón de dólares. Los otros tres eran las siguientes personas: Adrian Tryner, un médico de Harley Street, un comerciante en arte de Londres llamado Jean Pierre Lamanns y un propietario de tierras que me parece el caso más lamentable de los cuatro. Por lo que pude averiguar, hipotecó sus tierras para conseguir el dinero. Se trata de un joven noble, el vizconde Brigsley. Metcalfe le quitó la cuchara de plata de la boca.

—¿No hubo más inversores importantes?

—Sí, dos o tres bancos que se equivocaron ampliamente, pero no hay más inversores individuales que superen los 25 000 dólares. Lo que usted, los bancos y los otros tres grandes inversores hicieron fue mantener el mercado en alza el tiempo suficiente para que Metcalfe se liberara de todo su paquete.

—Lo sé, y también fui lo bastante tonto como para aconsejar a algunos amigos que invirtieran en la empresa.

—Sí, hay dos o tres pequeños inversores en Oxford —afirmó el inspector, mirando la hoja de papel que tenía ante, sus ojos—, pero no se preocupe, señor, no pensamos ponernos en contacto con ellos. Bien, eso es todo. Solo me queda agradecerle su colaboración y decirle que es posible que nos volvamos a poner en comunicación con usted en el futuro y que de todos modos le mantendremos al corriente de los acontecimientos. Esperamos que usted haga lo mismo con nosotros:

—Por supuesto, inspector. Espero que tengan un buen viaje a la ciudad.

Los dos policías terminaron sus bebidas y se fueron para coger el tren con destino a Londres.

Stephen nunca estuvo seguro si fue sentado en su sillón y con la vista fija en los claustros o tumbado encima de la cama, aquella noche, cuando decidió utilizar su ciencia para llevar a cabo una pequeña investigación sobre Harvey Metcalfe y sus cómplices. El consejo que le daba su abuelo, cuando de pequeño rara vez lograba ganar la partida nocturna de ajedrez que jugaban, iluminó su mente: «Stevie, no te enfades, desquítate». Cuando logró conciliar el sueño a las 3.00 de la madrugada, ese era su plan. Se sintió contento por haber dado la última clase y terminado su trabajo del trimestre. Durmió profundamente, casi aliviado, ahora que sabía la verdad.

**S**TEPHEN SE DESPERTÓ a las 5.30 de la mañana. Le pareció que había dormido profundamente y no había soñado, pero en cuanto despertó volvió la pesadilla. Se obligó a utilizar el cerebro positivamente, dejar el pasado atrás y ver qué podía hacer con respecto al futuro. Se lavó, afeitó y vistió; salió sin desayunar en la facultad y fue pedaleando hasta la estación de Oxford en su antigua bicicleta, medio de transporte preferido en una ciudad bloqueada por monstruosos camiones en sus calles de una sola dirección. Dejó la bicicleta atada con un candado contra las verjas de la estación. Allí había tantas bicicletas como coches en cualquier otra estación de Inglaterra.

Cogió el tren de las 8.17, el favorito de los que viajan diariamente de Oxford a Londres. Todos los que desayunaban en el tren parecían conocerse entre sí y Stephen se sintió como un asistente no invitado en la fiesta de otros. El revisor pasó por el coche-cafetería y picó el billete de primera clase de Stephen. El hombre que estaba sentado frente a él mostró un billete de segunda desde detrás de su ejemplar de *The Financial Times*. El revisor se lo picó de mala gana.

—Debe volver al vagón de segunda en cuanto termine el desayuno, señor. El coche-restaurante es de primera clase.

Stephen meditó en las implicaciones de esta observación mientras veía pasar los llanos campos de Berkshire y su tazón se tambaleaba sobre el plato. Después se dedicó a los periódicos matutinos. *The Times* no decía nada sobre Prospecta Oil. Claro, pensó Stephen, es una historia sin importancia, incluso aburrida. Otra empresa comercial que baja rápidamente; ningún secuestro, ningún incendio, ninguna violación: nada como para llamar la atención en primera plana. Nada en lo que él mismo pensaría dos veces si no fuera por su implicación personal, que convertía la cuestión en una tragedia personal.

En Paddington se abrió paso entre la multitud que ocupaba el *hall*. Se sintió contento de haber elegido la recogida vida de Oxford o, más correctamente, que esta le hubiese escogido a él. Nunca le había gustado Londres, a la que consideraba demasiado grande e impersonal; siempre tomaba taxis para ir a cualquier parte, por temor a perderse en los autobuses o en el metro. ¿Por qué los ingleses no numerarían sus calles para que los estadounidenses supieran dónde estaban?

—A las oficinas de *The Times*, en Printing House Square.

El taxista asintió y condujo hábilmente su Austin negro por Bayswater Road, junto a un Hyde Park mojado por la lluvia. Los azafranes de Marble Arch aparecían tristes y ajados, chafados por la humedad contra la tupida hierba. A Stephen le impresionaban los taxis londinenses: nunca tienen una raya ni una marca; los taxistas no pueden llevar pasajeros a menos que sus vehículos se encuentren en perfectas condiciones. Qué distinto de los maltrechos monstruos amarillos de Nueva York, pensó. El taxi avanzó por Park Lane hasta Hyde Park Corner, más allá de la Cámara



de los Comunes y a lo largo del malecón. En Parliament Square ondeaban numerosas banderas. Stephen frunció el ceño, ¿cuál era la noticia destacada que había leído con tan poca atención en el tren? Ah, sí, una reunión de los líderes de la Commonwealth. Pensó que debía aceptar que el mundo siguiera su rutina cotidiana como de costumbre.

Stephen no estaba seguro de cómo investigaría los antecedentes de Harvey Metcalfe. En Harvard no hubiera tenido problemas, hubiera acudido directamente a las oficinas de *The Herald American* y Hankswaltz, antiguo amigo de su padre y corresponsal comercial, le habría proporcionado toda la información. El articulista de *The Times*, Richard Compton-Miller, no era en modo alguno tan adecuado, pero era el único hombre de prensa que Stephen conocía en Inglaterra. La primavera anterior, Compton-Miller había estado en Magdalen para escribir un artículo sobre la clásica observancia del 1 de mayo en Oxford. En la parte superior de la torre del College, el coro cantó el saludo miltoniano mientras el sol asomaba sobre el horizonte el 1.º de mayo:

*Salve, mayo liberal, que inspira  
regocijo, juventud y cálidos deseos.*

A las orillas del río, bajo el puente Magdalen, donde estuvieron Compton-Miller y Stephen, varias parejas se sentían indudablemente inspiradas.

Después Stephen se sintió más incómodo que halagado por su mención en el artículo de Compton-Miller para *The Times Diary* sobre el 1.º de mayo en Magdalen. En el mundo de los catedráticos las estrellas no abundan. Ciertamente esa es una palabra que se puede adjudicar libremente a cualquier persona que además de encontrarse entre los 18 y los 21 años de edad sea por lo general de sexo femenino y atractiva, además de tener aprobados un par de cursos. A los más puntillosos de los colegas de Stephen no les pareció bien verle descrito como la estrella más brillante de un firmamento de moderada luminiscencia.

El taxi se detuvo junto a una enorme escultura moderna de Henry Moore. *The Times* y *The Observer* compartían un edificio con entradas separadas, aunque la de *The Times* era mucho más impresionante. Stephen preguntó por Richard Compton-Miller al portero que estaba sentado detrás de un escritorio. Le acompañaron hasta el quinto piso y una vez allí fue llevado a una pequeña estancia privada al fondo del pasillo.

Cuando Stephen llegó eran poco más de las 10.00 y el edificio estaba prácticamente desierto. Los periódicos nacionales no empiezan a despertar hasta las 11.00 y generalmente se toman un buen rato para almorzar, hasta las tres de la tarde. Entre esta hora y las 20.30, en que la totalidad del periódico —a excepción de la primera plana— está en marcha, se realiza el verdadero trabajo.

Por lo general hay turnos escalonados de personal desde las 5.00 de la tarde en

adelante, cuya tarea consiste en esperar las noticias importantes que llegan durante la noche. Los periódicos británicos siempre tienen que mantenerse alerta sobre lo que ocurre en los Estados Unidos, porque si el presidente hace alguna declaración importante en Washington en el curso de la tarde, en Londres ya es de noche. En ciertas ocasiones, la primera página puede llegar a cambiar hasta cinco veces durante la noche, y en un caso como el del asesinato del presidente Kennedy —del que se tuvo noticia en Inglaterra alrededor de las siete de la tarde del 22 de noviembre de 1963— se la deja en blanco para tener espacio donde informar.

—Richard, has sido muy amable al venir tan temprano por mí. No sabía que empezabas a trabajar tan tarde. En realidad me guie por la hora en que yo leo el periódico.

Richard rio.

—No tiene importancia. Seguramente piensas que somos una pandilla de zánganos pero a medianoche, cuando tú estés en la cama profundamente dormido, esto es un hervidero. ¿En qué puedo ayudarte?

—Estoy tratando de reunir antecedentes sobre un compatriota mío, el señor Harvey Metcalfe. Se trata de un importante benefactor de Harvard y quiero agradecerle al volver, conociendo toda su historia —a Stephen no le importó demasiado mentir, dadas las extrañas circunstancias en que se encontraba.

—Espérame aquí mientras voy a ver si tenemos algún recorte archivado.

Stephen se entretuvo leyendo los titulares pinchados en la pizarra de Compton-Miller, obviamente correspondientes a artículos de los que se enorgullecía:

---

Primer ministro dirige orquesta en el  
Royal Festival Hall

---

---

*Miss* Mundo ama a Tom Jones

---

---

Muhamed Ali dice: «Volveré a ganar el  
campeonato».

---

Richard Compton-Miller volvió quince minutos después y entregó a Stephen una abultada carpeta.

—Revisa esto, Descartes, volveré dentro de una hora y tomaremos café.

Stephen sonrió, agradecido. Descartes nunca se había visto frente a los mismos problemas que él.

En el archivo figuraba todo lo que Harvey Metcalfe quería que el mundo supiera

y un poco de lo que prefería se ignorara. Stephen se enteró de sus viajes anuales a Europa para asistir a Wimbledon, del éxito de sus caballos en Ascot y de la búsqueda de cuadros para su colección privada de arte. William Hickey, de *The Daily Express*, había sorprendido a sus lectoras mostrando un Harvey rollizo, informándoles que pasaba dos o tres semanas al año en su yate fondeado en Montecarlo, jugando en el casino. El tono de Hickey era poco menos que servil.

La fortuna Metcalfe era demasiado reciente para ser respetable. Stephen apuntó los hechos que consideró pertinentes, y cuando Richard volvió le encontró totalmente absorto estudiando las fotografías. Fueron a tomar café a la cantina del mismo piso. El humo de los cigarrillos giraba como neblina alrededor de la cabeza de la cajera que estaba al final de la barra de autoservicio.

—Richard, todavía no tengo toda la información que necesito. En Harvard quieren saber a fondo acerca de este hombre pues creo que piensan en términos de alrededor de un millón de dólares. ¿Dónde puedo averiguar algo más sobre él?

—Supongo que en *The New York Times* —dijo Compton-Miller—. Vamos a ver a Terry Robards.

Las oficinas del *The New York Times* de Londres también están instaladas en el quinto piso del edificio de *The Times*, en Printing House Square. Stephen pensó en el amplio edificio que posee *The New York Times* en la 43 Street y se preguntó si *The London Times*, en un acuerdo recíproco, estaría escondido en los sótanos del mismo. Terry Robards era un ser nervioso que mostraba una sonrisa perpetua. De inmediato Stephen se sintió cómodo con él, un don que Terry había desarrollado casi inconscientemente a lo largo de los años y que le resultaba muy útil cuando intentaba averiguar algo, o iba en busca de noticias.

Stephen repitió su discurso sobre Metcalfe. Terry rio:

—A Harvard no le importa demasiado de dónde saca el dinero, ¿verdad? Ese tipo sabe más formas legales de robar que la Delegación de Contribuciones.

—¡No me digas! —Stephen mostró un asombro inocente.

El archivo de *The New York Times* sobre Harvey era voluminoso. «El ascenso de Metcalfe de Mensajero a Millonario», como decía uno de los titulares, estaba admirablemente documentado. Stephen lo leyó atentamente, y tomó algunas notas. Los detalles sobre Sharpley & Son le fascinaron, lo mismo que el tráfico de armas y los pocos datos sobre su esposa Arlene y la hija de ambos, Rosalie. Había una foto de las dos, pero entonces la hija no tenía más de quince años. También encontró amplios informes sobre los dos juicios que databan de veinticinco años atrás, en las que Harvey había sido acusado pero no convicto, y una más reciente, de 1956, referente a una transacción bursátil en Boston. También esa vez Harvey había burlado la ley, pero el Fiscal no había dejado ninguna duda ante el jurado sobre el concepto que tenía del señor Metcalfe. Los últimos recortes periodísticos pertenecían a las columnas de chismorreos: los cuadros de Metcalfe, sus caballos, sus orquídeas, el buen desenvolvimiento de su hija en Vassar y sus viajes a Europa. No había una sola

palabra sobre Prospecta Oil. Stephen admiró la habilidad demostrada por Harvey en los últimos años para ocultar a la prensa sus actividades más dudosas.

Terry invitó a almorzar a su compatriota en el exilio. A los reporteros siempre les gusta hacer nuevos contactos y Terry pensó que Stephen era uno de los más prometedores. Pidió al taxista que les llevara a Whitfield Street. Mientras se alejaban de la City en dirección oeste, Stephen deseó que la comida mereciera semejante viaje. No se vio decepcionado.

El restaurante de Lacy era amplio y estaba engalanado con manteles impecables y narcisos frescos. Terry le dijo que era uno de los lugares preferidos por los periodistas. Margaret Costa, la conocida autora de libros de cocina, y Bill Lacy, su marido y chef, sabían cocinar, sin lugar a dudas. Una deliciosa sopa de berros seguida de *médailles de veau á la crème au calvados* y una botella de Château de Péronne 1972, volvieron a Terry comunicativo acerca de Harvey Metcalfe. Le había entrevistado personalmente en Harvard con motivo de la inauguración del Metcalfe Hall, que incluía un gimnasio y cuatro pistas de tenis cubiertas.

—Con la esperanza de que le concedan un título *Honoris Causa* algún día —agregó Terry cínicamente— pero no tiene muchas posibilidades aunque done miles de millones —Stephen escuchó pensativamente las palabras del otro—. Supongo que podrás conseguir más datos sobre su vida en la Embajada de los Estados Unidos —Terry miró al reloj—. No, la biblioteca cierra a las 4.00 en punto. Hoy es demasiado tarde. Y ya es hora de que yo vuelva a trabajar.

Stephen se preguntó si los periodistas comían y bebían así habitualmente. En caso afirmativo, ¿cómo se las arreglaban para que los periódicos salieran cada día?

Volvió en el tren de las 5.15, otra vez con los pasajeros que vuelven diariamente a Oxford, y en cuanto estuvo a solas en su cuarto se puso a estudiar el material recogido en su día de trabajo. Estaba agotado, pero se obligó a permanecer sentado ante el escritorio hasta que terminó de poner en orden el primer borrador de un *dossier* sobre Harvey Metcalfe.

Al día siguiente Stephen volvió a coger el tren de las 8.17 con destino a Londres, pero esta vez con billete de segunda. El revisor repitió su acostumbrada parrafada sobre el abandono del coche-restaurante cuando terminara de desayunar.

—Por supuesto —dijo Stephen.

Pero estuvo jugando con las sobras del desayuno el resto del viaje y no dejó en ningún momento el vagón de primera. Se sintió satisfecho consigo mismo: había ahorrado 2 libras y esa era exactamente la forma en que habría actuado Harvey Metcalfe.

En cuanto estuvo en Paddington siguió el consejo de Terry Robards y fue en taxi hasta la Embajada norteamericana, un enorme edificio monolítico de más de 75 000 metros cuadrados en sus nueve pisos, que ocupaba todo un lado de Grosvenor Square. No era tan elegante como la magnífica residencia oficial del embajador norteamericano en Regents Park, donde el año anterior le habían invitado a algunos

cócteles, y que había pertenecido a Barbara Hutton antes de ser adquirida por el gobierno norteamericano en 1946. Por cierto, cualquiera de los dos edificios era lo suficientemente grande como para albergar a siete maridos, pensó Stephen.

La puerta de entrada a la biblioteca, en la planta baja, estaba cerrada. Stephen no pudo hacer otra cosa que estudiar atentamente las placas que adornaban las paredes del pasillo y cantaban alabanzas a los recientes embajadores en la Corte de St. James. Leyendo de delante hacia atrás a partir de Walter Annenberg, había llegado a Joseph Kennedy cuando se abrieron las puertas de la biblioteca, como las de un Banco. Una estirada muchacha que estaba sentada detrás de un cartel que decía «Informaciones» no se mostró de momento muy comunicativa sobre el tema de Harvey Metcalfe.

—¿Para qué necesita la información solicitada? —preguntó en tono áspero.

Esto desconcertó un instante a Stephen pero enseguida se recuperó:

—Dentro de poco tengo que volver a Harvard como profesor y necesito más datos acerca de su relación con la universidad. Actualmente soy Miembro Visitante de Oxford.

Stephen nunca había dicho nada tan descarado en su vida, pero jamás se había sentido tan forzado a hacerlo. Por primera vez se puso a pensar en lo que sienten los estudiantes poco preparados cuando hacen exámenes y están inseguros de las respuestas. Sabía que si quería estar a la altura de Harvey Metcalfe, debía pensar y reaccionar como este lo habría hecho. Stephen sabía que todavía tenía mucho que aprender, pero siempre había sido un estudiante bien dispuesto.

La respuesta de Stephen hizo ponerse en movimiento a la muchacha, que a los pocos minutos le entregó un expediente. Este no era ni remotamente tan completo como el de *The New York Times*, pero detallaba las cifras que Harvey Metcalfe había donado para obras benéficas y a cuanto ascendían exactamente sus donaciones al Partido Demócrata. La mayor parte de la gente no divulga la cantidad exacta de sus contribuciones a los partidos políticos, pero Harvey sí.

Stephen devolvió la carpeta a la joven y severa bibliotecaria. Esta se ablandó un tanto y le recomendó que visitara la biblioteca del University College. El taxi le dejó en Gower Street, frente a la entrada de la imponente fachada neoclásica.

Stephen atravesó el *hall* de entrada en dirección a la biblioteca, con los ojos apartados de la macabra urna en que se guardan los restos mortales del ilustre fundador del College, Jeremy Bentham, que dejó al mismo una cuantiosa suma con la condición de que guardaran su cadáver en los claustros. Posteriormente tuvieron que separarle la cabeza y colocarla en otra urna, para que a los estudiantes les resultara posible trabajar después de tomar un suculento desayuno.

La biblioteca, que se encuentra en el primer piso, bajo la cúpula de cristal, cuenta con una amplia sección sobre otras universidades e instituciones académicas. Stephen buscó el Registro de Harvard y el Libro del Año de las universidades y facultades estadounidenses. Buscó el apellido de Harvey en los índices respectivos. Allí encontró más detalles de la generosidad de Metcalfe y del éxito de su hija Rosalie en

Vassar. Stepehn se enteró de que esta había sido elegida Reina de la Primavera de Vassar en el concurso de 1970. Se preguntó si Harvey también habría pagado por ello.

Como le quedaba algo de tiempo hasta la hora del tren, se entretuvo buscando a Bradley, S. C., en el índice. Según el Registro, Bradley, S. C. iba camino del éxito. Su elección como catedrático de matemáticas a la tierna edad de 28 años así lo indicaba. Stephen deseó poder ver el número siguiente del Registro para enterarse de si lograría ocupar el cargo señalado.

Fue en taxi hasta las oficinas de Cunard en St. Jame's Square y de allí al Claridge's de Brook Street donde charló unos minutos con el gerente. Una llamada telefónica a Montecarlo completó su investigación sobre Harvey Metcalfe. Regresó a Oxford en el tren de las 5.15.

Stephen se fue inmediatamente a su habitación. Sentía que sabía tanto como cualquiera sobre Harvey Metcalfe, excepto quizá su esposa Arlene y el Detective Inspector Smith de la Brigada contra el Fraude. Volvió a quedarse levantado hasta tarde, completando el expediente que ahora contenía más de cuarenta páginas escritas a máquina.

Cuando estudiaba en Harvard, Stephen había seguido un curso de mecanografía como contribución personal al Movimiento de Liberación de la Mujer. Sustentaba la teoría de que todos los muchachos debían aprender a escribir a máquina en la escuela secundaria. Así, cuando entraran a formar parte de la vida comercial, serían capaces de escribir sus propias cartas en lugar de murmurar titubeantes ante una secretaria o vomitar torrentes verbales a un magnetófono. De esta forma, pensaba Stephen, el promedio de extensión de las cartas comerciales sería menor y más adecuado y un vasto ejército de mecanógrafas y taquígrafas que quizá tuviesen cerebros útiles pero a las que no se les daba ninguna oportunidad podrían optar a un empleo de mayor creatividad.

Cuando completó el expediente se acostó y cayó profundamente dormido. Volvió a despertarse temprano, atravesó los claustros y fue a la Sala de Desayuno común, donde se sirvió huevos, tocino, café y tostadas. Después llevó su expediente al despacho del tesorero, donde sacó cuatro copias de cada hoja, componiendo así cinco legajos: un original y cuatro copias. Atravesó el puente Magdalen, admirando como siempre los acicalados arriates de flores del jardín botánico de la universidad a la derecha, y entró en la librería Maxwells al llegar al otro lado.

Regresó a su habitación con cinco elegantes carpetas de distintos colores. Metió los cinco legajos en las carpetas, que guardó bajo llave en un cajón de su escritorio. Tenía una mente metódica y ordenada, como corresponde a un matemático, una mente distinta a cualquiera de las que Harvey Metcalfe había encontrado en su vida.

Después Stephen se dedicó a los apuntes que había tomado tras su conversación con el Detective Inspector Smith y telefoneó a la sección de Información de la guía telefónica, solicitando los domicilios y los números de teléfono en Londres del Dr.

Adrian Tryner, Jean Pierre Lamanns y Lord Brigsley. Información no podía proporcionarle más de dos números cada vez. Stephen se preguntó de qué forma ganaba dinero, o si era posible que lo ganara, la Dirección General de Comunicaciones. En los Estados Unidos, la Bell Telephone Company le habría dado una docena de números telefónicos, y encima se lo habría agradecido encarecidamente.

Los dos que logró sonsacar a su renuente informante fueron el del Dr. Adrian Tryner, 122 Harley Street, Londres, W. 1, y el de Jean Pierre Lamanns, en la Galería Lamanns, 17 Old Bond Street, W. 1. Stephen marcó por segunda vez el número de informaciones y solicitó el número de teléfono y el domicilio de Lord Brigsley.

—En Londres Centro no hay ningún Brigsley —informó la operadora—. Quizá no figure en la guía. Si es verdad que se trata de un Lord —agregó en tono despectivo.

Stephen dejó el estudio y se dirigió al Salón Principal, donde revisó el último número de Quién es Quién hasta encontrar al noble:

BRIGSLEY, Vizconde de; James Clarence Spencer; n. 11 oct. 1942; terrateniente; hijo y heredero del quinto conde de Louth (cr. 1764 qv.); est. Harrow, Christ Church, Oxford (lic); presidente de la Sociedad Dramática, Oxford University; teniente de la Guardia de Granaderos (1966-68); aficiones: polo (no acuático), caza. Domicilio: Tathwell Hall, Nr. Louth, Lines. Clubs: Garrick, The Guards.

Stephen fue a Christ Church y preguntó a la secretaria de Tesorería si tenía el domicilio de James Brigsley en Londres, registrado en 1963. Aquella se lo proporcionó de inmediato: 119 Kings Road, Londres, S. W. 3.

Stephen comenzaba a entusiasmarse con el desafío de Harvey Metcalfe. Dejó Christ Church por Peckwater y la Canterbury Gate en dirección a la High Street para volver a Magdalen, con las manos en los bolsillos, redactando mentalmente una breve carta. Vio que otra vez habían trabajado los escritores nocturnos de consignas de Oxford en las paredes. «Decano: te toco el ano», decía un cartel cuidadosamente pintado. Stephen, el decano de tercer año de Magdalen aunque no por su voluntad, responsable de la disciplina de los estudiantes, sonrió.

Cuando se encontró otra vez detrás del escritorio, escribió lo que había pensado:

*Magdalen College,  
Oxford. 15 de abril*

*Estimado Dr. Tryner:*

*El próximo jueves celebraré una cena en mis habitaciones para un pequeño*

núcleo de personas selectas. Le agradecería que aceptara mi invitación, ya que estoy seguro de que posteriormente considerará que valía la pena.

Sinceramente suyo,

Stephen Bradley

Traje de etiqueta. Entre 7.30 y 8.00 pm.

Cambió la hoja de papel de la máquina de escribir y dirigió cartas similares a Jean Pierre Lamanns y a Lord Brigsley. Meditó un rato y levantó el teléfono interior.

—Harry —dijo al jefe de porteros—, si alguien llama preguntando si la facultad cuenta con un miembro llamado Stephen Bradley, quiero que respondas: Sí, señor, un nuevo matemático ya famoso por sus cenas. ¿Comprendido?

—Sí, señor —respondió Harry Woodley.

El jefe de los porteros nunca había entendido a los estadounidenses y el Dr. Bradley no era ninguna excepción.

Tal como Stephen había anticipado, los tres telefonearon. Él habría hecho lo mismo. Harry recordó el mensaje y lo repitió, notando que sus interlocutores parecían un poco desconcertados.

—No más que yo —murmuró Harry Woodley en voz alta.

Stephen recibió una tarjeta de los tres aceptando la invitación. La última en llegar fue la de James Brigsley, el lunes. El membrete de su papel de carta contenía un lema prometedor: *Ex nihilo omnia*.

Fueron consultados el mayordomo y el chef del Salón Principal y se preparó una comida destinada a soltar la lengua del más taciturno de los mortales:

*Coquilles St. Jacques Puilly-Fuissé 1969*

*Carree d'agneau en croûteFeux St. Jean 1970*

*Casserole d'artichauds et*

*champignons*

*Pommes de terre boulangère*

*Griestorte with raspberriesBarsac Ch. d'Yquem 1927*

*Camembert frappé Oporto Taylor 1947*

*Café*

Ahora estaba todo planeado, todo lo que Stephen podía hacer era esperar a que llegara la hora señalada.

El jueves, con la última campanada de las 7.30, llegó Jean Pierre. Stephen admiró su elegante chaqueta de *smoking* y la corbata de lazo flojo que llevaba su invitado;



jugueteó con su pequeño lazo, sorprendido de que Jean Pierre Lamanns, con un savoir-faire tan evidente, también hubiese sido víctima de Prospecta Oil. Stephen se dedicó a un monólogo sobre la significación del triángulo isósceles en el arte moderno. Normalmente no habría elegido este tema de conversación que sabía sería interrumpido, pero la llegada del Dr. Adrian Tryner le salvó de las preguntas de Jean Pierre. Este había perdido algunos kilos en los últimos días, pero Stephen percibió por qué la práctica de su profesión en Harley Street era un éxito. El Dr. Tryner era, citando a H. H. Munro, un hombre cuyo aspecto hacía posible que las mujeres le perdonaran cualquier otra insuficiencia. Adrian estudió a su anfitrión y se preguntó si ya se conocían. No, esperaría un rato y quizá durante el curso de la cena se materializaría alguna clave.

Stephen le presentó a Jean Pierre y ambos se pusieron a charlar mientras el dueño de la casa comprobaba los detalles de la mesa. Volvió a abrirse la puerta y con algo más de respeto que las dos veces anteriores, el portero anunció:

—Lord Brigsley.

Stephen le saludó, repentinamente inseguro de si debía inclinarse o estrecharle la mano. Aunque James no conocía a ninguno de los presentes (una reunión muy extraña, pensó) no dio ninguna señal de incomodidad y entró fácilmente en la conversación. Hasta Stephen quedó sorprendido por la habilidad de James para decir una serie de trivialidades, pero no pudo evitar recordar sus resultados universitarios en Christ Church y se preguntó si el noble Lord sería de alguna utilidad para sus planes.

La comida cumplió el propósito deseado. Ninguno de los invitados hubiera sido capaz de preguntar jamás a su anfitrión por qué se celebraba la cena teniendo a la vista un cordero tan delicadamente condimentado con ajo y tierno como un pastel.

Por último, cuando la servidumbre quitó la mesa e iban por la segunda vuelta de oporto, Adrian no aguantó más:

—Si no le parece una grosería, Dr. Bradley...

—Llámeme Stephen.

—Stephen, ¿qué demonios significa esta selecta reunión?

Seis ojos se clavaron en Stephen, haciéndole la misma pregunta.

Stephen se levantó y observó a sus invitados. Inició el discurso resumiendo los acontecimientos de las semanas anteriores. Les habló de su encuentro con David Kesler, de su inversión en Prospecta Oil y de la visita de los miembros de la Brigada contra el Fraude. Hizo culminar sus palabras, cuidadosamente preparadas, de la siguiente forma:

—Caballeros, la verdad es que los cuatro nos encontramos en el mismo embrollo.

Jean Pierre reaccionó antes de que Stephen pudiese terminar lo que quería decir:

—A mí descárteme. Yo no me implicaría en algo tan estúpido. Soy un humilde comerciante en arte, no un especulador.

Adrian Tryner se sumó a las palabras de Jean Pierre antes de que Stephen tuviera

la oportunidad de responder:

—Jamás oí nada tan ridículo. Se ha equivocado de hombre. Soy un médico de Harley Street y no tengo nada que ver con el petróleo.

Stephen comprendió por qué la Brigada contra el Fraude había tenido problemas con esos dos y por qué los dos detectives se habían mostrado tan agradecidos por su cooperación. Todos miraron a Lord Brigsley, que levantó la vista y dijo, muy serenamente:

—Absolutamente acertado hasta el último detalle, señor Bradley, y yo me encuentro en un apuro muy grande. Pedí prestadas 150 000 libras para comprar las acciones, dando como fianza mi pequeña finca de Hampshire, y no creo que transcurra mucho tiempo antes de que el Banco insista en que la venda. Cuando esto ocurra y mi querido y anciano padre, el quinto conde, lo descubra, eso significará mi fin y me convertiré en el sexto conde de la noche a la mañana.

—Muchas gracias —le dijo Stephen y se sentó, mirando a Adrian mientras levantaba las cejas interrogativamente.

—¡Diantres! —exclamó Adrian—. Tiene razón con respecto a mí. Conocí a David Kesler como paciente y en un impulso invertí 100 000 libras en Prospecta Oil, mediante un préstamo obtenido con el respaldo de los bonos de mi propiedad. Solo Dios sabe por qué lo hice. Como ahora las acciones valen 50 centavos nadie las comprará y tengo un descubierto en el Banco por el que ya empiezan a inquietarse. También tengo una importante hipoteca sobre mi casa de campo en Berkshire y una renta bastante elevada de mi consultorio de Harley Street, una esposa de gustos extravagantes y dos hijos que asisten al mejor colegio de Inglaterra. Apenas he pegado un ojo desde que el Detective Inspector Smith me vino a ver hace dos semanas —levantó la vista: su rostro había perdido todo color y la tranquila suavidad de Harley Street había desaparecido.

Lentamente, todos se volvieron y miraron a Jean Pierre.

—Bien, bien —reconoció—, yo también. Estaba en París cuando todo se desmoronó y me quedé con las acciones sin ningún valor. Fueron 80 000 libras obtenidas en un préstamo contra mis existencias de la galería, existencias que no puedo vender en este momento por la caída de precios en el mercado del arte. Mi Banco me advirtió que pensara en la venta de la galería. Peor aún, aconsejé a algunos de mis amigos que invirtieran en esa maldita empresa.

La habitación quedó envuelta por un silencio sepulcral, que Jean Pierre quebró:

—¿Qué sugiere, profesor? —preguntó sarcásticamente—. ¿Qué celebremos una cena anual para festejar lo tontos que hemos sido?

—Ese no es mi plan —Stephen comprendió que lo que iba a decir chocaría, de modo que volvió a ponerse de pie y muy lenta y deliberadamente continuó—. Un hombre muy astuto, experto en fraudes bursátiles, nos ha robado nuestro dinero. Nosotros no somos entendidos en acciones y valores, pero cada uno es un experto en su propio campo. En consecuencia, caballeros, sugiero que volvamos a robárselo

todo, NI UN CENTAVO MÁS, NI UN CENTAVO MENOS.

Después de unos segundos de silencio se produjo un alboroto.

—Supongo que lo único que tenemos que hacer es ir a coger nuestro dinero, ¿no?  
—preguntó Adrian.

—O raptar al hombre —murmuró James.

—¿Por qué no le matamos? —preguntó Jean Pierre.

Transcurrieron varios minutos. Stephen esperó hasta que hubo absoluto silencio y repartió las cuatro carpetas tituladas «Harvey Metcalfe», con el nombre de cada uno de ellos en un ángulo. Una carpeta verde para Adrian, la azul para James y la amarilla para Jean Pierre. Stephen se quedó con el original guardado en la carpeta roja. Todos estaban impresionados. Mientras ellos se habían estado retorciendo las manos en improductiva congoja, resultaba evidente que Stephen Bradley había estado trabajando duramente.

Stephen continuó:

—Por favor lean cuidadosamente sus expedientes. Allí encontrarían los detalles que se conocen sobre Harvey Metcalfe. Deben llevárselo, estudiar la información y volver con un plan cada uno, explicando cómo podemos hacer entre todos para sacarle 1 millón de dólares sin que se entere siquiera. Cada uno de nosotros debe preparar un plan por separado, pero puede implicar a los otros tres en el suyo. Volveremos a reunirnos aquí dentro de catorce días y presentaremos nuestras ideas. Cada miembro del equipo pondrá 10 000 dólares en el bote para tener dinero y yo, como matemático, llevaré la contabilidad. Todos los gastos que tengamos para recuperar nuestro dinero se agregarán a la cuenta del señor Metcalfe, empezando por el viaje que ustedes hicieron esta tarde para llegar aquí y el coste de la cena.

Jean Pierre y Adrian protestaron. Una vez más fue James quien impidió la discusión diciendo, sencillamente:

—Estoy de acuerdo. Aunque fracasemos, ya no tenemos nada que perder. Cada uno de nosotros solo no tiene ninguna posibilidad, pero unidos podemos derrotar a ese bastardo.

Adrian y Jean Pierre intercambiaron una mirada, se encogieron de hombros y asintieron.

Los cuatro procedieron a una larga discusión acerca del material que Stephen había adquirido durante los últimos días. Salieron del College poco antes de medianoche, acordando que cada uno de ellos presentaría un plan catorce días después. Ninguno estaba muy seguro de adónde les llevaría todo esto, pero todos se sintieron aliviados al descubrir que ya no estaban solos. Stephen pensó que la primera tarde del «Equipo versus Harvey Metcalfe» había funcionado tan bien como cabía esperar.

Abrigaba la esperanza de que sus cómplices se pusieran a trabajar. Se sentó en su sillón, encendió un Winston y dejó volar sus pensamientos.

**A**DRIÁN RECOGIÓ SU COCHE en High Street, agradeciendo no por primera vez en su vida al adhesivo «Médico en consulta» el grado de libertad que le concedía para aparcar. Se dirigió hacia su casa de Berkshire. Indudablemente, Stephen Bradley le había impresionado y estaba decidido a presentar un plan que asegurara el desempeño de su propio papel.

Dejó que su mente jugara un rato con la encantadora perspectiva de recuperar el dinero que tan insensatamente había confiado a Prospecta Oil y a Harvey Metcalfe. Valía la pena intentarlo, a fin de cuentas, podían borrarle del Colegio de Médicos tanto por intento de robo como por bancarrota. Bajó la ventanilla del coche para hacer desaparecer los últimos efectos del delicioso clarete y poder pensar.

Realizó el trayecto entre Oxford y su casa de campo muy rápidamente. Tenía la mente tan ocupada que cuando llegó no logró recordar gran parte de la ruta. Además de su encanto natural, solo tenía que jugar una carta y abrigaba la esperanza de estar en lo cierto al pensar que esa carta era la fortaleza de su coraza y la debilidad de la de Harvey Metcalfe. Empezó a repetir en voz alta algo que estaba escrito en la página 16 del expediente que le había entregado Stephen:

«Una de las preocupaciones recurrentes de Harvey Metcalfe es...».

—¿De qué se trataba, cariño?

La voz de su esposa le devolvió a la realidad y cerró la cartera que contenía la carpeta verde con el expediente de Metcalfe.

—¿Todavía estás despierta, Mary?

—No estoy hablando en sueños, cariño.

Adrian se vio obligado a pensar con rapidez. Todavía no se había atrevido a contarle a Mary su estúpida inversión, pero sí le había hablado de la invitación a cenar en Oxford, sin pensar que estuviese ni remotamente relacionada con Prospecta Oil.

Algo flojo, pensó Adrian, pero era lo mejor que podía discurrir a la 1.15 de la noche.

—¿Estás seguro de que no era una muchacha hermosa? —preguntó Mary.

—No creo que Jim y Fred puedan ser descritos como hermosos, ni siquiera por sus amantes esposas.

—Baja la voz, Adrian, que vas a despertar a los niños.

—Dentro de dos semanas volveré allí para...

—Ahora acuéstate y cuéntamelo todo mañana, mientras desayunamos.

Adrian se sintió aliviado al poder suspender el tema hasta el día siguiente. Se acostó junto a su esposa envuelta en sedas y bajó su índice por su columna vertebral hasta el coxis, esperanzado.

—Era una broma, cariño. Un viejo amigo de Cambridge es actualmente profesor en Oxford y reunió a cenar a algunos de sus excondiscípulos. Pasamos una noche estupenda. También estaban Jim y Fred, pero no creo que les recuerdes.

—No tendrás suerte a esta hora de la noche —dijo ella.

Los dos se quedaron dormidos.

Jean Pierre tomó una habitación en el Eastgate Hotel de High Street. Al día siguiente había una exposición de alumnos en la Galería de Arte de Christ Church. Jean Pierre abrigaba la esperanza de descubrir algún talento joven y contratarlo para su galería. La Marlborough Gallery, situada a poca distancia de la suya en Bond Street, había enseñado al mundo artístico londinense la astucia de comprar artistas jóvenes e identificarse íntimamente con su carrera. Pero en ese momento, el futuro artístico de su galería no era lo que más le preocupaba, ya que su propia supervivencia se veía amenazada y el sereno catedrático americano de Magdalen había planteado la posibilidad de rehabilitarse. Se instaló en su cómodo dormitorio, leyó todo el expediente sin preocuparse de la hora y pensó cuál podía ser su lugar en el rompecabezas. No permitiría que dos ingleses y un yanqui le superaran. Su padre francés había sido socorrido en Rochefort por los británicos en 1918, y liberado de un campo de prisioneros de guerra cercano a Franckfurt por los norteamericanos en 1945. De ningún modo dejaría de desempeñar su papel en esta operación. Continuó leyendo el expediente amarillo hasta altas horas de la madrugada; en su mente comenzó a surgir el germen de una idea.

James tomó el último tren de Oxford y buscó un vagón vacío en el que pudiera sentarse a estudiar el contenido de la carpeta azul. Estaba preocupado: sin duda los otros tres aparecerían con algún plan brillante y él —como siempre parecía ocurrirle en la vida— llegaría con las manos vacías. Nunca se había sentido presionado antes, las cosas le habían sido muy fáciles. Un plan infame para arrebatarse a Harvey Metcalfe una parte de sus ganancias excesivas, no se elaboraría con tanta facilidad. Pero la horrenda visión de su padre descubriendo que la finca de Hampshire estaba hipotecada hasta el pescuezo mantuvo su mente concentrada en la tarea. Catorce días no era un plazo muy largo. ¿Por dónde empezaría? No era un profesional, como los otros tres, y no tenía ninguna habilidad específica que ofrecerles. Lo único que podía esperar es que su reconocida experiencia teatral le fuese útil de alguna manera.

Chocó contra el revisor, que no se sorprendió al ver que James llevaba un billete de primera clase. La petición de un compartimiento desocupado no tuvo éxito. James

llegó a la conclusión de que Richard Marsh, Presidente de los Ferrocarriles Británicos, intentaba administrarlos de forma que dieran beneficios. ¿Qué ocurriría después en Gran Bretaña? Lo que le resultó más irritante aún fue pensar que probablemente le darían un puesto en la Cámara de los Lores por las molestias que se tomaba.

James siempre había pensado que lo mejor y lo más próximo a un compartimiento vacío era uno que incluyera una hermosa muchacha, y esta vez tuvo suerte. Uno de los coches estaba ocupado por una criatura verdaderamente sorprendente, que parecía viajar sola. La otra persona que ocupaba el compartimiento era una señora madura que leía *Vogue* y que no parecía conocer a su compañera de viaje. James se sentó en el rincón, de espaldas a la máquina, comprendiendo que no podría estudiar el expediente sobre Metcalfe en el tren. Todos habían jurado que guardarían el secreto absoluto de esa cuestión y Stephen les había advertido que no debían leer los expedientes en compañía de nadie. James pensaba que de los cuatro, a él era a quien resultaría más difícil guardar silencio ya que como era un hombre sociable, los secretos le resultaban aburridos. Se tocó el bolsillo del abrigo que contenía la carpeta y el sobre proporcionados por Stephen Bradley. Ese sí es un hombre eficiente, pensó James. También cerebral hasta el extremo. James frunció el ceño y miró por la ventanilla con la esperanza de encontrar alguna idea apropiada. Pero se encontró estudiando el reflejo del hermoso perfil de la muchacha que estaba sentada frente a él.

Descubrió una brillante mata de pelo castaño oscuro, una nariz recta y delgada y unas largas pestañas que proyectaban coquetamente su sombra sobre las mejillas mientras leía el libro que llevaba en el regazo. James se preguntó si estaría tan ajena a su presencia como parecía y a regañadientes decidió que así era. Se equivocaba. Sus ojos bajaron por la suave curva del pecho de la muchacha, cubierto de lana de angora. Dobló levemente el cuello para ver qué clase de piernas tenía en el reflejo. ¡Maldición, llevaba botas! Volvió a mirarle la cara. Ella le estaba observando con expresión divertida. Turbado, James dirigió su atención a la tercera ocupante del compartimiento, la chaperone oficiosa ante la cual no tuvo el coraje de iniciar una conversación con la muchacha.

De pronto se dio cuenta de que la modelo de la cubierta del *Vogue* que leía la mujer era la imagen exacta de la muchacha que tenía ante sí. Al principio no pudo creer lo que le decían sus ojos, pero una veloz verificación de la modelo de carne y hueso no le dejó ninguna duda. Cuando *Vogue* fue reemplazada por *Queen*, James se inclinó y preguntó a la chaperone si le permitía hojearla.

—Me dejé la cartera en la estación por error —aclaró estúpidamente— y no tengo nada para leer.

Abrió la segunda página. Leyó:

«Cubierta: Imagínese así... vestido negro de georgette de seda con pañuelo de gasa. Cuello de

plumas de avestruz. Turbante con flores a tono. Confeccionado por Zandra Rhodes. El peinado de Anne es de Jason, de Vidal Sassoon. Fotografía de Lichfield. Cámara: Hasselblad».

James no logró imaginarse así, pero al menos ahora conocía el nombre de la hermosa modelo: Anne. En cuanto la modelo de carne y hueso levantó la vista, James le hizo saber por señas que había visto su fotografía. Ella le obsequió una breve sonrisa y continuó leyendo *Odessa*, que le estaba gustando tanto como *Chacal*, la primera novela de Frederick Forsyth.

La chaperone se bajó en la estación de Reading, llevándose consigo el ejemplar de *Vogue*. No podía ser mejor, musitó James casi para sus adentros. Anne levantó la vista, levemente incómoda, sonriendo esperanzada a los pocos pasajeros que pasaban por el pasillo buscando un asiento. James les clavaba una mirada hosca a medida que pasaban. Nadie entró en el compartimiento.

James había ganado el primer *round*. Mientras el tren cobraba velocidad probó su táctica de aproximación, esta vez con mejores resultados que en ocasiones anteriores:

—La fotografía de la cubierta de *Vogue* tomada por mi excompañero Patrick Lichfield es muy buena.

Anne Summerton le miró: era aún más hermosa que la fotografía a que James hacía referencia. Su pelo oscuro, cortado según el último estilo Vidal Sassoon, sus grandes ojos de color avellana y el cutis impecable le otorgaban un aire dulce que James encontró irresistible. Tenía ese cuerpo esbelto y gracioso que necesitan las modelos para ganarse la vida, pero también una elegancia que la mayoría de ellas jamás adquiriría. James se sentía auténticamente hechizado y deseó que ella dijera algo.

Anne estaba acostumbrada a que los hombres intentaran acercarse a ella, pero se sintió algo sorprendida por la observación acerca de Lord Lichfield. Si su compañero de viaje era amigo de aquel, sería grosero de su parte no ser por lo menos amable. Al mirarle por segunda vez, le resultó encantadora la timidez de James. Este había usado muchas veces el mismo método de aproximación humilde con gran éxito, pero esta vez lo hizo sinceramente. Volvió a intentarlo:

—Ser modelo debe suponer mucho trabajo.

Qué frase estúpida, pensó James. ¿Por qué no podía decirle, sencillamente, me parece que eres absolutamente fantástica, por qué no charlamos un rato? Pero nunca le resultaba posible hacerlo de esa forma y tendría que pasar, como de costumbre, por las etapas habituales.

—Si los contratos son buenos es bastante divertido —respondió Anne—, pero hoy ha sido un día especialmente agotador —su voz era suave y su leve acento extranjero atrajo aún más a James—. Estuve sonriendo todo el día, posando para un anuncio de Close-Up: el fotógrafo nunca parecía quedar satisfecho. Lo único bueno

es que terminó antes de lo que esperaba. ¿Es amigo de Patrick?

—Fuimos compañeros en Harrow. Él siempre fue más hábil que yo para zafarse del trabajo.

Anne rio suave y cálidamente: era obvio que este hombre conocía a Lord Lichfield.

—¿Se ven a menudo?

—Ocasionalmente, en alguna cena, pero no de manera regular. ¿Le ha hecho muchas fotografías?

—No —respondió Anne—, para la cubierta de *Vogue* es la única vez que trabajé con él.

Siguieron charlando y para James los treinta y cinco minutos de viaje entre Reading y Londres transcurrieron en un suspiro. Mientras recorrían la plataforma de Paddington Station, aventuró:

—¿Me permite llevarla a su casa? Tengo el coche aparcado en Craven Street.

Anne aceptó. Llovía y no le resultaría fácil conseguir un taxi a esa hora de la noche.

James la llevó en su Alfa Romeo. Ya había decidido que no lo iba a mantener mucho tiempo más, con el combustible subiendo de precio y el efectivo bajando. Hablaron alegremente durante todo el trayecto hasta su casa. Anne vivía en un bloque de apartamentos con vista al Támesis, en Cheyne Row, y con gran sorpresa de su parte vio que su acompañante la dejaba frente a la puerta y se despedía. Ni siquiera le pidió su número de teléfono y solo conocía su nombre de pila. Y ella no tenía la menor idea de cómo se llamaba él. Qué lástima, pensó Anne, es un tipo agradable en comparación con los hombres que trabajan en publicidad e imaginan que automáticamente tienen derecho a la complacencia de cualquier muchacha que posa en sostén.

James sabía muy bien lo que hacía. Había descubierto que cualquier muchacha se sentía más halagada si la llamaban cuando menos lo esperaba. Su táctica consistía en dar la impresión de que le habían visto por última vez, especialmente cuando la primera funcionaba bien. Volvió a su casa de Kings Road y meditó un rato. A diferencia de Stephen, Adrian y Jean Pierre —teniendo trece días por delante— todavía no se le había ocurrido nada para derrotar a Harvey Metcalfe; por el contrario, comenzó a desarrollar un plan con respecto a Anne.

Al despertarse por la mañana, Stephen continuó investigando. Comenzó por un estudio a fondo de la forma en que se administraba la universidad. Visitó el despacho del vicepresidente en el edificio Clarendon, donde pasó un rato haciendo extrañas preguntas a la secretaria de personal, la señorita Smallwood, que quedó muy intrigada. Después Stephen fue al despacho del secretario general, donde se mostró igualmente inquisitivo. Concluyó el día con la visita a la biblioteca Bodle, donde



copió algunos fragmentos de los estatutos universitarios. Entre otras excursiones realizadas en el transcurso de los catorce días siguientes, visitó a los sastres de Oxford, Shepherd y Woodward, y pasó todo un día en el Teatro Sheldon viendo cómo los graduados recibían sus diplomas en una breve ceremonia. También estudió la disposición de The Randolph, el hotel más grande de Oxford. Esto le llevó un tiempo considerable, tanto que llegó a despertar la curiosidad del gerente, pero Stephen se retiró prudentemente antes de que se mostrara suspicaz. Su último paso consistió en volver al Clarendon para conocer al secretario del cuerpo universitario y ser acompañado por el portero en una visita al edificio. Stephen le advirtió que pensaba mostrar el edificio a un estadounidense.

—No será fácil... —comenzó a decir el portero.

Stephen dobló lentamente un billete de una libra y se la pasó.

—... aunque estoy seguro de que podremos hacer algo, señor.

En los intervalos de sus viajes por la ciudad universitaria, Stephen meditó mucho sentado en su gran sillón de cuero y escribió mucho más frente al escritorio. Al cumplirse el día número catorce su plan había sido perfeccionado y estaba listo para ser presentado a los otros tres. Como habría dicho Harvey Metcalfe, el espectáculo ya estaba en marcha y esperaba que fuera un verdadero éxito.

Al día siguiente de la cena en Oxford, Adrian se levantó temprano y durante el desayuno evitó las molestas preguntas de su esposa acerca de la experiencia de la noche anterior. Fue a Londres en cuanto pudo liberarse y al llegar a Harley Street fue saludado por su eficiente secretaria-recepcionista, la señorita Meikle.

Elsbeth Meikle era una escocesa cerrada y devota que consideraba que su trabajo era una vocación. Para todo el mundo era obvia su devoción hacia Adrian, aunque ella nunca habría calificado así sus sentimientos, ni siquiera para sus adentros.

—Durante los próximos catorce días quiero tener el menor número posible de consultas, señorita Meikle.

—Comprendo, doctor Tryner.

—Tengo que realizar un trabajo de investigación y no quiero que me interrumpen mientras estoy en el estudio.

La señorita Meikle se sintió algo sorprendida. Siempre había pensado que el Dr. Tryner era un buen médico pero ignoraba que se dedicara a la investigación. Salió silenciosamente, apoyando apenas las zapatillas blancas en el suelo, para hacer pasar a la primera de un grupo de señoras admirablemente saludables.

Adrian entró en su consultorio. Empezó la mañana haciendo diversas llamadas telefónicas, entre ellas dos conferencias al extranjero, a The Boston Infirmary, y varias a un famoso gastroenterólogo a quien había conocido en Cambridge. Después apretó el timbre y llamó a la señorita Meikle.

—Por favor vaya a H. K. Lewis y compre dos libros con cargo a mi cuenta.

Quiero la última edición de Toxicología clínica de Polsen y Tattersall y la obra de Harding Rain sobre la vejiga y el abdomen.

—Sí, señor —respondió la señorita Meikle imperturbable.

Elsbeth Meikle ni siquiera pensó que no podría comer sus *sandwiches* a tiempo, antes de que Adrian volviera de su habitual almuerzo en el Hub.

Cuando Adrian volvió al consultorio encontró las obras sobre su escritorio e inició una cuidadosa lectura de las mismas. Pasó el día siguiente en el St. Thomas's Hospital, faltando a su consulta matinal, para estudiar atentamente el trabajo de dos de sus colegas. Su confianza en el plan que estaba formulando crecía minuto a minuto. Volvió a Harley Street y tomó algunas notas sobre las técnicas observadas. Recordó las palabras que había pronunciado Stephen: «Deben pensar cómo lo haría Harvey Metcalfe. No como profesionales, sino como personas que saben arriesgar, como empresarios».

Adrian estaba penetrando en la longitud de onda de Harvey Metcalfe y estaría preparado para explicar su plan ante el norteamericano, el francés y el Lord cuando lo solicitaran; esperaba ansioso la próxima reunión.

Jean Pierre volvió de Oxford al día siguiente. Ninguno de los jóvenes artistas le había impresionado demasiado, aunque le parecía que las acuarelas de Anthony Bamber contenían una promesa y mentalmente tomó nota de que debía estar atento a su obra futura. Al igual que Adrian y Stephen, al llegar a Londres inició sus investigaciones. Comenzó a desplegar la tentadora idea que le había asaltado en el Eastgate Hotel. A través de sus numerosos contactos en el mundo artístico, verificó todas las compras y ventas de las principales obras impresionistas durante los últimos veinte años. Hizo una lista de los cuadros que pensaba que seguían en el mercado actualmente. Después se puso en contacto con la única persona que podía poner en movimiento su plan. Felizmente, el hombre cuya ayuda necesitaba, David Stein, estaba en Inglaterra y podía ir a verle pero... ¿entraría en sus planes?

Por la tarde del día siguiente, Stein pasó dos horas con Jean Pierre en privado, en su pequeño despacho del sótano de la Galería Lamanns. Cuando se fue, Jean Pierre sonrió para sus adentros. Terminó de reunir toda la información necesaria ocupando el resto de la tarde en la Embajada de Alemania en Belgrave Square, y en telefonar al Dr. Wormit de la Preussischer Kulturbesitz en Berlín y a la señora Tellegen a la Rijksbureau en La Haya. Incluso Metcalfe le habría felicitado por ese toque. Esta vez, el francés no necesitaría que lo liberara nadie. Cuando presentara su plan, el norteamericano y el inglés harían bien en emprender la retirada.

Al despertarse a la mañana siguiente, lo último en que James hubiera pensado era en un plan para derrotar a Harvey Metcalfe: Anne ocupaba todos sus pensamientos.

Telefoneó a Patrick Lichfield.

—¿Patrick?

—Sí.

—Aquí, James Brigsley.

—Hola, James. Hace mucho que no nos vemos. ¿Por qué me despiertas a esta hora de la madrugada?

—Son las diez, Patrick.

—¿Sí? He pasado una mala noche. ¿En qué puedo ayudarte?

—Hiciste una fotografía de una chica que se llama Anne para *Vogue*.

—Anne Summerton —informó Patrick sin titubeos—. Me la envió la Agencia Stacpoole.

—¿Qué tal es?

—No tengo la menor idea —respondió Patrick—. Intenté averiguarlo pero no me dejó.

—No puedo decir que tenga ella la culpa. Vuelve a dormir, Patrick. Nos veremos pronto.

Anne Summerton no figuraba en la guía telefónica, de modo que esa triquiñuela había fracasado. James continuó tumbado en la cama, frotándose la barbilla hasta que sus ojos se iluminaron. Una rápida mirada a la sección de páginas amarillas de la guía le proporcionó el número que necesitaba.

—Agencia Stacpoole.

—¿Puedo hablar con el gerente?

—¿De parte de quién?

—Lord Brigsley.

—Un momento, milord.

James oyó un chasquido e inmediatamente la voz del gerente, Michael Stacpoole.

—Buenos días, milord, ¿puedo serle útil?

—Eso espero. Estoy buscando una modelo para la inauguración de una tienda de antigüedades y necesito una joven de categoría. ¿Comprende?

James describió a Anne como si no la conociera.

—Tenemos dos modelos que me parece podrían ajustarse a sus necesidades, milord —aventuró Stacpoole. Paulene Stones y Anne Summerton. Lamentablemente, Paulene está en Birmingham para el lanzamiento del nuevo coche Allegro y Anne se encuentra posando para un anuncio de pasta dentífrica en Oxford.

—Yo necesito una modelo hoy —aseguró James (le habría gustado poder decir a Stacpoole que Anne ya había vuelto a Londres)—. Si alguna de las dos está libre, telefonéeme al 352 21 09, señor Stacpoole.

James colgó el teléfono, algo decepcionado. Al menos, pensó, si todo sale mal puedo empezar a planificar mi parte para el Equipo versus Harvey Metcalfe. Estaba resignándose a esta idea cuando sonó el teléfono. Una voz chillona anunció:

—Aquí la Agencia Stacpoole. El señor gerente quiere hablar con Lord Brigsley.

—Al habla —dijo James.

—Le pongo, milord.

—¿Lord Brigsley?

—Sí.

—Habla Stacpoole, milord. Parece que Anne Summerton está libre. ¿Cuándo quiere que se presente en su tienda?

—Oh —exclamó James, desconcertado por un segundo—. Mi tienda de antigüedades está en Berkeley Street, junto al Empress Restaurant. Se llama Albemarle Antiques. Puedo encontrarme con ella en la puerta a las 12.45.

—Estoy seguro de que Anne aceptará, milord. Si no vuelvo a telefonarle en el plazo de diez minutos, delo por hecho. Le agradeceré que nos haga saber si es la persona adecuada. Normalmente preferimos que el cliente pase por la agencia, pero en su caso haremos una excepción.

—Muchas gracias —respondió James y colgó el auricular, satisfecho de sí mismo.

James esperó de pie en la acera izquierda de Berkeley Street, en la puerta del May Fair Hotel, para poder observar la llegada de Anne. Cuando se trataba de trabajar, Anne siempre era puntual y a las 12.40 apareció, por el lado de Picadilly. Su falda tenía el largo de última moda, pero esta vez James pudo comprobar que sus piernas eran tan esbeltas y bien formadas como el resto de su cuerpo. Anne se paró en la puerta del Empress Restaurant y observó atónita la Oficina de Turismo Brasileña a la derecha y la Sala de Exposición de Rolls Royce perteneciente a H. R. Owen a la izquierda.

James cruzó la calle desplegando una amplia sonrisa.

—Buenos días —dijo.

—¡Hola —respondió Anne—, qué coincidencia!

—¿Qué hace aquí? —preguntó James.

—Estoy tratando de encontrar una tienda llamada Albemarle Antiques. ¿La conoce? Creo que tienen trabajo para mí. Estoy esperando a Lord Brigsley, el dueño.

James sonrió:

—Yo soy Lord Brigsley.

Anne se mostró sorprendida y enseguida estalló en una carcajada. Comprendió lo que James había hecho y se sintió halagada por el cumplido.

Almorzaron juntos en el Empress, el restaurante favorito de James en Londres. Contó a Anne por qué también había sido el predilecto de Lord Clarendon: «Los millonarios son un poco más gordos y las amantes un poco más delgadas que en cualquier otro restaurante de Londres».

James le invitó a ver una de Las Conquistas Normandas. Había escogido las comedias de Alan Ayckbourn porque componían una trilogía, de modo que si les gustaba la primera, podría invitarle a ver las otras dos.

La representación fue un éxito resonante y se pusieron de acuerdo para ver las

otras dos. Anne era lo primero bueno que le ocurría a James en mucho tiempo. Los diez días siguientes pasaron volando y James pasó más tiempo con ella del que había programado. Cuando llegó el jueves no tenía ningún plan para presentar al equipo. Lo único que pudo hacer fue abrigar la esperanza de que los demás se encontraran en la misma posición que él y se abandonara el juego.

Viajó a Oxford en su Alfa Romeo y otra vez volvió a perderse antes de llegar a Magdalen. Stephen, Adrian y Jean Pierre le recibieron con los brazos abiertos. Demonios, pensó, todos parecen muy confiados.

**S**TEPHEN ESTRECHÓ CÁLIDAMENTE la mano de James, a la manera americana, y le sirvió un *whisky* con hielo. James bebió un trago para darse un poco de valor y se reunió con Adrian y Jean Pierre. Por acuerdo recíproco implícito, no se mencionó a Harvey Metcalfe. Hablaron de cosas superficiales sin profundizar ningún tema en particular, cada uno de ellos apretando su carpeta hasta que Stephen les llamó a la mesa. En esta ocasión, Stephen no había solicitado las habilidades del chef ni del mayordomo. Sobre la mesa había *sandwiches*, cerveza y café; la servidumbre del College no estaba presente.

—Esta es una cena de trabajo —declaró Stephen con firmeza— y como finalmente Harvey Metcalfe pagará la cuenta, no quiero abusar de su hospitalidad. No quiero hacer nuestra tarea innecesariamente dura comiéndonos cientos de dólares en cada reunión.

Los tres permanecieron en silencio mientras Stephen sacaba unos papeles.

—Comenzaré por un comentario general —dijo Stephen—. He estado haciendo más averiguaciones sobre los movimientos de Harvey Metcalfe durante los próximos meses. Este parece realizar todos los veranos la misma ronda de acontecimientos sociales y deportivos. La mayor parte ya figura en el expediente. Mis últimos descubrimientos están sintetizados en esta nota, que debéis agregar como página 38 al final de vuestros legajos. Dice así:

Harvey Metcalfe llegará a Inglaterra el 21 de junio en el Q. E. 2, que atracará en Southampton. Ya ha reservado la *Suite* Trafalgar para la travesía y alquiló a Guy Salmon un Rolls Royce para que le lleve al Claridge's. Permanecerá en este hotel dos semanas, en la *Suite* Real, y tiene billetes de abono para todos los días de duración del Campeonato de Wimbledon. Cuando este concluya, volará a Montecarlo, donde permanecerá en su yate *Mensajero* otras dos semanas. Después volverá a Londres y al Claridge's para ver correr a su yegua *Rosalie* en la carrera Rey Jorge VI y Reina Isabel. Tiene un palco privado en Ascot para los cinco días de la Semana de Ascot. Regresará a América en un *jumbo* jet de Pan American desde el aeropuerto de Heathrow el 29 de julio, el vuelo N.º 009 a las 11.15 con destino al Aeropuerto Internacional Logan, de Boston.

Los otros tres miembros del equipo guardaron la página 38 en sus carpetas,

comprendiendo una vez más cuán detallada era la investigación de Stephen. James comenzaba a sentirse enfermo e indudablemente la causa no eran los *sandwiches*.

—La próxima decisión que debemos adoptar —prosiguió Stephen— consiste en pensar en qué períodos del viaje de Metcalfe a Europa pondremos en práctica cada plan. Adrian, ¿qué parte prefieres?

—Montecarlo —respondió Adrian sin vacilar—. Necesito agarrarle fuera de su terreno.

—¿Algún otro desea Montecarlo?

Nadie abrió la boca.

—¿Qué prefieres tú, Jean Pierre?

—Quisiera la quincena de Wimbledon.

—¿Alguna objeción?

Tampoco esta vez respondieron. Stephen agregó:

—Yo quiero el período de Ascot y el breve intervalo anterior a su regreso a los Estados Unidos. ¿Y tú, James?

—Para mí es lo mismo cualquier momento —respondió James humildemente.

—Bien —continuó Stephen—. Por el momento, Jean Pierre es el primero, Adrian el segundo y yo el tercero. James se irá introduciendo a medida que desarrollemos esta conversación.

Todos, salvo James, parecían estimulados por la tarea.

—Ahora los gastos. ¿Todos habéis traído el cheque por 10 000 dólares? Me parece sensato trabajar en dólares ya que en esa moneda hemos comprado nuestras acciones de Prospecta Oil.

Cada uno de los miembros del equipo le pasó un cheque a Stephen. Al menos, pensó James, esto es algo que puedo hacer tan bien como los demás.

—¿Gastos hasta la fecha?

Cada uno pasó una nota a Stephen y este comenzó a sumar cifras en su elegante calculadora de bolsillo HP 70, cuyos dígitos se destacaban en rojo en la habitación tenuemente iluminada.

—Las acciones nos costaron un millón de dólares. Los gastos hasta la fecha ascienden a 142, de modo que el señor Metcalfe nos adeuda la suma de 1 000 142 dólares. Ni un centavo más ni un centavo menos —repitió—. Ahora vayamos a nuestros planes individuales. Los expondremos en orden de ejecución —a Stephen le gustó el sonido de la última palabra—. Jean Pierre, Adrian, yo y por último James. El escenario es tuyo, Jean Pierre.

Jean Pierre abrió un sobre grande y sacó cuatro juegos de documentos. Estaba decidido a demostrar que tenía la talla de Stephen y también la de Harvey Metcalfe. Repartió fotografías y planos del West End y de Mayfair. Cada calle estaba señalada con un número que indicaba cuántos minutos se tardaba en caminarla. Jean Pierre explicó su plan con todo detalle, empezando por la crucial reunión que había sostenido con David Stein y terminando por impartir instrucciones a los demás.

—Todos vosotros seréis necesarios ese día. Adrian será el periodista y James el representante de Sotheby. Stephen, tú harás las veces de comprador. Debes practicar la pronunciación del inglés con acento alemán. También necesitaré dos billetes para toda la quincena de Wimbledon, en la Cancha Central, exactamente frente al palco de abono de Harvey Metcalfe —Jean Pierre consultó la nota de Stephen—. Es decir, frente al Palco N.º 17. ¿Puedes conseguirlo, James?

—No hay problema. Hablaré con Mike Gibson, el árbitro del club, mañana por la mañana.

—Bien. Por último, todos debéis aprender a manejar estos pequeños transmisores. Me costó mucho trabajo obtener la licencia en el Ministerio del Interior y una longitud de onda registrada de modo que debéis tratarlos con cuidado —Jean Pierre mostró cuatro cajas miniatura—. ¿Alguna pregunta?

Hubo un murmullo general de aprobación: en el plan de Jean Pierre no habría cabos sueltos.

—Felicidades —dijo Stephen—. Esto tiene que significar para nosotros un buen comienzo. ¿Y tú, Adrian?

Adrian relató sus andanzas de los últimos catorce días. Les informó de su encuentro con el especialista y explicó los efectos tóxicos de las drogas anticolinesterasas.

—Esto será difícil de poner en práctica porque tendremos que esperar el momento oportuno. No obstante, debemos estar preparados en todo momento.

—¿En qué hotel de Montecarlo nos alojaremos? —preguntó James—. Generalmente yo voy al Metropole, pero me parece mejor que no nos hospedemos allí.

—No, tienes razón, James, ya he hecho las reservas oportunas en el Hotel de París, entre el 29 de junio y el 4 de julio. Pero antes de eso, todos vosotros debéis asistir a varias sesiones preparatorias en el Hospital St. Thomas.

Todos consultaron sus agendas y acordaron una serie de encuentros.

—He aquí un ejemplar del Manual de Medicina (abreviado) de Houston para cada uno de vosotros —continuó Adrian—. Todos debéis estudiar el capítulo de Primeros Auxilios. No quiero que cuando todos estemos vestidos de blanco comencéis a pasearos como inútiles. Tú, Stephen, vendrás a Harley Street para seguir un curso intensivo dentro de dos semanas, ya que debes resultar totalmente convincente como médico —Adrian había escogido a Stephen porque sabía que su mente científica asimilaría más cosas en el breve tiempo de que disponían—. Tú, Jean Pierre, debes asistir todas las noches a un club de juego durante el mes próximo y aprender exactamente cómo se juega al *baccarat* y al *black jack*, además de adquirir la habilidad de jugar varias horas seguidas sin perder mucho dinero. James, tú aprenderás a conducir una pequeña furgoneta por calles muy transitadas y también vendrás a Harley Street la semana próxima para que podamos hacer un ensayo preliminar.



Todos contemplaban a Adrian con ojos desorbitados. Si lograban todo eso, serían capaces de hacer cualquier cosa. Adrian notó la ansiedad de sus rostros:

—No os preocupéis, mi profesión ha sido ejercida por hechiceros durante miles de años. La gente nunca discute cuando se enfrenta a hombres preparados y tú, Stephen, no te quepa duda lo serás.

Stephen asintió. Comentó que los universitarios también podían ser muy ingenuos. ¿No era exactamente eso lo que les había ocurrido a todos ellos con Prospecta Oil?

—Recordad el comentario de Stephen al pie de la página 33: «En todo momento debemos pensar como Harvey Metcalfe».

Adrian continuó ofreciendo más detalles sobre la ejecución de ciertos planes.

Cuando terminó de hablar, Adrian respondió a las preguntas de los otros tres durante veintiocho minutos. Finalmente, Jean Pierre confesó:

—Creí que ninguno de ustedes me derrotaría, pero este plan es brillante. Si logramos ajustar bien los tiempos, solo necesitaremos un poco de suerte.

James comenzaba a sentirse evidentemente incómodo a medida que se acercaba su hora. Deseó no haber aceptado la invitación a la primera cena y no haber estimulado a los demás a aceptar el desafío de Stephen. Pero por lo menos las tareas que le habían asignado en las dos primeras operaciones estaban dentro de sus posibilidades.

—Bien, caballeros —dijo Stephen—, los dos habéis estado a la altura de las circunstancias, pero mi propuesta exigirá aún más de vosotros.

Comenzó a revelar los frutos de su investigación de las dos semanas pasadas y la esencia de su plan. Todos se sintieron como alumnos en presencia de un profesor, pero Stephen no lo hacía con esta intención. Era un estilo que había desarrollado y, como muchos catedráticos, no lograba quitárselo de encima en su vida privada. Sacó un calendario del último trimestre y explicó cómo funcionaban los períodos universitarios, cuál era la labor del Canciller de la universidad, del Vicecanciller, del Secretario General y del secretario del cuerpo universitario. Al igual que Jean Pierre, proporcionó planos a cada miembro del equipo, esta vez de Oxford. Había marcado cuidadosamente una ruta desde el Teatro Sheldon hasta el Lincoln College y desde este hasta The Randolph Hotel, con un plan pensado para el caso de que Harvey Metcalfe insistiera en utilizar su coche a pesar del sistema de una sola dirección.

—Adrian, tú debes averiguar qué hace el Vicecanciller en Encaenia. Sé que no puede ser lo mismo que en Cambridge, ya que las dos universidades repiten lo mismo, pero no de manera idéntica. Debes saber qué rutas es probable que tome y cuáles suele tomar a la vuelta. Ya he tomado las disposiciones necesarias para que el último día haya una habitación a tu disposición en Lincoln. Tú, Jean Pierre, estudiarás y conocerás a fondo las funciones del secretario general de Oxford y también la ruta alternativa que está señalada en tu plano. James, tú debes saber cómo cumple su tarea el secretario del cuerpo universitario... la colaboración de su

despacho, con qué bancos trabaja y cómo se cobran los cheques allí. También debes saber qué rutas suele tomar el día de Encaenia. Yo tengo el papel más fácil porque me representaré a mí mismo en todo salvo en el nombre. Debéis aprender cuál es el tratamiento correcto. La novena semana del trimestre haremos un ensayo general, un martes, en que la universidad está bastante tranquila. ¿Alguna pregunta?

La respuesta fue un silencio absoluto, pero un silencio respetuoso. Todos comprendieron que la operación de Stephen exigiría un ajuste cronométrico de los tiempos y que tendrían que ensayarlo todos dos o tres veces, pero si lo hacían bien no podían fallar.

—Ahora bien, la parte de mi plan correspondiente en Ascot es más sencilla. Solo necesito que Adrian y James estén en el Recinto de Miembros. Necesitaré dos billetes de socio de entrada al Recinto y espero que tú puedas conseguirlo. James.

—Seguramente quieres decir distintivos, Stephen —aclaró James.

—Sí. También necesito que alguien esté en Londres para mandar el telegrama. Ese serás tú, Jean Pierre.

—Comprendido —aceptó Jean Pierre.

Durante casi una hora todos hicieron diversas preguntas referentes a detalles, con el objeto de familiarizarse con el plan tanto como Stephen.

La mente de James empezó a vagar otra vez. Deseaba que la tierra se abriera. Incluso empezó a desear no haber conocido a Anne, aunque no podía culparla a ella. De hecho, apenas podía esperar a que llegara el momento de volver a verla. Entonces le diría...

—James, despierta —dijo Stephen ásperamente—. Te estamos esperando.

Todos los ojos estaban fijos en él. Ellos habían sacado el as de corazones, el de diamantes y el de picas. ¿Tenía él el de triunfo? James se sintió aturdido y bebió otro trago.

—¡Pareces un retrasado mental! —exclamó Jean Pierre—. No has aportado una sola idea.

—De hecho he pensado mucho, pero no se me ocurrió nada.

—Eso nos sirve de muy poco —observó Adrian.

James tartamudeaba, impotente. Stephen le interrumpió.

—Escucha James, y escucha atentamente. Volveremos a encontrarnos dentro de veintiún días. Entonces todos debemos saber de memoria los planes de los demás. Un solo error podría arruinarlo todo. ¿Comprendes? —James asintió: estaba decidido a no fallar en eso—. Y lo que es más —continuó Stephen con firmeza—, en ese momento debes presentarnos tu plan. ¿Está claro?

—Sí —murmuró James con voz de disgusto.

—¿No hay más preguntas? —preguntó Stephen.

No las había.

—Bien. Ahora repasaremos las tres operaciones individualmente, detalle por detalle —Stephen ignoró los murmullos de protesta—. No debéis olvidar que estamos

frente a un hombre que no está acostumbrado a ser derrotado. No tendremos una segunda oportunidad.

Durante una hora y media repasaron todos los detalles de cada operación por orden de ejecución. Primero Jean Pierre durante la quincena de Wimbledon; segundo Adrian en Montecarlo; tercero Stephen durante y después de Ascot.

Cuando se levantaron de la mesa era tarde. Se despidieron cansados, cada uno de ellos recordando las diversas tareas que debía realizar antes de la próxima reunión. Cada uno tomó su camino, acordando volver a encontrarse el viernes siguiente en el quirófano Jericho del Hospital St. Thomas.

**L**OS VEINTE DÍAS SIGUIENTES resultaron duros para los cuatro, ya que cada uno tenía que colaborar en los planes de los otros y organizar los propios. El viernes se reunieron en la primera de muchas sesiones en el Hospital St. Thomas, reunión que habría sido todo un éxito si James hubiera logrado mantenerse de pie. Para ser francos hay que decir que no era el ver sangre lo que le mareaba: le bastaba ver el bisturí. La única ventaja de esto, desde el punto de vista de James, fue que evitó tener que explicar por qué no había presentado su plan.

La semana siguiente fue muy ajetreada, con Stephen en Harley Street siguiendo un curso intensivo de medicina de alto nivel en una especialización determinada. James pasó varias horas conduciendo una furgoneta vieja en medio de un intenso tráfico desde el Hospital a Harley Street, preparándose para su prueba final en Montecarlo, que suponía sería considerablemente más fácil. Pasó algunos días en Oxford, enterándose de cómo trabajaba la oficina del secretario del cuerpo universitario y también observando los movimientos del propio secretario, el señor Caston.

Jean Pierre —a un precio de 5,25 libras a cargo del señor Metcalfe y 48 horas de espera— se convirtió en miembro extranjero de Crockford, el club de juego más distinguido de Londres y pasó sus noches observando cómo los ricos y los que no tenían nada que hacer jugaban *baccarat* y *black jack*, haciendo apuestas que a menudo alcanzaban las 1000 libras esterlinas. Tres semanas después se aventuró a entrar al casino The Golden Nugget de Soho, donde las apuestas rara vez llegaban a las 5 libras. A fin de mes ya había jugado 56 horas, pero de forma tan cauta que sus pérdidas resultaron ínfimas.

La preocupación abrumadora de James seguía siendo su contribución personal. Cuanto más pensaba en el problema, menos soluciones encontraba. En ningún momento apartaba su mente de este asunto, ni siquiera cuando atravesaba Londres a más de 90 kilómetros por hora. Después de devolver la furgoneta a Carmes de Lots Road, en Chelsea, fue en el Alfa Romeo hasta el apartamento de Anne junto al río, preguntándose si se atrevería a confiar en ella.

Entre tanto, Anne estaba preparándole una comida especial. Ella sabía muy bien que no solo apreciaba la buena comida sino que la consideraba como un don natural en su vida. El gazpacho casero olía bien y el *coq au vin* estaba casi listo. Anne se dio cuenta de que inconscientemente evitaba los trabajos que la alejaban de Londres, ya que no quería estar separada de James. Tenía conciencia de que este era el primer hombre en mucho tiempo con el que se habría acostado de buena gana pero hasta la fecha no se había mostrado más que amable y atento. James llegó con una botella de Beaune Montee Rouge 1971 pues hasta su bodega iba desapareciendo rápidamente.

Esperaba que durara hasta que los planes dieran sus frutos aunque no se sentía con derecho a compartir un éxito para el que había aportado tan poco.

James pensó que Anne estaba muy hermosa. Llevaba un vestido largo de color negro hecho de una tela suave que le hipnotizó por la delicadeza con que marcaba sus formas. No llevaba maquillaje ni joyas y la pesada mata de su pelo brillaba bajo la luz de las velas. La comida fue un triunfo para Anne y James sintió que la deseaba intensamente. Ella parecía algo nerviosa y se le cayó el café al echarlo en dos tazas minúsculas. ¿En que pensaría James?, tenía mucha más práctica en ser amado que en amar. Estaba acostumbrado a la adulación y a terminar en la cama con muchachas que al día siguiente, bajo la clara luz matinal, le hacían estremecerse. Anne le afectaba de un modo absolutamente nuevo. Deseaba estar cerca de ella, abrazarla y hacerle el amor. Sobre todo deseaba encontrarla a su lado por la mañana.

Anne quitó la mesa evitando la mirada de James y se sentaron a beber coñac mientras Billie Holliday cantaba Me las arreglo muy bien sin ti. Anne se sentó a los pies de James, con las manos cruzadas alrededor de las rodillas y la vista fija en el fuego. En una tentativa James extendió una mano y le acarició la cabeza. Ella pareció insensible un instante, pero enseguida echó la cabeza hacia atrás y extendió una mano para bajar el rostro de James hasta el suyo. Él se inclinó hacia adelante y le tocó las mejillas y la nariz con la boca, sosteniendo la cabeza entre sus manos, pasando suavemente los dedos por las orejas y el cuello de Anne. La piel de la muchacha olía a jazmines y su boca abierta temblaba a la luz de las llamas mientras le sonreía, James la besó y deslizó las manos por su cuerpo, la sintió suave y delicada. Le acarició los pechos suavemente y bajo al suelo, apretando su cuerpo contra el de ella. Sin decir una palabra, le bajó la cremallera del vestido. Se levantó sin dejar de mirarla y se desvistió rápidamente. Anne estudió su cuerpo y sonrió tímidamente.

—Querido James —dijo en voz muy baja.

Después de hacer el amor, Anne apoyó la cabeza en el hombro de James y le frotó el vello del pecho con la yema del dedo. Anne presintió que algo andaba mal. Hay ocasiones de la vida en que la revelación se hace más fácil bajo ciertas circunstancias.

—¿Qué ocurre, James querido? Sé que soy bastante tímida. ¿No estuve bien?

—Estuviste fantástica. Dios sabe que estuviste fantástica. No es ese el problema... Anne, tengo que decirte algo, de modo que quédate callada y escúchame.

—Eres casado.

—No, es algo mucho peor —James meditó un instante, encendió un cigarrillo y aspiró profundamente—. Querida Anne, he hecho el tonto invirtiendo todo mi dinero en una empresa de delincuentes. Ni siquiera se lo he contado a mi familia, porque sé que se sentirían terriblemente defraudados si conocieran la verdad. Ahora estoy comprometido con otras tres personas que se encuentran en la misma situación... y entre todos estamos tratando de recuperar nuestro dinero. Los otros son personas

estupendas y llenos de ideas brillantes, pero yo no sé qué hacer para cumplir mi parte en el trato. Con la preocupación de las 150 000 libras perdidas y el martilleo constante de mi cerebro en busca de una buena idea, estoy frenético. Tú eres lo único que me permite mantener la cordura.

James le reveló toda la historia de Prospecta Oil, desde su encuentro con David Kesler en Annabel's hasta la invitación a cenar con Stephen Bradley en Magdalen, sin omitir las razones con las que había conducido como un maníaco una furgoneta alquilada, atravesando Londres en las horas de más tráfico. Lo único que omitió fue el nombre de la víctima, ya que así sentía que no violaba por entero el pacto asumido con el resto del equipo.

Anne suspiró profundamente.

—No sé qué decir. Es absolutamente increíble. Tan increíble que creo hasta la última palabra de lo que has dicho.

—Ahora que te lo he contado me siento mejor, pero sería terrible que esto trascendiera.

—James, tú sabes que no diré una palabra a nadie. Lamento mucho que te encuentres en semejante situación. Debes permitirme pensar si puedo ayudarte de alguna manera. ¿Por qué no trabajamos juntos sin que los otros se enteren?

Anne comenzó a acariciarle la parte inferior de la pierna. Veinte minutos más tarde, ambos dormían felices.

**E**N LINCOLN, MASSACHUSETTS, Harvey Metcalfe comenzó a prepararse para su viaje anual a Inglaterra. Tenía la intención de disfrutar intensamente, sin privarse de ningún lujo. Había hecho planes para transferir algún dinero de sus cuentas numeradas de Zúrich al Barclays Bank de Lombard Street, ya que pensaba comprar otro semental de una de las caballerizas irlandesas para su caballeriza de Kentucky. Arlene había decidido no acompañarle en este viaje, no le interesaba demasiado Ascot y menos aún Montecarlo. Además, así tenía la posibilidad de pasar un tiempo con su madre enferma en Vermont, que aún no veía con buenos ojos a su yerno.

Harvey comprobó con su secretaria que se habían tomado todas las disposiciones sobre sus vacaciones. Nunca había necesidad de comprobar nada de lo que hacía la señorita Fish, pero Harvey estaba acostumbrado a hacerlo. Hacía veinticinco años que la señorita Fish estaba con él, desde la época en que adquirió The Lincoln Trust. La mayor parte del personal se había retirado a la llegada de Harvey o inmediatamente después, pero la señorita Fish siguió allí, acariciando en su poco tentador pecho esperanzas cada vez más débiles de casarse con Harvey. Cuando Arlene apareció en escena, la señorita Fish era una cómplice hábil y absolutamente discreta y a Harvey le hubiera resultado muy difícil trabajar sin ella. Le pagaba en proporción, de modo que ella se tragó su mortificación ante la aparición de la señora Metcalfe y conservó el empleo.

La señorita Fish ya había reservado el vuelo a Nueva York y la *Suite* Trafalgar en el Q. E. 2. El viaje a través del Atlántico era casi el único descanso total de Harvey en lo que al teléfono o al télex se refiere. El personal del banco recibió instrucciones de no ponerse en comunicación con el barco salvo en un caso extremo. Al llegar a Southampton encontraría el Rolls Royce que le llevaría a Londres, a su *suite* privada del Claridge's, uno de los últimos hoteles —junto con el Connaught y el Browns— que tenía un estilo que el solo dinero no puede comprar.

Harvey voló a Nueva York de muy buen humor, bebiendo demasiados manhattans en el viaje. Los tramites de embarque fueron tan impecables como de costumbre. El capitán, Peter Jackson, siempre invitaba al ocupante de la *Suite* Trafalgar o de la *Suite* Queen Anne a cenar en su mesa la primera noche de la travesía. A 1250 dólares diarios que costaban las *suites*, no era un gesto excesivo por parte de Cunard. En esas ocasiones Harvey siempre desplegaba sus mejores modales, aunque su conducta seguía siendo tosca a los ojos de cualquier observador.

Uno de los camareros italianos recibió instrucciones de organizar algunas diversiones para Harvey, preferiblemente en forma de una rubia alta de pechos generosos. La tasa corriente por una noche era de 100 dólares, pero el italiano logró cobrarle 150. Con 1,70 de estatura y 100 kilos de peso, las posibilidades que tenía Harvey de conquistar una jovencita en la discoteca no eran muy buenas y después de

pagar las bebidas y la cena, habría gastado casi lo mismo sin lograr absolutamente nada. Los hombres que se encuentran en la posición de Harvey no tienen tiempo para este tipo de fracaso y saben que todo tiene un precio. Como el viaje solo duraba cinco noches, el camarero logro tener a Harvey siempre ocupado, aunque lamentó que no se tratara de un crucero mediterráneo de tres semanas.

Harvey paso los días leyendo las últimas novelas y haciendo un poco de ejercicio, nadaba un rato por las mañanas y soportaba una dolorosa sesión en el gimnasio por las tardes. Recordaba haber perdido cinco kilos en travesías anteriores, lo que era muy satisfactorio, pero de alguna manera el Claridge's siempre lograba devolvérselos antes de regresar a los Estados Unidos. No obstante, sus trajes eran confeccionados por Bernard Weatherill de Dover Street, Mayfair, que en virtud de su genio e impecable habilidad lograba hacerle parecer robusto más que marcadamente gordo. A 250 libras cada traje, era lo menos que Harvey podía esperar.

Antes de que concluyeran los cinco días, Harvey estaba más que listo para desembarcar. Las mujeres, el ejercicio y el aire fresco le habían hecho perder cinco kilos y medio esta vez. Le parecía que una gran parte se había ido la noche anterior, ella había logrado que el Kama Sutra pareciera un manual para *boy-scouts*.

Una de las ventajas de la verdadera riqueza consiste en que las tareas domésticas pueden dejarse en otras manos. Harvey ya no recordaba cuando había hecho o deshecho una maleta por ultima vez y no se sorprendió, cuando el buque atraco, al descubrir todo listo para pasar la aduana un billete de 100 dólares para el Jefe de Camareros pareció hacer salir hombres de chaqueta blanca de todos los rincones.

Harvey siempre disfrutaba del desembarco en Southampton. Los ingleses pertenecían a una raza que le gustaba, aunque temía que jamás les comprendería. Le parecían demasiado dispuestos a ser pisoteados por el resto del mundo. Desde la segunda guerra mundial, habían ido renunciando a sus posesiones coloniales de una forma que ningún hombre de negocios americano habría considerado una salida digna en una de sus reuniones de ejecutivos. Harvey había dejado de intentar entender la forma en que negociaban los británicos durante la devaluación de la libra en 1967, de la que sacaron ventaja todos los especuladores del globo. El martes por la mañana Harvey supo que Harold Wilson devaluaría la libra en cualquier momento después del viernes a las cinco en punto, hora de Greenwich. El jueves, ya lo sabía hasta el último recadero de The Lincoln Press. No es extraño que el Banco de Inglaterra perdiera alrededor de un billón y medio de libras en cuatro días. A menudo Harvey pensaba que si los británicos lograran estimular sus ministerios y reestructurar sus impuestos, podrían ser la nación más rica del mundo, en lugar de una nación que — como había señalado The Economist— podía ser comprada por los árabes con sesenta días de producción petrolífera. En tanto los británicos coquetearan con el socialismo y retuvieran su *folie de grandeur* seguirían condenados a caer en la insignificancia.

Harvey atravesó la pasarela como quien tiene propósitos definidos. Nunca podía



relajarse por completo, ni cuando estaba de vacaciones. Podía pasar cuatro días apartado del mundo, pero si le hubiesen retenido más tiempo en el Q. E. 2 habría hecho las negociaciones necesarias para comprar la Empresa Naviera Cunard y al precio que estaban en ese momento las acciones, habría hecho un buen negocio. En una ocasión Harvey había conocido al presidente de Cunard, Vic Matthews, en Ascot, y este parecía pensar que el prestigio y la reputación de la empresa eran tan importantes como los beneficios. A Harvey le interesaba el prestigio, pero nunca a expensas de las ganancias.

Los trámites aduaneros se desarrollaron tan deprisa como de costumbre. Harvey nunca tenía nada importante que declarar en sus viajes a Europa y los funcionarios de aduana, después de revisar dos de sus maletas Gucci, dejaron pasar las otras siete. El chófer abrió la portezuela del Rolls Royce Corniche blanco. Atravesaron Hampshire a toda velocidad y llegaron a Londres en poco más de dos horas, lo que permitió a Harvey descansar un rato antes de cenar.

Albert, el jefe de porteros de Claridge's le saludó en posición de firmes. Hacía mucho que conocía a Harvey y sabía que, como de costumbre, llegaba como espectador de Wimbledon y de Ascot. Sin duda, Albert recibiría una propina de 50 peniques cada vez que abriera la puerta del Rolls Royce. Harvey no conocía la diferencia entre una moneda de 50 y una de 10 peniques, diferencia que muchos porteros agradecían desde la introducción del sistema decimal en Gran Bretaña. Asimismo, Harvey siempre daba a Albert 5 libras al finalizar la quincena de Wimbledon si un norteamericano ganaba el título en individuales. Invariablemente, un norteamericano llegaba a la final, de modo que Albert hacía una apuesta —por medio de Ladbrokes, el corredor de apuestas londinense— a favor del otro finalista, y siempre ganaba. Entre Albert y Harvey no había una gran diferencia, solo las sumas arriesgadas eran distintas.

Albert ordenó que llevaran el equipaje a la *Suite Real*, que durante ese año había sido ocupada por el rey Constantino de Grecia, la princesa Grace de Monaco y el Emperador Haile Selassie de Etiopía. Pero como Harvey había señalado a Albert, todo hacía pensar que él tenía más posibilidades de seguir haciéndolo todos los años.

La *Suite Real* se encuentra en el primer piso del Claridge's y se puede llegar a ella por una majestuosa escalera desde la planta baja, o en un espacioso ascensor. Harvey siempre subía en ascensor y bajaba por las escaleras. Así se convencía a sí mismo de que hacía algún ejercicio. La *suite* se componía de cuatro habitaciones, un pequeño vestidor, un dormitorio, un cuarto de baño y un salón elegantemente decorado, con vista a Brook & Street. Los muebles y los cuadros hacían posible que uno creyera estar todavía en la Inglaterra victoriana. Solo el teléfono y la televisión contrastaban con esta ilusión. El salón es lo suficientemente grande como para ofrecer cócteles o para que los jefes de Estado reciban a sus visitantes. Hacía solo una semana que Henry Kissinger había recibido allí a Harold Wilson. Harvey se sintió muy satisfecho al recordarlo.

Después de ducharse y cambiarse, Harvey echó una ojeada a la correspondencia y los télex del banco, que solo trataban de cuestiones de rutina. Descansó un rato antes de bajar a cenar en el restaurante principal.

En el gran *foyer* seguía el mismo cuarteto de cuerda; Harvey reconoció a los cuatro intérpretes. Había alcanzado una etapa de la vida en que los grandes cambios ya no tienen atractivo; la administración del Claridge's sabe que el promedio de edad de sus huéspedes sobrepasa los cincuenta años y disponen todo en consecuencia. François, el *maître*, le acompañó a la mesa de siempre.

Harvey comió un minúsculo cóctel de langostinos y un bistec con una botella de Mouton Cadet, mientras continuaba leyendo *El billón seguro*, una novela no muy distinta a su propia biografía. No notó la presencia de los cuatro jóvenes que comían en el reservado del otro extremo del comedor.

Stephen, Adrian, Jean Pierre y James tenían una excelente perspectiva de Harvey Metcalfe. Este tendría que haberse asomado echándose ligeramente hacia atrás para poder divisar a cualquiera de ellos.

—No coincide exactamente con lo que esperaba ver —dijo Adrian.

—Ha engordado bastante desde que se hizo las fotografías que nos enseñaste —observó Jean Pierre.

—Es difícil creer que esa sea la persona que está detrás de todo esto —señaló Stephen.

—El muy asqueroso ha aumentado su fortuna en un millón de dólares por nuestra estupidez —comentó Jean Pierre.

James no dijo nada. Seguía sin reclamar la atención de los otros después de sus vanos esfuerzos y excusas de la última reunión general, aunque los otros tres tuvieron que admitir que eran muy bien servidos en todos los sitios donde iban con él. El Claridge's no fue una excepción.

—Mañana Wimbledon —dijo Jean Pierre—. Me gustaría saber quién ganará el primer *round*.

—Tú, naturalmente —intervino James, con la esperanza de ablandar los comentarios de Jean Pierre sobre sus escasos esfuerzos.

—En cambio tu *round*, James, solo podremos ganarlo si antes lo conocemos.

James se sumió en un profundo silencio.

—Viendo su tamaño, me parece que tendríamos que descartar tu plan, Adrian —observó Stephen.

—Si no muere de cirrosis hepática antes de que lo pongamos en marcha —respondió Adrian—. ¿Qué piensas con respecto a Oxford, Stephen?

—Todavía no lo sé. Me sentiré mejor cuando haya puesto el cascabel al gato en Ascot. Primero quiero oírle hablar, ver cómo se desenvuelve en su entorno normal, sentir su presencia, y todo eso no puede hacerse desde la otra punta de un comedor.

—Es posible que no tengas que esperar demasiado. Mañana a esta hora quizá sepamos todo lo que queremos o quizás estemos entre rejas —señaló Adrian.

—Yo ni siquiera puedo permitirme el lujo de una libertad bajo fianza —aseguró Jean Pierre.

Harvey dejó la mesa después de vaciar una gran copa de Remy Martin V. S. O. P., dando al *maître* un billete nuevo de una libra.

—¡El muy infeliz! —dijo Jean Pierre con profundo sentimiento—. Saber que nos ha robado nuestro dinero es bastante malo, pero ver cómo lo gasta resulta humillante.

Los cuatro se prepararon para salir, ya que habían alcanzado su objetivo. Stephen pagó la cuenta y apuntó cuidadosamente la cifra en la lista de gastos de Harvey Metcalfe. Salieron del hotel por separado y de la forma menos llamativa posible. A James le resultó difícil ya que todos los camareros y porteros insistieron en saludarle: «Buenas noches, milord».

Harvey dio un paseo por Berkeley Square sin notar la presencia del joven alto que se escondió en el vano de la puerta de Moyses Stevens, la tienda de flores, por temor a que le viera. Harvey jamás podía resistir la tentación de preguntarle a algún policía cuál era el camino a Buckingham Palace, solo para comparar la respuesta obtenida con la de cualquier policía neoyorquino, apoyado en un farol y mascando chicle, con la pistolera al cinto. Como bien había dicho Lenny Bruce cuando fue deportado de Inglaterra: «Vuestros cerdos son mucho más educados que los nuestros». Sí, a Harvey le gustaba Inglaterra.

Volvió al Claridge's alrededor de las 11.15, se duchó y se acostó en una enorme cama doble con la maravillosa sensación que dan las sábanas limpias. No habría una mujer para él en el Claridge's; si hacía subir a alguna, no volvería a encontrar disponible la *Suite Real* durante los campeonatos de Wimbledon o de Ascot. La habitación se movía un poco, pero después de cinco días en un transatlántico no se quedaría quieta hasta la noche siguiente. A pesar de todo durmió bien, con la mente totalmente alejada de preocupaciones.

**H**ARVEY SE LEVANTÓ a las 7.30 de la mañana, costumbre que le resultaba imposible romper, pero se concedió el lujo de desayunar en la cama. Diez minutos después de pedir el servicio, llegó el camarero con un carrito donde había medio pomelo, tocino y huevos, tostadas, humeante café negro, un ejemplar del *Wall Street Journal* del día anterior y la edición matutina de *The Times*, *Financial Times* e *International Herald Tribune*.

Harvey no estaba seguro de poder sobrevivir a un viaje por Europa sin el *International Herald Tribune*, conocido en los medios comerciales como el «Trib». Este periódico singular, publicado en París, es propiedad conjunta de *The New York Times* y de *Washington Post*. Aunque solo se editan 120 000 ejemplares, no entra en prensa hasta el cierre de la Bolsa de Nueva York. En consecuencia, ningún americano necesita despertarse en Europa sin noticias. En 1966, cuando cerró *The New York Herald Tribune*, Harvey fue de los que aconsejaron a John H. Whitney que siguiera sosteniendo *The International Herald Tribune* en Europa. Una vez más, el criterio de Harvey resultó acertado. *The International Herald Tribune* absorbió a su rival, *The New York Times*, que nunca había tenido éxito en Europa. Desde entonces, el periódico había ido cada vez mejor.

Harvey recorrió con ojo experto las listas bursátiles de *The Wall Street Journal* y de *The Financial Times*. Su banco retenía ahora muy pocas acciones ya que él, al igual que Jim Slater en Inglaterra, había sospechado que el Dow Jones índice fracasaría y en consecuencia se había quedado solo con el efectivo, reteniendo únicamente algunas acciones de oro sudafricano y unos pocos valores bien escogidos sobre los que tenía información confidencial. La única operación que le interesaba realizar en un mercado tan inestable era vender dólar a la baja y comprar oro, para coger el dólar en baja y el oro en alza, En Washington ya se rumoreaba que George Shultz, el Secretario del Tesoro, había aconsejado al Presidente de los Estados Unidos que permitiera comprar oro al pueblo americano en el mercado libre, en algún momento de 1975. Harvey había estado comprando oro durante quince años, todo lo que haría el presidente sería evitar que siguiera quebrantando la ley. Harvey opinaba que en el momento en que los americanos pudieran comprar oro, la burbuja estallaría y el precio bajaría, la posibilidad de hacer dinero existiría mientras los especuladores anticiparan el alza, y Harvey tenía la intención de vender el oro mucho antes de que este entrara en el mercado de los Estados Unidos.

Harvey también estudió el mercado de productos en Chicago. Un año antes había conseguido un verdadero éxito con el cobre. Esto fue posible gracias a la información confidencial de un embajador africano, información que transmitió a demasiadas personas. Harvey no se sorprendió cuando leyó que posteriormente le habían reclamado desde su tierra natal y le habían fusilado.

No pudo resistir la tentación de mirar el precio de las acciones de Prospecta Oil,

ahora a 18 centavos. Naturalmente, no serían negociables porque solo habría vendedores y ningún comprador. Prácticamente, las acciones no tenían ningún valor. Sonrió sarcásticamente y paso de inmediato a las páginas deportivas de *The Times*.

El artículo de Rex Bellamy sobre los próximos campeonatos de Wimbledon señalaban a John Newcombe como favorito y a Jim Connors —la nueva estrella estadounidense que acababa de ganar el Campeonato Abierto de Italia— como candidato importante. La prensa británica deseaba que Ken Rosewall celebrara con un triunfo sus 39 años. Harvey recordaba muy bien el final épico entre Rosewall y Drobny en 1954, que había llegado a los 58 tantos. Como la mayoría de los espectadores, entonces apoyo a Drobny, de 33 años, que gano después de tres horas de juego por 13-11, 4-6, 6-2, 9-7. Esta vez, a Harvey le gustaría que en cierto modo se repitiera la historia y ganara Rosewall, aunque sentía que la popularidad australiana había disminuido durante los diez años en que los profesionales no habían competido en Wimbledon. De cualquier modo, no había ninguna razón para que la quincena no resultara un descanso agradable y quizá surgiera un vencedor americano, aunque no fuera Rosewall.

Una rápida ojeada a las críticas de arte y Harvey concluyó su desayuno, dejando los periódicos desparramados por el suelo. Los imponentes muebles de estilo Regencia, el servicio elegante y la *Suite Real* no hacían mejorar los modales de Harvey. Entró al cuarto de baño para ducharse y afeitarse. Arlene le decía que la mayoría de la gente hacía todo lo contrario, primero se duchaban y después desayunaban. Pero, Harvey le respondía que la mayoría de la gente hacía todo lo contrario que él y a la vista estaba a donde llegaban.

Habitualmente Harvey pasaba la primera mañana de la quincena de Wimbledon visitando la Exposición de Verano de la Real Academia en Picadilly. Después seguían las visitas a la mayoría de las galerías importantes del West End Agnew's, Toodth's, The Marlborough, O'Hana, todas ellas lo bastante cerca del Claridge's como para ir andando. Esta mañana no haría una excepción. Por encima de todas las cosas, Harvey era un animal de costumbres, algo que el equipo estaba comprobando en cada uno de sus movimientos.

Después de vestirse y echar un rapapolvo al servicio por no dejarle suficiente *whisky* en el bar, bajo las escaleras y salió por la puerta de vaivén de Davies Street. Fue en dirección a Berkeley Square, sin notar la presencia de un joven con un radio-transmisor al otro lado de la calle.

—Acaba de dejar el hotel —transmitió Stephen— y va en tu dirección, James.

—Le seguiré en cuanto llegue a Berkeley Square, Stephen. Adrian, ¿me oyes?

—Sí.

—Te informaré en cuanto le vea. Quédate en la Academia Real.

—De acuerdo —respondió Adrian.

Harvey bajó por Berkeley Square hacia Picadilly, atravesando los arcos Palladian de Burlington House. A regañadientes, ocupó un lugar en la fila de seres humanos

que esperaba, arrastrando los pies por delante de la Sociedad de Astronomía y la Sociedad de Anticuarios. No notó la presencia del joven que había a la entrada de la Sociedad Química, profundamente inmerso en un ejemplar de La química en Gran Bretaña (Adrian era un hombre que cuidaba mucho los detalles). Finalmente Harvey llegó a la rampa alfombrada de rojo de la Academia Real. Extendió al cajero 3,50 libras y pidió un billete de temporada, sabiendo que volvería por lo menos tres o cuatro veces. Pasó toda la mañana estudiando los 1182 cuadros, ninguno de los cuales había sido expuesto en ningún lugar del mundo antes del día de la inauguración, de acuerdo con las severas reglas de la Academia. Pese a ello, la junta de Exposición todavía tenía que escoger entre más de 5000 pinturas.

El día de la inauguración de la Exposición, el mes anterior, Harvey había adquirido por 250 libras —a través de su agente— una acuarela de Alfred Daniels que mostraba la Cámara de los Comunes, y dos óleos de Bernard Dunstan, con escenas de provincias, por 75 libras cada uno. La Exposición de Verano seguía siendo la de mayor valor del mundo. Aunque no quería para él todos los cuadros que compraba, eran regalos maravillosos cuando volvía a los Estados Unidos. El Daniels le recordó un Lowry que había comprado en la Academia veinte años atrás por 80 libras, el cual resultó un juicio acertadísimo por su parte.

Harvey se empeñó especialmente en mirar los Bernard Dunstan que estaban en exposición. Por supuesto, todos vendidos. Dunstan era uno de los artistas cuyas obras siempre se vendían en los primeros minutos de apertura del día de la inauguración. Harvey no estaba entonces en Londres pero no tuvo ninguna dificultad para comprar lo que quería. Puso a un hombre en el primer puesto de la fila, que consiguió un catálogo y marcó aquellos artistas que sabía que Harvey podría revender fácilmente si él se equivocaba y guardarlos si acertaba con su gusto. Cuando se abrió la Exposición, exactamente al dar las 10.00, el agente fue directamente a la ventanilla de compras y adquirió los cinco o seis cuadros que había marcado en el catálogo incluso antes de verlos él ni ninguna otra persona salvo los académicos. Harvey estudió con atención sus compras y decidió guardarlas todas para él. Si hubiera encontrado alguna no del todo adecuada para su colección, la habría devuelto para su reventa, comprometiéndose a comprarla si nadie más se interesaba por ella. En veinte años había adquirido más de cien cuadros por este método, devolviendo nada más que unos doce, sin tener que pagar nunca por los que decidía no quedarse. Harvey tenía un sistema para todo.

A la 1.00 en punto, después de una mañana ampliamente satisfactoria, dejó la Academia Real. El Rolls Royce blanco le estaba esperando a la puerta de entrada.

—Wimbledon.

—Mierda.

—¿Qué has dicho? —preguntó Stephen.

—M-I-E-R-D-A. Va a Wimbledon, de modo que hemos perdido el día —dijo Adrian.

Eso significaba que Harvey no volvería al Claridge's por lo menos hasta las 7.00 u 8.00 de la tarde. Habían establecido turnos para vigilarle y en consecuencia Adrian se puso al volante de su Rover 3500 V8 aparcado en St. James Square y salió en dirección a Wimbledon. James había conseguido dos entradas para cada día de los campeonatos, frente al palco de abono de Harvey Metcalfe.

Adrian llegó a Wimbledon pocos minutos después que Harvey y ocupó su asiento en la Cancha Central, echado hacia atrás en medio de la multitud, para no llamar la atención. Ya se estaba preparando el ambiente para el partido inicial. Wimbledon parece hacerse más popular cada año y la Cancha Central estaba abarrotada. En el Palco Real estaban la princesa Alexandra y el Primer ministro Harold Wilson. Los pequeños marcadores verdes situados en el extremo sur de la cancha brillaban con los nombres de Kodes y Stewart, mientras el árbitro ocupaba su asiento en la silla alta, en medio de la cancha, directamente frente a la red. La multitud empezó a aplaudir cuando los dos tenistas, vestidos de blanco, entraron en la cancha con cuatro raquetas cada uno. Wimbledon no permite que sus participantes se vistan de otro color que no sea el blanco, aunque han relajado un poco la disciplina permitiendo que los adornos de los vestidos de las damas sean de color.

Adrian disfrutó del partido inicial entre Kodes, el campeón de 1973, y Stewart, el jugador no clasificado de los Estados Unidos, que le dio bastante trabajo al checoslovaco aunque finalmente este ganó por 6-3, 6-4, 9-7. Adrian lamentó que Harvey decidiera marcharse a mitad de un excitante partido de dobles. Otra vez a cumplir con la obligación, dijo para sus adentros, y siguió al Rolls a cierta distancia hasta el Claridge's. Al llegar llamó al piso de James, que usaban como cuartel general del equipo en Londres, e informó a Stephen.

—Apenas puede decirse que haya sido un buen día —dijo Stephen—. Mañana volveremos a intentarlo. Los latidos del corazón del pobre Jean Pierre llegaron a 150 esta mañana. No creo que pueda soportar muchos días de falsas alarmas.

Cuando Harvey salió del Claridge's a la mañana siguiente, cruzó Berkeley Square y salió por Bruton Street doblando en Bond Street, a solo cincuenta metros de la galería de Jean Pierre, pero decidió entrar en Agnew's, donde tenía una cita con *Sir* Geoffrey Agnew, presidente de la firma familiar, para ver si tenía alguna novedad interesante sobre pinturas impresionistas en el mercado. *Sir* Geoffrey tenía prisa ya que debía acudir a otra cita y solo le concedió unos pocos minutos, decepcionándole respecto a las obras que buscaba. Harvey salió de Agnew's poco después, con un pequeño sustituto compuesto por un par de faisanes de plata labrada, una mera bagatela de 400 libras esterlinas.

—Ahora sale y va en la dirección esperada —dijo Adrian.

Pero Harvey se detuvo de nuevo, esta vez en The Marlborough Gallery, para estudiar la última exposición de Barbara Hepworth. Pasó más de una hora apreciando su hermosa obra, pero llegó a la conclusión de que los precios eran delirantes. Diez años atrás había comprado dos, Hepworth por 800 libras. The Marlborough pedía

ahora entre 7000 y 10 000 por cada una de sus obras. Harvey salió y siguió subiendo por Bond Street.

—¿Jean Pierre?

—Sí —respondió una voz nerviosa.

—Ha llegado a la esquina de Conduit Street y está a cincuenta metros de distancia de tu galería.

Jean Pierre preparó el escaparate, quitando la acuarela de Graham Sutherland que representa el Támesis y el barquero.

—El muy cretino ha doblado a la izquierda —informó James, que estaba frente a la galería—. Ahora baja por Bruton Street por la acera derecha.

Jean Pierre devolvió el Sutherland al caballete del escaparate y se retiró corriendo al lavabo, murmurando:

—No puedo ocuparme de dos mierdas a la vez.

Entre tanto, Harvey tomó una pequeña entrada de Bruton Street y subió las escaleras hasta Tooth's. Tenía la esperanza de encontrar algo en una galería que se había hecho famosa por sus obras impresionistas. Un Klee, un Picasso y dos Salvador Dalí era lo que Harvey buscaba. El Klee era muy bueno pero no tanto como el que tenía en su comedor de Lincoln, Massachusetts. De cualquier modo, no servía para ninguno de los decorados de Arlene. Nicholas Tooth, el director gerente, le prometió mantenerse al tanto y telefonarle al Claridge's si llegaba algo de interés.

—Otra vez en marcha, pero me parece que vuelve al Claridge's.

James deseó profundamente que diera la vuelta y regresara en dirección a la galería de Jean Pierre, pero Harvey fue hacia Berkeley Square, haciendo solo un pequeño desvío hasta la galería O'Hana. Albert, el jefe de porteros, le había dicho que exhibían un Renoir en el escaparate y, efectivamente, allí estaba. Pero solo se trataba de un lienzo que, evidentemente, Renoir había utilizado para practicar, no le había gustado y lo había dejado sin terminar. Harvey sintió curiosidad por saber el precio y entró en la galería.

—Vale 30 000 libras —dijo el empleado sin pestañear, como si se tratara de tres.

Harvey silbó entre dientes. Nunca dejaba de sorprenderle que una obra inferior firmada por un pintor de nombre pudiera alcanzar las 30 000 libras, y una pintura sorprendente de un artista sin fama no costara más de unos cientos de dólares. Le dio las gracias al empleado y salió.

—Ha sido un placer, señor Metcalfe.

A Harvey siempre le halagaba que la gente recordara su nombre. ¡Cómo no le iban a recordar si el año anterior había comprado un Monet por 125 000 dólares!

—Decididamente, vuelve al hotel —informó James.

Harvey estuvo en el Claridge's unos pocos minutos, recogiendo una de sus famosas cestas de almuerzo especialmente preparados con *sandwiches* de caviar, de ternera, de jamón y de queso, y un pastel de chocolate para comerlo en Wimbledon.

El próximo turno en Wimbledon le correspondía a James y decidió que Anne le



acompañara. ¿Por qué no? Ella sabía la verdad. Era el Día de Damas y jugaba Billie Jean King, la vivaz campeona estadounidense, contra Kathy May, una compatriota no clasificada que dejaba ver en su aspecto que el partido iba a ser duro. El aplauso que recibió Billie Jean no estuvo a la altura de su fama, ya que por alguna razón nunca había sido favorita en Wimbledon. Harvey había llevado consigo a un invitado, que a James le pareció un hombre de Europa central.

—¿Cuál es tu víctima?

—Está sentado casi exactamente enfrente de nosotros, con un hombre de traje gris que parece un funcionario del gobierno de Bruselas.

—¿El gordo? —preguntó Anne.

—Sí —replicó James.

Cualquier comentario que Anne hubiera podido hacer quedó interrumpido por la voz de «Servicio» del árbitro y todos centraron su atención en Billie Jean. En ese instante eran exactamente las dos de la tarde.

—Has sido muy amable invitándome a Wimbledon, Harvey —dijo Jörg Birrer—. Actualmente no tengo muchas posibilidades de divertirme. No se puede dejar el mercado más de unas pocas horas sin que se produzca algún tipo de pánico.

—Sí sientes así es que ha llegado el momento de retirarte —afirmó Harvey.

—No hay nadie para ocupar mi lugar —dijo Birrer—. Hace diez años que soy presidente de la Unión de Bancos Suizos y encontrar un sucesor se está convirtiendo en la parte más ardua de mi trabajo.

—Primer tanto de la señora King. La señora King gana por 1 a 0 en el primer set.

—Te conozco demasiado, Harvey, para pensar que esta invitación es nada más que de placer.

—¡Qué mente diabólica la tuya, Jörg!

—Es necesario tenerla en mi profesión.

—Solo quería comprobar cómo están mis tres cuentas e informarte sobre mis planes para los próximos meses.

—Tanto de la señora King. La señora King gana por 2 a 0 en el primer set.

—Tu cuenta oficial número uno tiene un crédito de algunos miles de dólares. Tu cuenta numerada de productos —en este punto Birrer desdobló un pequeño papel inidentificable sobre el que estaban escritas una serie de largas cifras— tiene un descubierto de 3 726 000 dólares, pero tienes más de 1000 kilos de oro al precio de venta actual de 135 dólares onza.

—¿Qué me aconsejas?

—Rétenlo, Harvey. Sigo pensando que tu presidente va a anunciar un nuevo patrón oro o a permitir que tus compatriotas lo compren en el mercado libre en algún momento del año próximo.

—Yo pienso lo mismo, pero creo que venderé unas semanas antes de que aparezcan las masas. Tengo una teoría personal al respecto.

—Espero que como de costumbre tengas razón, Harvey.

—Tanto de la señora King. La señora King gana por 3 a 0 en el primer set.

—¿Cuál es vuestro recargo sobre mi descubierto?

—Uno y medio por ciento por encima de la tasa interbancaria, que en este momento es de 13,25; en consecuencia, te recargamos el 14,75 96 anual, mientras el oro sube de precio a un promedio de casi 70% por año. No puede seguir así mucho tiempo más pero todavía quedan unos meses por delante.

—Rétenlo hasta el 1 de noviembre y entonces volveremos a discutirlo. El código de télex de costumbre. No sé qué haría el resto del mundo sin los suizos.

—Ten cuidado, Harvey. ¿Sabes que en nuestras fuerzas policiales hay más especialistas en fraudes que en homicidios?

—Preocúpate de tus cosas. Jörg, que yo me preocuparé de las mías. El día que quede atrapado entre los burócratas de Zúrich, te lo haré saber. Ahora, disfruta comiendo y mira el partido. Después hablaremos de la otra cuenta.

—Tanto de la señora King. La señora King gana por 4 a 0 en el primer set.

—Charlan muy interesados —dijo Anne—. No puedo creer que les esté gustando el partido.

—Probablemente está tratando de comprar Wimbledon a precio de coste —James rio—. El problema de verle todos los días consiste en que empiezo a sentir cierta admiración por él. Es el hombre más organizado que conozco. Si en vacaciones es así, ¿cómo demonios será cuando trabaja?

—No logro imaginármelo —respondió Anne.

—Tanto de la señorita May. La señora King gana por 4 a 1 en el primer set.

—No me extraña que esté tan gordo. Fíjate como engulle ese pastel —James enfocó sus prismáticos Zeiss—. Eso me recuerda preguntarte, ¿qué me has traído para almorzar?

Anne buscó en su canasto y sacó una crujiente ensalada en pan francés para James. Ella se contentó con roer un tallo de apio.

—Me estoy poniendo demasiado gorda —explicó—. No lograré meterme en el bañador con el que tengo que posar la semana que viene —tocó la rodilla de James y sonrió—. Debe ser de felicidad.

—No seas demasiado feliz, te prefiero delgada.

—Tanto de la señora King. La señora King gana por 5 a 1 en el primer set.

—Será un triunfo fácil —anticipó James—, como ocurre a menudo en el primer partido. La gente solo viene a verlo si la campeona todavía está en forma, pero me parece que este año será difícil derrotarla. Está intentando batir el récord de Helen Moody, de ocho campeonatos de Wimbledon.

—Tanto y primer set para la señora King por 6 a 1. La señora King gana un set a cero. Pelotas nuevas, por favor. Sirve la señorita May.

—¿Tenemos que vigilarle durante todo el día? —preguntó Anne.

—No, solo tenemos que asegurarnos de que vuelve al hotel y no cambia repentinamente sus planes o alguna estupidez semejante. Si perdemos nuestra

oportunidad cuando pase por la galería de Jean Pierre no se nos presentará otra.

—¿Qué haréis si cambia sus planes?

—Dios sabrá o, para ser más exactos, Stephen sabrá... él es la materia gris.

—Tanto de la señora King. La señora King gana por 1 a 0 en el segundo set.

—La pobre señorita May parece tener tanto éxito como tú. ¿Cómo funciona la operación de Jean Pierre?

—Desastrosa, no hace más que acercarse a la galería. Hoy llegó a treinta metros de distancia. El pobre Jean Pierre estuvo a punto de sufrir un ataque cardíaco. Pero abrigamos más esperanzas para mañana. Parece haber cubierto Picadilly y la parte alta de Bond Street. De lo que estamos seguros es de que Harvey Metcalfe es un hombre minucioso, de modo que está condenado a cubrir nuestro territorio en algún momento.

—Tendríais que haber hecho seguros de vida por un millón de dólares, nombrando beneficiarios a los otros tres —dijo Anne— y después uno de vosotros sufrir un ataque cardíaco para poder recuperar el dinero.

—No es como para reírse, Anne. Te aseguro que se destrozan los nervios mientras uno espera, especialmente porque tenemos que dejar que él haga todos los movimientos.

—Tanto de la señora King. La señora King gana por 2 a 0 en el segundo set y por un set a cero.

—¿Qué hay de tu plan?

—Nada. Es inútil y ahora que hemos iniciado los otros tengo menos tiempo para concentrarme.

—¿No quieres que le seduzca?

—No es una mala idea pero sería difícil sacarle 100 000 libras por una noche cuando puede ir a la puerta del Hilton o al Shepherd Market y conseguir lo mismo por 20 libras. Si algo hemos aprendido sobre nuestro hombre es que siempre espera obtener todo el valor de su dinero. A 20 libras la noche, te llevaría poco menos de quince años recuperar mi parte y no estoy seguro de que los otros tres estén dispuestos a esperar tanto. En realidad, no estoy seguro de que esperen siquiera quince días.

—Ya pensaremos algo —aseguró Anne.

—Tanto de la señorita May. La señora King gana por 2 a 1 y por un set a cero.

—Bien, bien. La señorita May ha logrado otro tanto. Excelente almuerzo, Harvey.

—Es uno de los especiales del Claridge's —dijo Harvey— y es mucho mejor que mezclarse con todos en el restaurante, ya que desde allí no se puede ver el partido.

—Billie Jean está haciendo picadillo a su colega americana.

—Como yo esperaba. Ahora, Jörg, analicemos mi segunda cuenta numerada.

Sacó otra vez el papel inidentificable con una serie de números. Es esta discreción

de los suizos la que lleva a la mitad del mundo —desde jefes de Estado hasta jefes árabes— a confiarles su dinero. En compensación, los suizos mantienen una de las economías más saludables del mundo porque el sistema funciona. ¿Por qué acudir a otro lado? Birrer dejó transcurrir unos pocos segundos mientras estudiaba las cifras.

—El 1 de abril, y solo a ti se te ocurre elegir ese día<sup>[3]</sup>, Harvey, transferiste 7 486 000 dólares a tu cuenta Número Dos, que ya tenía un crédito de 2.791.428. El 2 de abril, según tus instrucciones, giramos un millón al Banco do Minas Gerais a nombre de los señores Silverman y Elliott. Pagamos la factura de Reading & Baxter por el alquiler del equipo de prospección, que ascendía a 420 000 dólares y algunas otras facturas por un total de 104 112 dólares, lo que dejó tu cuenta Numero Dos en 8 753 316 dólares.

—Tanto de la señora King La señora King gana por 3 a 1 en el segundo set y por un set a cero.

—Muy bien —dijo Harvey.

—¿El tenis o el dinero? —pregunto Birrer.

—Las dos cosas. Ahora bien, Jörg, preveo que necesitare alrededor de dos millones durante las próximas seis semanas. Quiero comprar uno o dos cuadros en Londres. He visto un Klee que me gusta bastante y aún me falta visitar algunas galerías. Si hubiera sabido que la aventura de Prospecta Oil iba a ser un éxito, habría superado la postura de Armand Hammer en la Sotheby Parke Barnet por aquel Van Gogh el año pasado. También necesitare dinero para comprar algunos caballos nuevos en los remates de caballos de raza de Ascot. Mi caballeriza se esta agotando y todavía sigue siendo una de mis grandes ambiciones ganar las apuestas Rey Jorge VI y Reina Isabel —(James se habría sorprendido si hubiese oído a Harvey describir tan incorrectamente esa carrera)—. Creo que sabes que mi mejor puesto hasta la fecha ha sido un tercer lugar y esto no me parece suficiente. Este año participo con *Rosalie*, mi mejor posibilidad desde hace bastante tiempo. Si pierdo tendré que volver a montar mi establo, pero estoy decidido a ganar este año.

—Tanto de la señora King. La señora King gana por 4 a 1 y un set a cero.

—Parece que va a ganar la señora King —observo Birrer—. Informare a mi cajero de que es probable que necesites grandes sumas durante las próximas semanas.

—No quiero que el resto este ahí sin hacer nada, de modo que compra más oro durante los próximos meses, con la perspectiva de venderlo en Año Nuevo. Si se produjera un cambio en el mercado, te llamaría a Zúrich. Todos los días, al cierre, debes prestar el saldo pendiente, por una noche, a bancos de primera clase y firmas comerciales de primera categoría.

—¿Qué harás con tanto dinero, Harvey, si esos cigarros no te matan antes?

—Déjame en paz, Jörg. Pareces mi médico. Te he dicho cientos de veces que el año que viene me retiro, abandono, finito.

—No te veo abandonando la carrera voluntariamente, Harvey. Te aseguro que me cuesta un verdadero esfuerzo tratar de imaginar cuanto tienes ahora.

Harvey rio.

—No puedo decírtelo, Jörg. Como dice Aristóteles Onassis, si puedes contarlo, no tienes nada.

—Tanto de la señora King. La señora King gana por 5 a 1 y por un set a cero.

—¿Cómo está tu hija Rosalie? Todavía tenemos las instrucciones de poner las cuentas a su nombre si algo te ocurre.

—Está bien. Me llamó esta mañana para decirme que no podía acompañarme a Wimbledon porque esta hasta los topes de trabajo. Espero que se case con algún americano rico y entonces no necesitará trabajar. Un buen número de ellos ya se lo ha pedido. Para ella no debe ser fácil saber si lo hacen por ella o por mi dinero. Hace un par de años tuvimos una bronca por este motivo y todavía no me ha perdonado.

—Tanto, set y partido para la señora King 6-1, 6-1.

Harvey, Jörg, James y Anne se unieron al aplauso general, mientras las dos participantes abandonaban la cancha inclinándose frente al Palco Real, ante el presidente de Clubs Ingleses, Su Alteza Real el Duque de Kent. Harvey y Jörg Birrer se quedaron para presenciar el siguiente encuentro, uno de dobles y después se marcharon para cenar juntos en el Claridge's.

James y Anne habían disfrutado de la tarde pasada en Wimbledon y cuando dejaron a Harvey en el Claridge's, acompañado por su amigo centroeuropeo, regresaron enseguida al piso de James.

—Stephen, ya estoy de vuelta. Metcalfe se ha retirado para el resto de la noche. Iniciaré mi guardia a las 8.30 de la mañana.

—Bien hecho. James. Quizá mañana muerda.

—Esperemos que así sea.

El ruido del agua que corría llevó a James hasta la cocina, en busca de Anne. Llevaba jabón hasta los codos, y atacaba una fuente con un estropajo. Se volvió y lo extendió en dirección a él.

—No quiero hablar mal de tu asistenta, pero esta es la única cocina que conozco donde hay que lavar los platos antes de preparar la cena.

—Lo sé. Ella solo se ocupa de las partes limpias del piso. En consecuencia, su trabajo es cada vez más ligero.

James se sentó a la mesa de la cocina, admirando la esbeltez de los brazos y el cuerpo de Anne.

—¿Me frotarías así la espalda si me bañara antes de cenar?

La bañera estaba llena y el agua agradablemente caliente. James se recostó con placer, dejando que Anne le lavara. Salió chorreando de la bañera.

—Estás demasiado vestida para una asistenta de cuarto de baño, querida. Creo que tendrías que hacer algo al respecto.

Anne se desnudó mientras James se secaba.

Más tarde, James le sonrió:

—Te estás haciendo muy experta.

—Con semejante maestro, lo único que puedo hacer es mejorar. Ahora, fuera. El queso a la parrilla debe estar listo y quiero volver a hacer la cama.

—No es necesario que te tomes esa molestia, tonta.

—Sí. Anoche no pude dormir. Te llevaste todas las mantas y yo tuve que limitarme a ver cómo te acurrucabas como un gato satisfecho mientras yo me congelaba. Hacer el amor contigo no se parece absolutamente en nada a lo que piensa Harold Robbins de la cuestión.

—Cuando termines de hablar, pon el despertador a las 7.00 en punto.

—¿Y por qué tan temprano si tienes que estar en el Claridge's a las 8.30?

—Lo sé, pero no quiero ir a trabajar con una erección.

—James, tienes que quitarte de encima ese vulgar sentido del humor.

—Yo creí que era divertido.

—Sí, cariño. ¿Por qué no te vistes antes de que la cena se haga carbón?

James llegó al Claridge's a las 8.29. A pesar de sus limitaciones, estaba decidido a no fallar a los demás en sus planes. Conectó el transmisor para verificar si Stephen estaba en Berkeley Square y Adrian en Bond Street.

—Buenos días —dijo Stephen—. ¿Pasaste bien la noche?

—Maravillosamente —respondió James.

—¿Dormiste bien, entonces? —preguntó Stephen.

—Apenas pegué un ojo.

—Déjate de darnos envidia —intervino Adrian— y concéntrate en Harvey Metcalfe.

James continuó en el vano de la puerta de Slaters Antique Shop, viendo cómo salían las mujeres de la limpieza matinal y llegaban los primeros empleados.

Harvey Metcalfe estaba cumpliendo su rutina normal del desayuno y los periódicos. Había recibido una llamada telefónica de su esposa la noche anterior, desde Boston, y otra de su hija mientras desayunaba, lo que le hizo empezar bien el día. Decidió proseguir la búsqueda de un cuadro impresionista en las otras galerías de Cork Street y Bond Street. Quizás en Sotheby's podrían ayudarle.

Dejó el hotel a las 9.47 y echó a andar en su acostumbrada energía.

—Mecanismo en acción.

Stephen y Adrian abandonaron sus ensueños.

—Acaba de entrar en Bruton Street. Ahora se dirige a Bond Street.

Harvey bajó por Bond Street a paso ligero, pasando de largo el territorio que ya había cubierto.

—Ahora está a cincuenta metros de distancia —informó James—. Cuarenta metros, treinta, veinte... ¡maldición, ha entrado en Sotheby's! Hay una subasta de

paneles medievales pintados. Ignoraba que le interesaban.

Miró hacia el otro lado de la calle, en dirección a Stephen, que gracias a un traje acolchado mostraba la edad y el aspecto de un maduro y acaudalado hombre de negocios. La forma del cuello y las gafas sin montura revelaban su condición de alemán occidental. Se oyó su voz por el transmisor:

—Voy a entrar en la galería de Jean Pierre. James, tú quédate un poco más arriba de Sotheby's al final de la calle y comunícate cada quince minutos. Tú, Adrian, entra y cuelga la carnada bajo las narices de Harvey.

—Pero eso no está en el plan, Stephen —tartamudeó Adrian.

—Utiliza tu iniciativa y hazlo bien, de lo contrario todo lo que podrás hacer es ocuparte del estado del corazón de Jean Pierre. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —replicó Adrian, nervioso.

Adrian entró en Sotheby's y fue derecho al espejo más cercano. Sí, estaba irreconocible. Localizó a Harvey arriba, cerca del fondo de la sala de subastas, y se situó en un asiento cercano, en la fila de atrás.

La venta de paneles medievales pintados ya había comenzado. Harvey sabía que tenían que gustarle, pero no lograba perdonar la inclinación gótica por las joyas y los tonos dorados brillantes. Detrás de él, Adrian pensó activamente y enseguida inició una conversación en voz baja con su vecino de asiento.

—A mí me parecen muy buenas, pero no soy un entendido prefiero la época moderna. De cualquier forma, tengo que pensar algo amable para publicar en mi periódico. —El vecino de Adrian sonrió cordialmente.

—¿Usted cubre todas las subastas?

—Casi todas... especialmente aquellas donde pueden producirse sorpresas. En realidad, estoy camino a la Lamanns Gallery. Uno de los empleados de allí me ha dicho que puede haber algo especial en el campo impresionista —Adrian dijo esto muy cerca del oído derecho de Harvey.

Inmediatamente después se vio recompensado al ver que Harvey abandonaba su asiento y salía. Adrian esperó que se remataran tres lotes más y después le siguió.

James había mantenido una paciente vigilancia afuera.

—No hay señales, y son las 10.30.

—Entendido.

—No hay señales, y son las 10.45.

—Entendido.

—Todavía está adentro, y son las 11.00.

—Entendido.

—Las 11.12 minutos... mecanismo en acción, mecanismo en acción.

James fue rápidamente a la Lamanns Gallery, mientras Jean Pierre volvía a quitar la acuarela de Sutherland que representaba al Támesis y el barquero, colocando en su lugar un cuadro de Van Gogh, el más grandioso ejemplo de la obra del maestro que jamás hubiese tenido una galería londinense. Se acercaba la prueba del ácido: el papel

tornasol bajaba tranquilamente por Bond Street.

El cuadro había sido pintado por David Stein, famoso en el mundo del arte por la falsificación de trescientas pinturas y dibujos de renombrados impresionistas, por las que había recibido un total de 864 000 dólares y cuatro años de cárcel. Quedó al descubierto cuando presentó un Chagal en la exposición de la Niveaie Gallery de Madison Avenue en 1969. Sin que Stein lo supiera, Chagal estaba en Nueva York en ese momento porque en el New Metropolitan Museum y en el Lincoln Center se exponían dos de sus obras más famosas. Cuando le hablaron a Chagal de su obra en la Niveaie Gallery, denunció furioso ante la fiscalía del distrito la falsificación de las pinturas. Stein había vendido uno de los Chagal falsos a Louis D. Cohén en casi 100 000 dólares, y hasta la fecha hay un Stein-Chagal y un Stein-Picasso en la Galería d'Arte Moderna de Milán. Jean Pierre confiaba en que lo que Stein había logrado en Nueva York se repitiera en Londres.

Stein continuó pintando obras impresionistas, pero firmándolas con su nombre, y en virtud de su indudable talento seguía obteniendo muy buenos ingresos. Hacía muchos años que conocía y admiraba a Jean Pierre y cuando se enteró de la historia de Metcalfe y de Prospecta Oil, accedió a pintar el Van Gogh por 10 000 dólares y a dibujar la famosa firma del maestro: Vincent.

A Jean Pierre le había dado bastante trabajo identificar un Van Gogh — desaparecido en circunstancias misteriosas— que Stein pudiera resucitar para tentar a Harvey. Comenzó por el amplio catálogo de De la Faille, Las obras de Vincent Van Gogh, y seleccionó tres obras que estaban en la Galería Nacional de Berlín antes de la segunda guerra mundial. En el catálogo de De la Faille figuraban así: N.º 485, Les Amoureux (Los amantes), N.º 628, La Moisson (La cosecha) y N.º 776, Le Jardín de Daubigny (El jardín de Daubigny). Las dos últimas habían sido compradas en 1929 por la Berlin Gallery, y Los amantes probablemente en la misma época. A principios de la guerra desaparecieron misteriosamente las tres obras.

Jean Pierre se puso en contacto con el profesor Wormit de la Preussischer Kulturbesitz. El profesor, una autoridad mundial en obras de arte perdidas, aventuró una de las posibilidades. Aparentemente, El jardín de Daubigny había reaparecido después de la guerra en la colección de Siegfried Kramarsky en Nueva York, aunque era un misterio cómo había aparecido allí. Posteriormente Kramarsky se la había vendido a la Nichido Gallery de Tokio, donde se encuentra actualmente. El profesor no tenía conocimiento del destino de los otros dos Van Gogh.

Después Jean Pierre se dirigió a *Madame* Tellegen-Hoogen-doorm, de la Dutch Rijksbureau voor Kunsthistorische Documentatie. *Madame* Tellegen era una reconocida autoridad en Van Gogh y gradualmente, con su experta ayuda, Jean Pierre compuso la historia de las obras perdidas. Junto con muchas otras, habían sido retiradas de la National Gallery de Berlín por los nazis en 1937, pese a las encendidas protestas del Director, Dr Hanfstaengl, y del Conservador, Dr. Hentzen. Las pinturas, despreciadas por los nacionalsocialistas como arte degenerado, fueron almacenadas



en un depósito de la Kopernickerstrasse, en Berlín. Hitler visitó personalmente el depósito en enero de 1938, después de lo cual estos procedimientos ilegales quedaron legalizados mediante una confiscación oficial.

Se ignora, sencillamente, qué ocurrió con los dos Van Gogh. Gran parte de las obras confiscadas fueron vendidas secretamente en el extranjero por Joseph Angerer, un agente de Hermann Goering, para obtener las tan necesarias divisas extranjeras. Algunas se vendieron en una subasta organizada por la Fischer Art Gallery de Lucerna, el 30 de junio de 1939. Pero muchas de las obras que estaban en depósito en la Kopernickerstrasse fueron quemadas o robadas.

Jean Pierre logró obtener reproducciones en blanco y negro de *Les Amoureux* y *La Moisson*: no había ninguna copia en color. A Jean Pierre le parecía improbable que existieran en algún lado reproducciones en color de dos obras vistas por última vez en 1938. En consecuencia, se dedicó a escoger entre esas dos.

*Les Amoureux* era la más grande y media 76 x 91 cm. No obstante, parecía que a Van Gogh no le había gustado. En octubre de 1889 (carta N.º 556) se refirió a «Un bosquejo muy pobre de mi último lienzo». Además, resultaba imposible adivinar el color del fondo. Por el contrario, *La cosecha* había complacido a su autor. La había pintado en septiembre de 1889 y sobre ella escribió:

«Me siento muy inclinado a repetir una vez más el segador para mi madre» (carta N.º 604). De hecho, ya había pintado otros tres cuadros muy similares, representando a un segador en la época de la cosecha. Jean Pierre obtuvo transparencias en color de dos de estas últimas, en el Louvre y en el Rijksmuseum, donde se encuentran actualmente, y estudió la secuencia. La posición del sol y el juego de luces de la escena eran, prácticamente, las únicas diferencias. Jean Pierre vio, mentalmente, cómo eran los colores de *La Moisson*.

Stein estuvo de acuerdo con la elección final de Jean Pierre y estudió la reproducción en blanco y negro de *La cosecha* y las transparencias en color de sus pinturas hermanas prolongada y minuciosamente antes de ponerse a trabajar. Buscó una insignificante obra francesa del siglo diecinueve y le quitó toda la pintura, quedándose con un lienzo vacío. Sobre este marcó el tamaño exacto del cuadro — 48,5 x 53 cm— y escogió una paleta y un pincel del tipo predilecto de Van Gogh. Seis semanas después, *La cosecha* estaba concluida. Stein la barnizó y durante cuatro días la tuvo metida en un horno a 29°C para envejecerla. Jean Pierre le puso un pesado marco dorado impresionista y finalmente mostró la obra a Vincent, nieto de Van Gogh y *connoisseur* de la obra de su ilustre antepasado. Vincent quedó pasmado, lo que dio a Jean Pierre la confianza de que el cuadro soportaría el escrutinio de Harvey Metcalfe.

Harvey, guiándose por el dato escuchado subrepticamente, no tuvo ningún inconveniente en acercarse a la Lamanns Gallery. Cuando estaba a cinco pasos de distancia, vio que sacaban el cuadro del escaparate y no pudo creer en lo que veían sus ojos. Un Van Gogh, sin ninguna duda, y además maravilloso. En realidad, solo

había estado en exposición dos minutos.

Harvey entró en la galería y vio a Jean Pierre inmerso en una conversación con Stephen y James. Ninguno de los tres dio señales de haber notado su entrada. Stephen hablaba a Jean Pierre con acento gutural.

—Es una hermosa obra, pero su precio de 170 000 guineas me parece algo alto. ¿Está seguro de que se trata del cuadro desaparecido en Berlín en 1937?

—Nunca se está seguro de nada, pero en la parte de atrás del lienzo puede ver el sello de la Galería Nacional de Berlín y de la Bernheim Jeune confirmando que fue vendido a los alemanes en 1927. El resto de la historia puede rastrearse hasta 1890. Parece seguro que fue sacado del museo en medio de la confusión de la guerra.

—¿Cómo lo consiguió usted?

—De la colección de un miembro de la aristocracia británica que desea venderla privadamente.

—Excelente —dijo Stephen manteniendo el acento—. Quiero reservarla hasta las 4.00 de la tarde, momento en que le entregaré un cheque del Dresdner Bank A. G. por 170 000 guineas. ¿Le parece aceptable?

—Por supuesto, señor —respondió Jean Pierre—. Le pondré el correspondiente letrero de «reservada».

James, con su traje más llamativo y un gallardo sombrero flexible, rodeó a Stephen en actitud de entendido.

—Por cierto, es un maravilloso ejemplo de la obra del maestro —señaló, zalamero.

—Sí. Se la llevé a Julián Barron de la Sotheby's y pareció gustarle.

James retrocedió afectadamente hasta el fondo de la galería, disfrutando de su papel de *connoisseur*. En ese momento entró Adrian, con un ejemplar de *The Guardian* asomando por uno de sus bolsillos.

—Hola, señor Lamanns. He oído un rumor sobre un Van Gogh que yo creí que estaba en Rusia y me gustaría escribir unas líneas sobre él para el periódico de mañana. ¿Le parece bien?

—Me parece muy amable de su parte —dijo Jean Pierre— aunque acabo de reservar la obra para *Herr Drosser*, un conocido comerciante de arte alemán, al precio de 170 000 guineas.

—Muy razonable —afirmó James desde el fondo de la galería—. Creo que es el mejor Van Gogh que he visto en Londres y lamento que no lo compre mi firma. Es usted un hombre afortunado, señor Drosser. Si alguna vez desea venderlo, no vacile en ponerse en contacto conmigo —James entregó una tarjeta a Stephen y sonrió a Jean Pierre.

Jean Pierre observó a James; la suya era una interpretación notable. Adrian comenzó a tomar notas en algo que abrigaba la esperanza de que pareciera taquigrafía y se dirigió a Jean Pierre:

—¿Tiene una fotografía de la obra?

—Naturalmente.

Jean Pierre abrió un cajón del que sacó una fotografía en color del cuadro, con una descripción adjunta escrita a máquina. Se la alcanzó a Adrian.

—Le ruego que tenga cuidado con la ortografía de Lamanns. Estoy harto de que me confundan con una carrera automovilística francesa —se volvió a Stephen—. Disculpe que le haya hecho esperar, *Herr Drosser*. ¿Cómo prefiere que le despachemos el cuadro?

—Pueden enviarlo a The Dorchester, mañana por la mañana. Habitación 120.

—Sí, señor.

Stephen ya se marchaba.

—Disculpe, señor —le interrumpió Adrian—. ¿Puede deletrearme su apellido?

—D-R-O-S-S-E-R.

—¿Me permite citarle en el artículo?

—Claro que sí. Estoy muy contento con mi compra. Buenos días, caballeros.

Stephen inclinó la cabeza con elegancia y salió. Se dirigió hacia Bond Street y, con gran horror de Jean Pierre, Adrian y James, Harvey Metcalfe, sin vacilar un segundo, empezó a seguirle.

Jean Pierre se dejó caer pesadamente en su escritorio georgiano de caoba y observó con desesperación a Adrian y a James.

—¡Dios Todopoderoso, qué fracaso! Seis semanas de preparativos, tres días de agonía y nos da el esquinazo —Jean Pierre miró furioso hacia La cosecha.

—Pensé que Stephen nos había dicho que Harvey se quedaría e intentaría negociar con Jean Pierre —dijo James lastimeramente. No tendría que haberle quitado el cuadro de la vista.

—¿Quién demonios ideó toda esta estupidez? —musitó Adrian.

—Stephen —gritaron todos juntos y corrieron en dirección al escaparate.

—¡Qué interesante esta pieza de Henry Moore! —dijo una señora madura impecablemente encorsetada, apoyando la mano en el muslo de bronce de un acróbata desnudo; la mujer había entrado en la galería sin ser notada, mientras los tres refunfuñaban—. ¿Cuánto pide por ella?

—En un minuto estaré con usted, señora —dijo Jean Pierre—. ¡Maldición, Metcalfe está siguiendo a Stephen! Comunícate con él por el transmisor, Adrian.

—¿Me oyes, Stephen? Hagas lo que hagas, no te des la vuelta. Creemos que Harvey está a pocos metros detrás de ti.

—¿Qué diablos quiere decir que está a pocos metros detrás de mí? Está con vosotros en la galería, comprando el Van Gogh. ¿A qué estáis jugando?

—Harvey no dejó esa posibilidad. Salió detrás de ti antes de que ninguno de nosotros pudiera decir esta boca es mía.

—Muy inteligente. ¿Qué se supone que debo hacer?

Intervino Jean Pierre:

—Será mejor que te dirijas a The Dorchester, por si realmente te estuviera siguiendo.

—¿Dónde diablos está The Dorchester? —gimió Stephen.

Adrian acudió a su rescate.

—Toma la primera a la derecha, Stephen, que te llevará a Bruton Street. Sigue recto hasta llegar a Berkeley Square. Mantente en esa línea, pero no te vuelvas o quedarás convertido en una estatua de sal.

—James —ordenó Jean Pierre, adoptando una actitud firme no por primera vez en su vida—. Tú coge un taxi inmediatamente hasta The Dorchester y reserva la habitación 120 a nombre de Drosser. Ten preparada la llave para Stephen cuando cruce la puerta de entrada y luego lárgate. Stephen, ¿me oyes? ¿Sigues allí?

—Sí.

—¿Oíste todo?

—Sí. Dile a James que tome la 119 o la 121 si la 120 no está disponible.

—O. K. —respondió Jean Pierre—. En marcha, James.

James salió precipitadamente a la calle y empujó a una mujer que acababa de llamar un taxi, lo que nunca había hecho en su vida.

—The Dorchester —jadeó—. Lo más rápido posible.

El taxi arrancó.

—Stephen, James acaba de irse y ahora enviaré a Adrian a seguir a Harvey para que te mantenga al tanto y te guíe hasta The Dorchester. Yo me quedé aquí. ¿Todo lo demás bien?

—No —replicó Stephen—, empieza a rezar. He llegado a Berkeley Square. ¿Qué hago?

—Cruza el jardín y continúa bajando por Hill Street.

Adrian corrió hacia Bruton Street, hasta quedar a cincuenta metros detrás de Harvey.

—¿Qué hay de esa pieza de Henry Moore? —preguntó la señora encorsetada.

—Henry Moore puede irse a la mierda.

El pecho reforzado de acero palpitó:

—Joven, en mi vida me han hablado...

Fue inútil. Jean Pierre ya había llegado al lavabo con la intención de vomitar.

—Ahora estás cruzando South Audley Street, después continúa por Deanery Street. Sigue recto, no gires a la izquierda ni a la derecha y no te vuelvas. Harvey se encuentra a cincuenta metros de distancia de ti. Yo estoy a poco más de cincuenta metros detrás de él —informó Adrian.

—¿Está libre la habitación 120?

—Sí, señor. La desocuparon esta mañana pero no estoy seguro si ya está

preparada para ser ocupada. Creo que la camarera está arreglando la habitación. Tendré que comprobarlo, señor —dijo el alto recepcionista con su uniforme matinal que dejaba ver que era un miembro antiguo del personal.

—No se preocupe por eso —dijo James—. Siempre ocupo esa habitación. La quiero para una noche. Me llamo Drosser, *Herr...* hmmm... Helmut Drosser.

Deslizó un billete de una libra por encima del mostrador.

—Sí, señor.

—Estás en Park Lane, Stephen. Mira a la derecha, el gran hotel de la esquina que hay frente a ti es The Dorchester. El semicírculo que tienes a la vista es la entrada principal. Sube los escalones, atraviesa la puerta giratoria y verás la recepción a tu derecha. James tiene que estar allí.

Adrian agradeció que el año anterior la Cena Anual de la Real Sociedad de Medicina se hubiera celebrado en The Dorchester.

—¿Dónde está Harvey? —farfulló Stephen.

—A solo cuarenta metros detrás de ti.

Stephen apuró el paso, subió corriendo los escalones de The Dorchester y empujó con tanta violencia la puerta giratoria que los huéspedes que salían se encontraron en la calle mucho antes de lo que pensaban. Gracias a Dios, allí estaba James con una llave en la mano.

—Ahí está el ascensor —dijo James señalándolo—. Has elegido una de las *suites* más caras del hotel.

Stephen miró en la dirección que había indicado James y se volvió para darle las gracias. Pero este ya se había ido al bar para asegurarse de no ser visto por Harvey cuando llegara.

Stephen salió del ascensor y encontró la habitación 120 en el primer piso. The Dorchester —que jamás había pisado— era tan tradicional como el Claridge's, y su tupida alfombra azul y oro conducía a una *suite* en esquina, estupendamente decorada, con vista a Hyde Park. Se dejó caer en un sillón, sin tener ninguna certeza de lo que ocurriría después. Nada había funcionado según sus planes.

Jean Pierre esperaba en la galería. James estaba sentado en el bar, y Adrian hacía tiempo junto a Barclays Bank de Park Lane, un edificio imitación Tudor, situado a cincuenta metros de la entrada de The Dorchester.

—¿El señor Drosser está en el hotel? Creo que tiene reservada la habitación 120 —ladró Harvey.

El recepcionista buscó el nombre en el registro:

—Sí, señor, ¿le espera?

—No, pero quiero hablar con él por el teléfono interior.

—Sí, señor. Por favor, cruce la pequeña arcada que está a su izquierda y allí encontrará cinco teléfonos. Uno de ellos es el interior.

Harvey cruzó la arcada como le habían indicado.

—Habitación 120 —dijo al operador, que estaba sentado en su pequeño cubículo, con el uniforme verde de The Dorchester, con castillos dorados en las solapas.

—Cabina número uno, por favor.

—¿Señor Drosser?

—Al habla —respondió Stephen, preparando su acento alemán para un esfuerzo prolongado.

—¿Me permite subir a charlar con usted? Me llamo Harvey Metcalfe y se trata del Van Gogh que ha comprado esta mañana.

—En este momento no me viene bien. Estoy a punto de ducharme y tengo una cita después.

—No le entretendré más que unos pocos minutos.

Antes de que Stephen pudiera decir algo oyó que Harvey Metcalfe colgaba el auricular. Un momento después llamaron a la puerta. Stephen la abrió, nervioso. Iba vestido con una bata blanca de The Dorchester y su cabello castaño estaba despeinado y más oscuro que normalmente (fue el único disfraz que se le ocurrió pensar en tan poco tiempo, ya que el plan original no preveía la posibilidad de un encuentro con Harvey frente a frente).

—Disculpe mi intromisión, señor Drosser, pero necesitaba verle inmediatamente. Sé que acaba de comprar un Van Gogh en la Lamanns Gallery y como usted es un comerciante abrigo la esperanza de que esté dispuesto a revenderlo obteniendo beneficios inmediatos.

—No, muchas gracias —replicó Stephen, relajándose por primera vez—. Hace muchos años que ando en busca de un Van Gogh para mi galería de Munich y lamento informarle que no está en venta.

—Usted pagó 170 000 guineas por el cuadro. ¿Cuánto representa eso en dólares?

Stephen pensó unos segundos:

—Alrededor de 425 000.

—Le daré 15 000 dólares si me lo cede. Todo lo que tiene que hacer es llamar a la galería y decir que ahora el cuadro es mío y que yo pagaré la factura.

Stephen guardó silencio un instante, inseguro de cómo debía manejar la situación para no echarla a perder. «Piensa cómo lo haría Harvey Metcalfe», se dijo para sus adentros.

—Veinte mil en efectivo y trato hecho.

Harvey vaciló. Stephen se sintió débil.

—Trato hecho —dijo Harvey—. Llame ahora mismo a la galería.

Stephen levantó el teléfono.

—Comuníqueme lo antes posible con la Lamanns Gallery de Bond Street... no puedo perder tiempo, tengo una cita para la hora de almorzar.

Poco después le pasaron la llamada.

—Lamanns Gallery.

—Quiero hablar con el señor Lamanns.

—¡Por fin, Stephen! ¿Qué demonios ha pasado?

—Ah, señor Lamanns, le habla *Herr Drosser*. No sé si recuerda que estuve en su galería hace un rato.

—Claro que lo recuerdo, imbécil. ¿En qué andas, Stephen? Soy yo... Jean Pierre.

—Estoy con el señor Metcalfe...

—Lo siento, Stephen. Yo no...

—... Que va a ir a verle enseguida.

Stephen miró hacia Harvey, que hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—Debe entregarle a él el Van Gogh que compré esta mañana y él le entregará un cheque por la cifra total, 170 000 guineas.

—Del desastre a veces surge el triunfo —afirmó Jean Pierre serenamente.

—Lamento no seguir siendo el propietario del cuadro, pero, como dirían los norteamericanos, me han hecho una oferta que no puedo rechazar. Muchas gracias por su intervención —dijo Stephen y colgó.

Harvey estaba extendiendo un cheque al portador por 20 000 dólares.

—Muchas gracias, señor Drosser. Me ha hecho usted feliz.

—Por mi parte, tampoco me quejo —dijo Stephen sinceramente.

Acompañó a Harvey hasta la puerta y se estrecharon las manos.

—Adiós, señor.

—Adiós, señor Metcalfe.

Stephen cerró la puerta y se arrastró hasta el sillón, casi demasiado débil para moverse.

Adrian y James vieron que Harvey salía de The Dorchester. Adrian le siguió en dirección a la galería, sintiendo crecer sus esperanzas a cada paso. James tomó el ascensor hasta el primer piso y corrió hasta la habitación 120. Golpeó fuertemente a la puerta. Stephen saltó al oír el ruido. No se sentía capaz de volver a enfrentarse a Harvey.

—¡Eres tú, James! Cancela la habitación, paga la factura y reúnete conmigo en el bar.

—¿Por qué? ¿Para qué?

—Para una botella de Krug 1964.

Primer movimiento: mate en tres jugadas.

**J**EAN-PIERRE FUE EL ÚLTIMO en llegar al apartamento de Lord Brigsley en Kings Road. Le parecía que tenía derecho a hacer una entrada triunfal. Los cheques de Harvey fueron pagados y la Lamanns Gallery quedó con un saldo a favor de 447 560 dólares. El cuadro estaba en manos de Harvey y los cielos no se habían abierto.

Jean Pierre había ganado más dinero en dos meses de delito que en diez años de negociaciones legales.

Los otros tres le recibieron con aplausos y una copa de la última botella de Veuve Cliquot 1959 de James.

—Tuvimos suerte —dijo Adrian.

—No tuvimos suerte —contestó Stephen—. Supimos mantener la calma a pesar de la tensión. Lo que hemos aprendido es que Harvey puede cambiar las reglas en mitad del juego.

—Casi cambia el juego, Stephen.

—De acuerdo, y debemos recordar que no habremos hecho nada si no logramos el mismo éxito no una sino tres veces más. No debemos subestimar a nuestro enemigo porque hayamos ganado el primer *round*.

—Tranquilízate, profesor —intervino James—. Podemos volver a hablar de negocios después de cenar. Anne ha venido especialmente esta tarde para preparar *mousse* de salmón, y semejante manjar no va con Harvey Metcalfe.

—¿Cuándo conoceremos a esa fabulosa criatura? —preguntó Jean Pierre.

—Cuando todo esto haya concluido y sea un recuerdo.

—No te cases con ella, James. Solo te quiere por tu dinero.

Todos rieron. James esperaba ver llegar el día en que pudiera decirles que ella estaba enterada de todo desde el principio. Trajo el *boeuf en croûte* y dos botellas de Echezeaux 1970. Jean Pierre olió la salsa.

—Pensándolo bien, debemos tenerla en cuenta si en la cama es la mitad de hábil que en la cocina.

—No tendrás la oportunidad de saberlo, Jean Pierre. Conténtate con admirar la salsa.

—Estuviste sorprendente esta mañana. James —dijo Stephen, desviando la conversación que mantenía Jean Pierre—. Tendrías que trabajar en el teatro. Como miembro de la nobleza inglesa, tu talento se está desperdiciando.

—Siempre quise hacerlo pero mi padre se opone. El que vive esperando una buena herencia debe someterse a la voluntad paterna.

—¿Por qué no hacemos que él haga el papel de los cuatro en Montecarlo? —sugirió Adrian.

La mención de Montecarlo les volvió a la realidad.

—Otra vez al trabajo —dijo Stephen—. Hasta ahora hemos recibido 447 560



dólares. Los gastos del cuadro y una noche inesperada en The Dorchester ascienden a 11 142, de modo que Metcalfe todavía nos debe 563 582 dólares. Pensad en lo que hemos perdido, no en lo que hemos ganado. Ahora, entramos en la operación Montecarlo, que depende de una cronometración al segundo y de nuestra habilidad a la hora de interpretar cada cual su parte. Adrian nos fijará el día.

Adrian sacó la carpeta verde de la cartera que tenía a su lado y estudió unos minutos sus anotaciones.

—Jean Pierre, a partir de hoy te dejarás crecer la barba, para resultar irreconocible en el plazo de tres semanas. Asimismo, te cortarás el pelo muy corto —Adrian sonrió con poca simpatía ante la mueca de Jean Pierre—. Sí, te verás absolutamente repugnante.

—Eso no es posible —afirmó el interpelado.

—¿Cómo marcha el *baccarat* y el *black jack*? —preguntó Adrian.

—He perdido 37 dólares en cinco semanas, incluyendo mi cuota como miembro del Crockford.

—Añadiremos todo a los gastos —dijo Stephen—. Esto aumenta la cifra a 563 619 dólares.

Todos rieron. Solo los labios de Stephen permanecieron inmóviles; estaba sumamente serio.

—James, ¿cómo va tu conducción de la furgoneta?

—Puedo llegar desde el St. Thomas a Harley Street en catorce minutos. Podré hacer el recorrido en Montecarlo en aproximadamente once minutos, aunque naturalmente tendré que practicar el día anterior. Tengo que aprender a conducir por la derecha.

—Es extraño que todo el mundo, salvo los británicos, conduzca equivocadamente por la derecha —observó Jean Pierre.

James le ignoró.

—Tampoco estoy muy seguro sobre las señales de tráfico del Continente.

—Están todas explicadas en la guía Michelin que te di como parte de mi expediente.

—Lo sé, Adrian, pero estaré más seguro cuando haya hecho una prueba sobre el terreno sin mapas. En Mónaco hay unas cuantas calles de una sola dirección y quiero hacerlo bien.

—No te preocupes. Tendrás tiempo de sobra cuando llegemos allí. Además, contamos con Stephen, que es el ayudante médico más capaz que he tenido. Espero que estés satisfecho de los nuevos conocimientos adquiridos.

—Tan contento como con tu acento norteamericano, Adrian. De todos modos, confío en que Harvey Metcalfe no se encuentre en condiciones de juzgarnos cuando nos encontremos.

—No te preocupes y créeme que no se daría cuenta aunque te presentaras como *Herr Drosser* y llevaras un Van Gogh en cada mano.

Adrian repartió el plan final de ensayos en Harley Street y en el St. Thomas y volvió a consultar la carpeta verde.

—He reservado cuatro habitaciones individuales en distintos pisos del Hotel París y he confirmado todo en el Centre Hospitalier Princesse Grace. El hotel tiene fama de ser uno de los mejores del mundo, lo que sin duda se refleja en el precio, pero está muy cerca del casino. Volaremos a Niza el lunes, un día más tarde de lo que se espera la llegada de Harvey en su yate.

—¿Qué haremos el resto de la semana? —preguntó James inocentemente.

Stephen recuperó el control de la situación:

—Aprenderemos de memoria el *dossier* verde... de delante atrás, de atrás adelante y de lado, para hacer un ensayo general el viernes. Lo más importante en tu caso, James, es que tomes las cosas en serio y nos digas qué piensas hacer.

James volvió a hundirse en la melancolía. Stephen cerró su carpeta.

—Creo que eso es todo por hoy.

—Espera, Stephen —pidió Adrian—. Deja que te desnudemos una vez más. Quiero ver si podemos hacerlo en noventa segundos.

Stephen se tumbó con cierta pereza en medio del salón, James y Jean Pierre le quitaron la ropa rápida y cuidadosamente.

—Ochenta y siete segundos. Excelente —aseguró Adrian bajando la vista y mirando a Stephen, que no llevaba nada puesto salvo el reloj—. ¡Diablos, qué tarde se ha hecho! Tengo que volver a Newbury. Mi mujer va a pensar que tengo una amante, la verdad es que ninguno de vosotros me atrae.

Stephen se vistió de prisa mientras los demás se preparaban para irse. Un poco más tarde James estaba de pie junto a la puerta, despidiéndoles uno por uno. En cuanto Stephen estuvo fuera del alcance de la vista bajó corriendo las escaleras hacia la cocina.

—¿Has oído?

—Sí, querido. Son muy simpáticos y no les culpo por estar molestos contigo. Se están comportando como verdaderos profesionales. Francamente, tú parecías el único aficionado. Tendremos que pensar en algún buen plan para que logres ponerte a su altura. Tenemos más de una semana por delante hasta que el señor Metcalfe llegue a Montecarlo.

James suspiró:

—Bueno, pero ahora gozemos de esta noche. Por lo menos la mañana de hoy ha sido un triunfo.

—Sí, pero no tuyo. Mañana trabajaremos.

—SE RUEGA A LOS PASAJEROS del vuelo 017 con destino a Niza que se presenten en la Puerta Número 7 —se oyó por los altavoces del aeropuerto de Heathrow.

—Ese es el nuestro —dijo Stephen.

Los cuatro subieron por la escalera mecánica hasta el primer piso y recorrieron el largo pasillo. Después de ser registrados por si llevaban armas, bombas, o cualquier otra cosa que llevan los terroristas, subieron al avión.

Se sentaron separados, sin mirarse ni hablarse entre sí. Stephen les había advertido que el avión podía estar lleno de amigos de Harvey y cada uno se imaginó que estaba sentado al lado del más íntimo.

James observó melancólicamente el cielo despejado y se dedicó a meditar entristecido. Él y Anne habían leído todos los libros que encontraron sobre dinero robado pero no encontraron nada que poder copiar. Incluso Stephen, mientras le desvestían para las prácticas en St. Thomas, se dedicaba a pensar un plan para James.

El Trident aterrizó en Niza a las 13.40, y el viaje en tren desde allí hasta Montecarlo les llevó algo más de veinte minutos. Cada miembro del equipo fue por separado al elegante Hotel de París, en la Place du Casino. A las 7.00 de la tarde estaban ya todos reunidos en la habitación 217.

—Hasta ahora todo marcha bien —dijo Adrian—. Vayamos al grano. Jean Pierre, esta noche irás al casino y jugarás unas manos de *baccarat* y de *black jack*. Trata de familiarizarte en el lugar y de conocer todos sus recovecos. En especial, fíjate en cualquier diferencia que pueda haber entre este casino y Crockford. ¿Prevés algún problema?

—No, creo que no, Adrian. De hecho, podría ir ahora mismo y empezar a practicar.

—No pierdas nuestro dinero —dijo Stephen.

Jean Pierre, resplandeciente con su barba y su chaqueta de *smoking*, sonrió y salió de la habitación 217, bajó por la escalera para evitar el ascensor y fue andando hasta el famoso casino.

Adrian continuó:

—James, toma un taxi desde el casino hasta el hospital. Al llegar allí, deja correr el taxímetro unos minutos y vuelve. Así podrás sacar tu propio tiempo. Cuando ya domines esta ruta, repite el mismo proceso entre el hospital y el yate de Harvey, No se te ocurra entrar al casino ni acercarte a la embarcación.

—¿Cómo sabré yo cómo es el casino la noche del golpe?

—De eso se ocupará Jean Pierre. Se encontrará contigo en la puerta porque Stephen no podrá moverse del lado de Harvey. No creo que te cobren los 12 francos de entrada llevando chaqueta blanca y una camilla. Cuando hayas terminado tu tarea, vete a tu habitación y quédate allí hasta la reunión de mañana a las 11.00. Stephen y

yo iremos al hospital a comprobar que todo esté en orden, tal como lo hemos solicitado por cable desde Londres.

En el momento en que James salía de la habitación 217, Jean Pierre llegaba al casino. Este se eleva en el corazón de Montecarlo y está rodeado de hermosos jardines con vista al mar. El edificio actual tiene varias salas, la más antigua de las cuales fue diseñada por Charles Garnier, el arquitecto de la Opera de París. Las salas de juego, que se añadieron en 1910, se unen por medio de un atrio a la Salle Garnier, donde se representan óperas y espectáculos de *ballet*.

Jean Pierre subió las escaleras de mármol hasta la entrada y pagó sus 12 francos. Las salas de juego son amplias y muestran la decadencia y la grandeza de la Europa de principios de siglo. Las mullidas alfombras, las estatuas, las pinturas y la tapicería dan al edificio un aspecto casi regio, mientras por otro lado los retratos le conceden un aire de casa de campo en la que todavía se vive. Allí se reúnen gentes de todas las nacionalidades; los árabes y los judíos juegan juntos a la ruleta, y aquello parece más un salón de las Naciones Unidas que un casino. Jean Pierre se sintió absolutamente cómodo en el mundo irreal de los acaudalados. Adrian había adivinado enseguida su carácter y le había asignado un papel que podía desempeñar con más aplomo.

Jean Pierre estuvo más de tres horas fijándose en la distribución del casino: sus salas de juego, los bares y restaurantes, los teléfonos, la entrada y las salidas. Después dedicó su atención al juego. En los «Salons Prives» se juegan dos partidas de *baccarat*, una a las 3.00 de la tarde y otra a las 11.00 de la noche. Por medio de Pierre Cattalano, jefe del departamento de relaciones públicas del casino, Jean Pierre supo en qué salas privadas jugaba Harvey Metcalfe.

Todos los días, desde las 11.00 de la mañana, se juega *black jack* en el Salón des Amériques. Allí hay tres mesas y el informante de Jean Pierre le dijo que Harvey siempre jugaba en la N.º 2, en el asiento N.º 3. Jean Pierre jugó un rato *black jack* y *baccarat*, para ver si había alguna diferencia entre este lugar y Crockford. De hecho, no había ninguna, ya que Crockford sigue las reglas francesas.

Harvey Metcalfe llegó ruidosamente al casino poco después de las 11.00, dejando una estela de ceniza de puro desde la puerta hasta su mesa de *baccarat*. Jean Pierre, en el bar, observó cómo el jefe de *croupiers* acompañaba amablemente a Harvey hasta un asiento reservado y después iba al Salón des Amériques, hasta la mesa N.º 2 de *black jack*, para colocar sobre una de las sillas una discreta tarjeta blanca con la inscripción Réservée. Evidentemente Harvey era un cliente predilecto. La administración sabía tan bien como Jean Pierre qué juegos interesaban a Harvey Metcalfe. A las 11.27 Jean Pierre abandonó el casino y volvió a la soledad de su cuarto de hotel, donde estuvo hasta las 11.00 del día siguiente.

A James también le salió bien la tarde. El taxista demostró su destreza. La palabra «emergencia» despertó al corredor que había en él pues atravesó Montecarlo como si estuviera participando en el Rally. Cuando James llegó al hospital, 8 minutos y 44 segundos más tarde, se encontraba auténticamente mareado y descansó unos minutos

en la *Entrée des Patients* antes de volver al taxi.

—Otra vez al casino pero más despacio, por favor.

El trayecto de vuelta al casino, por la rué Grimaldi, duró poco más de once minutos, y James decidió que intentaría hacerlo en diez. Pagó al taxista y cumplió la segunda parte de sus instrucciones.

Ir andando hasta el hospital y volver al casino le llevó poco más de una hora. El aire nocturno acariciaba suavemente su rostro y las calles estaban llenas de animación. El turismo es la principal fuente de ingresos del Principado y los monegascos se toman muy en serio el bienestar de sus visitantes. James pasó junto a innumerables restaurantes pequeños y tiendas de *souvenirs* llenas de chucherías. Alegres grupos transitaban las calles y su charla multilingüe formaba un coro sin significado para James que solo pensaba en Anne. Después, cogió un taxi hasta el puerto, para localizar a *Mensajero*, el yate de Harvey, y desde allí volvió al hospital. Al igual que Jean Pierre, se encerró en su habitación antes de medianoche, después de haber cumplido su primera tarea.

Adrian y Stephen averiguaron que la caminata desde el hotel hasta el hospital representaba 40 minutos. Al llegar, Adrian preguntó al recepcionista si podía ver al Superintendente.

—Ahora precisamente está en el Hospital —intervino una almidonada enfermera francesa—. ¿A qué anuncio?

Su pronunciación inglesa era excelente y los dos hombres sonrieron ante su leve error.

—El Doctor Wiley Barker, de la Universidad de California.

Adrian deseó que el Superintendente francés no supiera que Wiley Barker, exmédico del presidente Nixon y uno de los más respetados cirujanos del mundo, estaba recorriendo Australia, dando conferencias en las principales universidades.

—*Bon soir, docteur Barker, M. Bartise á votre service. Votre visite fait grand honneur á notre humble hópital.*

El acento americano recientemente adquirido por Adrian interrumpió la continuación de la conversación en francés.

—Quiero comprobar las condiciones del quirófano —dijo Adrian— y confirmar la reserva a partir de mañana, desde las 11.00 de la noche hasta las 4.00 de la madrugada, durante los próximos cinco días.

—Bien, doctor Barker. El quirófano está más allá del pasillo. Sígame, por favor.

El quirófano no era distinto al que los cuatro habían utilizado en St. Thomas para practicar: dos salas con una puerta corredera de plástico. Estaba bien equipado y un gesto de asentimiento de Adrian indicó a Stephen que contaba con todos los elementos necesarios. Adrian estaba impresionado. Aunque el hospital solo tenía doscientas camas, la sala de operaciones era del más alto nivel. Evidentemente, algunos millonarios del mundo ya se habían puesto enfermos allí.

—¿Necesitará anestesista o enfermeras que le ayuden, doctor Barker?

—No —respondió Adrian—. Tengo mi anestesista y el personal necesario, pero sí necesito que todas las noches preparen una bandeja con los instrumentos necesarios para una laparotomía, de cualquier modo, les avisaré con una hora de antelación.

—Es tiempo suficiente. ¿Algo más?

—Sí, el vehículo especial que encargué. ¿Puede recogerlo mi chófer mañana a las doce en punto?

—Sí, doctor Barker. Lo dejaré en el pequeño aparcamiento que está detrás del hospital y su chófer puede pedir las llaves en recepción.

—¿Puede recomendarme alguna agencia en la que pueda contratar a una enfermera con experiencia en cuidados postoperatorios?

—Bien sur, la Auxiliare Medical de Niza se la proporcionará... a buen precio, naturalmente.

—Ese no es el problema. Quería preguntarle si se han cubiertos todos los gastos.

—Sí, doctor. El jueves recibimos un cheque de California por 7000 dólares.

Adrian se había sentido muy satisfecho con ese detalle que resultó tan sencillo. Stephen se puso en contacto con su banco de Harvard, solicitándoles que enviaran un cheque de The First National City Bank de San Francisco a la secretaria del hospital en Montecarlo.

—Muchas gracias por su colaboración, señor Bartise. Ha sido muy amable. Como ya le he dicho, ignoro qué noche podré traer a mi paciente. Está muy enfermo, aunque no lo sabe, y tengo que prepararle para esta experiencia.

—Naturalmente, *mon cher docteur*.

—Una última cosa: cuanta menos gente sepa que estoy en Montecarlo, mejor, ya que intento disfrutar de unas breves vacaciones mientras trabajo.

—Comprendido, doctor Barker. Puede confiar en mi discreción.

Adrian y Stephen se despidieron del señor Bartise y volvieron al hotel en taxi.

—Siempre me siento algo acomplexado al ver lo bien que hablan nuestra lengua los franceses, en comparación con lo mal que manejamos nosotros la de ellos —dijo Stephen.

—Eso es culpa vuestra, de los americanos —respondió Adrian.

—No. Si Francia hubiera conquistado América, vuestro francés sería excelente. Echa la culpa a vuestros antepasados emigrantes.

Adrian rio. Por temor a ser oídos, ninguno de ellos volvió a abrir la boca hasta llegar a la habitación 217. Stephen no tenía ninguna duda sobre los riesgos y las responsabilidades que asumían.

Harvey Metcalfe estaba en la cubierta de su yate, tomando sol y leyendo los periódicos matutinos. *Nice Matin* estaba en francés, lo que le resultaba irritante. Lo leyó con gran trabajo con ayuda de un diccionario, para ver si había algún acontecimiento social al que debiera invitarse. La noche anterior había jugado hasta

tarde y ahora disfrutaba de los rayos solares sobre su carnosa espalda. Si pudiera conseguirlo con dinero, mediría 1,82 y pesaría 75 kilos, además de tener una hermosa mata de pelo, pero a pesar del aceite bronceador no podía evitar que su calva se quemara, de modo que se había puesto un gorro en el que podía leerse: «Soy sexy». ¡Si le viera la señorita Fish!

A las 11.00 en punto se puso boca arriba para que el sol acariciara su imponente vientre. En ese mismo momento, James entraba en la habitación 217, donde el resto del equipo estaba ya esperándole.

Jean Pierre informó sobre la disposición del Casino y las costumbres de Harvey Metcalfe. James les contó los resultados de sus idas y venidas de la tarde anterior y dijo que esperaba poder cubrir la distancia en menos de 11 minutos.

—Perfecto —observó Adrian—. A Stephen y a mí nos costó 15 minutos ir en taxi desde el hospital hasta el hotel y si Jean Pierre me avisa en cuanto el globo empiece a subir en el casino, habrá tiempo suficiente para preparar todo antes de que lleguéis.

—Espero que el globo baje y no suba en el casino —señaló Jean Pierre.

—He contratado a una enfermera de la agencia para que monte guardia desde la mañana a la noche. En el hospital hay todo lo que necesito. Llevar una camilla desde la puerta principal hasta el quirófano solo requiere 2 minutos, de modo que desde el momento que James salga del aparcamiento yo tendré como mínimo 16 minutos para prepararme. James, tú puedes sacar el vehículo del aparcamiento del hospital a las 12 de hoy. Las llaves están en la recepción, a nombre del Dr. Barker. Practica un par de veces, pero no más. No quiero que llames la atención. Por favor, deja este paquete en la parte de atrás.

—¿Qué es?

—Tres batas blancas y un estetoscopio para Stephen. Ya que estás en ello, procura aprender a desplegar la camilla con rapidez. Cuando hayas terminado los dos ensayos, vuelve a dejar el vehículo al aparcamiento y regresa a tu habitación hasta las 11.00 de la noche. Desde entonces hasta las 4.00 de la madrugada tendrás que esperar en el aparcamiento, hasta que Jean Pierre te envíe el mensaje de «mecanismo en acción» o «todo en marcha». Todos tenéis que comprar pilas nuevas para los transmisores. No podemos dejar que el plan fracase por quedarnos sin pilas. Me temo que tú, Jean Pierre, no tendrás mucho que hacer hasta esta noche, aparte de descansar. Espero que tengas algunos libros en tu habitación.

—¿No puedo ir al cine a ver La noche americana de François Truffaut? Me encanta Jacqueline Bisset. Vive la France!

—Mi querido Jean Pierre, la señorita Bisset es de Reading —aclaró James.

—No me importa. Me gusta igual.

—Se mira pero no se toca —intervino Adrian en tono marcadamente zumbón.

—¿Por qué no? Lo último que haría Harvey es ir a ver una película francesa e intelectual y sin subtítulos. Espero que te diviertas y tengas suerte esta noche, Jean Pierre.

Jean Pierre abandonó la habitación tranquilamente, dejando al resto reunido allí.

—Bien, James, puedes ensayar en cualquier momento a partir de ahora. Pero asegúrate de estar bien despierto esta noche.

—De acuerdo. Voy a recoger las llaves en la recepción del hospital. Recemos para que nadie me entretenga por una emergencia real.

—Ahora, Stephen, repitamos todo. Si nos equivocamos, perderemos algo más que dinero. Empecemos por el principio. ¿Qué haces si el óxido nitroso baja a un nivel inferior a los 5 litros...?

—Control... control... operación Metcalfe. Habla Jean Pierre. Estoy en la escalinata del casino. ¿Me oyes, James?

—Sí. Yo estoy en el aparcamiento del hospital. Cambio.

—Aquí Adrian. Estoy en el balcón de la habitación 217. ¿Está Stephen contigo, Jean Pierre?

—Sí. Está bebiendo solo, en el bar.

—Buena suerte y cambio.

Jean Pierre realizó un control cada hora desde las 7.00 hasta las 11.00, simplemente para informar a Adrian y a James que Harvey todavía no había llegado.

Finalmente aquel apareció a las 11.15 y ocupó su asiento reservado en la mesa de *baccarat*. Stephen dejó de beber su zumo de tomate y Jean Pierre se acercó y esperó pacientemente junto a la mesa a que se levantara uno de los hombres sentados a la izquierda o a la derecha de Harvey. Transcurrió una hora. Harvey perdía un poco de dinero pero continuó jugando. Lo mismo hizo el americano delgado que estaba sentado a su derecha y el francés de la izquierda. Pasó una hora más y no hubo ningún cambio. Después el francés sentado a la izquierda de Metcalfe tuvo una racha especialmente mala, reunió las pocas fichas que le quedaban y abandonó la mesa. Jean Pierre se adelantó.

—Disculpe, señor, pero ese asiento está reservado para otro caballero —dijo el acomodador—. Hay un lugar que no está reservado en el otro extremo de la mesa.

—No importa —aseguró Jean Pierre y retrocedió, maldiciendo la deferencia con que los monegascos trataban a los ricos.

Desde el bar Stephen, vio todo lo que había ocurrido e hizo señas de que se retiraran. Todos volvieron a encontrarse en la habitación 217 poco después de las 2.00 de la madrugada.

—¡Qué error estúpido! *Merde, merde, merde!* Tendría que haberlo imaginado.

—No, fue culpa mía. No sé como funcionan los casinos y tendría que haberme enterado en los ensayos —dijo Adrian, golpeándose su nuevo bigote.

—Nadie es culpable —intervino Stephen—. Todavía nos quedan tres noches y no debemos dejarnos llevar del pánico. Tendremos que pensar la forma de paliar el problema de los asientos, pero lo mejor que podemos hacer ahora es dormir y volver



a reunimos en esta habitación mañana a las 10.00 en punto.

Se fueron algo deprimidos. Adrian había estado sentado en el hotel durante cuatro horas, con los nervios de punta; James se había enfadado y se había aburrido soberanamente en el aparcamiento del hospital; Stephen estaba harto de zumo de tomate y Jean Pierre había estado de pie junto a la mesa de *baccarat*, esperando un asiento que ni siquiera estaba disponible.

Una vez más, Harvey holgazaneaba al sol. Ya estaba ligeramente rosado y esperaba estar más moreno hacia el fin de semana. *The New York Times* informaba que el precio del oro seguía subiendo y el marco alemán y el franco suizo continuaban estables, mientras el dólar parecía hallarse en retroceso con respecto a cualquier otra divisa, salvo la libra esterlina.

Esa no es ninguna novedad, pensó, en el mismo momento en que el ruido de la campanilla de un teléfono francés le sobresaltó. Nunca había logrado acostumbrarse al ruido de los teléfonos extranjeros. Un atento camarero salió a cubierta con el teléfono.

—Hola, Lloyd. No sabía que estabas en Monte, sí, por supuesto... ¿Por qué no nos vemos? ¿Te parece bien a las ocho? Yo también... incluso me estoy bronceando. Es que cuando uno envejece... ¿Qué dices? Hasta luego.

Harvey colgó y pidió al camarero un *whisky* con tilo. Volvió a acomodarse, dichoso una vez más de las malas noticias financieras.

—Evidentemente esa parece ser la solución —dijo Stephen.

Todos coincidieron con un gesto de aprobación.

—Jean Pierre abandonará la mesa de *baccarat* y reservará un lugar junto a Harvey Metcalfe en su mesa de *black jack* del Salón des Amériques y esperará a que decida cambiar de juego. Conocemos los números de los asientos de Harvey y modificaremos nuestros planes en consecuencia.

Jean Pierre marcó el número del casino y pidió que le pusieran con Pierre Cattalano:

—*Réservez-moi la deuxième place sur la table 2 jur le 21 ce soir et demain soir, s'it vous plait.*

—*Je pense que cette place est déjà réservée, monsieur. Un instan!, sil vous plait, je vais vérifier.*

—*Peut-être que cent francs la tendrá libre* —explicó Jean Pierre.

—*Mais certainement, Monsieur, présentez-vous á mi des votre arrivée, et le nécessaire sera fait.*

—*Merci* —dijo Jean Pierre y colgó el aurícula—. Ya está arreglado.

Jean Pierre sudaba visiblemente; si el resultado de su llamada no hubiera sido

importante, no le hubiera caído ni una gota tratándose de una petición tan sencilla. Cada uno volvió a su habitación.

Poco después de medianoche, Adrian esperaba serenamente en la habitación 217, James estaba en el aparcamiento tarareando *Me siento muy bien sin ti*, Stephen estaba en el bar el Salón des Amériques entretenido con otro zumo de tomate, y Jean Pierre ocupaba el asiento número 2 de la mesa número 2, jugando *black jack*. Tanto Stephen como Jean Pierre veían a Harvey a través de la puerta, charlando con un hombre con una chillona chaqueta de cuadros que solo un tejano era capaz de ponerse fuera de su propio jardín. Harvey y su amigo se sentaron juntos en la mesa de *baccarat*. Jean Pierre emprendió una rápida retirada hasta el bar.

—¡Oh, no! Renuncio.

—No, no renuncias —susurró Stephen—. Volvamos al hotel.

Todos estaban decaídos cuando se reunieron en la habitación 217, pero estuvieron de acuerdo en que Stephen había adoptado la decisión más adecuada. No podían arriesgarse a que un amigo de Harvey presenciase toda la operación.

—La primera parte está empezando a parecerme demasiado sencilla para ser real —informó Jean Pierre.

—No seas tonto —pidió Stephen—. Entonces tuvimos dos falsas alarmas y nos vimos obligados a cambiar todo el plan en el último momento. No podemos esperar que se limite a devolvernos complacientemente el dinero. Ahora todos debéis tranquilizaros e ir a dormir.

Cada uno volvió a su habitación, pero nadie durmió demasiado. La tensión empezaba a hacer su efecto.

—Creo que es suficiente, Lloyd. Una noche muy buena.

—Para ti, Harvey, no para mí. Tú eres ganador de naturaleza.

Harvey dio una palmada en el hombro de cuadros. Si algo le satisfacía más que su propio éxito, era el fracaso de los demás.

—¿Quieres pasar la noche en el yate, Lloyd?

—No, gracias. Tengo que volver a Niza. Mañana a mediodía tengo una reunión en París. Pronto nos veremos, Harvey... cuídate —hundió un dedo, jocosamente, en las costillas de Harvey.

—Buenas noches, Lloyd —saludó Harvey con cierta rigidez.

Al día siguiente, Jean Pierre llegó al casino a las 11.00 en punto. Harvey Metcalfe ya estaba instalado en la mesa de *baccarat*, sin Lloyd. Stephen vigilaba furioso desde el bar y Jean Pierre le miró como pidiéndole disculpas mientras ocupaba su asiento en la mesa de *black jack*. Jugó unas cuantas manos tratando de que las pérdidas no fueran muy cuantiosas, sin llamar la atención por la modestia de sus apuestas. De repente Harvey abandonó la mesa de *baccarat* y entró en el Salón des Amériques, mirando las mesas de ruleta al pasar, más por curiosidad que por interés. Detestaba

los juegos de puro azar y consideraba que el *baccarat* y el *black jack* exigían destreza. Se dirigió a la mesa número 2 y ocupó el asiento número 3, a la izquierda de Jean Pierre. Este comenzó a producir adrenalina y los latidos de su corazón se elevaron a 120. Stephen abandonó el casino un instante, para advertir a James y a Adrian que Harvey estaba ahora sentado al lado de Jean Pierre. Volvió al bar y esperó.

Ahora había siete jugadores en la mesa de *black jack*. En el asiento número 1, una mujer madura cubierta de diamantes, que parecía estar haciendo tiempo mientras esperaba a su marido que jugaba ruleta o *baccarat*. En el asiento número 2, Jean Pierre. En el número 3, Harvey. En el número 4, un joven disipado con un aire mundano y hastiado que acompaña a los altos ingresos ganados sin esfuerzo. En el asiento número 5, un árabe vestido como tal. En el número 6 una actriz no poco atractiva que evidentemente estaba de vacaciones, según sospechaba Jean Pierre, con el ocupante del asiento número 5. En el número 7, un anciano aristócrata francés, muy tieso.

—Café solo —rugió Harvey al delgado camarero de elegante chaqueta marrón.

En Montecarlo está prohibido tomar alcohol en las mesas y no se permite que los clientes sean atendidos por mujeres. El negocio del casino es el juego, no la bebida ni las mujeres, en evidente contraste con Las Vegas. Harvey disfrutaba en Las Vegas cuando era más joven pero, a medida que envejecía, apreciaba más la sofisticación de los franceses. Prefería la atmósfera formal y el decoro del casino. Aunque en la mesa número 3 los únicos vestidos de *smoking* eran él y Jean Pierre, allí no estaba bien considerado ir vestido de cualquier forma que pudiera ser descrita como deportiva.

Poco después sirvieron a Harvey una gran taza dorada llena de café bien caliente. Jean Pierre observó nervioso la taza, mientras Harvey colocaba 100 francos sobre la mesa, junto a la ficha de 3 francos de Jean Pierre, la jugada mínima permitida. Un joven alto, de no más de treinta años, encargado de la banca, orgulloso de sí mismo por ser capaz de repartir cien manos en una hora, sacó las barajas de la caja. Un rey para Jean Pierre, un 4 para Harvey, un 5 para el joven que estaba a la izquierda de este y un 6 para la banca. La segunda carta de Jean Pierre fue un 7. Se plantó. Harvey sacó un 10 y también se plantó. El joven sentado a la izquierda de Harvey también sacó un 10 y le pidió otra carta al repartidor. Un 8: perdió.

Harvey despreciaba a los aficionados en cualquier campo y hasta un imbécil sabe que no se pide otra carta si se tienen 12 puntos o más cuando la carta descubierta del que lleva la banca es un 3, un 4, un 5 o un 6. Esbozó una sonrisa. El repartidor se sirvió un 10 y un 6. Ganaron Harvey y Jean Pierre. Este ignoró el destino de los demás jugadores.

La mano siguiente era imposible de ganar. Jean Pierre se plantó en 18, dos 9 que no levantó ya que el repartidor tenía un as. Harvey se plantó en 18, un 8 y una jota. El joven de la izquierda volvió a perder. La banca se sirvió una reina y ganó.

La mano siguiente Jean Pierre recibió un 3, Harvey un 7 y el joven un 10. El

repartidor se sirvió un 7. Jean Pierre sacó un 8 y dobló su apuesta a 6 francos; después se sirvió un 10; vingt et une. Jean Pierre no se inmutó. Sabía que estaba jugando bien y que no debía llamar la atención, sino más bien dar la impresión de que le resultaba muy normal. De hecho, Harvey ni se había dado cuenta de su presencia; toda su atención estaba centrada en el joven que tenía a la izquierda y que parecía tan ansioso por hacer un regalo a la banca. El repartidor continuó la mano dando, a Harvey un 10 y al joven un 8, lo que no les dio otra posibilidad que plantarse. El repartidor se sirvió un 10, totalizando 17. Pagó a Jean Pierre, dejó la apuesta de Harvey sobre la mesa y pagó al joven.

No quedaban más cartas en la caja. El repartidor mezcló los cuatro mazos muy espectacularmente e invitó a Harvey a cortar antes de volver a meterlos en la caja. Volvió a repartir: un 10 para Jean Pierre, un 5 para Harvey, un 6 para el joven y un 4 para él. Jean Pierre sacó un 8. Las cartas venían muy bien. Harvey sacó un 10 y se plantó en 15. El joven recibió un 10 y pidió otra carta. Harvey no podía creer en lo que veía y silbó entre dientes. En efecto, la siguiente carta fue un rey y el joven volvió a perder. El repartidor se sirvió un jack y después un 8, sumando 22, pero el joven no aprendió la lección. Harvey le clavó la mirada. ¿Cuándo descubriría que de las 52 cartas del mazo, no menos de 16 tienen un valor nominal de 10?

La distracción de Harvey proporcionó a Jean Pierre la oportunidad que esperaba. Se metió la mano en el bolsillo y sacó la tableta de prostigmina que le había dado Adrian. Sujetándola con la palma de la mano izquierda, estornudó y con un bien estudiado movimiento de la mano derecha sacó el pañuelo del bolsillo. Al mismo tiempo dejó caer la tableta en el café de Harvey. Adrian le había asegurado que tardaría una hora en hacer efecto. En principio, Harvey se encontraría un poco mareado y después empeoraría rápidamente hasta que el dolor resultara insoportable. Finalmente, se caería desmayado.

Jean Pierre se volvió en dirección al bar, apartó tres veces el puño derecho y después lo metió en el bolsillo. Stephen se fue de inmediato y desde la escalinata del casino avisó a Adrian y a James que la tableta de prostigmina ya estaba en el café de Metcalfe. Ahora le tocaba el turno de actuar a Adrian. Telefonó al hospital y le pidió a la monja-enfermera de guardia que prepararan el quirófano. Enseguida llamó a la agencia de enfermeras y pidió que la que había contratado le esperara en la recepción del hospital una hora y media más tarde. Se sentó, nervioso, a esperar otra llamada del casino.

Stephen volvió al bar. Harvey había empezado a encontrarse mal pero no quería abandonar. A pesar del creciente dolor, la avidez en aumento significaba un incentivo mayor. Se terminó el café y pidió otro con la esperanza de que le despejara la cabeza. El café no le ayudó y Harvey se encontraba cada vez peor. Un as y un rey seguidos de un 7, un 4 y un 10, y después dos reinas, le hicieron seguir en la mesa. Jean Pierre se obligó a no mirar al reloj. El repartidor sirvió un 7 a Jean Pierre, otro as a Harvey y un 2 al joven. De pronto, casi exactamente al cumplirse la hora, Harvey no pudo

aguantar más. Tato de levantarse y abandonar la mesa.

—*Le jesu a commencé, monsieur* —dijo el repartidor en tono formal.

—Vete al infierno —replicó Harvey y cayó al suelo, apretándose el vientre. Jean Pierre no se movió mientras los *croupiers* y los jugadores rodeaban impotentes a Harvey. Stephen se abrió paso a través del círculo que se había formado en torno a Harvey.

—Retrocedan, por favor. Soy médico.

La multitud retrocedió rápidamente, aliviada al saber que había cerca un profesional.

—¿Qué es, doctor? —jadeó Harvey, que sentía que había llegado el fin del mundo.

—Todavía no lo sé —respondió Stephen.

Adrian le había advertido que entre el ataque y la pérdida del conocimiento transcurrirían nada más que 10 minutos, de modo que se dispuso a trabajar a toda velocidad. Aflojó la corbata de Harvey y le tomó el pulso. Le desabrochó la camisa y comenzó a palparle el abdomen.

—¿Le duele el estómago?

—Sí —gruñó Harvey.

—¿Fue de repente?

—Sí.

—¿Puede tratar de describir el tipo de dolor que siente? ¿Es punzante, ardiente o similar a un retortijón?

—Un retortijón.

—¿Dónde le duele más?

Harvey se llevó la mano al lado derecho del vientre. Stephen le apretó la punta de la novena costilla, haciendo que Harvey se doblara de dolor.

—Ah —observó Stephen—, un evidente síntoma de Murphy. Probablemente tiene una inflamación aguda de la vesícula biliar y me temo que eso signifique la existencia de cálculos —siguió palpando suavemente el imponente abdomen—. Parece que una piedra ha salido de la vesícula y está bajando hacia el intestino; es esta presión la que le produce tan terribles dolores. Es necesario quitarle de inmediato la vesícula y el cálculo. Espero que en el hospital haya alguien que pueda realizar una intervención quirúrgica de urgencia.

En ese momento intervino Jean Pierre.

—El doctor Wiley Barker se hospeda en mi hotel.

—¿El cirujano norteamericano?

—Sí, sí —respondió Jean Pierre—. El que atendía a Nixon.

—¡Dios, es una verdadera suerte! No hay otro mejor que él, pero es muy caro.

—No me importan los gastos —gimió Harvey.

—La operación podría llegar a costarle 50 000 dólares.

—Aunque sean 100 000 —aulló Harvey.

En ese momento Harvey Metcalfe estaba dispuesto a perder toda su fortuna; el efecto de la tableta de prostigmina era terrible.

—Bien —volvió a decir Stephen—. Usted, señor —dijo mirando a Jean Pierre—, pida por teléfono una ambulancia y póngase en contacto con el doctor Barker. Pregúntele si puede acudir inmediatamente al hospital. Dígale que se trata de un caso de urgencia.

—Por supuesto —llegó a decir Harvey antes de perder el conocimiento.

Jean Pierre salió del casino y conectó el transmisor:

—¡Mecanismo en acción! ¡Mecanismo en acción!

Adrian salió del Hotel de París y subió a un taxi. Habría dado 100 000 dólares por cambiar de lugar con el conductor, pero el coche avanzaba inexorablemente en dirección al hospital: era demasiado tarde para retroceder.

James metió la primera y salió velozmente en dirección al casino, haciendo ulular la sirena de la ambulancia. Tuvo más suerte que Adrian pues el tráfico era tan intenso, que no podía pensar en otra cosa.

Llegó a los 11 minutos y 41 segundos, saltó del asiento y abrió la puerta trasera, bajó la camilla y subió corriendo la escalinata del casino vestido con su bata blanca. Jean Pierre le esperaba en el último escalón. No intercambiaron una sola palabra mientras Jean Pierre le guiaba rápidamente a través del Salón des Amériques, donde Stephen estaba inclinado sobre Harvey. Colocaron la camilla sobre el suelo. Fue necesaria la fuerza de los tres para colocar los 100 kilos de Harvey Metcalfe sobre la lona. Stephen y James levantaron la camilla y lo llevaron rápidamente a la ambulancia, seguidos por Jean Pierre.

—¿Adónde llevan a mi patrón? —preguntó una voz angustiada.

Los tres se volvieron atónitos. Era el chófer francés de Harvey, que estaba de pie junto al Rolls Royce blanco. Después de un breve instante de vacilación, Jean Pierre tomó la palabra:

—El señor Metcalfe ha sufrido un ataque y tiene que ir al hospital para someterse a una operación de urgencia. Usted debe volver inmediatamente al yate y decir al personal que prepare su camarote. Quédese allá y espere nuestras instrucciones.

El chófer se tocó la gorra y corrió hasta el Rolls Royce. James se puso al volante, mientras Stephen y Jean Pierre se reunían con Harvey en la parte trasera del vehículo.

—Fue un momento difícil. Te felicito, Jean Pierre. Yo no supe qué decir —reconoció Stephen.

—No fue nada —dijo Jean Pierre con el rostro empapado de sudor.

La ambulancia partió a toda velocidad. Stephen y Jean Pierre se quitaron las chaquetas y se pusieron las batas blancas y largas que estaban sobre el asiento. Stephen se puso el estetoscopio alrededor del cuello.

—Parece muerto —observó Jean Pierre.

—Adrian dice que está vivo —afirmó Stephen.

—¿Cómo puede saberlo a 6 kilómetros de distancia?

—¡Qué sé yo! Tendremos que creer en su palabra.

James frenó junto a la entrada del hospital. Stephen y Jean Pierre se apresuraron a llevar a su paciente al antequirófano. James dejó la ambulancia en el estacionamiento y enseguida se reunió con los demás en el quirófano.

Adrian, ya lavado y con la bata puesta, les esperaba allí, y mientras los otros ataban a Harvey Metcalfe a la mesa de operaciones de la pequeña sala junto al quirófano, habló por primera vez:

—Ahora tenéis que cambiaros. Tú, Jean Pierre, lávate como te he enseñado.

Los tres se cambiaron las ropas y Jean Pierre comenzó a lavarse inmediatamente en un proceso prolongado y laborioso que según le había informado Adrian jamás podía dejar de cumplirse. La septicemia postoperatoria no entraba en sus planes. Jean Pierre reapareció después de haberse lavado, listo para la acción.

—Ahora tranquilos. Ya hemos hecho lo mismo nueve veces. Repitamos exactamente lo que hicimos en el St. Thomas.

Stephen se colocó detrás del aparato portátil de Boyle. Durante cuatro semanas se había preparado para actuar de anestésista; en prácticas en el hospital St. Thomas, había dejado dos veces inconsciente a James y otras dos a un quejoso Jean Pierre. Ahora tenía la posibilidad de poner en práctica sus nuevos conocimientos con Harvey Metcalfe.

Adrian sacó una jeringa de un sobre plástico e inyectó 250 miligramos de tiopentona en el brazo de Harvey. El paciente se sumió en un sueño profundo. Jean Pierre y James desvistieron eficiente y rápidamente a Harvey y después le taparon con una sábana. Stephen retiró la máscara del aparato de Boyle y se la puso a Harvey en la nariz. Los dos contadores de la parte de detrás de la máquina señalaban que había 5 litros de óxido nitroso y 3 litros de oxígeno.

—Tómale el pulso —indicó Adrian.

Stephen puso un dedo sobre la oreja de Harvey, exactamente encima del lóbulo, para comprobar el pulso preauricular. Era de 70 pulsaciones.

—Llévémosle al quirófano —ordenó Adrian.

James empujó la mesa de operaciones hacia la sala contigua, hasta que quedó exactamente debajo de las luces. Stephen les siguió empujando la máquina de Boyle.

El quirófano no tenía ventanas y estaba esterilizado. Brillantes azulejos blancos cubrían toda la pared desde el suelo hasta el techo y la sala solo contenía el equipo necesario para una operación. Jean Pierre había cubierto a Harvey con una sábana verde esterilizada, dejando expuestos nada más que la cabeza y el brazo izquierdo. La enfermera del quirófano había preparado un carrito con instrumentos esterilizados, paños y toallas, tapándolo todo con una sábana esterilizada. Adrian colgó un gotero y unos tubos de un pie cercano al extremo de la mesa y adhirió el extremo del tubo al brazo izquierdo de Harvey para completar los preparativos. Stephen permaneció a la cabecera de la mesa con la máquina de Boyle y ajustó la mascarilla a la boca y la nariz de Harvey. Solo estaba encendida una de las tres luces que colgaban

directamente sobre Harvey, y se reflejaba en su enorme abdomen.

Cuatro pares de ojos contemplaron a su víctima... Adrian prosiguió dando instrucciones:

—Os daré exactamente las mismas instrucciones que en nuestros ensayos, de modo que ahora debéis concentraros. Primero limpiaré el abdomen con un preparado de yodo.

Adrian tenía todos los instrumentos dispuestos a un lado de la mesa, junto a los pies de Harvey. James retiró la sábana y la dobló sobre las piernas de Harvey; después quitó cuidadosamente la sábana esterilizada que cubría el carrito del instrumental y echó yodo en uno de los pequeños cuencos. Adrian cogió un trozo de algodón con unas pinzas y lo empapó en la solución de yodo. Con rápidos movimientos de arriba abajo limpió la zona interesada del enorme cuerpo de Harvey. Tiró el algodón usado a un cubo y repitió la operación con otro limpio. Después colocó una toalla esterilizada debajo de la barbilla de Harvey, cubriéndole el pecho, y otra sobre las caderas y los muslos. Puso la tercera a lo largo del costado izquierdo del cuerpo y otra a lo largo del costado derecho, dejando al descubierto un cuadrado de unos 10 centímetros de carne fofa. Aseguró cada uno de los extremos de las toallas y después colocó los paños de laparotomía sobre la zona preparada. Estaba listo para operar.

—Bisturí.

Jean Pierre colocó lo que él hubiera llamado cuchillo en la palma extendida de Adrian. La aprensiva mirada de James se encontró con la de Jean Pierre por encima de la mesa de operaciones. Stephen se concentró en la respiración de Harvey mientras Adrian practicaba una incisión paramediana de 10 centímetros, profundizando aproximadamente 3 centímetros en la grasa. Pocas veces había visto Adrian un vientre más gordo y pensó que probablemente se podían profundizar 8 centímetros sin alcanzar el músculo. Comenzó a salir sangre, que Adrian cortó por diatermia. En cuanto terminó la incisión y cortó la pequeña hemorragia, comenzó a suturar la herida del paciente con 10 puntos de catgut chato 3/0.

—Esto se disuelve en una semana —explicó.

Cosió la piel con seda chata 2/0, utilizando una aguja atraumática. Después limpió la herida, quitando las manchas de sangre. Por último colocó un vendaje autoadhesivo sobre su obra.

James quitó los paños y las toallas esterilizadas y los echó al cubo, mientras Adrian y Jean Pierre ponían una bata del hospital a Metcalfe y guardaban cuidadosamente sus ropas en una bolsa gris de plástico.

—Está recuperando el conocimiento —informó Stephen.

Adrian cogió otra jeringa y le inyectó 10 miligramos de diazepam.

—Esto le mantendrá dormido por lo menos 30 minutos más. En cualquier caso, continuará atontado 3 horas y no logrará recordar casi nada de lo ocurrido. James, ve inmediatamente a buscar la ambulancia y tráela a la puerta del hospital.



James salió del quirófano y se cambió, poniéndose su propia ropa, cosa que ahora era capaz de hacer en 90 segundos. Desapareció en dirección al aparcamiento.

—Vosotros dos cambiaos y meted a Harvey con mucho cuidado en la ambulancia. Tú, Jean Pierre, espera con él en la parte de atrás, Stephen, debes cumplir tu próxima tarea.

Stephen y Jean Pierre se cambiaron rápidamente, poniéndose sus ropas y las batas blancas. Llevaron al inerte Harvey Metcalfe hasta la ambulancia. Stephen corrió hasta el teléfono público que estaba a la entrada del hospital, leyó algo escrito en un trozo de papel que sacó del bolsillo y marcó un número.

—*¿Nice Matin?* Soy Terry Robards de *The New York Times*. Estoy de vacaciones y tengo una pequeña novedad para vosotros...

Adrian regresó a la sala de operaciones y llevó el carrito del instrumental que había utilizado a la sala de esterilización. Lo dejó allí para que el personal del quirófano del hospital lo encontrara por la mañana. Recogió la bolsa que contenía las ropas de Harvey, y se fue a vestir, se quitó rápidamente la bata de cirujano, el gorro y la mascarilla y se puso su traje. Buscó a la enfermera del quirófano y le sonrió encantadoramente.

—Todo concluido, *ma soeur*. He dejado los instrumentos junto al esterilizador. Le ruego que transmita mi agradecimiento al señor Bartise.

—*Oui, Monsieur. Notre plaisir. Je suis heureuse de pouvoir être a même de vous aider. Votre infirmière de l'Auxiliaire Medical est arrivée.*

Unos instantes después Adrian llegó a la ambulancia, acompañado de la enfermera de la agencia, a la que ayudó a subir a la parte trasera.

—Conduce muy lenta y cuidadosamente hasta el puerto.

James asintió y arrancó a paso funerario.

—Enfermera Faubert.

—Sí, doctor Barker.

La enfermera tenía las manos primorosamente cruzadas bajo su capa azul, y su acento francés era encantador. Adrian pensó que a Harvey no le molestarían sus cuidados.

—Mi paciente acaba de ser operado de cálculos biliares y necesita mucho descanso.

Mientras hablaba, Adrian sacó de su bolsillo una piedra del tamaño de una naranja que llevaba adjunta una etiqueta del hospital en la que se leía: «Harvey Metcalfe». De hecho, Adrian había conseguido la enorme piedra en el St. Thomas y su propietario original era un conductor antillano de autobuses que cubría la ruta N.º 14. Stephen y Jean Pierre contemplaron la piedra con incredulidad. La enfermera verificó el pulso y la respiración de su nuevo paciente.

—Si yo fuera su paciente, enfermera Faubert —dijo Jean Pierre—, me cuidaría mucho de mejorar.

Cuando llegaron al yate, Adrian ya había transmitido a la enfermera las

instrucciones correspondientes a la dieta y el descanso y le dijo que volvería a ver a su paciente a la mañana siguiente a las once. Dejaron a Harvey Metcalfe profundamente dormido en su camarote, mientras los camareros y el resto de la tripulación le rodeaban curiosamente.

James volvió al hospital con los otros tres. Dejó la ambulancia en el aparcamiento y las llaves en la recepción. Los cuatro volvieron al hotel por separado. Adrian fue el último en llegar a la habitación 217, poco después de las 2.30 de la madrugada. Cayó pesadamente en un sillón.

—¿Puedes servirme un *whisky*, Stephen?

—Sí, por supuesto.

—¡Dios, todo fue verdad! —exclamó Adrian bebiendo un trago de Johnny Walker antes de pasar la botella a Jean Pierre.

—¿Mejorará? —preguntó James.

—Pareces muy preocupado por él. Sí, podrá quitarse los 10 puntos en una semana y le quedará una desagradable cicatriz para alardear ante sus amigos. Ahora me voy a la cama. Tengo que verle mañana a las 11.00 en punto y el enfrentamiento puede ser más difícil que la operación. Todos vosotros estuvisteis grandiosos. Dios mío me alegro de que hayamos celebrado esas sesiones en el St. Thomas. Si alguna vez estáis sin trabajo y necesito un *croupier*, un chófer y un anestesista, podéis estar seguros de que os lo haré saber.

James, Jean Pierre y Stephen se fueron. Adrian cayó en la cama, agotado. Se sumió en un profundo sueño y despertó poco después de las 8.00 dándose cuenta de que estaba completamente vestido. Esto no le había ocurrido desde sus tiempos de estudiante, cuando estaba de guardia una noche entera después de 14 horas de trabajo diurno. Adrian tomó un baño para relajarse en agua muy caliente. Se puso una camisa nueva y un traje, preparado para su encuentro frente a frente con Harvey Metcalfe. Su reciente bigote, las gafas sin montura y el éxito de la operación le hicieron sentirse un poco como el famoso cirujano cuyo lugar ocupaba.

Durante la hora siguiente llegaron los otros tres para desearle buena suerte. Decidieron esperar a que volviera en la habitación 217. Stephen canceló las cuatro habitaciones y confirmó el vuelo a Londres para esa tarde. Adrian se fue, bajando otra vez por la escalera para evitar el ascensor. Una vez fuera del hotel, caminó un rato antes de llamar un taxi que le llevara al puerto.

No fue difícil encontrar a *Mensajero*. Se trataba de un destellante yate de treinta metros, recientemente pintado, atracado en el extremo oriental del puerto. Llevaba una gran bandera panameña en el mástil de popa y Adrian supuso que esto se debía a alguna orden. Subió por la cubierta y fue recibido por la enfermera Faubert.

—*Bonjour, docteur* Barker.

—Buenos días, enfermera. ¿Cómo está el señor Metcalfe?

—Ha pasado una noche muy serena; ahora está desayunando ligeramente y haciendo unas llamadas telefónicas. ¿Quiere verle?

—Sí, por favor.

Adrian entró en el magnífico camarote y vio frente a frente al hombre contra el que había estado montando un complot durante ocho semanas. Lo oyó hablar por teléfono:

—Sí, estoy muy bien, querida. Pero fue un verdadero caso de urgencia. No te preocupes, viviré —colgó el auricular—. Doctor Barker, acabo de llamar a mi esposa a Massachusetts y le dije que a usted le debo la vida. Aunque allá son las cinco de la madrugada, parecía satisfecha. Tengo entendido que tuve una sala privada, un quirófano privado, una ambulancia privada y que usted me salvó la vida; al menos eso es lo que ha publicado *Nice Matin*.

En el diario aparecía la vieja fotografía de Harvey sobre la cubierta de *Mensajero*, familiar a Adrian porque también figuraba en su expediente. El titular decía: «La Vie d'un Millionaire American a été Sauvé par une Opération Urgente Dramatique!»: a Stephen le encantaría.

—Dígame, doctor —preguntó Harvey con deleite—, ¿corrí un verdadero peligro?

—Bien, su estado era crítico y las consecuencias podrían haber sido muy graves si no le hubiésemos quitado esto —Adrian extrajo la piedra del bolsillo con un ademán triunfal.

Los ojos de Harvey se agrandaron como platos.

—¿De verdad he llevado eso dentro todo este tiempo? ¿No es sensacional? No sé cómo agradecerse. Si alguna vez puedo hacer algo por usted, no dude en llamarme —ofreció una uva a Adrian—. Va a cuidarme todo el tiempo, ¿verdad? No creo que la enfermera que me atiende sepa apreciar plenamente la gravedad de mi caso.

Adrian pensó a toda velocidad.

—Creo que será imposible, señor Metcalfe. Hoy terminan mis vacaciones. Tengo que volver a California. Nada urgente: algunas intervenciones quirúrgicas y un plan de conferencias bastante pesado —se encogió de hombros en un gesto de pesar—. No es que sea importante pero me ayuda a mantener un estilo de vida al que me he acostumbrado.

Harvey se irguió, sosteniéndose el vientre con ternura.

—Escúcheme, doctor Barker. A mí me importan un comino unas cuantas hernias. Soy un hombre enfermo y le necesito aquí. No se preocupe, le pagaré bien su estancia. Nunca escamoteo el dinero cuando se trata de mi salud. Además, recibirá el cheque al portador. Lo último que quiero es que el Tío Sam sepa cuánto valgo.

Adrian carraspeó delicadamente, preguntándose cómo plantearían los médicos americanos el espinoso punto de sus honorarios con sus pacientes.

—Le costaría mucho dinero y yo no quiero perder nada quedándome. Digamos 100 000 dólares.

Harvey no parpadeó.

—Hecho. Usted es el mejor. No es demasiado dinero para seguir vivo.

—Muy bien. Volveré a mi hotel y veré si puedo reorganizar mis planes.

Adrian abandonó la sala del enfermo y el Rolls Royce blanco le llevó de vuelta al hotel. Todos aguardaban su llegada en la habitación 217.

—Stephen, este hombre es un lunático hipocondríaco. Quiere que me quede aquí durante su convalecencia.

Repitió textualmente su conversación con Harvey Metcalfe.

—No habíamos pensado en esto. ¿Qué demonios hacemos?

Stephen levantó la vista y tomó la palabra.

—Te quedas aquí y continuas el juego. ¿Por qué no hacer valer su dinero? Cargándolo en su cuenta de gastos, naturalmente. Adelante, coge el teléfono y dile que te quedarás para sostenerle la mano todas las mañanas a las once. Nosotros nos volvemos sin ti. No hagas subir demasiado los gastos de hotel.

Adrian levantó el teléfono...

Tres hombres jóvenes salieron del Hotel de París después de un largo almuerzo en la habitación 217, fueron al aeropuerto de Niza en un taxi y tomaron el vuelo 012 de las 16.10 con destino a Londres. Otra vez ocuparon asientos separados. A Stephen le rondaba la mente una de las frases pronunciadas por Harvey Metcalfe en su conversación con Adrian: «Si alguna vez puedo hacer algo por usted, no dude en llamarme en cualquier momento».

Adrian visitó a su paciente una vez al día, llevado y traído en el Corniche blanco con neumáticos ribeteados de blanco y un chófer con uniforme del mismo color. Solo Harvey podía ser tan presuntuoso. El tercer día la enfermera Faubert le informó que quería hablar con él en privado.

—Mi paciente —le dijo en tono quejoso— hace insinuaciones deshonestas cuando le cambio el vendaje.

Adrian le permitió al doctor Wiley Barker la libertad de una observación de carácter poco profesional.

—No puedo decir que le culpo. Pero manténgase firme, enfermera. Estoy seguro de que no es la primera vez que tropieza con este tipo de situación.

—Naturellement, pero nunca proveniente de un paciente que hace tres días ha soportado una operación así. Su constitución debe ser formidable.

—Pongámosle un catéter por un par de días. Esto obstaculizará sus insinuaciones. Para usted debe resultar bastante aburrido estar encerrada aquí todo el día. ¿Por qué no me acompaña a cenar esta noche después de que el señor Metcalfe se haya dormido?

—Encantada, doctor. ¿Dónde nos encontramos?

—En la habitación 217 del Hotel de París —respondió Adrian descaradamente—. A las 9.00 de la noche.

—Allí estaré, doctor.

—¿Un poco más de Chablis, Angeline?

—No, Wiley, gracias, ha sido una comida memorable. Quizá todavía falte algo.

Angeline se levantó, encendió dos cigarrillos y le puso uno entre los labios. Después se alejó, balanceando su larga falda desde las caderas. No llevaba sostén. Aspiró el humo del cigarrillo y le miró:

Adrian pensó en el intachable doctor Barker en Australia, en su esposa y sus hijos en Newbury y en el resto del equipo en Londres. Enseguida les apartó de su mente.

—¿Te quejarás al señor Metcalfe si hago insinuaciones deshonestas?

—Viniendo de ti, Wiley, no lo serán —sonrió.

Harvey tuvo una convalecencia bastante locuaz. Adrian le quitó las suturas al sexto día. —Parece haber cicatrizado muy limpiamente, señor Metcalfe.

—Tómese todo con calma y podrá volver a la vida normal a mediados de la semana próxima.

—Fantástico. Tengo que regresar a Inglaterra para la semana de Ascot. Este año mi yegua Rosalía es favorita. ¿Acepta ser mi invitado en las carreras? Piense que puedo tener una recaída.

Adrian reprimió una sonrisa.

—No se preocupe. Creo que se pondrá muy bien. Lamento no poder quedarme para enterarme de cómo le va en Ascot.

—Yo también lo lamento, doctor. De todos modos, muchas gracias una vez más. Nunca conocí un cirujano como usted.

Y no es probable que lo conozcas, pensó Adrian. Se despidió de Harvey con alivio y de Angeline con pena. En el hotel, le entregó una factura al chófer:

El Dr. Wiley Franklin Barker  
presenta sus saludos al  
señor Harvey Metcalfe  
y tiene el gusto de informarle que la factura por  
servicios profesionales prestados asciende a  
US \$ 80 000  
correspondientes a intervención quirúrgica  
y tratamiento postoperatorio.

El chófer volvió una hora después y le entregó un cheque al portador por 80 000 dólares. Adrian lo guardó triunfante, para llevarlo a Londres.

Segundo movimiento: mate en dos jugadas.

**A**L DÍA SIGUIENTE, viernes, Stephen estaba sentado en el diván del consultorio de Adrian en Harley Street y habló a la tropa:

—La operación Montecarlo fue un éxito en todos los sentidos gracias a que Adrian mantuvo la serenidad. Sin embargo los gastos han sido bastante elevados. La cuenta del hospital y la del hotel ascienden a 11 388 dólares y hemos recibido 80 000. En consecuencia, nos ha sido devueltos 527 560 y los gastos hasta el momento ascienden a 22 530 dólares. ¿Estamos todos de acuerdo?

Se oyó un murmullo general de aprobación. La confianza de todos en la capacidad aritmética de Stephen era indudable aunque de hecho, como a todos los especialistas en álgebra, trabajar con cifras le resultaba aburrido.

—Dicho sea entre paréntesis, Adrian, ¿cómo hiciste para gastar 73,50 dólares para cenar el miércoles? ¿Qué pediste, caviar y champaña?

—Algo fuera de lo común —respondió Adrian—. En ese momento era imprescindible.

—Apuesto más de lo que dejé en Montecarlo a que sé a quién implicaba esa necesidad —dijo Jean Pierre, sacando la billetera del bolsillo.

—Aquí tienes, Stephen, 219 francos: mis ganancias del miércoles pasado en el casino. Si me hubieras dejado en paz allí, no tendríamos que haber tenido que recurrir a la carnicería de Adrian. Podría haberlo recuperado todo por mis propios medios. Creo que lo menos que merezco es el número de teléfono de la enfermera Faubert.

Stephen no reparó siquiera en las observaciones de Jean Pierre.

—Bien hecho, Jean Pierre, lo restaremos de los gastos. Al cambio del día, tus 219 francos —hizo una breve pausa y golpeteó su calculadora— representan 46,76 dólares. Esto hace bajar nuestra cifra de gastos a 22 483 dólares y 24 centavos. Pasando a otra cosa, mis planes para Ascot son sencillos. James ha conseguido dos distintivos para entrar al Recinto de Socios, por 8 libras. Sabemos que Harvey Metcalfe también tiene uno, como todos los propietarios, de modo que si logramos ajustar bien los tiempos y hacer que todo parezca natural, volverá a caer en otra trampa. James controlará el transmisor, vigilando los movimientos de Metcalfe en todo momento. Adrian esperará junto a la entrada del Recinto de Socios y le seguirá. Jean Pierre enviará un telegrama desde Londres a la 1.00 en punto, para que Harvey lo reciba mientras almuerza en su palco privado. Esta parte del plan es sencilla. Lo más difícil será llevarle a Oxford. Debo confesar que sería un cambio agradable si lo de Ascot funcionara a la primera —Stephen desplegó una amplia sonrisa—. Eso nos daría tiempo extra para ensayar lo de Oxford. ¿Alguna pregunta?

—¿Solo nos necesitas para la parte b del plan de Oxford? —preguntó Adrian.

—Solo. Puedo llevar a cabo la parte a solo. En realidad, será mejor que todos os quedéis en Londres esa noche. Ahora lo más importante es pensar algo para James o que este, y Dios no lo permita, piense por su cuenta. Esto me preocupa mucho —

continuó Stephen— porque en cuanto Harvey vuelva a América tendremos que enfrentarnos con él en su propio terreno. Hasta ahora, hemos elegido nosotros el campo pero en Boston James podría deambular como un sonámbulo, aunque es el mejor actor de los cuatro. Según las propias palabras de Harvey, «es un juego totalmente distinto».

James suspiró lúgubrementemente y se dedicó a estudiar la alfombra Axminster.

—Pobre James... no te preocupes: condujiste esa ambulancia como un verdadero soldado —intervino Adrian.

—Tal vez puedas aprender a manejar un aeroplano y consigamos raptarle — sugirió Jean Pierre.

A la señorita Meikle le molestaron las risas provenientes del consultorio del doctor Tryner y se sintió aliviada cuando el extraño trío abandonó el lugar. Después de cerrar la puerta volvió al consultorio de Adrian.

—¿Va a atender a sus pacientes ahora, doctor Tryner?

—Si no hay más remedio...

La señorita Meikle apretó los labios. ¿Qué le había ocurrido al doctor Tryner? Debía ser la influencia de esos tipos horribles con los que se mezclaba últimamente. Se había vuelto muy informal.

—Señora Wentworth-Brewster, el doctor Tryner está ya dispuesto para atenderla.

Stephen volvió a Magdalen College para descansar unos días. Había iniciado todo esto ocho semanas atrás y dos miembros del equipo habían triunfado superando con mucho lo que él esperaba. Tenía conciencia de que debía coronar sus esfuerzos con algo de lo que los historiadores de Oxford pudieran hablar después de su muerte.

Jean Pierre volvió a trabajar en su galería de Bond Street. Enviar un telegrama no le iba a llevar mucho trabajo aunque la parte b del plan de Stephen en Oxford le hizo estar varias noches frente al espejo ensayando su papel.

James llevó a Anne a pasar el fin de semana a Stratford on Avon. La Royal Shakespeare Company realizó una brillante representación de Mucho ruido y pocas nueces. Caminando por la orilla del Avon, James le propuso matrimonio. Solo los cisnes reales pudieron oír la respuesta de Anne. La sortija de brillantes que James había visto en el escaparate de Cartier mientras esperaba a que Harvey Metcalfe entrara en la galería de Jean Pierre, parecía aún más hermosa en su dedo. La dicha de James era casi completa. Si pudiera madurar un plan y sorprender a todos, no necesitaría nada más. Volvió a hablarlo con Anne aquella noche, sopesando ideas nuevas y viejas, sin llegar a nada.



**L**I LUNES POR la mañana James y Anne volvieron a Londres. James se puso su traje más elegante. Anne iba a volver a trabajar, a pesar de la sugerencia de James de que le acompañara a Ascot. Ella pensaba que los otros no aprobarían su presencia y se darían cuenta de que James le había contado todo.

Aunque James no le había contado todos los detalles de lo ocurrido en Montecarlo, Anne sabía todos los pasos que iban a dar en Ascot y notó que James estaba nervioso. Pero esa noche volverían a encontrarse y lo peor ya habría pasado para entonces. James parecía perdido. Anne se alegró de que Stephen, Adrian y Jean Pierre llevaran la batuta la mayor parte del tiempo... mientras en su mente se formaba una idea que podía funcionar muy bien.

Stephen se levantó temprano y admiró sus canas en el espejo. Le había costado mucho dinero el día anterior, en la peluquería de Debenhams. Se vistió sin olvidar ningún detalle, se puso su único traje gris y una corbata azul de cuadros. Solo se ponía este traje en ocasiones especiales, desde una charla con estudiantes de Sussex hasta una cena con el embajador americano. El traje estaba pasado de moda pero según decía Stephen era elegante. Viajó de Oxford a Ascot en tren, mientras Adrian llegó en coche desde Newbury. Se encontraron con James en The Belvedere Arms, a 1 km de distancia del hipódromo, a las 11.00 en punto.

Stephen llamó inmediatamente a Jean Pierre para confirmar que los tres habían llegado y hacer que le leyera el telegrama otra vez.

—Bien, Jean Pierre. Ahora vete a Heathrow y envíalo exactamente a la 1.00.

—Buena suerte, Stephen. Hazle morder el polvo a ese bastardo.

Stephen volvió junto a los demás y confirmó que Jean Pierre tenía atado el cabo de Londres.

—A lo tuyo, James, e infórmanos en cuanto llegue Harvey.

James bajó una botella de Carlsberg y salió. El problema es que seguía estando con sus amigos y no sabía explicarles lo que estaba haciendo.

Harvey llegó al estacionamiento de los socios poco después de mediodía, con su Rolls Royce blanco que brillaba como un anuncio de Persil. Todos los asistentes le miraron con desdén británico, que Harvey confundió con admiración. Precedió al grupo que le acompañaba hasta su palco. Su traje nuevo había exigido el máximo ingenio de Bernard Weatherill. Un clavel rojo en el ojal de la solapa y el sombrero que le tapaba la calva le hicieron casi irreconocible para James, que siguió al pequeño grupo a una distancia prudencial hasta que vio a Harvey entrar por una puerta donde se leía «Señor Harvey Metcalfe e invitados».

—Está en su palco privado —informó James.

—¿Dónde estás tú? —preguntó Adrian.

—Justamente debajo de él, a nivel del suelo, junto a un corredor de apuestas llamado Sam O'Flaherty.

—No seas grosero con los irlandeses, James —respondió Adrian—. Nos reuniremos contigo dentro de unos minutos.

James observó la tribuna blanca que albergaba ampliamente a 10 000 espectadores y permitía una excelente visión de la carrera. Le resultaba difícil concentrarse en su trabajo, ya que tenía que evitar constantemente parientes y amigos. Primero, el conde de Halifax. Después, esa horrible muchacha a la que tan insensatamente había accedido a acompañar al Baile de la Primavera de Queen Charlotte. ¿Cómo se llamaba la criatura? Ah, sí: Honorable Selina Wallop. Un nombre que le iba. Llevaba una minifalda que había pasado de moda hacía cuatro años y un sombrero que evidentemente jamás se pondría de moda. James se caló el sombrero hasta las orejas, miró al otro lado y estuvo charlando todo el tiempo con Sam O’Flaherty sobre la carrera Rey Jorge VI y Reina Isabel, que se correría a las 3.20. O’Flaherty repitió las últimas novedades sobre el favorito.

—*Rosalie* por 6 a 4, propiedad del norteamericano Harvey Metcalfe, montada por Pat Eddery.

Eddery era un *jockey* que iba camino de ser el campeón más joven del mundo y a Harvey siempre le habían gustado los triunfadores.

Stephen y Adrian se reunieron con James junto a la bolsa de apuestas de Sam O’Flaherty. Su ayudante estaba de pie sobre un cajón de naranjas y movía los brazos como un marinero que agita las banderas en un barco que se va a pique.

—¿Qué deseáis, caballeros? —preguntó Sam.

—Cinco libras a *Rosalie* —dijo James, ignorando el gesto de desaprobación de Stephen.

Recibió a cambio una pequeña tarjeta verde con el número de serie y el sello de Sam O’Flaherty estampado claramente en diagonal.

—Supongo, James, que esto forma parte de tu plan todavía secreto —dijo Stephen—. Lo que quisiera saber es, en el caso de que funcione, cuánto vamos a sacar.

—Si *Rosalie* gana, 9 libras y 10 peniques después de deducidos los impuestos —intervino Sam O’Flaherty, moviendo el cigarro de un lado a otro de la boca mientras hablaba.

—Una gran contribución para recuperar un millón de dólares, James. Bien, nos vamos al Recinto de Socios. Infórmanos en cuanto Harvey abandone su palco. Supongo que será alrededor de la 1.45, cuando vaya a ver los caballos y sus jinetes, lo que quiere decir que tenemos una hora libre.

El camarero abrió otra botella de champaña Krug 1964 y sirvió a los invitados de Harvey: tres banqueros, dos economistas, un par de propietarios de buques y un influyente reportero de la ciudad.

A Harvey siempre le gustaba que sus huéspedes fueran famosos e influyentes, de

modo que siempre invitaba a personas a las que resultaba casi imposible rechazar la invitación por los beneficios que él podía representar para ellos. Estaba muy satisfecho con el grupo que había reunido ese día. El mayor de todos era *Sir Howard Dodd*, el anciano presidente del Banco Mercantil que llevaba su nombre, aunque el fundador fuese su bisabuelo. *Sir Howard* medía 1,85 y seguía tan derecho como una estaca. Parecía más un granadero que un respetable banquero. En lo único que se parecía a Harvey era en la falta de pelo. Le acompañaba su joven asistente *Jamie Clark*. De poco más de treinta años y sumamente inteligente, estaba allí para asegurarse de que su presidente no comprometiera al Banco a nada que más tarde pudiera lamentar. Aunque *Clark* sentía una involuntaria admiración por Harvey, no pensaba que este perteneciera al tipo de clientes con que el Banco debía hacer negocios. Sin embargo, tampoco le molestaba pasar un día en las carreras.

Los dos economistas, el señor *Colin Emson* y el doctor *Michael Hogan* del *Hudson Institute*, estaban allí para informar a Harvey sobre el estado crítico de la economía británica. Los dos hombres no podían ser más diferentes. *Emson* era un auténtico *self-made man* que había dejado la escuela a los quince años para convertirse en un autodidacta. Con sus contactos sociales había levantado una empresa de asesoría en cuestiones tributarias. Había tenido mucho éxito gracias a que el gobierno británico presentaba una nueva Acta Financiera cada dos o tres semanas.

*Emson* medía 1,83 m, era fuerte y simpático. Le daba lo mismo que Harvey ganara o perdiera y se mostraba dispuesto a animar la reunión. Por contraste, *Hogan* había pasado por todos los lugares que dan prestigio: *Winchester*, *Trinity College*, *Oxford* y la Facultad de Economía de *Wharton*, en *Pennsylvania*. Un período en *McKinsey*, los consultores de empresas de *Londres*, le había convertido en uno de los economistas mejor informados de toda Europa. Al notar su cuerpo esbelto y fuerte, uno no se sorprendía al enterarse de que en otros tiempos había sido un jugador internacional de frontón. Tenía el pelo oscuro y unos ojos castaños que rara vez se apartaban de Harvey. Le resultaba difícil ocultar su desdén, pero esta era la quinta invitación a *Ascot* y le había parecido que Harvey no aceptaría una respuesta negativa.

Los hermanos *Kunda*, segunda generación de griegos que amaban las carreras casi tanto como los barcos, eran apenas indiferenciables. Pelo negro, tez morena y cejas espesas. Resultaba difícil adivinar su edad y nadie sabía cuánto dinero tenían. Probablemente ellos tampoco. El último invitado de Harvey, *Nick Lloyd* del *News of the World*, había aceptado la propuesta con la intención de averiguar todo tipo de cosas sospechosas acerca de su anfitrión. A mediados de los años sesenta había estado a punto de poner a *Metcalf* en evidencia, pero el asumo de *Jack Profumo* había relegado todas las noticias menos jugosas de las primeras planas durante varias semanas; cuando estuvo en condiciones de publicar lo que sabía, Harvey ya había escapado. *Lloyd*, encorvado sobre su inevitable ginebra triple con un poco de tónica, observaba con interés al heterogéneo grupo.

—Telegrama para usted, señor.

Al abrirlo, Harvey lo rompió. Nunca podía hacer nada con cuidado.

—Es de mi hija Rosalie. Un verdadero gesto de cariño, claro que no hay que olvidar que le puse su nombre a la yegua.

Se sentaron para almorzar: *Vichyssoise* fría, faisán y fresas. Harvey se mostró más locuaz que de costumbre, pero sus invitados no le hicieron demasiado caso, sabiendo que estaba nervioso por la carrera que siempre había deseado ganar. Prefería ganar este trofeo a cualquier otro que pudieran ofrecerle en los Estados Unidos. Harvey jamás pudo comprender por qué sentía así. Quizá fuera la atmósfera especial de Ascot la que le atraía tanto: una combinación de exuberante verdor y alrededores llenos de atractivo, de elegantes multitudes y una eficiencia en cuanto a organización que hacía de Ascot la envidia del mundo de las carreras.

—Este año debes tener más posibilidades que nunca, Harvey —dijo el banquero mayor.

—Sabes bien, Howard, que Lester Piggott monta a *Crown Princess*, la yegua del duque de Devonshire, y que el caballo de la Reina, Highclere, también es favorito. Cuando has quedado tercero por dos veces, incluso has sido favorito y no has ganado, empiezas a preguntarte cuándo triunfará uno de tus caballos.

—Otro telegrama, señor.

Otra vez los gordos dedos de Harvey rompieron el papel.

—Los mejores deseos y buena suerte para la carrera Rey Jorge VI y Reina Isabel. Me lo envía el personal de tu banco, Howard. Un detalle muy amable.

El acento polaco-americano de Harvey hizo que sus palabras sonaran levemente grotescas.

—Más champaña para todos.

Llegó otro telegrama.

—A este paso, Harvey, vas a necesitar una sala especial en la oficina de correos.

Todos rieron ante el chiste insulso de *Sir* Howard. Harvey también leyó este telegrama en voz alta:

—«Lamento imposible reunimos Ascot. Salgo inmediatamente California. Agradeceré busque profesor Rodney Porter de Oxford, ganador Premio Nobel. No permita apostadores ingleses le fastidien. Wiley B., Aeropuerto Heathrow». Es de Wiley Barker, el tipo que me operó en Montecarlo. Me salvó la vida. Me sacó una piedra del tamaño del panecillo que está comiendo el doctor Hogan. No sé cómo demonios haré para encontrar a este profesor Porter —Harvey se dirigió al *maître*—. Llame a mi chófer.

Unos segundos después apareció Guy Salmon, con un elegante traje de lacayo.

—Hoy está aquí el profesor de Oxford Rodney Porter. Búscales.

—¿Cómo es, señor?

—¿Cómo diablos voy a saberlo? —rugió Harvey—. Aspecto de profesor.

Lamentablemente, el chófer tuvo que cambiar sus planes de pasar la tarde en la

barandilla. Fue a cumplir su misión.

Los invitados de Harvey disfrutaban de las fresas, el champaña y la serie de telegramas que llegaban.

—¿Sabes que si ganas, la Reina te entregará la copa? —preguntó Nick Lloyd.

—Lo sé. Ganar esta carrera, y conocer a Su Majestad la Reina será el momento supremo de mi vida. Si *Rosalie* gana, sugeriré que mi hija se case con el príncipe Carlos... tiene más o menos la misma edad.

—No creo que ni siquiera tú logres arreglar eso, Harvey.

—¿Qué hará con las 81 000 libras del premio, señor Metcalfe? —preguntó Jamie Clark.

—Lo donaría a alguna obra de beneficencia —respondió Harvey satisfecho por la impresión que la observación produjo en sus invitados.

—Es un gesto muy generoso de tu parte, Harvey. Típico de ti, según dicen.

Nick Lloyd echó una mirada de complicidad a Michael Hogan. Aunque los otros lo ignoraran, ambos sabían qué era típico de la reputación de Harvey Metcalfe.

El chófer volvió e informó que no había rastros de ningún profesor solitario en el bar, en el restaurante de la terraza ni en el buffet de la explanada de butacas, y que no le habían permitido el acceso al Recinto de Socios.

—Naturalmente —observó Harvey en tono pomposo—. Tendré que buscarle yo. Seguid bebiendo y divirtiéndoo.

Harvey se levantó y fue hasta la puerta con el chófer. Cuando estuvo fuera del alcance del oído de sus invitados, le dijo:

—Mueve el trasero y no vuelvas a decirme que no lograste encontrarle.

El chófer salió corriendo. Harvey se volvió a sus invitados y sonrió:

—Voy a echar un vistazo a los caballos participantes y sus jinetes para la carrera de las dos.

—Ahora sale de su palco —informó James.

—¿Qué dices? —preguntó el duque de Rutland—. ¿Estás hablando solo, James?

James miró fijamente al noble duque de 1,85 de estatura, todavía derecho, militar doblemente condecorado en la primera guerra mundial. Aunque las arrugas de su rostro sugerían que había superado la edad en la que el Hacedor suele deshacer su contrato, emanaba de él una entusiasta energía.

—No, señor, estaba... hmmm... tosiendo.

—¿Qué imaginas que ocurrirá en la carrera Rey Jorge VI? —inquirió el duque.

—He apostado cinco libras a favor de *Rosalie*, señor.

—Me parece que se ha desconectado —dijo Stephen.

—Conéctalo otra vez —urgió Adrian.

—¿Qué es ese ruido, James? ¿Tienes un audífono o algo semejante?

—No, duque. Es... es... es un transistor.

—Tendrían que prohibirlos —afirmó el duque—. Es una verdadera invasión a la intimidad personal.

—Absolutamente correcto, señor.

—¿A qué está jugando James, Stephen?

—No sé... supongo que ha debido ocurrirle algo que no esperábamos.

—¡Dios, Harvey viene en nuestra dirección! Métete en el Recinto de Socios, Stephen, que yo te seguiré. Respira hondo y tranquilízate. No nos ha visto.

Harvey se acercó a grandes zancadas al funcionario que cuidaba la entrada al Recinto de Socios.

—Soy Harvey Metcalfe, el propietario de *Rosalie* y aquí tiene mi insignia.

El funcionario dejó pasar a Harvey. Hace treinta años, pensó el buen hombre, no le habrían dejado entrar aunque fuera el propietario de todos los caballos corredores. Los tiempos han cambiado. En aquel entonces, las carreras de Ascot solo duraban cuatro días al año y eran un alegre acontecimiento social. Ahora las hacían durar veinticuatro días y constituían un gran negocio. Enseguida pasó Adrian, que mostró su distintivo al funcionario sin dirigirle la palabra.

Un fotógrafo sobresalió de entre los sombreros de copa —que daban fama a Ascot— para tomar una fotografía de Harvey, por si *Rosalie* obtenía la victoria. En cuanto se apagó la bombilla de su *flash* se precipitó a la otra entrada. Linda Lovelace, la estrella de *Deep Throat*, la película que se estaba proyectando en todas las salas neoyorquinas, pero estaba prohibida en Inglaterra, trataba de entrar en el Recinto de Socios. No la dejaban, a pesar de ir acompañada por un renombrado banquero londinense. Richard Szpiro. La actriz llevaba un sombrero de copa y un dos piezas, pero no llevaba nada debajo. En un instante estuvo rodeada de fotógrafos. Ninguno prestaría atención a Harvey mientras ella estuviera allí. En cuanto comprobó que todos los fotógrafos la habían fotografiado intentando entrar al Recinto de Socios se marchó —maldiciendo en voz alta— pues su propósito publicitario estaba cumplido.

Harvey se dedicó a estudiar los caballos mientras Stephen se le acercaba.

Adelante, dijo Adrian para sus adentros, y se acercó a Stephen. Se paró entre los dos hombres, estrechó cálidamente la mano de Stephen y dijo, en voz lo suficientemente audible:

—¿Cómo está, profesor Porter? No sabía que le interesaban las carreras.

—En realidad; no me interesan, pero he asistido a un seminario en Londres y pensé que era una buena ocasión para...

—¡Profesor Porter! —gritó Harvey—. Es un honor conocerle. Me llamo Harvey Metcalfe y soy de Boston, Massachusetts. Mi buen amigo el doctor Wiley Barker, que me salvó la vida, me avisó que usted estaría hoy en Ascot y considero mi deber hacerle pasar una tarde maravillosa.

Adrian se esfumó. No podía creer lo fácil que había resultado todo. El telegrama había hecho maravillas. Una voz anunció:

—Su Majestad la Reina, Su Alteza Real el Duque de Edimburgo, Su Majestad la Reina Madre, y Su Alteza Real la Princesa Ana entran al Palco Real.

Todas las bandas reunidas de la Brigada de la Guardia atacaron los primeros

acordes del Himno Nacional:

—Dios Salve a la Reina.

La multitud de 25 000 personas se levantó y se unió al canto leal y desentonadamente.

—Tendríamos que tener algo así en los Estados Unidos —dijo Harvey a Stephen—, en lugar de Richard Nixon. Entonces no tendríamos tantos problemas.

Stephen pensó que su compatriota hablaba con cierta injusticia: según las normas de comportamiento de Harvey Metcalfe, Richard Nixon era casi un santo.

—Le ruego que venga a mi palco, profesor, donde le presentaré a mis otros invitados. El palco me costó 750 libras, así que podemos llenarlo. ¿Ha almorzado?

—Sí, un excelente almuerzo —mintió Stephen, otra cosa que Harvey le había enseñado.

En realidad, había estado junto a la entrada del Recinto de Socios durante una hora, nervioso y preocupado, incapaz de tragar siquiera un *sandwich* y en este momento estaba muerto de hambre.

—Venga entonces a gozar de mi champaña —rugió Harvey.

Con el estómago vacío, pensó Stephen.

—Muchas gracias, señor Metcalfe. Me siento un poco perdido, es la primera vez que asisto al Royal Ascot.

—Esto no es Royal Ascot, profesor. Hoy es el último día de la semana de Ascot pero la familia real siempre asiste a las carreras Rey Jorge VI y Reina Isabel. Por eso, todo el mundo se viste de etiqueta.

—Comprendo —dijo Stephen tímidamente, satisfecho de su deliberado error.

Harvey se aferró a su descubrimiento y le llevó al palco.

—Quiero presentaros a mi distinguido amigo Rodney Porter. Como sabéis ha sido galardonado con el Premio Nobel. A propósito, ¿cuál es su especialidad, Rod?

—La bioquímica.

Stephen se estaba poniendo a la altura de Harvey. Mientras siguiera desempeñando bien su papel, los banqueros y los exportadores, e incluso el periodista, no se darían cuenta de que no era el hombre más inteligente después de Einstein. Se relajó un poco y encontró tiempo para servirse unos bocadillos de salmón mientras los otros no miraban.

Lester Piggott ganó la carrera de las 2.00 montando a *Olympic Casino* y la de las 2.30 con *Roussalka*, alcanzando su victoria número 3000. Harvey estaba cada vez más nervioso. Hablaba sin parar y con muy poca coherencia. Durante la carrera de las 2.30 no mostró ningún interés por el resultado y se dedicó a beber champaña. A las 2.50 pidió a todos que fueran con él al Recinto de Socios para ver a su famosa yegua. Stephen, como los demás, le siguió, participando de ese cortejo seudoreal.

Adrian y James observaron la procesión a distancia.

—Ahora ya no puede volverse atrás —dijo Adrian.

—A mí me parece que está contento —replicó James—. Será mejor que

desaparezcamos. No debe vernos.

Se fueron al bar, donde vieron a una considerable cantidad de hombres con el rostro arrebatado debido a que pasaban más tiempo allí que viendo las carreras.

—¿No es hermosa, profesor? Casi tanto como mi hija. Si hoy no gana, jamás lo lograré.

Harvey dejó a su pequeño grupo para cambiar unas palabras con Pat Eddery, el jinete, y desearle buena suerte. Peter Walwyn, el preparador, dio las últimas instrucciones al jinete y abandonó el recinto. Los diez caballos desfilaron frente a la tribuna, costumbre que en Ascot solo se respeta en la carrera Rey Jorge VI y Reina Isabel.

Al frente de la procesión iban los colores oro, púrpura y escarlata de *Highclere*, el caballo de Su Majestad la Reina, seguido de *Crown Princess*, que le estaba dando un poco de trabajo a su jinete. Inmediatamente detrás iba *Rosalie*, muy tranquila, descansada y lista para correr. Seguían *Buoy* y *Dankaro*, con los candidatos más favoritos, *Messipatania*, *Ropey* y *Minnow* en la retaguardia. La multitud se levantó para aplaudir a los caballos y Harvey resplandeció de orgullo, como si fuera el propietario de todos ellos.

—... Y hoy está conmigo el conocido propietario americano Harvey Metcalfe —dijo Julián Wilson ante la cámara de televisión de la BBC—. Voy a preguntarle cuál es su punto de vista sobre la Rey Jorge VI, donde corre *Rosalie*. Bienvenido a Inglaterra, señor Metcalfe. ¿Cómo se siente antes de la gran carrera?

—Es emocionante estar aquí y volver a participar. *Rosalie* tiene muchas posibilidades. Pero lo que importa no es ganar sino participar.

Stephen parpadeó: el barón de Coubertin, que había hecho por primera vez esa observación en los juegos olímpicos de 1896, debió revolverse en su tumba.

—Las últimas apuestas señalan a *Rosalie* como favorita conjunta con *Highclere*, el caballo de Su Majestad la Reina. ¿Cuál es su reacción ante este hecho?

—Estoy igualmente preocupado por *Crown Princess*, del duque de Devonshire. Lester Piggott siempre resulta difícil de vencer en las grandes ocasiones. Ganó las dos primeras carreras y está bien preparado para esta. Además, *Crown Princess* es una hermosa potranca.

—¿Una milla y media es una buena distancia para *Rosalie*?

—Los resultados de esta temporada indican, decididamente, que es su mejor distancia.

—¿Qué hará con las 81 240 libras esterlinas del premio?

—El dinero no me importa y ni siquiera lo he pensado.

Sin embargo Stephen sí lo había pensado.

—Muchas gracias, señor Metcalfe, y buena suerte. Ahora pasamos a las últimas novedades sobre las apuestas.

Harvey retrocedió hasta su grupo de admiradores y sugirió que todos volvieran para presenciar la carrera desde el balcón exterior de su palco.



Stephen se sintió fascinado al poder observar a Harvey tan de cerca. Este se había puesto nervioso y más embustero que de costumbre con tanta tensión, demostrando no ser la persona fría que él temía. Este hombre era humano y susceptible; por tanto, podía ser derrotado.

Todos se inclinaron sobre las barandillas para ver cómo se metían los caballos en las casillas. *Crown Princess* seguía poniendo dificultades mientras todos los demás esperaban. La tensión resultaba casi insoportable.

—Salida —se oyó por los altavoces.

Veinticinco mil personas se llevaron los gemelos a los ojos y Harvey dijo:

—Ha empezado bien y se colocará bien.

Continuó haciendo comentarios hasta la última milla, momento en que guardó absoluto silencio. Los demás también esperaron en silencio, atentos a los altavoces.

—Acaban de entrar en la recta... *Minnow* lleva la delantera desde la curva, con *Buoy* y *Dankaro*, que se ven relajados, pisándole los talones... seguidos por *Crown Princess*, *Rosalie* y *Highclere*. A medida que se aproximan al marcador número 6, *Rosalie* y *Crown Princess* se acercan por la banda lateral y *Highclere* también lo intenta. Faltan cinco marcadores... *Minnow* sigue en cabeza pero empieza a cansarse, mientras *Crown Princess* y *Buoy* ganan terreno. Falta media milla... *Minnow* un poco más adelantada que *Buoy*, que ha pasado a segundo lugar, quizá demasiado pronto. Faltan tres marcas... aceleran un poco el ritmo... *Minnow* sigue ocupando su lugar... *Buoy* y *Dankaro* un cuerpo detrás, seguido por *Rosalie*, *Crown Princess* y *Highclere*, que van ganando terreno. Ya están en el segundo marcador... *Highclere* y *Rosalie* se adelantan desafiando a *Buoy*... *Crown Princess* ya no está entre los primeros. Falta un marcador —la voz del comentarista subió de volumen—. Lleva la delantera Joe Mercer montando a *Highclere*, apenas delante de Pat Eddery sobre *Rosalie*... doscientos metros... cabeza a cabeza... cien metros... todavía la carrera no es de nadie y se prevé un final muy reñido entre los colores oro, púrpura y escarlata de Su Majestad la Reina y el blanco y verde del propietario americano Harvey Metcalfe. *Dankaro*, del señor Moussac, entró tercero.

Harvey estaba paralizado, en espera del resultado. Incluso Stephen sintió simpatía por él. Ninguno de los invitados de Harvey se atrevió a hablar por temor a equivocarse.

—Resultado de la Carrera Rey Jorge VI y Reina Isabel —otra vez los altavoces rugieron y el silencio cubrió el hipódromo—: ganadora la N.º 5, *Rosalie*.

El resto de los resultados se perdió en el rugido de la multitud y el bramido triunfal de Harvey. Perseguido por sus invitados, corrió hasta el ascensor más cercano, metió un billete de una libra en la mano de la ascensorista y gritó:

—Echa esto a andar.

Solo la mitad de sus invitados llegaron a entrar al ascensor con él. Stephen fue uno de ellos. Cuando llegaron a la planta baja, las puertas del ascensor se abrieron y Harvey salió como un purasangre, atravesó el bar, la parte trasera del Recinto de

Socios y entró en el Recinto de Ganadores: echó los brazos al pescuezo de su yegua en un arranque que estuvo a punto de desensillar al jinete. Pocos minutos después llevó a *Rosalie* hasta el poste que decía PRIMER PUESTO. La multitud le rodeó para felicitarlo.

El Capitán Beaumont, Secretario de la Carrera, dio instrucciones a Harvey sobre el procedimiento a seguir cuando le entregaran el trofeo. Lord Abergavenny, el Representante de la Reina en Ascot, acompañó a Su Majestad al Recinto de Ganadores.

—La ganadora de la carrera Rey Jorge VI y Reina Isabel: *Rosalie*, de Harvey Metcalfe.

Harvey estaba como soñando: los *flashes* de los fotógrafos relampagueaban y las cámaras de cine le seguían mientras caminaba en dirección a la Reina. Se inclinó, recibió el trofeo, y la Reina, resplandeciente en un traje de seda color turquesa y turbante haciendo juego —que solo podía estar diseñado por Hardy Amies— dijo unas palabras, pero Harvey se quedó mudo por primera vez en su vida. Dio un paso atrás, volvió a inclinarse y regresó a su sitio en medio de sonoros aplausos.

Cuando llegó a su palco, el champaña volvió a correr y todo el mundo era amigo de Harvey. Stephen comprendió que no era sensato hacer nada en ese momento. Debía controlarse y observar la reacción de su presa ante las nuevas circunstancias. Permaneció callado en un rincón, esperando a que cediera la excitación y estudió atentamente a Harvey.

Transcurrió otra carrera antes de que Harvey volviera a la normalidad y Stephen decidiera que había llegado el momento de actuar. Hizo un gesto indicador de que se retiraba.

—¿Ya se va, profesor?

—Sí, señor Metcalfe. Tengo que terminar de corregir unos exámenes escritos para mañana.

—Siempre he admirado su trabajo. Espero que lo haya pasado bien.

—Sí, muchas gracias, señor Metcalfe. Fue un triunfo importante. Debe estar muy orgulloso.

—Bien... creo que sí. La victoria ha tardado bastante en llegar, pero ahora creo que merecía la pena... Rod, es una lástima que no pueda quedarse y asistir a mi fiesta en el Claridge's esta noche.

—Me habría encantado, señor Metcalfe, pero es imposible. ¿Por qué no viene a Oxford y me permite que le enseñe la universidad?

—Estupendo. Me quedan un par de días y siempre quise conocer Oxford, aunque nunca tuve tiempo.

—El miércoles se celebra el Garden Party de la Universidad. ¿Por qué no cena conmigo el martes, en mi facultad, y al día siguiente recorreremos la universidad y asistimos a la fiesta? —Garabateó la dirección en una tarjeta.

—Fantástico. Estas han resultado mis mejores vacaciones en Europa. ¿Cómo hará

para regresar a Oxford, profesor?

—Tomaré un tren.

—No, no —dijo Harvey—. Le llevará mi Rolls Royce. Hay tiempo suficiente para que esté de vuelta al terminar la última carrera.

Antes de que Stephen pudiera negarse, Harvey Metcalfe llamó a su chófer y le dijo.

—Lleva al profesor Porter a Oxford y vuelve aquí. Muy buen viaje, profesor. Nos veremos el próximo martes a las 8.00. Ha sido un placer conocerle.

—Muchas gracias por este día maravillosos. Le felicito por su espléndida victoria.

Sentado en el asiento trasero del Rolls Royce blanco —el coche del que Adrian se había jactado que solo él utilizaba—, camino a Oxford, Stephen se relajó y sonrió. Sacó un pequeño cuaderno de su bolsillo y escribió: Deducir 98 peniques de los gastos, precio de un billete de segunda clase de Ascot a Oxford.

— **B**RADLEY —dijo el decano de los tutores—, me parece que últimamente ha encanecido. ¿Le resulta demasiado pesado ser tutor de tercer año?

Stephen se había preguntado si alguno de los asistentes al salón haría algún comentario sobre su pelo. Muy pocas veces los catedráticos se sorprenden ante cualquier cosa que hagan sus colegas.

—Mi padre encaneció a muy temprana edad y parece que no se puede desafiar las leyes de la herencia.

—Bueno, muchacho, ahora dedíquese a pensar en el Garden Party del miércoles.

—Sí, casi lo había olvidado.

Stephen regresó a su habitación, donde le esperaba el resto del Equipo.

—El miércoles es el día de Encaenia y se celebra el Garden Party. Algo que hemos aprendido acerca de nuestro millonario amigo es que aun cuando le saquemos de su terreno, continúa actuando como si lo supiera todo. Pero podemos desinflarle siempre que recordemos que nosotros sabemos qué va a ocurrir en cada momento y él no. Es lo mismo que hizo él con nosotros en Prospecta Oil: se mantuvo un paso adelante todo el tiempo.

Hoy haremos un ensayo normal y mañana uno general, con trajes.

—El tiempo que se pasa explorando el terreno nunca es tiempo perdido —murmuró James, repitiendo la única frase que recordaba de sus tiempos de estudiante.

—No hemos tenido que perder mucho tiempo en el reconocimiento del terreno para tu plan, ¿no? —ironizó Jean Pierre.

Stephen ignoró las interrupciones:

—El proceso total implica siete horas para mí y cuatro para vosotros, incluyendo el tiempo para maquillarse. Necesitaremos otra sesión explicativa por parte de James antes de que llegue el día.

—¿Cuántas veces necesitas a mis dos hijos? —preguntó Adrian.

—Una sola vez, el miércoles. A ellos los ensayos les fastidiarían y les harían estar incómodos.

—¿Cuándo crees que Harvey querrá volver a Londres? —preguntó Jean Pierre.

—Guy Salmon ha recibido instrucciones de llevarle de vuelta al Claridge's a las 7.00, de modo que supongo que estará con nosotros hasta las 5.30.

—Muy inteligente —observó Adrian.

—Es extraño, pero ya pienso como él —dijo Stephen—. Bien, ahora repasemos todo el plan. Nos guiaremos por el expediente rojo, a partir de la página dieciséis. Cuando yo salgo de All Souls...

El domingo y el lunes hicieron ensayos generales. El martes sabían ya todos los pasos que iba a dar Harvey y dónde estaría en cada momento del día, desde las 9.30 hasta las 5.30. Stephen había previsto todo. No tenía otra posibilidad: esta vez no podían cometer un solo error. No habría una segunda oportunidad, como en Montecarlo. El ensayo con trajes fue perfecto.

—No me he puesto ropas como estas desde que tenía seis años y asistía a fiestas de disfraces —dijo Jean Pierre—. Seremos cualquier cosa menos poco llamativos.

—Ese día habrá rojos, azules y negros a todo nuestro alrededor —afirmo Stephen—. Es un circo. Nadie te mirará dos veces.

Se separaron nerviosos, a la espera de que se levantara el telón. Stephen estaba contento de que se mostraran inquietos. No tenía ninguna duda de que estarían perdidos si se tranquilizaban.

El equipo pasó un fin de semana tranquilo. Stephen presenció la representación anual de la Sociedad Dramática de la Facultad en los jardines, Adrian llevó a su esposa a Glyndebourne y estuvo con ella especialmente atento, Jean Pierre leyó el último libro de arte de David Douglas Duncan, Adiós Picasso, y James llevó a Anne a Tathwell Hall —cerca de Louth, en Lincolnshire— para presentarle a su padre, el quinto conde. Hasta Anne estuvo nerviosa ese fin de semana.

—Harry.

—Doctor Bradley.

—Esta noche he invitado a un americano a mis habitaciones, Harvey Metcalfe. En cuanto llegue hazle pasar, por favor.

—Sí, señor.

—Algo más. Creo que me ha confundido con el profesor Porter, de Trinity College. No le corrijas, síguele la corriente.

—Sí, señor.

Harry volvió a la portería sacudiendo tristemente la cabeza. Desde luego, todos los catedráticos se vuelven locos, pero el doctor Bradley parecía haber enfermado muy joven.

Harvey llegó a las 8.00. En Inglaterra siempre era puntual. El jefe de porteros le condujo por los claustros y por la antigua escalera de piedra, hasta llegar a las habitaciones de Stephen.

—El señor Metcalfe.

—¿Cómo está, profesor?

—Muy bien, señor Metcalfe. Admiro su puntualidad.

—La puntualidad es la amabilidad de los príncipes.

—Creo que descubrirá que es la amabilidad de los reyes y, en este caso, de Luis XVIII —por un instante, Stephen había olvidado que Harvey no era un discípulo.

—Estoy seguro de que tiene razón, profesor.

Stephen le preparó un Manhattan. La mirada de su invitado recorrió la habitación y se detuvo en el escritorio.

—¡Qué hermosa serie de fotografías! Usted con el difunto presidente Kennedy, usted con la Reina... e incluso con el Papa.

Este detalle había qué agradecerse a Jean Pierre, que había puesto a Stephen en contacto con un fotógrafo que había sido compañero de celda de su amigo David Stein. Stephen esperaba ansioso que llegara el momento de quemar las fotografías y pensar que nunca habían existido.

—Permítame que le regale una para su colección.

Harvey sacó del bolsillo una gran fotografía en la que se le veía recibiendo el trofeo de la Carrera de manos de la Reina.

—Se la firmaré.

Garabateó una exuberante firma en diagonal, atravesando a la Reina.

—Muchas gracias —dijo Stephen—. Le prometo que la guardaré como un tesoro, junto a las demás. También le agradezco que me conceda parte de su tiempo visitándome, señor Metcalfe.

—Para mí es un honor estar en Oxford y esta es una facultad muy bonita.

Stephen pensó que lo decía sinceramente y reprimió el deseo de contar a Harvey la historia de la cena del difunto Lord Nuffield en Magdalen. A pesar de la espléndida munificencia de Nuffield hacia la universidad, su relación con esta nunca fue buena. Cuando un criado le alcanzó el sombrero al retirarse, Lord Nuffield lo recibió con un gesto desagradable y preguntó: «¿Es mío?». «Lo ignoro, milord —fue la respuesta—, pero es el que ha traído».

Harvey observó sin comprender los libros que llenaban los estantes de Stephen. Felizmente, no le sorprendió la disparidad entre el tema que trataban, Matemáticas pura, y la bioquímica, especialidad del profesor Porter.

—Hábleme del día de mañana.

—Por supuesto. Mientras cenamos le hablaré de todo lo que he planificado para usted y veremos si cuenta con su aprobación.

—Estoy dispuesto a todo. En este viaje me siento diez años más joven y estoy muy contento de encontrarme en la Universidad de Oxford.

Stephen se preguntó si realmente podría soportar siete horas a Harvey Metcalfe, pero tratándose de otros 250 000 dólares y de su honor ante el resto del equipo...

Los criados de la facultad sirvieron cóctel de langostinos.

—Es mi plato favorito —afirmó Harvey—. ¿Cómo lo sabía?

A Stephen le habría gustado responderle que no había nada sobre él que no

supiera, pero se contentó con decir:

—Una conjetura acertada. Si nos encontramos a las 10.00 de la mañana, podremos participar del que se considera el día más interesante del calendario universitario. Se llama Encaenia.

—¿Qué es eso?

—Una vez al año, al finalizar el trimestre de Trinity, que es el equivalente al trimestre de verano de las universidades americanas, la novena semana celebramos la terminación del año universitario. Se celebran diversas ceremonias y un Garden Party al que asisten el Canciller y el Vicecanciller de la universidad. El Canciller es el ex Primer ministro británico Harold Macmillan y el Vicecanciller es el señor Habakkuk. Espero poder presentarle a ambos y que logremos hacer todo a tiempo para que esté de regreso en Londres a las siete.

—¿Cómo sabía que tengo que estar en Londres a las siete?

—Me lo dijo en Ascot. —Stephen había aprendido a mentir imperturbablemente y pensó que si no recuperaban pronto el millón acabaría siendo un delincuente hecho y derecho.

Harvey disfrutó de la comida, con la que Stephen se había mostrado casi demasiado astuto, ya que cada plato era uno de los favoritos de Harvey. Cuando terminó de beber una generosa cantidad de coñac (a 7,25 libras la botella, pensó Stephen) atravesaron los silenciosos claustros de Magdalen hasta más allá de la Facultad de Música. Las voces de los miembros del coro ensayando una misa de Gabrieli llenaban los alrededores.

—Me sorprende que permitan poner discos a semejante volumen —observó Harvey.

Stephen acompañó a su invitado hasta el Randolph Hotel, enseñándole la cruz de hierro instalada en Broad Street, fuera del Balliol College, explicándole que señalaba el lugar en que el arzobispo Cranmer había muerto en la hoguera por herejía en 1556. Harvey se contuvo de decir que jamás había oído nombrar a ese caballero.

Se separaron en la escalinata del Randolph.

—Nos veremos por la mañana, profesor. He pasado una noche muy agradable.

—Ha sido un placer. Vendré a buscarle a las diez. Buenas noches.

Stephen volvió a Magdalen e inmediatamente llamó a Adrian.

—Todo bien, aunque quizá fui demasiado lejos. La comida fue excesivamente escogida e incluso le ofrecí su coñac favorito. Mañana seré más prudente. No hay que excederse. Hasta mañana, Adrian, espero que duermas bien.

Stephen repitió el mismo mensaje a Jean Pierre y a James antes de caer agradecido en la cama. Mañana a esa misma hora se mostraría más sensato pero... ¿sería más rico?

**A**LAS 5.00 EN PUNTO el sol apuntó sobre el Cherwell y a los pocos oxonienses que pudieran verlo no les quedaría ninguna duda de la razón por la que los entendidos consideran que Magdalen es la facultad más hermosa de Oxford y que ninguna se le parece en Cambridge. Situada a orillas del río, su arquitectura perpendicular permite una visión completa desde todos sus ángulos. Allí estudiaron Eduardo VII, el príncipe Enrique, el cardenal Wolsey, Edward Gibbon y Oscar Wilde, entre otros. Pero esto no era lo que Stephen pensaba despierto en la cama.

Podía oír los latidos de su corazón y por primera vez comprendió lo que habían soportado Adrian y Jean Pierre. Parecía haber transcurrido toda una vida desde su primer encuentro, tres meses atrás. Sonrió al pensar en la sólida amistad que habían construido con el objetivo común de derrotar a Harvey Metcalfe. Stephen, al igual que James, comenzaba a sentir una admiración involuntaria por el hombre, aunque ahora estaba más convencido de que podía manejársele fuera de su terreno. Durante más de dos horas, Stephen permaneció inmóvil en la cama, meditando. Cuando el sol se elevó por detrás del árbol más alto, se levantó, se duchó, se afeitó y se vistió lentamente, con deliberación, concentrando sus pensamientos en el día que le esperaba.

Se maquilló cuidadosamente para envejecerse quince años. Esta tarea le llevó mucho tiempo y se preguntó si las mujeres tenían que pasar tanto tiempo delante del espejo para obtener el efecto contrario. Se puso la toga de espléndido color escarlata que indicaba que era Doctor en Filosofía de la Universidad de Oxford. Se entretuvo pensando que Oxford siempre tenía que hacer todo de un modo distinto. Todas las demás universidades abreviaban el título obtenido por las investigaciones realizadas, utilizando las iniciales de Ph. D. En Oxford, la abreviatura era D. Phil. Estudió su imagen en el espejo.

—Si esto no impresiona a Harvey Metcalfe, nada le impresionará —dijo en voz alta.

La toga no formaba parte del disfraz: tenía derecho a usarla. Se sentó para leer por última vez el *dossier* rojo. Lo había estudiado tantas veces que prácticamente se lo sabía de memoria.

No fue a desayunar. Con sus casi cincuenta años hubiera llamado la atención de sus colegas, aunque probablemente los catedráticos de más edad no habrían notado nada extraño en su aspecto.

Stephen salió de la facultad y llegó a la High Street sin hacerse notar, uniéndose a los miles de licenciados vestidos como arzobispos del siglo XIV. Ese día era fácil conservar el anonimato. Esto y el hecho de que Harvey estaría aturdido por las extrañas tradiciones de la antigua universidad, eran los dos motivos por los cuales Stephen había escogido el día de Encaenia para la batalla.



Llegó al Randolph a las 9.55 e informó a uno de los botones más jóvenes que era el profesor Porter y esperaba al señor Harvey Metcalfe. El jovencito desapareció y volvió un instante después con Harvey.

—Señor Metcalfe... el profesor Porter.

—Muchas gracias —dijo Stephen, recompensando al botones con un billete de una libra: las palabras del chico habían sido útiles, aunque simplemente cumplía con su trabajo.

—Buenos días, profesor. ¿Por dónde empezamos?

—Encaenia comienza con el Beneficio de Lord Nathaniel Crewe en el Jesús College. Se ofrece champaña, fresas y nata a las personalidades de la universidad. Después se forma una procesión que va al Teatro Sheldon.

—¿Y qué pasa allí?

—El acontecimiento más excitante consiste en la presentación de los candidatos a títulos *honoris causa*.

—¿Los qué? —inquirió Harvey.

—Se trata de los hombres y mujeres que los miembros más antiguos de la universidad eligen para ser distinguidos con títulos honoríficos.

—¿Quién es Lord Crewe?

—Muy interesante su pregunta. Lord Nathaniel Crewe era Doctor de la Universidad y Obispo de Durham. Murió en el siglo XVII y dejó un legado de 200 libras anuales a la universidad para cubrir los gastos del Beneficio de que le hablé y es el autor de la oración que escucharemos más adelante. Naturalmente, el dinero que dejó no cubre actualmente los gastos, por la carestía de la vida y la inflación, de modo que casi todo sale de los bolsillos de la universidad —Stephen se levantó y juntos salieron del Randolph Hotel—. Tenemos que darnos prisa para asegurarnos un buen lugar desde el que quiero que veamos la procesión.

Bajaron por Broad Street y encontraron un sitio estupendo frente al Teatro Sheldon, donde la policía hizo sitio a Stephen por su toga escarlata. Poco después apareció la procesión doblando la esquina, proveniente del Turl. La policía cortó el tráfico y dejó que el público ocupara la calzada.

—¿Quiénes son los tipos que van delante llevando esos palos? —preguntó Harvey.

—El Maestro de Ceremonias y los bedeles de la Universidad. Llevan las mazas para cuidar el paso del Canciller.

—Para qué, si este es un lugar seguro. No estamos en el Central Park de Nueva York.

—Coincido con usted, pero no siempre ha sido así durante los últimos trescientos años, y en Inglaterra las tradiciones no se pierden fácilmente.

—¿Quién es el que va detrás de esos bedeles?

—El que lleva toga negra con bordes dorados es el Canciller de la universidad, al que acompaña su paje. Se trata del Honorable Harold Macmillan, que fue Primer

ministro de Gran Bretaña a fines de los años cincuenta y principios de los sesenta.

—Recuerdo muy bien a ese tipo. Trató de meter a los ingleses en Europa y De Gaulle no se lo permitió.

—Supongo que esa es una forma de recordarlo. Lo sigue el señor Habakkuk, Vicecanciller de la Universidad y también Director de Jesús College.

—Me pierdo, profesor.

—Bien, siempre es Canciller un inglés eminente que ha estudiado en Oxford, pero el Vicecanciller es un miembro importante de la universidad y es elegido entre los directores de las facultades.

—Comprendo.

—Detrás de él viene el señor Caston, Secretario General de la Universidad, que es miembro de Merton College. Es el administrador más antiguo de la universidad y puede ser considerado algo así como el funcionario más importante de la misma. Es directamente responsable ante el Vicecanciller y la Junta Hebdomadaria, que viene a ser el gabinete de la Universidad. Detrás de él verá al Censor Principal, el señor Campbell, de Worcester College, y al Censor Subalterno, el Reverendo Doctor Bennett, de New College.

—¿Qué es un Censor?

—Durante más de setecientos años estos hombres han estado a cargo de la moral y la disciplina de la universidad.

—¿Cómo dice? ¿Esos dos ancianos se cuidan de 9000 jóvenes pendencieros?

—Son ayudados por los bulldogs —aclaró Stephen.

—Así es mejor. Un par de mordiscos de un buen bulldog inglés ayuda a mantener el orden.

—No, no —protestó Stephen haciendo un verdadero esfuerzo por no reír—. Bulldog es el nombre que se da a los hombres que ayudan a los Censores a mantener el orden. Por último, puede ver en la procesión un minúsculo cocodrilo de colores: lo componen los Directores de Facultades que son Doctores en la Universidad, los Doctores de la Universidad que no son Directores de Facultades y los Directores de Facultades que no son Doctores de la Universidad, en ese orden.

—Escuche, Rod, para mí lo único que significan los doctores es dinero.

—No son ese tipo de doctores —respondió Stephen.

—Olvídelo. Me ha derrotado. Yo solo entiendo de cómo se hacen millones.

Stephen observó atentamente el rostro de Harvey: le estaba mareando y esto le tranquilizó.

—La larga fila irá al Teatro Sheldon y cada persona de la procesión ocupará su lugar en el hemiciclo.

—Disculpe, ¿qué clase de ciclo es ese?

—El hemiciclo está compuesto por una serie de bancos que forman semicírculo, el más incómodo de toda Europa. Pero no se preocupe. He logrado asientos especiales para nosotros dos gracias a su renombrado interés por la educación en

Harvard y tendremos tiempo de llegar antes que la procesión.

—Adelante, Rod. ¿Aquí saben lo que ocurre en Harvard, realmente?

—Por supuesto, señor Metcalfe. En los círculos universitarios usted tiene fama de ser un hombre generoso, interesado en financiar el perfeccionamiento académico.

—¡Qué extraño!

No tanto, pensó Stephen.

Guió a Harvey hasta el asiento reservado. No quería que su invitado viera demasiado claramente los rostros de los hombres y las mujeres participantes. La verdad era que los miembros importantes de la universidad que ocupaban el hemiciclo estaban tan cubiertos con togas, capas, gorras, corbatas de lazo y bandas de la cabeza a los pies, que ni sus madres les habrían reconocido. El organista tocó los últimos acordes mientras los asistentes se instalaban.

—El organista es de mi facultad y ocupa el puesto de Coragus o Director del Coro y es profesor suplente de música.

Harvey no podía apartar los ojos del hemiciclo y de las figuras vestidas de color escarlata. Nunca en su vida había visto nada semejante. La música terminó y el Canciller se levantó para dirigirse a los reunidos en latín vernáculo.

—*Causa hujus convocationis est ut...*

—¿Qué demonios está diciendo?

—Está diciendo por qué nos hemos reunido aquí —explicó Stephen—. Trataré de traducírselo todo.

—Ite Bedelli —dijo el Canciller.

En ese momento se abrieron las puertas para que los bedeles buscaran a los distinguidos con grados honorarios en Divinity School. Se produjo silencio cuando entraron precedidos por el Orador Público, señor J. G. Griffith, quien presentó uno por uno al Canciller, ensalzando sus carreras y logros en pulida e ingeniosa prosa latina.

La traducción de Stephen siguió un curso más liberal y fue embellecida con sugerencias en el sentido de que sus doctorados eran más el resultado de su generosidad financiera que de los triunfos académicos.

—Ese es Lord Amory. Le están alabando por la labor cumplida en el campo de la educación.

—¿Cuánto dio?

—Bien... fue Ministro de Hacienda. Allí está Lord Hailsham. Ha ocupado ocho puestos en el Gabinete, incluyendo la Secretaría de Educación del Estado y por último fue Presidente de la Cámara de los Lores. Tanto él como Lord Amory reciben el título de Doctores en Derecho Civil.

Harvey reconoció a la actriz Dame Flora Robson, que recibía honores por su vida teatral, y Stephen le explicó que le otorgaban el título de Doctora en Letras, el mismo que recibía el poeta laureado *Sir John Betjeman*. Cada uno de ellos recibió su título de manos del Canciller, quien les estrechaba la mano y les señalaba un asiento en la

primera fila del hemiciclo.

El último en recibir honores fue *Sir George Porter*, Director de la Institución Real y ganador del Premio Nobel. Recibió su título de Doctor en Ciencias *Honoris Causa*.

—Es mi homónimo, pero no somos parientes. Esta ceremonia está llegando a su fin —dijo Stephen—. Unas pocas palabras del profesor de poesía John Wain, referente a los benefactores de la Universidad.

El señor Wain pronunció la Oración de Crewe, que duró alrededor de doce minutos y Harvey agradeció las palabras pronunciadas en una lengua viva y comprensible. Apenas escuchó las frases de los estudiantes ganadores de premios, que pusieron fin al acto.

El Canciller de la Universidad se levantó y se colocó a la cabeza de la procesión que abandonaba el *hall*.

—¿Ahora a dónde van? —preguntó Harvey.

—Van a almorzar a All Souls, donde se reunirán con ellos otros invitados de renombre.

—Me hubiera gustado asistir —señaló Harvey.

—Eso ya está arreglado —respondió Stephen.

Harvey se desconcertó:

—¿Cómo lo logró, profesor?

—El Secretario General está muy impresionado por la ayuda que usted ha prestado a Harvard y creo que abriga la esperanza de que pueda colaborar con Oxford de alguna manera, especialmente después de su victoria en Ascot.

—¡Qué gran idea!

Stephen no demostró demasiado interés pues todavía no había llegado el momento de atacar. La verdad era que el Secretario General jamás había oído nombrar a Harvey Metcalfe y que Stephen, por estar cumpliendo su último trimestre en Oxford, había sido incluido entre los invitados por un amigo que era miembro de All Souls.

Caminaron hasta All Souls, situada frente al Teatro Sheldon. Stephen intentó, con poco éxito, explicar a Harvey la naturaleza de All Souls. Por cierto, incluso muchos miembros de Oxford lo consideran un enigma. Su nombre completo, College of All Souls of the Faithful Departed of Oxford (Facultad de Los Fieles Difuntos) conmemora en forma rimbombante a los vencedores de Agincourt. Se levantó con la intención de que por siempre jamás se celebraran allí misas por el eterno reposo de sus almas. Su objetivo hoy en día es único en la vida académica. All Souls es una sociedad de graduados distinguidos por lo que significan como promesas o por sus éxitos, principalmente académicos —participan nativos y extranjeros— y algunos hombres que se han destacado en otros campos. No se permite la participación de no graduados ni el ingreso de miembros del sexo femenino; ante el mundo exterior aparece, por lo general, como un cuerpo que hace lo que le viene en gana con sus grandes recursos financieros e intelectuales.

Stephen y Harvey ocuparon sus lugares entre más de un centenar de invitados ante las mesas alargadas de la noble Biblioteca Codrington. En todo momento Stephen se ocupó de que Harvey estuviera entretenido y no se hiciera notar. Sabía que en semejantes ocasiones la gente nunca recuerda a quién conoce ni qué dice y presentó a Harvey a todos los que estaban a su alrededor, señalando su condición de famoso filántropo americano. Afortunadamente, estaban a cierta distancia del Vicecanciller, del Secretario General y del Secretario del Cuerpo Universitario.

Harvey se sintió sobrecogido por la nueva experiencia y disfrutó escuchando a las eminencias que tenía a su alrededor, algo que rara vez le había ocurrido antes. Cuando concluyó la comida y los invitados comenzaron a levantarse, Stephen respiró hondo y jugó una de sus cartas más peligrosas. Deliberadamente, enfrentó a Harvey y al Canciller.

—Canciller —dijo a Harold Macmillan.

—Sí, joven.

—Permítame presentarle al señor Harvey Metcalfe, de Boston.

—Como usted bien sabe. Canciller, el señor Metcalfe es un importante benefactor de Harvard.

—Sí, por supuesto. Estupendo, estupendo. ¿Qué le trae a Inglaterra, señor Metcalfe?

Harvey estaba casi paralizado:

—Bien, señor... quiero decir Canciller... vine a ver a mi yegua *Rosalie* en la carrera Rey Jorge VI y Reina Isabel.

Stephen se paró detrás de Harvey y por señas hizo saber al Canciller que la yegua de Harvey había ganado la carrera. Harold Macmillan, que nunca había sido tonto, respondió:

—Debió sentirse muy satisfecho, señor Metcalfe.

Harvey se puso colorado como una remolacha.

—Bien, señor, creo que tuve suerte.

—Usted no me parece el tipo de hombre que depende de la suerte.

Stephen aprovechó la oportunidad:

—Estoy tratando de interesar al señor Metcalfe en alguno de los trabajos de investigación que cumplimos en Oxford, Canciller.

—¡Qué buena idea! —Nadie sabía mejor que Harold Macmillan, después de siete años de liderazgo de un partido político, lo que significaba la lisonja en semejantes ocasiones—. Mantégame al tanto. ¿De Boston, verdad, señor Metcalfe? Transmita mis saludos a los Kennedy.

Macmillan se retiró, resplandeciente en su traje académico. Harvey estaba estupefacto.

—¡Qué hombre! ¡Qué ocasión! Siento que formo parte de la historia. Solo deseo merecer mi presencia en este lugar.

Stephen había logrado su propósito y estaba decidido a retirarse antes de que ocurriera algo inesperado. Sabía que al final del día Harold Macmillan había estrechado cientos de manos y conversado con miles de personas y sus posibilidades de recordar a Harvey eran mínimas. De todos modos, si le recordaba no tenía ninguna importancia. A fin de cuentas, Harvey era verdaderamente un benefactor de Harvard.

—Tendríamos que retirarnos antes que la gente importante, señor Metcalfe.

—Por supuesto, Rod. Usted dirá.

—Me parece lo más sensato.

Cuando llegaron a la calle, Harvey miró su reloj Jaeger le Coultre. Eran las 2.30.

—Muy bien —dijo Stephen que llevaba 3 minutos de retraso para la próxima cita—. Dentro de poco más de una hora dará comienzo la fiesta al aire libre. Echemos un vistazo a algunas de las facultades.

Pasaron lentamente junto a Brasenose College y Stephen le mostró la famosa aldaba de bronce perteneciente a un santuario del siglo XIII, que seguía instalada en el *hall*. Cien metros más adelante, Stephen hizo girar a Harvey a la derecha.

—Ha girado a la derecha, Adrian, y va en dirección a Lincoln College.

—Fantástico —respondió Adrian y se volvió a sus dos hijos.

Los niños, de siete y nueve años, estaban incómodos con sus trajes de Eton, listos para desempeñar su papel de pajes, aunque no comprendían en qué cosa rara estaba metido papá.

—¿Preparados?

—Sí, papá.

Stephen siguió lentamente hacia Lincoln y cuando estaban a pocos pasos de distancia apareció Adrian saliendo de la entrada principal de la facultad, vestido con el ropaje oficial, las bandas, el cuello, la corbata blanca y los adornos de Vicecanciller. Parecía quince años mayor y en cierto modo semejante al señor Habakkuk. Un poco menos calvo, pensó Stephen.

—¿Quiere conocer al Vicecanciller? —preguntó Stephen.

—Creo que sería muy interesante —respondió Harvey.

—Buenas tardes, Vicecanciller, permítame presentarle al señor Harvey Metcalfe —Adrian se quitó su gorro académico y se inclinó. Habló antes de que Stephen pudiera continuar:

—¿El benefactor de la Universidad de Harvard?

Harvey se ruborizó y miró a los dos niños que llevaban la cola de la capa del Vicecanciller. Adrian continuó:

—Es un placer, señor Metcalfe. Espero que disfrute de su visita a Oxford. Créame

que no cualquiera es acompañado por un Premio Nobel.

—Estoy disfrutando inmensamente. Vicecanciller, y créame que me gustaría colaborar de alguna manera con la universidad.

—Excelente.

—Caballeros, me hospedo en el Randolph Hotel. Para mí será un placer invitarles a tomar el té conmigo esta tarde.

Por un instante, Adrian y Stephen se desconcertaron. Seguramente el hombre se daría cuenta que en el día de Encaenia el Vicecanciller no tenía un momento libre como para ir a ningún lado a tomar el té. Adrian fue el primero en recuperarse.

—Lamentablemente no es posible. Comprenda que en un día como el de hoy uno tiene demasiadas responsabilidades. ¿Por qué no se reúnen conmigo en mis habitaciones del edificio Clarendon, que nos dará la posibilidad de hablar en privado?

Stephen comprendió cuál era la idea y tomó la palabra:

—Excelente. ¿Le conviene a las 4.30, Vicecanciller?

Adrian trató de que no se notara que quería salir corriendo. Solo habían estado allí dos minutos pero a él le pareció que había transcurrido un siglo. No había puesto ninguna objeción a ser periodista ni cirujano americano, pero detestaba sinceramente el papel de Vicecanciller. Seguramente en algún momento aparecería alguien y se daría cuenta de que era un impostor. Gracias a Dios, la mayor parte de los estudiantes se había vuelto a sus casas la semana anterior.

Stephen pensó en Jean Pierre y en James, las cuerdas más delgadas del golpe dramático, deambulando inútilmente con sus disfraces detrás de la tienda preparada para el Garden Party en los terrenos de Trinity College.

—¿Le parece bien, Vicecanciller, que invitemos al Secretario General y al Secretario del Cuerpo Universitario a reunirse con nosotros?

—Me parece una idea excelente, profesor. Yo les avisaré. No todos los días nos visita un eminente filántropo. Ahora debo dejarles, señores, para asistir al Garden Party. Ha sido un verdadero placer conocerle, señor Metcalfe. Espero que nos volvamos a ver a las 4.30.

Se estrecharon las manos cordialmente. Stephen llevó a Harvey en dirección a Exeter College mientras Adrian volvía a la pequeña habitación de Lincoln que había preparado para él. Se hundió en un sillón.

—¿Te sientes bien, papá? —preguntó William, su hijo mayor.

—Sí, estoy muy bien. Id a comer unos helados y a tomar Coca-Cola.

Los rostros de los niños se transformaron: los helados y la Coca-Cola les importaba mucho más que vestirse con ese traje estúpido.

Adrian se quitó la parafernalia. La toga, la capucha, la corbata de lazo, las bandas y las cintas y metió todo en una maleta. Volvió a la calle justo a tiempo de ver que el señor Habakkuk, el auténtico Vicecanciller, abandonaba Jesús College, en el lado opuesto de la calle y se dirigía, evidentemente, al Garden Party. Adrian miró el reloj. Si se hubieran retrasado 5 minutos, todo el plan habría acabado en desastre.

Entretanto, Stephen había dado la vuelta y caminaba en dirección a la sastrería Shepherd & Woodward, que provee los trajes académicos para la universidad. Le preocupaba la idea de pasar un mensaje a James. Stephen y Harvey se detuvieron frente al escaparate.

—¡Qué hermosos ropajes!

—Esa es la toga de Doctor en Letras. ¿Quiere probársela y ver cómo le queda?

—Eso sería fantástico pero... ¿me lo permitirán? —vaciló Harvey.

—Estoy seguro que no pondrán ninguna objeción.

Entraron a la sastrería. Stephen seguía vestido con su vestimenta de Doctor en Filosofía.

—Mi amigo quiere ver la toga de Doctor en Letras.

—Sí, señor —respondió el dependiente, que no pensaba discutir con un miembro de la universidad.

El dependiente fue a la parte trasera de la tienda y volvió con una magnífica toga roja con adornos grises y una capa suelta de terciopelo negro. Stephen tomó la palabra, descaradamente:

—¿Por qué no se la prueba, señor Metcalfe? Veamos cómo está vestido de académico.

El rostro del dependiente mostró sorpresa. Lo único que deseaba era que el señor Venables volviera de almorzar.

—¿Quiere pasar al probador, señor?

Harvey desapareció. Stephen salió a la calle sin hacer ruido.

—James, ¿me oyes? ¡Demonios, por Dios, responde, James!

—Tranquilízate, viejo. Ponerme este ridículo traje me está costando lo mío y de todos modos todavía faltan 17 minutos para nuestra cita.

—Cancélala.

—¿Qué la cancele?

—Sí, y avísale a Jean Pierre. Ambos debéis comunicaros con Adrian por el transmisor lo antes posible. Él os pasará las instrucciones del nuevo plan.

—¡Nuevo plan! ¿Todo anda bien, Stephen?

—Sí, mejor de lo que cabía esperar.

Stephen desconectó y entró precipitadamente a la tienda.

Harvey estaba saliendo del probador, vestido como un Doctor en Letras: la figura más grotesca que Stephen hubiera visto en muchos años.

—Su aspecto es magnífico.

—¿Cuánto cuesta?

—Supongo que alrededor de 100 libras.



—No, no. ¿Cuánto tendría que dar...?

—No tengo la menor idea. Eso debe hablarlo con el Vicecanciller después del Garden Party.

Después de contemplarse largamente en el espejo, Harvey volvió al probador mientras Stephen agradecía la atención al dependiente, pidiéndole que envolviera la toga y la capa y enviara el paquete al Edificio Clarendon, dejándola en la portería a nombre de *Sir John Betjeman*. Pagó en efectivo. El dependiente pareció aún más confuso.

—Sí, señor —no sabía qué hacer, salvo rogar que volviera el señor Venables.

Este regresó 10 minutos más tarde, pero Stephen y Harvey ya iban camino de Trinity College para participar del Garden Party.

—Señor Venables, me acaban de pedir que envíe el traje de Doctor en Letras, al Edificio Clarendon, a nombre de *Sir John Betjeman*.

—¡Qué extraño! Hace semanas que le servimos el equipo para la ceremonia de esta mañana. Me gustaría saber para qué querrá otro traje.

—Pagó en efectivo.

—Envíaselo al Clarendon y asegúrate de que esté a su nombre.

Stephen y Harvey llegaron a Trinity College poco después de las 3.30. Los elegantes prados verdes sin las argollas de *croquet* ya estaban ocupados por más de un millar de personas. Los miembros de la universidad llevaban una extraña vestimenta híbrida: sus mejores trajes de etiqueta o vestidos de seda cubiertos por las togas, las capas y las capuchas. Las tazas de té, las cajas de fresas y los bocadillos de pepino desaparecían a toda velocidad.

—¡Qué fiesta tan estupenda! —exclamó Harvey—. Sin duda, aquí saben hacer las cosas con estilo, profesor.

—El Garden Party siempre resulta muy divertido. Es el principal acontecimiento social del año universitario y su clausura. La mitad de los miembros importantes que se encuentran presentes, están robando la tarde a la corrección de exámenes escritos. Este es el momento de los exámenes finales del último año.

Stephen divisó al Vicecanciller, al Secretario General y al Secretario del Cuerpo Universitario con ojos de lince y apartó a Harvey de su alcance, presentándole a tantos miembros de la universidad como le resultó posible, con la esperanza de que para los ancianos el encuentro no resultara demasiado memorable. Pasaron tres cuartos de hora de una persona a otra. Stephen se sentía como el edecán de un dignatario incompetente al que hay que mantener con la boca cerrada para que no se produzca un incidente diplomático. A pesar de la angustia de Stephen, Harvey estaba pasando el mejor momento de su vida.

—Adrian, Adrian, ¿me oyes?

—Sí, James.

—¿Dónde estás?

—En el Eastgate Restaurant: tú y Jean Pierre debéis reuniros aquí conmigo.

—Comprendido. Llegaremos dentro de 5 minutos. No, diez. Con este disfraz, será mejor ir despacio.

Adrian se levantó. Los chicos habían tenido su recompensa y les llevó hasta un coche que estaba esperando, dándole instrucciones al chófer —que había sido contratado especialmente para ese día— de que les llevara de vuelta a Newbury: habían desempeñado su papel y ahora debían continuar su vida normalmente.

—¿Tú no vienes, papá? —preguntó Janie.

—No, volveré más tarde. Avisad a mamá que me espere alrededor de las siete.

Adrian volvió a entrar en el restaurante y vio que Jean Pierre y James avanzaban hacia él.

—¿Por qué este cambio de planes? —preguntó Jean Pierre—. Me ha llevado más de una hora vestirme y prepararme.

—No importa. Eso sigue funcionando. Tuvimos un golpe de suerte. Hablé con Harvey en la calle y me invitó a tomar el té en el Randolph Hotel. Le expliqué que era imposible pero le pedí que se reuniera conmigo en el Clarendon. Stephen sugirió que vosotros dos también fuerais invitados.

—Muy inteligente —afirmó James—. Ya no es necesario montar el número en el Garden Party.

—Esperemos que no sea demasiado inteligente —observó Jean Pierre.

—Bien, al menos podemos hacer todo a puerta cerrada —dijo Adrian—, que resultará más fácil. Nunca me gustó la idea de andar con él por la calle.

—Nada es fácil con Harvey Metcalfe —señaló Jean Pierre.

—Yo llegaré al Clarendon a las 4.15 —continuó Adrian—. Tú, Jean Pierre, aparece un poco después de las 4.30 y después tú, James, sobre las 4.45. Debéis seguir exactamente las mismas líneas que si la reunión hubiese tenido lugar en el Garden Party, como planeamos al principio, y hubiéramos ido andando todos juntos hasta el Clarendon.

Stephen sugirió a Harvey que volvieran al edificio Clarendon, ya que sería un gesto descortés con el Vicecanciller llegar tarde.

—¡Jesús, ya son las 4.20!

Abandonaron el Garden Party y fueron rápidamente hacia el Clarendon, al final de High Street. En el camino. Stephen explicó a Harvey que Clarendon era una especie de Casa Blanca, donde todos los funcionarios de la universidad tenían sus habitaciones.

El Clarendon es un enorme e imponente edificio del siglo XVIII, que el visitante puede confundir con una facultad. Unos pocos escalones conducen a un impresionante salón, y al entrar uno comprende que se encuentra en un magnífico

edificio antiguo que ha sido convertido en oficinas, con la menor cantidad de modificaciones posibles.

Cuando llegaron, el portero les saludó.

—El Vicecanciller nos espera —dijo Stephen.

Al portero le había sorprendido la llegada de Adrian 15 minutos antes y su afirmación en el sentido de que el señor Habakkuk le había pedido que le esperara en su despacho y, aunque Adrian llevaba su traje de académico, el portero le miró pensativo ya que no esperaba que el Vicecanciller ni ninguna otra persona volviera del Garden Party antes de una hora. La llegada de Stephen le dio confianza. Recordaba muy bien la libra que había recibido por su visita al edificio.

El portero acompañó a Stephen y a Harvey a las habitaciones del Vicecanciller y les dejó allí.

El despacho del Vicecanciller no era en absoluto presuntuoso, y su alfombra de color beige y las paredes pálidas lo hacían semejante a la oficina de cualquier funcionario de tipo medio, si no fuera por la magnífica obra de Wilson-Steer que remataba la chimenea de mármol.

Adrian estaba asomado a la ventana.

—Buenas tardes, Vicecanciller.

—Buenas tardes otra vez, profesor.

—¿Recuerda al señor Metcalfe?

—Naturalmente. Me alegro de volver a verle —Adrian se estremeció: todo lo que quería era irse a su casa.

Charlaron un rato. Volvieron a llamar a la puerta y entró Jean Pierre.

—Buenas tardes, Secretario General.

—Buenas tardes. Vicecanciller, profesor Porter.

—Le presento al señor Harvey Metcalfe.

—Buenas tardes, señor.

—Secretario General, ¿quiere...?

—¿Dónde está ese Metcalfe?

Todos se quedaron estupefactos cuando entró en la habitación un hombre de unos noventa años apoyado en un par de bastones. Se acercó a Adrian, parpadeó, se inclinó y dijo respetuosamente, con voz irritada:

—Buenas tardes, Vicecanciller.

—Buenas tardes, Horsley.

James se acercó a Harvey y le golpeó con un bastón como para asegurarse de que era real.

—He leído algo sobre usted, joven.

Hacia treinta años que nadie le decía joven a Harvey. Los otros, miraron a James, admirados. Ninguno de ellos sabía que en su último año en la universidad James había desempeñado con gran éxito el papel de protagonista de El avaro. Su Secretario del Cuerpo Universitario no era más que una representación repetida, incluso a

Moliere le habría gustado. James continuó:

—Ha sido muy generoso con Harvard.

—Usted es muy amable, señor —musitó Harvey respetuosamente.

—No me llame señor, joven. Usted me gusta... puede llamarme Horsley.

—Sí, Horsley, señor —farfulló Harvey.

Los demás no podían hacer otra cosa que tratar de mantenerse serios.

—Bien, Vicecanciller —continuó James—. No me habrá hecho arrastrar por media ciudad inútilmente. ¿Qué ocurre aquí? ¿Dónde está mi jerez?

Stephen se preguntó si James no estaría yendo demasiado lejos y miró a Harvey, pero este estaba indudablemente cautivado por la escena. Pensó cómo era posible que un hombre tan maduro en un campo fuese tan inmaduro en otro. Estaba comenzando a comprender cómo había logrado vender el puente de Westminster por lo menos a cuatro americanos.

—Abrigamos la esperanza de interesar al señor Metcalfe en la obra de la universidad y me pareció que el Secretario del Cuerpo Universitario debía estar presente.

—¿Qué es ese cuerpo? —preguntó Harvey.

—Una especie de tesorería de la universidad —replicó James en voz alta, anciana y convincente—. ¿Por qué no lee esto?

Extendió a Harvey un calendario de Oxford, que este podría haber obtenido en la librería por 2 libras, que es lo que había hecho James.

Stephen no estaba seguro de cuál sería el próximo movimiento, pero afortunadamente para él, Harvey tomó la palabra:

—Caballeros, quiero decirles que me siento muy orgulloso de estar hoy aquí. Este ha sido un año maravilloso para mí. Pude ver cómo un americano ganó en Wimbledon. Compré un Van Gogh. Un maravilloso cirujano me salvó la vida en Montecarlo y ahora estoy en Oxford, rodeado de tanta historia. Caballeros, para mí sería un gran placer entablar relaciones con esta maravillosa universidad.

James volvió a tomar la batuta:

—¿En qué ha pensado? —le gritó a Harvey mientras se ajustaba el audífono.

—Caballero, cumplí la mayor ambición de mi vida cuando recibí el trofeo de manos de vuestra Reina, pero el premio en metálico... quisiera donarlo en beneficio de esta universidad.

—¡Pero son más de 80 000 libras! —jadeó Stephen.

—Para ser exactos, 81 240, señor. Digamos 250 000 dólares.

Stephen, Adrian y Jean Pierre estaban paralizados. James debió seguir en su papel de director. Esta era la oportunidad que necesitaba para demostrar por qué su bisabuelo había sido uno de los generales más respetados de Wellington:

—Aceptamos. Pero tiene que ser una donación de carácter anónimo. Solo me parece prudente pedir al Vicecanciller que se lo informe al señor Harold Macmillan y a la Junta Hebdomadaria, pero no queremos más ruido al respecto. Le ruego,

Vicecanciller, que considere la posibilidad de otorgar a este caballero un título *honoris causa*.

Adrian comprendía muy bien el dominio que James tenía de la situación y se limitó a decir:

—¿Cómo nos aconseja que lo hagamos, Horsley?

—Cheque al portador para que nadie pueda rastrear al señor Metcalfe. No podemos permitir que los malditos de Cambridge le persigan el resto de sus días. Lo mismo que hicimos en el caso de *Sir David*: nada de ruido.

—De acuerdo —dijo Jean Pierre, sin tener la menor idea de qué estaba hablando James.

A Harvey le ocurría lo mismo.

James hizo un gesto a Stephen, que abandonó el despacho del Vicecanciller y se dirigió a la portería, donde preguntó si habían dejado un paquete a nombre de *Sir John Betjeman*.

—Sí, señor. Ignoro por qué lo dejaron aquí.

—Él me pidió que lo recogiera —dijo Stephen.

Stephen regresó al despacho y encontró a James insistiendo sobre la importancia de mantener el donativo como un secreto entre él y la universidad.

Stephen deshizo el paquete y sacó una espléndida toga de Doctor en Letras. Harvey se ruborizó, embarazado y orgulloso, cuando Adrian se la colocó sobre los hombros entonando algo en latín, que en realidad no era más que la repetición del lema de su facultad.

La ceremonia concluyó pocos segundos después.

—Mis felicitaciones —rugió James—. Es una pena que no hayamos organizado esto como parte de las ceremonias del día de hoy, pero en un gesto tan desprendido como el suyo no podemos esperar otro año.

Brillante, pensó Stephen: *Sir Lawrence Oliver* no lo habría hecho mejor.

—Por mí está muy bien así —afirmó Harvey mientras se sentaba y extendía un cheque al portador—. Os doy mi palabra de que jamás se volverá a mencionar esta cuestión.

Nadie le creyó.

Todos guardaron silencio cuando Harvey se levantó y entregó el cheque a James.

—No, señor —James le atravesó con la mirada.

Los otros le miraron atónitos.

—Al Vicecanciller.

—Por supuesto. Discúlpeme, señor.

—Muchas gracias —dijo Adrian mientras recibía el cheque con mano temblorosa—. Una donación espléndida. Puede estar seguro de que haremos buen uso de ella.

Llamaron a la puerta. Todos se volvieron sorprendidos excepto James, que ahora

estaba preparado para cualquier cosa. Era el chófer de Harvey. James siempre había odiado el presuntuoso uniforme blanco y el sombrero blanco.

—Ah, es el eficiente señor Mellor —comentó Harvey—. Caballeros, os garantizo que ha observado hasta el más mínimo de los movimientos que hemos realizado hoy.

Los cuatro sintieron que se congelaban, pero evidentemente el chófer no había hecho ninguna deducción siniestra de sus observaciones.

—Su coche le espera, señor. Usted quería estar en el Claridge's a las 7.00 en punto para acudir a su cita.

—Joven —vociferó James.

—Sí, señor —tartamudeó el chófer.

—¿Sabe que está ante el Vicecanciller de esta universidad?

—No, señor. Lo siento, señor.

—Quítese inmediatamente ese sombrero.

—Sí, señor.

El chófer se quitó el sombrero y retrocedió en dirección a la calle, maldiciendo entre dientes.

—Vicecanciller, le aseguro que detesto interrumpir esta reunión, pero como ha oído, tengo que acudir a una cita...

—Naturalmente, naturalmente. Permítame agradecerle otra vez oficialmente su generoso donativo, que será empleado en beneficio de personas que se lo merecen. Todos nosotros esperamos que tenga un buen viaje al volver a los Estados Unidos y que nos recuerde tan cariñosamente como nosotros lo recordaremos a usted.

Harvey se dirigió a la puerta.

—Me despediré de usted aquí, señor —bramó James—. A mí me llevará 20 minutos bajar esos malditos escalones. Es usted un gran hombre y muy generoso.

—No ha sido nada —respondió Harvey.

Eso es verdad, pensó James, para ti no ha sido nada.

Stephen, Adrian y Jean Pierre acompañaron a Harvey hasta el Rolls Royce.

—Profesor —dijo Harvey—, no entendí todo lo que el viejo dijo —mientras hablaba equilibró tímidamente el peso de la capa sobre los hombros.

—Está muy sordo y es muy viejo, pero tiene un buen corazón. Quería que usted supiera que esto debe ser una donación anónima en lo que a la Universidad se refiere, aunque la jerarquía de Oxford conocerá la verdad, por supuesto. Si su donativo fuera del conocimiento público, todo tipo de indeseables que nunca han hecho nada en el campo de la educación, se aproximarían a nosotros con la intención de poder comprar un título *honoris causa*.

—Naturalmente, naturalmente. Comprendo. Por mí está bien así. Quiero agradecerles este día maravilloso y desearles la mejor suerte en el futuro.

Subió al Rolls Royce y saludó entusiastamente a los tres con la mano, mientras ellos observaban cómo el coche arrancaba sin esfuerzos, en dirección a Londres.

Tercer movimiento: mate en una jugada.

—James estuvo brillante —declaró Jean Pierre—. Cuando entró no le reconocí.

—A mí me ocurrió lo mismo —dijo Adrian—. Vayamos a rescatarle... ha sido el verdadero héroe del día.

Los tres subieron corriendo los escalones, olvidando que tenían aspecto de cincuentones o sesentones y entraron precipitadamente en el despacho del Vicecanciller para felicitar a James, que estaba tumbado en el suelo. Se había desmayado.

Una hora después, en Magdalen, con ayuda de Adrian y dos generosos *whiskies*, James recuperó el conocimiento.

—Estuviste fantástico —observó Stephen— exactamente en el momento en que yo comencé a perder el control.

—Si hubiéramos podido montarlo en un escenario, habría recibido un premio de la Academia —dijo Adrian—. Después de semejante representación, tu padre tendrá que permitirte actuar en las tablas.

James paladeó su primer momento de gloria en tres meses. Apenas podía esperar a que llegara el momento de contárselo a Anne.

—¡Anne! —Miró el reloj—. ¡Las 6.30! Tengo una cita con Anne a las 8.00, así que me voy ahora mismo. Os veré a todos el lunes, cuando cenemos en las habitaciones de Stephen. Entonces trataré de tener preparado mi plan.

James salió corriendo.

—¡James!

Reapareció su rostro en la puerta. Todos gritaron, a coro:

—¡Fantástico!

James sonrió, bajó corriendo los escalones y se metió al Alfa Romeo. Ahora no pensaba venderlo. Se dirigió a Londres a toda máquina.

Cubrió el trayecto entre Oxford y Kings Road en 59 minutos. La nueva autopista significaba una diferencia notable desde sus tiempos de estudiante. Entonces el viaje se hacía entre una hora y media y dos horas a través de High Wycombe o de Henley.

Su prisa se debía a que la cita con Anne era sumamente importante y bajo ninguna circunstancia debía llegar tarde, ya que esa noche iba a conocer al padre de ella. Estaba decidido a causar una buena impresión, especialmente después del fin de semana de Anne en Tathwell Hall. El quinto conde estuvo al lado de ella todo el tiempo, sin abandonarla un solo instante. Incluso habían logrado fijar la fecha de la boda sujeta, naturalmente, a la aprobación de los padres de Anne.

James se dio una rápida ducha fría y se quitó el maquillaje, perdiendo alrededor de sesenta años. Había acordado encontrarse con Anne para tomar una copa en Les Ambassadeurs Club de Mayfair antes de cenar, y mientras se ponía la chaqueta de *smoking* se preguntó si lograría llegar de Kings Road a Hyde Park Comer en 12 minutos. Entró en el coche de un salto, acelerando inmediatamente. Salió disparado

por Sloane Square. Eaton Square hasta más allá del Hospital St. George, rodeando Hyde Park Corner en dirección a Park Lane, y llegó a las 7.58.

—Buenas noches, milord —dijo el señor Mills, propietario del club.

—Buenas noches. Voy a encontrarme con la señorita Summerton y tuve que dejar el coche en doble fila. ¿Quiere ocuparse de él? —preguntó James dejando caer las llaves y un billete de una libra en la mano enguantada del jefe de porteros.

—Encantado, milord. Acompaña a Lord Brigsley al salón privado —dijo a un subalterno.

James siguió al portero por las escaleras alfombradas en rojo hasta un pequeño saloncito de estilo Regencia donde había preparada una mesa para tres. Oyó hablar a Anne en la sala de al lado. La vio aparecer, más hermosa que nunca, con un vaporoso vestido de color verde.

—Hola, cariño. Pasa, que te presentaré a papá.

James siguió a Anne a la salita contigua.

—Papá, este es James. James, este es mi padre.

James se puso rojo y por último verde.

—¿Cómo estás, muchacho? Rosalie me ha hablado tanto de ti que estaba ansioso por conocerte.



— **L**ÁMAME HARVEY —dijo el padre de Anne.

James se quedó mudo de estupefacción. Anne rompió el silencio:

—¿Te sirvo *whisky* como de costumbre, James?

James buscó la voz en las profundidades de su garganta:

—Sí, gracias.

—Quiero que me contéis todo —continuó Harvey—. ¿En qué andáis y por qué he visto tan poco a mi hija en las últimas semanas?, aunque puedo adivinar la respuesta.

James bebió el *whisky* de un trago y de inmediato Anne volvió a llenarle el vaso.

—Ves muy poco a tu hija porque estoy posando muy rara vez en Londres.

—Lo sé, Rosalie...

—James me conoce como Anne, papá.

—Te hemos bautizado con el nombre de Rosalie. A tu madre y a mí nos pareció bien y a ti también tendría que parecértelo.

—Papá, ¿a quién se le ocurre que una importante modelo europea pueda llamarse Rosalie Metcalfe? Todos mis amigos me conocen como Anne Summerton.

—¿Tú qué piensas, James?

—Estoy empezando a pensar que no la conozco —replicó James, recuperándose lentamente.

Era evidente que Harvey no sospechaba nada. No había visto a James de frente en la galería ni en Montecarlo ni en Ascot, y ese día, en Oxford, tenía noventa años. James estaba seguro de haber superado esta prueba pero... ¿cómo demonios les diría a los demás, cuando se reunieran el lunes, que el último plan no iría destinado a derrotar a Harvey Metcalfe sino a su suegro?

—¿Vamos a cenar?

Harvey no esperó la respuesta. Se dirigió al comedor, el primero de todos.

—Espera, jovencita —susurró James ferozmente—. Tendrás que explicarme unas cuantas cosas.

Anne le besó cariñosamente en la mejilla.

—Eres la primera persona que me ha dado la posibilidad de derrotar a mi padre en algo. Podrías perdonarme... Te adoro...

—Vamos, vosotros dos. Ya tendréis tiempo para eso cuando estéis casados.

Anne y James cruzaron el saloncito y se sentaron con Harvey a la mesa. A James le divirtió ver el cóctel de langostinos y recordó que Stephen había lamentado ese detalle en la cena con Harvey en Magdalen.

—Por lo que entiendo, James, tú y Rosalie ya habéis fijado la fecha de la boda.

—Sí, señor, sí contamos con su aprobación.

—Por supuesto contáis con mi aprobación. Después de ganar la carrera de Ascot, abrigaba la esperanza de que Rosalie se casara con el príncipe Carlos, pero un conde está bien para mi hija.

Ambos rieron, aunque ninguno de los dos pensaba que la observación era divertida.

—Ojalá hubieras podido acompañarme a Wimbledon este año, Rosalie. Piensa que era el día de damas y la única compañía que tuve fue un aburrido banquero suizo.

Anne miró a James y sonrió.

Los camareros limpiaron la mesa y acercaron un carrito con una perfecta corona de cordero formada por impecables costillas, que Harvey estudió muy interesado.

—Pero todos modos, fuiste muy amable el llamarme a Montecarlo, querida. De verdad creí que me moría. James, te aseguro que es difícil de creer, pero me quitaron del estómago una piedra del tamaño de una pelota de béisbol. Gracias a Dios, me operó uno de los cirujanos más importantes del mundo. Wiley Barker me salvó la vida.

Harvey se aflojó la camisa y mostró a James la cicatriz de diez centímetros que le atravesaba el vientre:

—¿Qué piensas de esto, James?

—Notable.

—Papá, estamos comiendo.

—No fastidies, cariño. No será la primera vez que James ve el vientre de un hombre.

Ni es la primera vez que veo ese, pensó James.

Harvey volvió a meterse la camisa por dentro de los pantalones y continuó hablando.

—De cualquier manera, insisto en que fuiste muy amable al telefonearme —se inclinó y le dio una palmada en la mano—. Hice lo que me dijiste y retuve al magnífico doctor Barker una semana más, por si surgía alguna complicación. Créeme que el precio que cobran estos médicos...

A James se le cayó el vaso de vino. El clarete cubrió el mantel de una mancha roja.

—Lo siento.

—¿Te encuentras bien, James?

—Sí, señor.

James miró airado a Anne. Harvey estaba impertérrito.

—Cambie el mantel y sírvale más vino a Lord Brigsley.

El camarero llenó otro vaso de vino y James decidió que ahora le tocaba divertirse. Anne se había estado riendo de él durante tres meses. ¿Por qué no se burlaría un poco él si Harvey le daba la oportunidad? Este seguía hablando:

—¿Te gustan las carreras, James?

—Sí, señor, y disfruté mucho de su victoria en la Rey Jorge VI y Reina Isabel, por más razones de las que usted sospecha.

Durante la distracción provocada por los camareros mientras limpiaban la mesa, Anne susurró al oído de James:

—No trates de pasarte de listo, querido... no es tan estúpido como parece.

—¿Qué piensas de ella?

—¿Cómo dice, señor?

—De *Rosalie*.

—Es estupenda. Le aposté 5 libras.

—Para mí fue una gran actuación y lamenté que no estuvieras presente, *Rosalie*, porque habrías tenido la oportunidad de conocer a la Reina y a un tipo estupendo, el profesor Porter.

—¿El profesor Porter? —preguntó James, enterrando el rostro en el vaso de vino.

—Sí, el profesor Porter, James. ¿Lo conoces?

—No, señor, no le conozco, pero me parece que es uno que ganó el Premio Nobel.

—El mismo. Lo pasé muy bien con él en Oxford. Disfruté tanto que terminé dándole un cheque por 250 000 dólares para que realizara unas investigaciones que le interesan.

—Papá, ya sabes que no debes divulgarlo.

—Lo sé, pero ahora James es de la familia.

James no pensaba permitir que Anne saliera tan bien librada de su duplicidad.

—¿Por qué no se lo puede contar a nadie, señor?

—Es una historia muy larga, James, pero para mí fue un verdadero honor. Entiende bien que lo que te digo es absolutamente confidencial, pero fui invitado por el profesor Porter a las celebraciones de Encaenia. Almorcé en All Souls con Harold Macmillan, vuestro querido ex Primer Ministro, y después asistí al Garden Party. Más tarde tuve una reunión con el Vicecanciller en sus habitaciones privadas, a la que también asistieron el Secretario General y el Secretario del Cuerpo Universitario. ¿Estudiaste en Oxford, James?

—Sí, señor. En La Casa.

—¿La Casa? —preguntó Harvey.

—En Christ Church, señor.

—Jamás comprenderé Oxford.

—No, señor.

—Debes llamarme Harvey. Bueno, nos reunimos en el Clarendon, donde empezaron a tartamudear y a buscar desesperados las palabras convenientes. Ninguno sabía qué decir, salvo un viejo divertidísimo que tenía por lo menos noventa años. Esta gente no sabe sacar dinero a los millonarios, de modo que decidí aliviarles de la carga y tomar la iniciativa. Ellos se habrían pasado el día hablando de su amado Oxford, de modo que les tapé la boca firmando, sencillamente, un cheque por 250 000 dólares.

—Ha sido muy generoso, Harvey.

—Si me lo hubieran pedido, les habría dado 500 000. James, estás empalideciendo, ¿de verdad te encuentras bien?

—Lo siento. Estoy bien. Me emocionó su descripción de Oxford.

Anne intervino:

—Papá, prometiste al Vicecanciller que tu donación sería un secreto entre la universidad y tú y ahora debes prometerme que jamás repetirás esa historia.

—Creo que usaré la toga por primera vez en el otoño, para la apertura de la nueva biblioteca de Harvard.

—No, señor —se apresuró a decir James—, eso no sería correcto. Esa vestimenta solo puede usarla en Oxford para las ceremonias.

—¡Qué vergüenza! Pero sé que los ingleses sois muy estrictos en cuestiones de etiqueta. Esto me recuerda que tenemos que organizar vuestra boda. Supongo que querréis seguir viviendo en Inglaterra.

—Sí, papá, pero te iremos a ver todos los años y cuando tú hagas tu acostumbrado viaje anual a Europa puedes ser nuestro huésped.

Los camareros limpiaron la mesa una vez más y volvieron trayendo fresas, el postre favorito de Harvey. Anne hizo todo lo posible por mantener la conversación a nivel doméstico, para evitar que su padre siguiera hablando de lo que había hecho durante los dos últimos meses, mientras James hacía todo lo posible para que volviera a salir el tema.

—¿Café y licor, señor?

—No, gracias —respondió Harvey—. La cuenta. Pensé que podríamos tomar una copa en mi *suite* del Claridge's, Rosalie. Quiero enseñaros algo. Es una sorpresa.

—Sí, papá, me encantan las sorpresas. Vamos, James.

James les dejó y llevó el Alfa Romeo al garaje del Claridge's para que Anne pudiera estar unos momentos a solas con su padre. Harvey y su hija caminaron por Curzon Street cogidos del brazo.

—¿No es maravilloso, papá?

—Sí, es un gran tipo. Al principio no me pareció demasiado brillante, pero se animó durante el curso de la comida. Así que mi muchachita se transformará en una auténtica dama inglesa. A tu mamá le parecerá divertidísimo y yo me siento muy feliz de que hayamos superado nuestras diferencias.

—En las últimas semanas he analizado las cosas en perspectiva. ¿Cuál es la sorpresa, papi?

—Espera y lo sabrás, cariño. Es mi regalo de bodas.

James volvió a reunirlos a la entrada del Claridge's. Por la mirada de Anne adivinó que Harvey había dado su aprobación paterna.

—Buenas noches, señor. Buenas noches, milord.

—Hola, Albert. Por favor, pide que suban café y una botella de Remy Martin a mi *suite*.

—Enseguida, señor.

La *Suite Real* estaba en el primer piso del Claridge's y James nunca la había visto. Después del pequeño salón de entrada está el dormitorio principal a la derecha y una

salita a la izquierda. Harvey les llevó directamente a la sala.

—Muchachos, ahora veréis mi regalo de bodas.

Abrió la puerta con estilo dramático, dejando a la vista la pared del fondo, donde estaba el Van Gogh. Anne y James se quedaron atónitos, incapaces de pronunciar una sola palabra.

—A mí me ocurrió exactamente lo mismo —dijo Harvey—. Me quedé mudo.

—Papá —Anne tragó saliva—. ¡Un Van Gogh! Tú siempre quisiste tener un Van Gogh. Siempre soñaste con poseer esta obra y, además, yo no puedo tener algo tan valioso en mi casa. Piensa en el riesgo que correría. Nosotros no tenemos la misma protección que tú. No podemos permitir que te desprendas del orgullo de tu colección, ¿no es verdad, James?

—De ninguna manera —corroboró James con gran sentimiento—. No tendría un momento de paz con ese cuadro en casa.

—Déjalo en Boston, papá, en el lugar que merece. Cuando quieras nos lo puedes prestar a James y a mí.

—¡Qué gran idea, Rosalie! De ese modo todos lo disfrutaremos. Tendré que pensar en otro regalo de bodas. James, tu prometida me ha hecho cambiar de parecer, algo que no había logrado en veinticuatro años.

—De hecho, lo he logrado dos o tres veces, papá y abrigo la esperanza de volver a hacerlo.

Harvey ignoró la observación de Anne y siguió hablando.

—Este es el trofeo de Ascot —señaló una magnífica escultura de bronce que representaba un caballo y su *jockey* y con la brida y las ancas guarnecidas en diamantes—. Como la carrera es tan importante, dan un trofeo nuevo todos los años, de modo que este es mío para toda la vida.

James se sintió agradecido de que al menos el trofeo fuera auténtico.

Llegó el café y el coñac y se sentaron para discutir los detalles de la boda.

—Tú, Rosalie, tienes que volar a Lincoln la semana próxima para ayudar a tu madre en los preparativos, ya sabes que si no se dejará ganar por el pánico y no habrá nada bien hecho. Tú, James, debes informarme a cuántas personas invitarás para que les reserve habitaciones en el Statler Hilton. Haremos la ceremonia religiosa en Trinity Church, en Copley Square, y celebraremos una recepción de auténtico estilo inglés en mi casa de Lincoln. ¿Te parece bien, James?

—Maravilloso. Usted es un hombre muy organizado, Harvey.

—Siempre lo he dicho, James. A la larga produce beneficios. Tú y Rosalie debéis ultimar todos los detalles antes de la semana próxima, porque yo me marcho mañana.

Siguieron hablando una hora más sobre la ceremonia y la fiesta. James y Anne se despidieron de Harvey poco antes de medianoche.

—Te veré mañana por la mañana, papá.

—Buenas noches, señor.

James estrechó la mano a Harvey y salió.

—Te dije que era fantástico, papá.

—Es un buen muchacho y tu madre estará encantada.

Mientras bajaban en el ascensor James no dijo nada porque detrás de ellos había dos hombres que también se dirigían a la planta baja. Pero en cuanto estuvieron en el Alfa Romeo, James tomó a Anne del cuello y le bajó la cabeza con tanta fuerza que ella no supo si reír o llorar.

—¿Por qué?

—Por si alguna vez olvidas quién es el jefe de la familia.

—Cerdo machista, lo único que hice fue tratar de ayudar.

James condujo a toda velocidad hasta el piso de Anne.

—¿Y qué me dices de tu historia familiar? Mis padres viven en Washington, papá pertenece al cuerpo diplomático —James la imitó—. No sé bien qué cargo ocupa pero es diplomático.

—Tienes razón, querido, pero me vi obligada a pensar en algo en cuanto supe de quién se trataba.

—¿Qué voy a decir a los demás?

—Nada. Les invitas a la boda explicándoles que mi madre es americana y que por esa razón nos casaremos en Boston. Daría todo el oro del mundo por ver la cara que ponen cuando descubran quién es tu suegro. De todos modos, todavía tienes que pensar en un plan y bajo ninguna circunstancia debes fallarles.

—Pero las circunstancias han cambiado.

—No, no es así. La verdad es que todos ellos han triunfado y tú no, de modo que no puedes dejar de tener un plan cuando llegues a los Estados Unidos.

—Es evidente que no habríamos triunfado sin tu ayuda.

—No digas tonterías, querido. No tuve nada que ver en el caso de Jean Pierre. Me limité a añadir un toque de color aquí y otro allá. ¿Me prometes que nunca volverás a zurrarme?

—Lo haré siempre que piense en ese cuadro pero ahora, cariño...

—James, eres un maníaco sexual.

—Lo sé. ¿Cómo crees que hicimos los Brigsley para fundar tribus enteras de lores durante generaciones?

A la mañana siguiente Anne dejó a James muy temprano para pasar un rato con su padre antes de marchar. Ambos le despidieron en el aeropuerto, poco antes de que saliera el vuelo de mediodía a Boston. Mientras volvían, en el coche, Anne no pudo resistirse a preguntarle qué había decidido decir a los demás. La única respuesta que recibió fue:

—Espera y lo sabrás, no pienso cargar más culpas a mis espaldas. Me alegro de que te vayas a Estados Unidos el lunes.

**L** LUNES FUE UN INFIERNO por partida doble para James. En primer lugar, tuvo que ver partir a Anne en el vuelo matutino de TWA con destino a Boston. Después, pasó el resto del día preparándose para la reunión nocturna con el equipo. Los otros tres habían terminado sus operaciones y esperaban conocer sus ideas. Ahora le resultaba doblemente difícil ya que sabía que su víctima era su futuro padre político, pero comprendía que Anne tenía razón y no podía convertir este hecho en una excusa. Esto significaba que todavía tenía que sacar a Harvey 250 000 dólares. Recordó que podría haberlos obtenido pronunciando una sola frase en Oxford, pero tampoco podía contar eso al resto del equipo.

Como Oxford había sido la victoria de Stephen, la cena iba a celebrarse en Magdalen College. James salió de Londres poco después de la hora punta, pasó junto al White City Stadium y bajó por la M40 hasta Oxford.

—Siempre eres el último, James —observó Stephen.

—Lo siento, he estado quemándome las pestañas...

—Pensando en un buen plan, supongo —dijo Jean Pierre. James no respondió. Pensó en cuánto se conocían ahora entre sí. James sentía que en doce semanas conocía más a estos tres hombres que a cualquiera de los así llamados amigos con los que se veía desde hacía veinte años. Por primera vez comprendió por qué su padre siempre se refería a las amistades que había hecho durante la guerra. Comenzó a pensar cuánto extrañaría a Stephen cuando este volviera a su país. De hecho, el éxito les dividiría, y James habría sido el primero en reconocer que no quería volver a pasar por la agonía de otro Prospecta Oil, pero sin duda tenía sus compensaciones.

Stephen era incapaz de pensar en una reunión como una celebración y cuando los criados terminaron de servir el primer plato y salieron, golpeó la mesa y declaró abierta la sesión.

—Prométeme algo —pidió Jean Pierre.

—¿Qué? —preguntó Stephen.

—Que cuando hayamos recuperado hasta el último centavo podré sentarme en la cabecera de la mesa y que tú no abrirás la boca hasta que se te dirija la palabra.

—Acepto —dijo Stephen—, pero solo cuando hayamos recuperado hasta el último centavo. Hasta el momento hemos recibido 777 560 dólares. Los gastos de la última operación ascienden a 5178, lo que hace un importe total de 27 661 dólares con 24 centavos. En consecuencia, Harvey Metcalfe todavía nos adeuda 250 101 dólares y 24 centavos.

Stephen repartió copias del balance actualizado.

—Tres hojas para agregar a las carpetas. ¿Alguna pregunta?

—Sí, ¿por qué los gastos de esta operación han subido tanto? —preguntó Adrian.

—Además de las razones obvias —explicó Stephen—, la verdad es que la tasa flotante de la libra con respecto al dólar nos ha afectado. Al principio cambiamos a 2,44 dólares la libra. Esta mañana solo obtuve 2,32. Estamos gastando en libras pero cobramos a Metcalfe en dólares a la tasa ordinaria.

—¿No piensas perdonarle ni un centavo? —preguntó James.

—Ni un centavo. Ahora bien, antes de continuar quiero dejar constancia...

—Esto se parece cada vez más a una reunión de la Cámara de Representantes —señaló Jean Pierre.

—Cierra la boca, estorbo —dijo Adrian.

—Escucha, alcahuete de Harley Street...

Todos empezaron a gritar. Los criados del College, que habían presenciado bastantes reuniones ruidosas, se preguntaron si les pedirían ayuda antes de que terminara la velada.

—Silencio —la aguda voz senatorial de Stephen les llamó al orden—. Sé que estáis muy animados pero aún nos falta por recuperar 250 101 dólares y 24 centavos.

—De ningún modo debemos olvidarnos de esos 24 centavos, Stephen.

—La primera vez que cenaste acá no te mostraste tan alborotado, Jean Pierre: «El hombre que una vez vendió la piel del león mientras la bestia vivía, murió al cazarla».

Todos guardaron silencio.

—Harvey todavía debe dinero al equipo y será tan difícil conseguir el último cuarto como los tres primeros. No obstante, antes de ceder la palabra a James, quiero dejar constancia de que su desenvolvimiento en el Clarendon fue brillante.

Adrian y Jean Pierre golpearon la mesa en señal de acuerdo.

—Ahora, James, estamos a tus órdenes.

Todos volvieron a guardar silencio.

—Mi plan está casi concluido —comenzó a decir James.

Los otros le miraron incrédulos.

—Pero tengo algo que decir, que espero me permitirá un breve respiro antes de que lo llevemos a cabo.

—A que te casas.

—Tienes razón, Jean Pierre, como de costumbre.

—Lo adiviné en cuanto entraste. ¿Cuándo podemos conocerla, James?

—Cuando sea demasiado tarde para que pueda cambiar de idea, Jean Pierre.

Stephen consultó su agenda.

—¿Cuánto tiempo necesitas?

—Anne y yo nos casaremos el 3 de agosto en Boston. Su madre es americana —explicó James— y aunque Anne vive en Inglaterra, ella prefiere que nos casemos en su país. Después vendrá la luna de miel y esperamos estar de vuelta en Inglaterra el 25 de agosto. Mi plan con respecto al señor Metcalfe debe ponerse en escena el 13 de septiembre, el día de cierre de la Bolsa de Valores.

—Lo que dices me parece aceptable, James. ¿Estamos todos de acuerdo?



Adrian y Jean Pierre coincidieron con un gesto de asentimiento.

James bosquejó su plan.

—Necesitaré un télex y un teléfono. Ambos deben instalarse en mi piso. Jean Pierre tendrá que estar en la Bolsa de París, Stephen en el mercado de productos de Chicago y Adrian en el Lloyds de Londres. En cuanto regrese de mi luna de miel os entregaré un expediente azul completo.

Todos quedaron mudos de admiración y James también guardó silencio, en busca de un efecto dramático.

—Muy bien, James —dijo Stephen—. Esperamos interesadísimos... ¿hay más instrucciones?

—Tú, Stephen, debes saber el precio de apertura y cierre del oro en Johannesburgo, en Zúrich, en Nueva York y en Londres durante todos los días del mes próximo. Tú, Jean Pierre, debes enterarte del precio del marco alemán, el franco francés y la libra con respecto al dólar todos los días del mismo período. Adrian, tú debes aprender a dominar una máquina de télex y una centralita PBX de ocho líneas para el 2 de septiembre. Tienes que ser tan competente como un operador internacional.

—Siempre te toca el trabajo fácil, ¿no, Adrian? —dijo Jean Pierre.

—Puedes...

—¡A cerrar la boca, vosotros dos! —ordenó James.

Los demás mostraron sorpresa y respeto.

—He preparado unas notas para todos vosotros —James entregó dos hojas escritas a máquina a cada uno de los miembros del equipo—. Esto os mantendrá ocupados por lo menos durante un mes. Por último, estáis todos invitados a la boda de la señorita Anne Summerton con James Brigsley. No me molestaré en haceros llegar las invitaciones formales porque ya no hay tiempo, pero he reservado billetes para los cuatro en el 747 del 2 de agosto con destino a Boston y todos tenemos reservas de habitaciones en el Statler Hilton. Espero que me honréis siendo mis acompañantes.

Hasta James estaba impresionado por su propia eficiencia. Los otros recibieron estupefactos los billetes de avión y las instrucciones.

—Nos encontraremos en el aeropuerto a las 3.00 en punto y durante el vuelo os examinaré sobre las notas de vuestros expedientes.

—Sí, señor —musitó Jean Pierre.

—Tu prueba, Jean Pierre, será en francés y en inglés, ya que es necesario que hables en ambos idiomas durante una conferencia internacional y que aparezcas como un experto en cambio de divisas extranjeras.

Aquella noche no le hicieron más bromas a James y cuando este volvía por la autopista se sentía como un hombre nuevo. No solo había sido la estrella del plan de

Oxford, sino que había puesto a trabajar a los otros tres. Saldría adelante y haría un buen papel.

**P**ARA VARIAR, James fue el primero en llegar a Heathrow. Había metido una buena baza y no pensaba perderla. El último fue Adrian, que llegó con los brazos cargados de periódicos.

—Solo nos vamos para dos días —observó Stephen.

—Lo sé, pero siempre echo de menos los periódicos ingleses, de modo que compré bastantes para poder continuar con la lectura mañana también.

Jean Pierre alzó los brazos en un gesto de desesperación gala.

Comprobaron su equipaje en la Terminal Número 3 y abordaron el 747 de British Airways con destino al Aeropuerto Internacional Logan, de Boston.

—Parece una cancha de fútbol —comentó Adrian que era la primera vez que entraba en un *jumbo*.

—Tiene capacidad para 350 personas. Aproximadamente el número de socios que merecen vuestros *clubs* ingleses —afirmó Jean Pierre.

—Cállate —dijo James seriamente, sin comprender que los otros dos estaban nerviosos por el vuelo y trataban de aliviar la tensión con esas observaciones.

Posteriormente, durante el despegue, ambos fingieron leer, pero cuando llegaron a los 900 metros de altura y se apagaron las luces rojas que dicen «ajustarse los cinturones de seguridad», volvieron a estar más tranquilos.

El equipo comió impasiblemente la cena plástica de pollo frío y vino tinto argelino.

—Espero, James —dijo Jean Pierre—, que tu suegro nos sirva algo mejor.

Después de comer James les dejó ver la película pero insistió en que cuando volvieran les examinaría uno por uno. Adrian y Jean Pierre retrocedieron quince filas para ver *El golpe*. Stephen se quedó en su asiento para ser interrogado por James.

James le entregó una hoja mecanografiada con cuarenta preguntas referentes al precio del oro en todo el mundo y los movimientos del mercado en las últimas cuatro semanas. Stephen respondió al cuestionario en 22 minutos y para James no fue ninguna sorpresa descubrir que todas las respuestas eran correctas: Stephen siempre había sido la piedra angular del equipo y su mente sólida y lógica era la que en realidad había derrotado a Harvey Metcalfe.

Stephen y James dormitaron intermitentemente hasta que regresaron Adrian y Jean Pierre, momento en que recibieron sus cuarenta preguntas. A Adrian le costó 30 minutos y respondió correctamente a treinta y ocho sobre cuarenta. Jean Pierre tardó 27 minutos y obtuvo treinta y siete aciertos.

—Stephen respondió correctamente a cuarenta sobre cuarenta.

—Lógico —observó Jean Pierre.

Adrian parecía un poco avergonzado.

—Y vosotros dos responderéis con la misma corrección el 2 de septiembre. ¿Comprendido?

Ambos asintieron.

—¿Has visto El golpe? —preguntó Adrian.

—No —contesto Stephen—. Voy muy poco al cine.

—No son de los nuestros: una sola operación grande y ni siquiera pudieron quedarse con el dinero.

—¿Por qué no duermes un rato, Adrian?

La comida, la película y el cuestionario de James ocuparon la mayor parte de las seis horas de vuelo. Todos cabecearon durante la última hora y fueron repentinamente despertados por el altavoz:

—Les habla el capitán. Nos estamos aproximando al Aeropuerto Internacional de Logan y nuestro horario de vuelo lleva veinte minutos de retraso. Esperamos aterrizar a las 7.15, dentro de 10 minutos aproximadamente. Esperamos que hayan disfrutado de nuestro vuelo y vuelvan a viajar por British Airways.

Pasar la aduana llevó un poco más de tiempo de lo habitual, ya que todos habían traído regalos para la boda y los otros tres no querían que James viera los suyos. Tuvieron bastantes problemas para explicar al funcionario de la aduana la razón por la que uno de los relojes Piaget llevaba la siguiente inscripción: «A las ganancias ilícitas de Prospecta Oil. —Los tres que tuvieron planes».

Cuando lograron salir de la terminal encontraron a Anne esperándoles en la entrada con un gran Cadillac para llevarles al hotel.

—Ahora se comprende por qué tardaste tanto en planificar algo. Felicidades, James, estás disculpado —dijo Jean Pierre.

Jean Pierre abrazó a Anne como solo un francés puede hacerlo. Adrian se presentó y la besó cariñosamente en la mejilla. Stephen le estrechó la mano bastante formalmente. Se metieron en el coche, Jean Pierre al lado de Anne.

—Señorita Summerton... —tartamudeó Stephen.

—Llámame Anne y tutéame.

—¿La recepción será en el hotel?

—No, en casa de mis padres, pero después de la ceremonia religiosa dispondréis de un coche que os llevará allí. Vuestra única tarea consiste en lograr que James llegue a la iglesia a las 3.30. No tenéis nada más de qué preocuparos. James, ayer llegaron tu padre y tu madre y se hospedaron en casa de mis padres. Pensamos que no era aconsejable que tú pasaras la noche en casa, porque mamá está demasiado nerviosa por todo.

—Lo que tú digas, cariño.

—Si cambias de idea entre este momento y mañana a la mañana —dijo Jean Pierre— yo estoy disponible, y aunque no tengo sangre azul, los franceses tenemos una o dos compensaciones que ofrecer.

Anne sonrió:

—Llegas un poco tarde, Jean Pierre. De todas formas, no me gustan las barbas.

—Pero si solo me la... —comenzó a decir Jean Pierre.

Los otros le clavaron la mirada.

Cuando llegaron al hotel dejaron solos a Anne y a James mientras iban a sus habitaciones a deshacer el equipaje.

—¿Lo saben, cariño?

—No tienen la menor idea. Mañana se llevarán la sorpresa de su vida.

—¿Está preparado tu plan?

—Espera y lo sabrás.

—Yo tengo uno —dijo Anne—. ¿Para cuándo es el tuyo?

—Para el 13 de septiembre.

—Entonces gano yo... el mío es para mañana.

—No querrás decir que...

—No te preocupes. Tú concéntrate en casarte... conmigo.

—¿No podemos ir a algún lado?

—No, monstruo. Puedes esperar hasta mañana.

—Te adoro.

—Vete a dormir, tonto. Yo también te amo, pero ahora tengo que volver a casa. De lo contrario, nada estará listo.

James subió en el ascensor hasta el séptimo piso, donde se reunió con los demás para tomar café.

—¿Alguien quiere jugar *black jack*? —preguntó Jean Pierre.

—Contigo no, pirata —respondió Adrian—. Tú has sido entrenado por el sinvergüenza más grande del mundo.

El equipo estaba en su mejor forma y esperaba ansioso que llegara el momento de la boda. No se separaron hasta medianoche, a pesar de la diferencia horaria por el cruce del Atlántico. James estuvo despierto un buen rato, mientras una pregunta daba vueltas en su mente: ¿qué estaría tramando Anne?

**E**N AGOSTO, Boston es tan hermosa como cualquier otra ciudad de los Estados Unidos, y el Equipo disfrutó de un suculento desayuno en la habitación de James, que daba al río.

—Me parece que James no estará a la altura de las circunstancias —dijo Jean Pierre—. Tú eres el capitán del Equipo, Stephen. Me ofrezco voluntariamente a ocupar su lugar.

—Te costará 250 000 dólares.

—De acuerdo —insistió Jean Pierre.

—No tienes 250 000 dólares —señaló Stephen—. Tienes 187 474 con 69 centavos, un cuarto de lo que hasta ahora hemos conseguido, de modo que insisto en que James sea el novio.

—Este es un complot anglosajón —aseguró Jean Pierre— y cuando James haya cumplido satisfactoriamente su plan y tengamos todo el dinero reabriré las negociaciones.

Continuaron charlando y riendo largo rato, mientras tomaban tostadas y café. Stephen les miró con afecto, lamentando que se verían muy poco cuando hubieran llevado a cabo el plan de James (si es que lo hacían, se corrigió seriamente). Sí Harvey Metcalfe hubiera tenido alguna vez un equipo semejante a su lado, en lugar de en su contra, habría sido el hombre más rico del mundo, no solo en términos financieros.

—Estás ido, Stephen.

—Sí, lo siento. No debo olvidar que Anne me pasó el timón.

—Siempre lo mismo —dijo Jean Pierre—. ¿A qué hora debemos presentarnos, profesor?

—Dentro de una hora, completamente vestidos, para inspeccionar a James y llevarle a la iglesia. Jean Pierre, tú compra cuatro claveles: tres rojos y uno blanco. Adrian, tú reserva el taxi que yo me ocuparé de James.

Adrian y Jean Pierre salieron cantando vehementemente. *La Marsellesa* a dos voces. James y Stephen les observaron mientras se alejaban.

—¿Cómo te sientes, James?

—Estupendamente. Lo único que lamento es no haber realizado mi plan antes.

—Eso no importa. El 13 de septiembre me parece muy bien. En cualquier caso, un descanso no nos hará ningún daño.

—Jamás lo habríamos logrado sin ti. ¿Lo sabes, verdad, Stephen? Todos estaríamos en la ruina y yo ni siquiera hubiera conocido a Anne si no hubiera sido por ti. Todos te debemos mucho.

Stephen clavó la mirada más allá de la ventana, sin poder hablar.

—Tres rojos y uno blanco —dijo Jean Pierre—, de acuerdo con tus órdenes. Supongo que el blanco es para mí.

—Pónselo a James. Detrás de la oreja no, Jean Pierre.

—Estás fantástico, pero aún no logro entender qué ha visto en ti —dijo Jean Pierre mientras ponía el clavel blanco en el ojal de James.

Los cuatro estaban preparados pero todavía faltaba media hora para que llegara el taxi. Jean Pierre abrió una botella de champaña. Brindaron por la salud de James, por la salud del equipo, por Su Majestad la Reina, por el Presidente de los Estados Unidos y finalmente, con renuencia fingida, por el Presidente de Francia. Cuando terminaron la botella, a Stephen le pareció sensato salir inmediatamente y empujó a los otros tres hasta el taxi que les estaba esperando.

—Sonríe, James. Estamos contigo.

Le metieron en la parte trasera.

El taxi tardó veinte minutos en llegar a Trinity Church y al conductor no le molestó librarse de esos cuatro.

—Las 3.15. Anne me lo agradecerá —dijo Stephen.

Stephen escoltó al novio hasta la primera fila del lado derecho de la iglesia, mientras Jean Pierre guiñaba el ojo a todas las chicas bonitas. Adrian ayudó a repartir los pliegos nupciales. Un millar de invitados demasiado elegantes esperaba a la novia.

Stephen acababa de acudir en ayuda de Adrian a la escalinata de la iglesia y Jean Pierre se reunió con ellos sugiriendo que fueran a ocupar sus asientos cuando llegó el Rolls Royce. Permanecieron en los escalones conmovidos por la belleza de Anne en su traje de novia de Balenciaga. Su padre salió del coche detrás de ella. Anne le cogió del brazo y comenzó a subir lentamente los escalones.

Los tres se quedaron inmóviles, como una oveja ante la aparición de un reptil.

—¡El muy desgraciado!

—¿Quién timó a quién?

—¡Ella debía saberlo durante todo el tiempo!

Harvey les sonrió vagamente cuando pasó al lado de ellos del brazo de Anne.

¡Dios mío! No nos ha reconocido, pensó Stephen.

Ocuparon sus lugares al fondo de la iglesia, fuera del alcance del oído de la vasta congregación. El organista dejó de tocar cuando Anne llegó al altar.

—Harvey no puede saberlo —afirmó Stephen.

—¿Por qué? —preguntó Jean Pierre.

—Porque James no nos habría hecho pasar por esto a menos que él hubiera pasado antes por lo mismo.

—Muy inteligente —susurró Adrian.

—Os pido y exijo a ambos, como cuando debáis responder el día fatal del Juicio Final, en que quedarán al descubierto los secretos de todos los corazones...

—Me gustaría conocer algunos secretos ahora —dijo Jean Pierre—. Para comenzar, ¿cuánto hace que ella lo sabe?

—James Clarence Spencer, ¿tomas a esta mujer por esposa, para vivir juntos según la ordenanza de Dios en el sagrado estado del Matrimonio? ¿Quieres amarla, consolarla, honrarla y asistirle en la salud y en la enfermedad y, olvidando todo lo demás, mantenerte a su lado, hasta que la muerte os separe?

—Sí, quiero.

—Rosalie Arlene, ¿tomas a este hombre por esposo...

—Me parece que podemos estar seguros de que es un miembro hecho y derecho del equipo —opinó Stephen—. De lo contrario, no habríamos tenido éxito en Montecarlo ni en Oxford.

—... hasta que la muerte os separe?

—Sí, quiero.

—¿Quién da a esta mujer en matrimonio?

Harvey se adelantó, tomó la mano de Anne y se la entregó al sacerdote.

—Yo, James. Clarence Spencer te tomo por esposa, Rosalie Arlene...

—No nos reconoció porque nos ha visto una sola vez a cada uno y nunca tal como somos —continuó Stephen.

—En ello empeño mi palabra.

—Yo, Rosalie Arlene, te tomo por esposo. James Clarence Spencer...

—Pero si nos quedamos corremos el riesgo de que se dé cuenta —dijo Adrian.

—No —aseguró Stephen—. No dejemos que nos domine el pánico. Nuestro secreto ha consistido siempre en cogerle fuera de su terreno.

—Pero ahora está en su terreno —señaló Jean Pierre.

—No, no es así. Se trata de la boda de su hija, algo totalmente extraño para él.



Naturalmente, trataremos de evitarle en la recepción, aunque sin que resulte demasiado obvio.

—Tendréis que llevarme de la mano —dijo Adrian.

—Yo lo haré —se ofreció Jean Pierre.

—Recordad que debéis actuar naturalmente.

—... y en ello empeño mi palabra.

La voz íntima y tímida de Anne apenas llegó a los tres sorprendidos invitados del fondo. La de James sonó clara y firme.

—Con esta sortija te tomo en matrimonio, con mi cuerpo te venero y con todos mis bienes terrenales te doto...

—También con algunos de los nuestros —agregó Jean Pierre.

—En el Nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

—Oremos —entonó el sacerdote.

—Sé cuál es mi oración —dijo Adrian—. Ser apartados del poder de nuestro enemigo y de las manos de todos aquellos que nos detestan.

—¡Oh Eterno Dios, Creador y Conservador de toda la Humanidad...!

—Ahora estamos casi al final —dijo Stephen.

—Un final de frase poco afortunado —respondió Adrian.

—Silencio —impuso Jean Pierre—. Coincido con Stephen. Estamos a la altura de Metcalfe: tranquilicémonos.

—Lo que Dios ha unido solo Dios puede separar.

Jean Pierre continuó hablando entre dientes, pero no parecía estar rezando.

El sonido de los primeros acordes de la Marcha Nupcial de Haendel les volvió a la realidad. La ceremonia había concluido y Lord y *Lady* Brigsley bajaron por la nave ante dos mil ojos sonrientes. Stephen parecía divertido, Jean Pierre envidioso y

Adrian nervioso. James sonrió cuando pasó al lado de ellos.

Después de una sesión fotográfica de 10 minutos en la escalinata de la iglesia, el Rolls Royce se llevó a los recién casados en dirección a la casa de Metcalfe en Lincoln. Harvey y la condesa de Louth ocuparon el segundo coche, y el conde y Arlene, la madre de Anne, el tercero. Stephen, Adrian y Jean Pierre les siguieron 20 minutos más tarde, todavía discutiendo los pro y los contra de enfrentarse al león en su propia cueva.

La casa de estilo georgiano de Harvey Metcalfe era magnífica, con su jardín oriental que conducía al lago, su extensos caminos de rosas y, en el invernadero, el orgullo y el placer de su propietario: una exótica colección de orquídeas.

—Jamás pensé que vería todo esto —dijo Jean Pierre.

—Yo tampoco, y ahora que lo he visto no estoy contento —respondió Adrian.

—No podemos cometer errores —dijo Stephen—. Sugiero que nos unamos a la línea de recepción a intervalos bien separados. Yo iré primero. Adrian, tú vendrás después, por lo menos veinte lugares detrás, y Jean Pierre será el tercero, también veinte lugares detrás de Adrian. Actúad con naturalidad. No somos más que unos amigos de James que han venido de Inglaterra. Cuando ocupéis vuestros lugares en la fila, prestad atención a las conversaciones de vuestros vecinos. Tratad de encontrar a alguien que sea amigo íntimo de Harvey y poneos exactamente delante de él. Cuando llegue vuestro turno de estrecharle la mano, la mirada de Harvey estará posada en la persona siguiente, porque a vosotros no os conoce y al otro sí. De este modo escaparemos a su curiosidad.

—Brillante, profesor —opinó Jean Pierre.

La fila parecía interminable. Mil personas pasaron junto a las manos extendidas del señor y la señora Metcalfe, del conde y la condesa de Luth, de Anne y James. Cuando le tocó el turno a Stephen pasó rápidamente.

—Me alegro de que hayas venido —dijo Anne.

Stephen no respondió.

—Me alegro de verte, Stephen.

—Todos admiramos tu plan, James.

Stephen se deslizó hasta el salón principal y se ocultó detrás de una columna en el extremo más alejado y lo más apartado posible del pastel de bodas que ocupaba el centro del lugar.

El siguiente fue Adrian y evitó mirar a Harvey a los ojos.

—Fue muy amable de tu parte hacer este largo viaje —dijo Anne.

Adrian murmuró algo entre dientes.

—Espero que te hayas divertido, Adrian.

Obviamente, James estaba viviendo uno de los mejores momentos de su vida. Anne le había hecho pasar por lo mismo y ahora saboreaba el hecho de que el equipo se viera obligado a padecer el mismo desconcierto.

—Eres un hijo de puta, James.

—No lo digas en voz muy alta, viejo. Mi madre y mi padre podrían oírte.

Adrian pasó al salón y después de buscar detrás de todas las columnas encontró a Stephen.

—¿Pasaste bien la prueba?

—Creo que sí pero no quiero volver a verle nunca más. ¿A qué hora es el vuelo de vuelta?

—A las 8.00 en punto. No dejes que te domine el pánico. Aparta los ojos de Jean Pierre.

—Por suerte se dejó la barba —dijo Adrian.

Jean Pierre estrechó la mano a Harvey, que ya estaba atento al próximo invitado puesto que Jean Pierre había logrado, mediante el vergonzoso sistema de quitarle el lugar a otro en la fila, ocupar un lugar delante de un banquero bostoniano que era, evidentemente, amigo íntimo de Harvey.

—Me alegro de verte, Marvin.

Jean Pierre había escapado. Besó a Anne en ambas mejillas y le susurró en el oído:

—Tanto, set y partido para James.

Salió en busca de Stephen y Adrian, pero olvidó las instrucciones originales al tropezar con la dama de honor.

—¿Te gustó la ceremonia? —preguntó la muchacha.

—Por supuesto. Siempre juzgo las bodas por las damas de honor, no por la novia. La muchacha se ruborizó de placer, halagada.

—Todo esto debe costar una fortuna —continuó.

—Sí, querida mía, y sé de quién es —dijo Jean Pierre abrazándola por la cintura.

Cuatro brazos arrancaron a un quejoso Jean Pierre del abrazo y le metieron con muy poca ceremonia detrás de la columna.

—¡En nombre de Dios, Jean Pierre! No tiene más de diecisiete años. No queremos que des con tus huesos en la cárcel por violación, además de robo. Bebe esto y compórtate correctamente como un caballero.

Adrian le puso una copa en la mano.

El champaña corría e incluso Stephen bebió un poco de más. Cuando el maestro de ceremonias pidió silencio, los tres estaban apoyados en la columna.

—Milords, damas y caballeros. Hará uso de la palabra el novio, vizconde Brigsley.

James pronunció un discurso impresionante. El actor que había en él ocupó su lugar y los americanos quedaron deslumbrados. Incluso su padre tenía una expresión de admiración en el rostro. Después el maestro de ceremonias presentó a Harvey, que

habló largo tiempo en voz alta. No dejó de citar su chiste favorito acerca de casar a su hija con el príncipe Carlos, por el cual todos los invitados rieron alegremente, como siempre ocurre en las bodas, incluso con el peor chiste. Harvey concluyó su discurso pidiendo un brindis por los novios.

Cuando el aplauso se apagó y cada uno volvió a su conversación, Harvey sacó un sobre del bolsillo y besó a su hija en la mejilla.

—Rosalie, aquí tienes mi regalo, en compensación por permitirme guardar el Van Gogh. Sé que harás buen uso de él.

Harvey le entregó el sobre blanco. En el interior había un cheque por 250 000 dólares. Anne besó a su padre con auténtico afecto.

—Gracias, papá, te prometo que lo utilizaré bien.

Anne salió a buscar a James, al que encontró sitiado por un grupo de matronas norteamericanas.

—¿Es verdad que es pariente de la Reina?

—Nunca conocí a un Lord de carne y hueso.

—Espero que nos invite a su castillo...

—En Kings Road no hay castillos.

James se sintió más que aliviado por la llegada de Anne.

—Querido, ¿puedes dedicarme un minuto?

James se excusó y siguió a Anne, pero les resultó casi imposible escapar de la multitud.

—Mira —dijo apresurada—. Rápido.

James cogió el cheque.

—¡Buen Dios! ¡Nada menos que 250 000 dólares!

—Sabes lo que voy a hacer con el cheque, ¿verdad?

—Sí, querida.

Anne salió en busca de Stephen, Adrian y Jean Pierre, pero no le resultó fácil encontrarlos ya que seguían escondidos detrás de la columna, en el otro extremo del salón. Finalmente llegó hasta ellos dejándose guiar por las voces apagadas pero decididas de un coro que cantaba ¿Quién quiere ser, millonario?

—¿Me prestas una pluma, Stephen?

Le extendieron tres lapiceros.

Anne sacó el cheque del centro de su ramo de novia y escribió al dorso: «Rosalie Brigsley a Stephen Bradley». Se lo ofreció:

—Creo que es tuyo.

Los tres clavaron la mirada en el cheque. Anne desapareció antes de que pudieran hacer ningún comentario.

—¡Qué modelo de muchacha ha encontrado nuestro James! —exclamó Jean Pierre.

—Estás borracho, tonto —dijo Adrian.

—¿Cómo se atreve a sugerir, señor, que un francés se emborracha con champaña?  
Exijo una explicación. Escoja las armas.

—Corchos de botellas de champaña.

—Tranquilos —dijo Stephen—. Os delataréis.

—Le ruego me informe sobre el último estado de cuentas, profesor.

—Precisamente estoy calculándolo —dijo Stephen.

—¿En serio? —preguntaron Adrian y Jean Pierre al mismo tiempo, pero se sentían demasiado felices para discutir.

—Todavía nos debe 101 dólares con 24 centavos.

—¡QUÉ VERGÜENZA! —dijo Jean Pierre—. Incendemos la casa.

Anne y James salieron para cambiarse mientras Stephen, Adrian y Jean Pierre seguían dedicándose al champaña. El maestro de ceremonias anunció que los novios saldrían aproximadamente dentro de 15 minutos y solicitó a los invitados que se reunieran en el *hall* principal y en el patio.

—Vayamos a verles —dijo Stephen.

La bebida les había dado nueva confianza y los tres ocuparon sus lugares cerca del coche.

Stephen oyó que Harvey decía:

—¡Maldición! ¿Tengo que hacerlo todo yo?

Harvey miró a su alrededor y sus ojos se posaron en el trío. Stephen sintió que se le doblaban las piernas cuando Harvey le señaló con el dedo:

—¿Usted no es uno de los acompañantes?

—Sí, señor.

—Mi única hija está a punto de irse y no hay flores. Dios sabe qué ha ocurrido, pero no hay flores. Coja un coche. A un kilómetro hay una florería. Dese prisa.

—Sí, señor.

Stephen se volvió y salió corriendo. Adrian y Jean Pierre, que habían visto la escena pensando que Harvey les había descubierto, salieron en su persecución. Cuando llegó a la parte trasera de la casa, Stephen se detuvo frente al macizo de rosas más hermosas que había visto nunca. Adrian y Jean Pierre pasaron corriendo a su lado, se pararon, dieron la vuelta y volvieron sobre sus pasos.

—¿Qué demonios piensas hacer? ¿Recoger las flores para tu propio funeral?

—Son de Metcalfe. Alguien se olvidó de las flores para Anne y tengo cinco minutos para llevárselas, de modo que empezad a cortar.

—*Mes enfants*, ¿veis lo que yo veo?

Los otros levantaron la vista. Jean Pierre miraba, hipnotizado, hacia el invernadero.

Stephen volvió corriendo al frente de la casa con las orquídeas premiadas en sus brazos, seguido por Adrian y Jean Pierre. Llegó justo a tiempo para alcanzárselas a Harvey antes de que Anne y James salieran de la casa.

—¡Magníficas! Son mis flores favoritas. Pero, dígame, ¿cuánto le costaron?

—Cien dólares —respondió Stephen sin pensarlo.

Harvey le entregó dos billetes de 50 dólares. Stephen retrocedió, sudando, para mezclarse junto a Adrian y Jean Pierre con el resto de los invitados.

James y Anne se abrieron paso a través de la multitud. Ninguno de los hombres presentes podía quitarles los ojos de encima.

—¡Papá, orquídeas, qué hermosas! —Anne besó a Harvey—. Has hecho de este día el más maravilloso de mi vida...

El Rolls Royce echó a andar lentamente, rodeó la casa, bajó por el sendero y siguió en dirección al aeropuerto para que James y Anne alcanzaran el vuelo a San Francisco, la primera escala en su camino a Hawai. Mientras el coche rodeaba la casa, Anne vio el invernadero vacío y miró las flores que tenía en los brazos. James no se dio cuenta, pues estaba pensando en otra cosa.

—¿Crees que alguna vez me perdonarán?

—Estoy segura de que sí, cariño, pero cuéntame un secreto: ¿realmente tenías un plan?

—Yo sabía que tú me preguntarías y...

El coche aceleró en la autopista y solo el chófer oyó la respuesta.

Stephen, Adrian y Jean Pierre vieron dispersarse a los invitados, la mayoría de ellos despidiéndose de los Metcalfe.

—No nos arriesguemos —dijo Adrian.

—De acuerdo —coincidió Stephen.

—Invitémosle a cenar —sugirió Jean Pierre.

Los otros dos le cogieron y le metieron en un taxi.

—¿Qué tienes debajo de la chaqueta, Jean Pierre?

—Dos botellas de Krug. Me pareció vergonzoso dejarlas ahí. Pensé que se pondrían tristes.

Stephen pidió al taxista que les llevara al hotel.

—¡Qué boda! ¿Pensáis que James tenía realmente un plan? —preguntó Adrian.

—Lo ignoro, pero si es así, solo tendrá que conseguir un dólar con 24 centavos.

—Tendríamos que haberle cobrado lo que ganó en su apuesta a Rosalie en Ascot —farfulló Jean Pierre.

Después de preparar las maletas y firmar el registro de salida del hotel, tomaron otro taxi hasta el Aeropuerto Internacional de Logan y con ayuda del personal de British Airways lograron subir al avión.

—¡Maldición! —dijo Stephen—. Ojalá no nos hubiéramos ido sin ese dólar con 24 centavos.

**C**UANDO ESTUVIERON A BORDO bebieron el champaña que Jean Pierre había birlado en casa de Harvey Metcalfe. Incluso Stephen parecía contento, aunque de vez en cuando volvía sobre el tema del dólar y los 24 centavos faltantes.

—¿Cuánto crees que cuesta este champaña? —bromeó Jean Pierre.

—No se trata de eso. Ni un centavo más, ni un centavo menos.

Jean Pierre pensó que jamás comprendería a los académicos.

Pasaron la mitad del viaje adormilados por la borrachera, con alguna mención ocasional de Stephen acerca del dólar y los 24 centavos.

—No te preocupes más, Stephen. Tengo plena confianza en que el plan de James nos proporcionará un dólar y 24 centavos.

Stephen se habría echado a reír pero sabía que si lo hacía le dolería más la cabeza.

—¡Pensar que esa muchacha lo sabía todo!

Al llegar a Heathrow no tuvieron ninguna dificultad en pasar la aduana. El propósito del viaje no era traer regalos a Inglaterra. Adrian se acercó al quiosco y compró *The Times* y *The London Evening Standard*. Jean Pierre discutió con un taxista la tarifa hasta el centro de Londres.

—No somos unos malditos americanos que ignoran la tarifa o el camino y se les puede engañar fácilmente —dijo, aunque todavía no del todo sobrio.

El taxista gruñó entre dientes mientras enfilaba el Austin negro en dirección a la autopista: ese día no las tenía todas consigo.

Adrian leyó los periódicos, entusiasmado. Era una de esas raras personas que pueden leer en un coche en movimiento. Stephen y Jean Pierre le envidiaron y se contentaron con mirar el tráfico.

—¡Maldita sea!

Stephen y Jean Pierre le miraron sorprendidos. Nunca le habían oído maldecir. Parecía algo fuera de lugar en boca de Adrian.

—¡Dios Todopoderoso!

Esto ya fue demasiado para ellos, pero antes de que pudieran preguntarle nada comenzó a leer en voz alta:

—«British Petroleum ha anunciado un sondeo productivo en el Mar del Norte, que probablemente produzca 200 000 barriles diarios de petróleo. Su presidente, *Sir Eric Drake*, lo ha descrito como un descubrimiento importante. Los terrenos de British Petroleum están a dos kilómetros de distancia de los campos hasta ahora inexplorados de Prospecta Oil, y los rumores de una oferta por parte de British Petroleum han elevado el valor de las acciones de Prospecta Oil a 12,25 dólares al cierre».

—Nom de Dieu! —exclamó Jean Pierre—. ¿Qué vamos a hacer?



—Supongo que ahora tendremos que pensar en la forma de devolverle hasta el último centavo —dijo Stephen.

## EPÍLOGO

HARVEY METCALFE

*A los 65 años se retiró a Lincoln, Massachusetts. Su fortuna se calcula en 25 millones de dólares.*

BERNIE SILVERMAN

*Arrestado, se obtuvo su extradición y fue condenado a dos años por fraude*

RICHARD ELLIOTT

*Arrestado, se obtuvo su extradición y fue sentenciado a dos años por fraude.*

ALVIN COOPER

*Arrestado y posteriormente puesto en libertad por falta de pruebas.*

DAVID KESLER

*Delató a los implicados y colaboró en la investigación policial. Actualmente trabaja para una pequeña empresa inmobiliaria de Albuquerque.*

DETECTIVE INSPECTOR CLIFFORD SMITH

*Ascendido a Inspector Principal.*

LORD Y LADY BRIGSLEY

*Hacendados en Hampshire. Heredero del título: Honorable Charles Spencer Clarence, seis meses de edad.*

JEAN PIERRE LAMANNIS

*Subdirector de la Colección Guggenheim.*

ADRIAN TRYNER

*Continúa obteniendo beneficios diagnosticando enfermedades de ricos.*

## ELSPETH MEIKLE

*Renunció para dejar paso a Angelina Faubert.*

## STEPHEN BRADLEY

*Murió en un accidente de aviación el 1 de diciembre de 1974 en un vuelo de TWA procedente de Washington.*

## PROSPECTA OIL

*Un pequeño descubrimiento (50 000 barriles diarios) y otro importante (150 000 barriles diarios) hasta la fecha, en colaboración con una famosa empresa petrolera. El valor actual de las acciones es de 14,24 dólares.*



JEFFREY ARCHER. Nació en 1940 y estudió en Oxford. Popular autor de *bestsellers*, cuenta con más de 120 millones de ejemplares de sus novelas vendidos en todo el mundo, entre ellas se encuentran *Ni un centavo más, ni un centavo menos* (1989), *Kane y Abel* (1989), *El undécimo mandamiento* (1998) y *En pocas palabras* (2001). En 1992 ingresó en la Cámara de los Lores. Reside actualmente en Londres y Cambridge.

# NOTAS

[1] En la Facultad de Economía de Harvard, el 24% de los matriculados en 1971 eran recién salidos de la Escuela Comercial y el 76% había vivido por lo menos dos años en el «mundo real». David Kesler pertenecía al 24%. <<

[2] Ronald Biggs participó en el Gran Asalto al Tren de Glasgow por 2 595 998 libras esterlinas en el años 1973 y se fue a vivir a Brasil. Scotland Yard no logró obtener una orden de extradición, y cuando el Subjefe de Policía Jack Slipper y el Detective Inspector Peter Jones fueron a Brasil para arrestarte en el año 1974. Volvieron con las manos vacías. (Su historia ha sido publicada por Pomaire con el título de *El hombre más buscado*). (N. del E.) <<

[3] *April's First Day*, que en algunos países europeos corresponde al Día de los Inocentes (28 de diciembre). (*N. de la T.*) <<